BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO NACIONAL

LUIS MATTINI

Los Perros

Memorias de un combatiente revolucionario

2ª EDICIÓN



BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO NACIONAL

Este libro, de género mixto, recoge las vivencias personales del autor durante el nacimiento y apogeo de la organización armada Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) creado por el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) en la Argentina, en la década del '70. Un corte transversal de hechos fundantes, operaciones armadas, protagonistas, militantes, dirigentes, vida clandestina, sueños, realidades, valentías y miedos, odios y amores, que marcaron la vida política de ese período en nuestro país.

El autor se aleja del tratamiento de las cuestiones doctrinarias sobre estrategias y tácticas explicadas por la razón, para acercarse a las razones del corazón, a los deseos que estaban detrás de esos hombres y mujeres en sus circunstancias. Así, rescatando la vida, la alegría y la pasión militante, al lado de jocosas anécdotas que alivian la tensión del dramatismo de la acción armada y del terror represivo, desfilan —vistos a través de la retina del autor-protagonista con humor, amor, ternura, crudeza y hasta desparpajo— desde las desconocidas madres pre-Madres de Plaza de Mayo y militantes de base de peculiares características, pasando por dirigentes como Mario Roberto Santucho y Agustín Tosco, hasta el célebre general cubano Arnaldo Ochoa y el legendario Fidel Castro, despojados de pompas y charreteras.

El texto mantiene una cronología que permite leerlo como una historia lineal; pero también, al ser un conjunto de relatos acerca de personas y situaciones, cada uno de ellos puede leerse como amena narración independiente.





Arnol Kremer Balugano nació en Zárate en 1941. Iniciado a la vida política en 1959 en el grupo PRAXIS, fue activista sindical en ATE, UOM y Navales; protagonista de las luchas políticas de los '60, y dirigente del PRT-ERP con el "nombre de guerra" Luis Mattini —seudónimo que conserva como identificación del compromiso militante— en los '70.

Ha publicado *Hombres y mujeres del PRT-ERP* y *La política como subversión*; y en colaboración con otros autores: *Che, el argentino*; *Los espejos rotos*; *Contrapoder - Una introducción*; *¿Qué son las Asambleas Populares?* (en esta misma editorial); y numerosos artículos en revistas y páginas *web*. Fue docente en la Cátedra libre "Che Guevara" de la UBA.

Actualmente participa de la actividad de los grupos autónomos y es también colaborador de *Le Monde Diplomatique*.

En 2004 esta editorial le publicó *El encantamiento político - De revolucionarios de los '70 a rebeldes sociales de hoy*.

Luis Mattini

LOS PERROS

Memorias de un combatiente revolucionario

Peña Lillo
Ediciones Continente

Los perros

1ª edición: junio de 2006
2ª edición: septiembre de 2006

Ediciones Continente
Pavón 2229 (C1248AAE) Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54-11) 4308-3535 - Fax: (54-11) 4308-4800
e-mail: info@edicontinente.com.ar
www.edicontinente.com.ar

ISBN-10: 950-754-190-X
ISBN-13: 978-950-754-190-2

Corrección y cuidado de edición: Susana Rabbufeti Pezzoni
Diseño de tapa: Estudio Tango
Diseño de interior: Carlos Almar

Libro de edición argentina

Este libro se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2006,
en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, Buenos Aires, Argentina.

A Victoria porque es mi victoria

Agradecimientos

Este viaje lo he realizado con algunos compañeros de ruta:

Victoria Azurduy —protagonista ella también y en cuya idea me inspiré—, siempre a mi lado, pero resistiéndose a meter su maestro puntero de escritora y periodista experimentada, e insistiendo en que mantuviera el estilo coloquial y la sencillez del lenguaje, frenando mis resabios de "bajador de línea" al afirmar que *"cada generación tiene que hacer la suya"* y machacando con que la literatura no debe demostrar sino mostrar.

Reino Hietala, mitad iracundo Aquiles, mitad astuto Ulises, aunque él se haga llamar "viejo Ukko" (un personaje mítico finlandés), me ha seguido todo el tiempo desde Helsinki —gracias a los milagros del correo electrónico—, rehaciendo juntos todo ese camino que empezamos una tarde Zarateña cuando todavía no éramos padres de familia, metiendo su irónica cuchara con dolor, con coraje y con sinceridad, y me ha anunciado ahora un destino en la literatura.

Miguel Benasayag, filósofo, psicoanalista, publicista prolífero y atrevido, sarcástico, implacable y de inimitable humor, desde París o bien en nuestros frecuentes encuentros en Buenos Aires, ha sido para mí como el tábano sobre el bruto, manteniéndome despierto y alentándome siempre a ver los vínculos entre el pasado y el presente.

El editor Jorge Gurbanov, quien se arriesgó, una vez más, a materializar la aventura.

Y, por último, en esta mezcla de géneros, metió su aguja —con compromiso y paciencia— la experta mano de la correctora Susana Rabbufeti Pezzoni, un lujo que pocos escritores pueden darse.

Índice

Introducción

Las vivencias relatadas en este libro pertenecen a dos décadas recientes de la vida de los argentinos, las que, no obstante, empiezan a ser historia. Tiempo que se puede puntualizar más o menos en los dos lustros que van desde 1966 a 1976, la década de los llamados "setentistas" —la que, desde luego, registra antecedentes— y que se prolonga hasta 1983 con el advenimiento de la democracia representativa como forma de gobierno estable, hasta nuestros días. Y rescato el término "setentistas" ante la ausencia de un sustantivo mejor para evitar monopolizaciones excluyentes por parte de las diversas identidades políticas que protagonizaron la época.

Con el vocablo "vivencias" intento definir un modo de enfocar el relato de hechos, circunstancias, relaciones con personas, en los que estuve activamente involucrado. En mi forma expositiva se entreveran los géneros literarios: testimonio, memorias, ensayo. Me propongo reflejar de esta manera la alucinación de la revelación, el humor, los amores y odios, la tragedia y la comedia constituyentes del drama, porque —al decir de Ortega y Gasset— la vida es, en rigor, drama.

Por eso este libro está pensado y trabajado como literatura que privilegia la reseña de la vida cotidiana, los sentimientos de los protagonistas, en aquel contexto de grandes relatos épicos y doloroso final. Porque a veces tengo la impresión de que se conoce sólo una historia, la épica y la tragedia, cuyo desenlace dejó como saldo exilios, torturas, prisiones, muertes y la novísima figura del "desaparecido", vocablo este tan resignificado en Argentina, que se lo pronuncia en castellano en la mayoría de las lenguas europeas. Pero ese luctuoso final oculta la potencia vital de una generación que creyó poder poner fin a un mundo de hipocresías lanzándose a una aventura en la que entregó lo mejor de sí misma y cuyo principal "exceso" fue la búsqueda de la justicia. ¿Podríamos preguntarnos si puede haber exceso de justicia?

En 1955, con bombardeos de la aviación naval que dejaron cientos de civiles muertos en la Plaza de Mayo, un golpe militar autodenominado "Revolución

Libertadora" derrocó al general Juan Domingo Perón, presidente constitucionalmente elegido, quien ejercía el poder con una buena dosis de autoritarismo, sin dudas, pero que había creado un Estado de bienestar, llamado Justicialismo, que dejó como saldo indiscutido un sentido de protagonismo, y sobre todo de dignidad, en la clase trabajadora, la que logró en un par de años las conquistas sociales por las que había luchado durante décadas. El gobierno militar *de facto,* violando la Constitución Nacional y el estado de derecho en nombre de la democracia y la libertad, proscribiría a ese movimiento político mayoritario, implementando una dura represión, incluidos fusilamientos de militares leales a la institucionalidad y el asesinato de militantes peronistas.

Sin embargo, el peronismo, superando las formas más insólitas de ilegalidad, sostuvo una lucha de 18 años por el regreso de su líder. Por lo demás, el peronismo constituye, como es sabido, un movimiento nacional en cuyo seno se desarrolló un mosaico de tendencias a veces concurrentes, a veces opuestas, y hasta antagónicas, que marcaron la peculiaridad de la historia argentina a partir de la segunda mitad del siglo pasado.

En 1958, la dictadura militar convocó a elecciones manteniendo la proscripción del peronismo. Perón, desde su exilio, estableció un pacto con quien había sido quizás el más tenaz y a la vez más leal de sus opositores, Arturo Frondizi, un brillante dirigente de la Unión Cívica Radical Intransigente, quien asumió la presidencia con un programa "desarrollista" muy amplio, que creó grandes expectativas democráticas en la nueva generación que asomaba a la vida política. Al poco tiempo, este presidente traicionó el pacto, traicionó sus convicciones y provocó en la masa de jóvenes una frustración que se transformó rápidamente en radicalización.

Así, se empezó a formar lo que luego habría de llamarse "el campo popular" —en el cual la resistencia peronista era mayoría, pero lo constituían también numerosas corrientes no peronistas, insoslayables en esta historia. Ese campo popular, acicateado por la contrarrevolución "libertadora", que minaba día a día el Estado de bienestar, y estimulado por un contexto mundial de ofensiva de las tendencias populares, incubaba un cambio revolucionario. Primero había sido la guerra de Argelia contra el colonialismo francés, después la Revolución Cubana que sacudió a la América toda y más adelante la guerra de Vietnam donde un pequeño pueblo del sudeste asiático vencería sucesivamente a tres imperios: Japón, Francia y los EE.UU. Desde luego, es imposible olvidar, por parca que sea esta reseña, las revueltas generacionales; un amplio arco que iba desde los *hippies* y la lucha por los derechos civiles norteamericanos, pasando por la radicalización de los jóvenes

europeos, del oeste y del este, hasta los guerrilleros latinoamericanos, y cuyo paradigma libertario fue el Mayo francés, y sus expresiones trágicas, la masacre de Tlatelolco en México y la llamada "Primavera de Praga".

Es de apuntar que el núcleo social del proceso en la Argentina era el movimiento obrero organizado, el que, en ese momento de máxima industrialización, desarrollaba una ofensiva por la defensa de las conquistas ganadas durante aquel Estado de bienestar peronista, con la fuerza y tenacidad propias de esos momentos en la historia en que las clases sociales oprimidas se deciden a ser sujetos. Paralelamente, los estudiantes transitarían dos décadas de movilizaciones que los llevarían a fusionar sus luchas con las de la clase trabajadora; el punto de partida, en 1958, había sido la lucha entre "laica" y "libre", es decir, por la defensa de una educación secular, estatal y gratuita. El gobierno de Frondizi no pudo mantenerse: un nuevo golpe cívico-militar lo derrocó. Al poco tiempo hubo un nuevo llamado a elecciones —siempre con la proscripción del peronismo—, de donde surgió un gobierno con sólo el 22 por ciento de los votos; por lo tanto, jurídicamente legal, pero políticamente ilegítimo.

Esta continua intervención de las FF.AA. en la vida política de la Nación, la ausencia del estado de derecho (puesto que, o bien gobernaban los militares, o bien con las administraciones civiles el "estado de sitio" era la norma) y la falsa antinomia peronismo-antiperonismo iban creando la sensación de una situación de guerra civil larvada que alimentaba la idea de que estaba llegando *"la hora de las armas",* percepción que se extendía cada vez más en la población con la expresión compartida: *"en este país hay que cortar cien mil cabezas".* En todo caso, la diferencia pasaba por la elección de las cabezas que había que cortar. Para el peronismo, en general, era la consecuencia no resuelta de las guerras civiles del siglo XIX, encerradas en la contradicción pueblo-oligarquía; para los marxistas que habían asumido la lucha hacia el socialismo por la vía del Estado Nacional, sería la continuidad de las guerras de la Independencia; para otros grupos más heterogéneos —entre los que me contaba—, era la puesta en tensión de la lucha de clases, oportunidad para impulsar la ruptura revolucionaria sin parar mientes en "etapas". Y para muchos más, era sencillamente la rebeldía contra la hipocresía y la injusticia simbolizada en la frase de J. P. Sartre: *"Sólo en la acción hay esperanza".*

En 1966 el general Juan Carlos Onganía tomaba el poder en un golpe de Estado autodenominado "Revolución Argentina", el que vendría a demostrar la sabiduría de la Biblia: *"Quien siembra vientos cosecha tempestades".* Esta vez la dictadura adujo su razón de ser en la llamada "Doctrina de Seguridad Nacional" impulsada por los EE.UU.; doctrina que consistía en dar un giro de 180 grados a las

hipótesis de guerra de los Ejércitos Nacionales, trazadas para defender las fronteras nacionales de eventuales enemigos externos, y volverlas contra el "enemigo interno", contra la propia población. Así, América Latina vivió el espectáculo de pueblos ocupados por sus propios ejércitos.

Y esas tempestades se expresaron a corto plazo con una serie de insurrecciones locales tipo puebladas, que fueron bautizadas con el sufijo "azo": correntinazo, rosariazo, mendozazo... para hacer eclosión en el ya legendario cordobazo. Y fue entonces cuando los jóvenes más decididos de la época, peronistas y no peronistas, asumimos como inevitable el camino de las armas bajo la consigna de *una nueva y definitiva guerra de la independencia.* Hay que decir también, para no quitar el cuerpo a la responsabilidad, que tal camino no era inevitable; de hecho, otros grupos no lo siguieron. Fue una opción, la opción que consideramos podría terminar con la permanente indefinición en un país como la Argentina, que parecía ir del desarrollo al subdesarrollo. Por otra parte, muchos aceptamos la consigna "guerra de la independencia" como una concesión "táctica" al nacionalismo revolucionario. Por ello, esta vez, a diferencia de la Revolución de Mayo de 1810, la independencia sería "nacional y social". Según este ideario, marcado por Ernesto Guevara, no habría ya más lugar en la Argentina, ni en América Latina, para supuestas burguesías nacionales que capitanearan un capitalismo progresista —como planteaba el marxismo oficial—: la liberación nacional sólo podría ejercerla la clase obrera acaudillando a todo el pueblo, en un largo proceso de liberación cuya resultante —en nuestro credo— no podría ser otra cosa que el socialismo. La genuina liberación nacional debía contener la liberación social. Sería la autonomía frente al imperialismo norteamericano, que ejercía el neocolonialismo, y a la vez la emancipación —mediante la socialización de las riquezas naturales y de los medios de producción— del capitalismo argentino, que explotaba a los trabajadores. Y como si algo faltara para cumplimentar aquella metáfora bíblica, desde el seno de la propia Iglesia Católica surgió la "teología de la liberación" con su *Biblia latinoamericana,* instrumento ideológico de los "sacerdotes para el tercer mundo", quienes, en su mayoría, identificarían en la masa peronista el sujeto-pueblo para la liberación nacional y social.

Entre otros contingentes emergió también, desde las entrañas del trotskismo (PO, Palabra Obrera) unido a un movimiento regional indigenista (FRIP, Frente Indoamericano Popular), el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores), con una ideología declaradamente marxista-leninista, a punto tal de considerarse los *legítimos* comunistas, ya que aquellos que llevaban ese nombre (Partido

Comunista) lo habían bastardeado, en las últimas décadas, por pereza mental, por burocratismo militante y por haber quedado prisioneros de los intereses nacionales de la política exterior de la Unión Soviética.

El PRT crearía en 1970 al ERP —Ejército Revolucionario del Pueblo— como instrumento armado para derrotar a las FF.AA. que habían usurpado el gobierno y ocupaban el territorio nacional. Con la fórmula: *"de lo chico a lo grande, de lo sencillo a lo complejo, las armas las provee el enemigo",* llevada adelante por jóvenes que habíamos hecho de esa actividad el centro de nuestras vidas, en poco tiempo el ERP se convertiría en la fuerza político-militar militarmente más poderosa de Argentina y, sin dudas, la guerrilla urbana más desarrollada de América. Tampoco puede subestimarse su inserción en el movimiento obrero —en particular, en el de la gran industria— y su influencia en las llamadas "capas medias". Que esa notable inserción no se haya correspondido con una igual proporción en influencia política es un hecho que afectó a todas las organizaciones armadas, incluso las de identificación peronista, y es tema para otra ocasión.

El PRT era la dirección política del ERP, el que a su vez constituía una organización más amplia. Todos los miembros del PRT éramos, a la vez, miembros del ERP y estábamos obligados a efectuar operaciones armadas. Pero no todos los miembros del ERP eran militantes del partido.

Mi desempeño en el PRT-ERP abarca desde la creación de la Regional Zárate del partido en 1968, mi participación en la fundación del ERP como delegado al V Congreso en 1970, luego mis responsabilidades como miembro del Buró Político a partir de 1972, más adelante asumir la secretaría general a la muerte de Mario Roberto Santucho en 1976, para culminar con los intentos de reconstrucción de la organización fuera del país.

En el contexto brevemente apuntado —por demás lejos de ser abarcativo—, el PRT-ERP sacudió la vida política del país, por ser la primera organización marxista-leninista que tuvo la firme voluntad de tomar el poder y llevar ese propósito a la práctica hasta las últimas consecuencias, fiel al postulado del Che: *"En una revolución verdadera se triunfa o se muere".* Y, en efecto, el PRT-ERP murió, física y políticamente, en la prosecución de su objetivo. Los intentos posteriores de reconstruir el PRT-ERP —que mencioné más arriba— para retomar la iniciativa no fueron llevados a cabo ya por aquel vivo colectivo orgánico PRT-ERP, sino por grupos de sobrevivientes.

El ERP se había hecho conocido nacionalmente, con una velocidad inusitada, por sus audaces —y las más de las veces ingeniosas— operaciones armadas durante la dictadura de Onganía-Lanusse, período entre 1970 y 1973, en

que la guerrilla urbana había logrado la simpatía generalizada de la población por ser la avanzada de un vasto movimiento de oposición que obligó a la dictadura a ensayar una "farsa electoral", la que fue rebasada por la potencia de la lucha política, social y armada, que la transformó en verdadera apertura democrática, con un llamado a elecciones que llevó al peronismo de retorno al gobierno después de 18 años de proscripción.

Pero la conquista del gobierno por parte del peronismo con el apoyo mayoritario de la población no significó la pacificación ni mucho menos. A partir de la "masacre de Ezeiza" en 1973, en la que millones de peronistas, que se concentraban en las cercanías del aeropuerto de Ezeiza para recibir a su líder en su regreso definitivo al país, fueron atacados por otras fuerzas también peronistas con el resultado de cientos de muertos, la violencia política adquiriría una dimensión incontrolable, confusa y, sobre todo, insoluble, porque parecía una guerra civil que se dirimía dentro de un mismo movimiento político. Por su parte, el movimiento obrero incrementaría en forma notable su actividad de protesta. Sólo basta señalar que en el período de seis meses entre enero y junio de 1975 hubo más huelgas en Argentina que en diez años en toda la América Latina. Este conjunto de hechos entrelazados y, sobre todo, el enfrentamiento de Ezeiza pusieron al desnudo la falacia de la antinomia peronismo-antiperonismo. La contradicción siempre había sido y es —aunque esto suene hoy en día a ortodoxo o *demodé*— entre capital y trabajo. Téngase en cuenta que la mayor acción huelguista que hemos reseñado, ejecutada por sindicatos en los que la presencia peronista seguía siendo mayoritaria, se llevó adelante contra el gobierno peronista que encabezaba Isabel, la viuda de Perón.

Esto explica en parte cómo en ese nuevo contexto de frágil institucionalidad, en el que desde el propio seno del Estado se ejercía la represión ilegal mediante bandas armadas que se llamaron "Triple A" (Alianza Anticomunista Argentina), el PRT-ERP se desarrolló de un modo torrentoso, mayor aún que durante la dictadura de Onganía-Lanusse, creando notables estructuras clandestinas en todos los aspectos de su organización. Política, propaganda, militar, logística, financiera; una sólida estructura de cuadros, un dirigente de la talla de Mario Roberto Santucho, el más cabal heredero del Che, y sobre todo, una moral de combate (no sólo en el sentido específicamente militar) con una potencia militante pocas veces registrada en la vida política argentina.

Así fue posible que el PRT se transformara en una maquinaria militante arrolladora, con producciones de propaganda escrita medibles en toneladas, y que el ERP, además de cientos de pequeños combates, realizara los más grandes

ataques armados a bases militares, a la sazón, en América Latina, y desarrollara una guerrilla rural en la provincia de Tucumán.

A partir de 1975, en que huelgas y manifestaciones obreras contra las medidas económicas de Celestino Rodrigo (el "rodrigazo") obligaron a la renuncia de tres ministros de Estado, haciendo tambalear al gobierno de Isabel Perón, pero sin lograr dar respuesta a la consecuente crisis política, la represión pasó a manos directas de las FF.AA. con un salto en el nivel de crudeza, la potencia del movimiento de masas empezó a declinar y el PRT-ERP, arrastrando errores conceptuales y "tácticos", no pudo evitar el aislamiento y comenzó a agotar sus fuerzas en mantener una ofensiva militar que dejó como resultante una posición debilitada a la hora de enfrentar a la nueva dictadura militar que ya estaba en camino.

Porque con la instauración del terrorismo de Estado por la dictadura militar encabezada por el general Videla en 1976, el movimiento popular sería derrotado mediante la represión más feroz que conociera la República Argentina, y el PRT-ERP, incapaz de adoptar una táctica defensiva, no podría sobrevivir. El aislamiento político, la caída en combate de Mario Roberto Santucho, la desarticulación por prisión, muerte en acción o desaparición forzada de la estructura de cuadros, militantes y combatientes, la destrucción de la infraestructura clandestina marcarían la muerte política del PRT-ERP.

Hasta ahora, en general, diversos ensayistas e investigadores hemos tratado de explicar este proceso y las causas de la derrota. Y ello tiene su razón de ser en aquel "aprender de los errores", atentos a que la lucha entre capital y trabajo continúa y continuará en otras circunstancias. Por ello es que, sin pretender agotar el tema ni mucho menos —tema, por otra parte, inagotable—, es necesario también intentar comprender la genealogía de los hechos que posibilitaron la puesta en tensión de semejantes energías revolucionarias en aquellas circunstancias dadas. En particular, la conformación y persistencia de una organización política que, asumiendo la trascendencia de los grandes relatos de la Ilustración, creyendo luchar por un futuro, ejerció, sin embargo, como ninguna otra, la inmanencia existencial en un vivir con toda su intensidad la libertad en un presente.

En mi libro *Hombres y Mujeres del PRT-ERP - La pasión militante* puede leerse al final:

"¿Qué pasó en la Argentina de 1966 a 1976 para que una fracción del trotskismo, unida a un grupo de confusos ideales, sin vinculación inicial con el

movimiento de masas histórico, sin lazos con eventuales grupos castrenses disidentes y sin antecedentes de trayectoria militar, pasara a ser la organización político-militar potencialmente más poderosa de la época obligando a las FF.AA. a emplear recursos extraordinarios para derrotarla?

"Hoy aparece claro que Argentina vivió entre 1955 y 1989 una permanente crisis de gobernabilidad. Algún estudioso había hablado de una situación de 'guerra civil larvada'. Lo cierto es que entre 1966 y 1976 se puede hablar de una especie de 'insurrección prolongada', sin tomar esto como una categoría política, sino sólo como una analogía. Un estado de permanente movilización de masas expresado en luchas económicas medibles y pesables, pero con motivaciones político-sociales no tan fáciles de determinar. Es evidente que la intervención casi permanente de las FF.AA. cada vez más 'salvadoras de la patria' agudizaban las contradicciones transformando la violencia social y política en expresión directa de violencia armada.

"En ese contexto político-social, el cual encajaba en un determinado contexto mundial, surge la guerrilla, no como causa sino como consecuencia. La precoz preparación de las FF.AA. para la guerra antisubversiva y la instauración de la Doctrina de Seguridad Nacional mucho antes que el surgimiento de la guerrilla es elocuente en cuanto a causas y consecuencias."

Hombres y Mujeres del PRT-ERP - La pasión militante fue escrito entre 1983 y 1987 e intentaba ser un ensayo visto "desde adentro", testimonial, analítico y autocrítico —para aprender de nuestros errores y de los ajenos—, que contribuyera tanto a comprender la época como la particular experiencia de la "guerrilla marxista", sin pretender neutralidad pero prometiendo la mayor rigurosidad con respecto a los hechos. En tal sentido no sólo contiene el relato de la historia de esa organización sino que está avalado por numerosa documentación. Con ese libro y los publicados posteriormente por otros autores: A *todo o nada* de María Seoane; *La voluntad* de Eduardo Anguita y Martín Caparrós; *Por las sendas argentinas* de Pablo Pozzi; *Los últimos guevaristas* de Julio Santucho; *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo - De los setenta a La Tablada; La batalla de Monte Chingolo* de Gustavo Plis; incluso, *A vencer o morir - Lotta armata e terrorismo di stato in Argentina* de Rolo Diez (editado en italiano) y las colecciones de documentos publicados por Eudeba en 1998, o por la prensa en nuestros días, el lector interesado puede tener un panorama abarcativo de esa historia.

En este trabajo que presento ahora, no me propongo analizar estrategias, tácticas, doctrinas ni ninguno de los elementos propios del tratamiento de las

ciencias sociales. Aquí quisiera mostrar, y parcialmente, en aspectos de la vida cotidiana de mujeres y hombres concretos, con nombres propios, en carne y hueso, la constitución de la fuerza de la subjetividad. E insisto con la palabra "mostrar", para tomar distancia del objetivo científico de "demostrar". Aquí no se reflejan tanto razones como pasiones; más que inteligencias, deseos; más que héroes, actos, muchachos y muchachas sencillos, que vivieron, disfrutaron y amaron en unas circunstancias en donde la muerte estaba a la vuelta de la esquina. Aquí ni se analiza ni se rescata la épica. Se intenta narrar la vida —repito—, porque quizás sólo conociendo esa intimidad, pueda comprenderse una historia que aparece teñida de irracionalidad. Tal vez en ella pueda aplicarse el dicho: *"El corazón tiene razones que la razón no comprende".*

Reencontrarme treinta años después con cada uno de los personajes, vivos o muertos, recorrer aquellos entornos y las decenas de otras personas vinculadas, reconciliarme con algunos, confirmar alguna bronca persistente —porque el corazón suele ser tozudo—, rehacer la mirada sobre otros más, sobre todo los "grandes", fue comprobar la afirmación de mi amigo Miguel Benasayag cuando dice: *"El pasado existe más o menos fuerte como puro presente en los diferentes momentos históricos".*

Esta afirmación de Miguel resulta más interesante aún si se toma en cuenta el hecho de que mi generación tiene el privilegio de vivir dos épocas históricas bien diferenciadas, y que todavía no sabemos si fuimos las últimas huestes en el estertor del derrumbe de la Modernidad o los pioneros en el anuncio del surgimiento de una nueva época histórica todavía sin nombre.

Por eso es que los personajes están pintados como se me aparecen en el presente, como mi espíritu los siente hoy, sin por ello renunciar a brindar la información verídica. Doy mi palabra de que los hechos que narro aquí fueron reales. Pero vistos a través de mi subjetividad, relatados en estilo coloquial (a veces en forma de diálogo, otras casi monólogo interior); sobre todo, porque de no ser así, algunos no serían creíbles. Por otra parte, he organizado los textos de modo tal que pueden leerse como un conjunto que mantiene cierta cronología y al mismo tiempo como semblanzas o anécdotas independientes.

¿Por qué se titula *Los perros?* "Perros" nos habían puesto de mote los cordobeses, con ese humor que los caracteriza y por razones —diríamos— *onomatopéyicas,* ya que por un lado la sigla "PRT" (Partido Revolucionario de los Trabajadores) en acento cordobés suena como *peerre, peerre,* y por otro lado "ERP" (Ejército Revolucionario del Pueblo) lo completa con el *erp, erp, erp,* como

ladrido de ruidosos canes. Para colmo, cuando ellos se referían a una persona que simpatizaba con el PRT- ERP sin llegar a incorporarse, decían: *"Fulano no es perro pero mueve la cola".*

"La historia es tuya", me dice mi amigo Reino en uno de nuestros diálogos. Y es cierto, ésta no es —como ya dije— ni una historia oficial ni una historia objetiva, ni siquiera es una historia. Es mi recuerdo del pasado trocado en presente.

Unos personajes están dibujados en particular, otros aparecen aquí y allá, actuando en varias situaciones, que es también una manera de mostrarlos. Para algunos lectores, aquellos que participaron de la época, faltarán muchos nombres, quizás sobrarán algunos. Para mí, faltan —aunque están presentes en mi memoria afectiva— muchas personas valiosas que conocí a lo largo de mi militancia y también cientos de episodios que viví con pasión, pero en algún momento quizás ellos logren exigirme su derecho a ser los protagonistas de otro libro. Admito que son escasas las mujeres y ello obedece, en parte, a las trampas de mi memoria y, en parte, al no asumido machismo de una organización que, teniendo un alto contenido femenino entre sus componentes, sólo tenía dos mujeres en un Comité Central de cuarenta miembros y ninguna en el Buró Político.

Tengo que explicar, sin embargo, una ausencia física que debería ser insoslayable en estas páginas: mi hermano Rodolfo, sindicalista y militante del PRT, secuestrado y desaparecido en abril de 1976. No he escrito sobre él. No pude hacerlo a pesar de que su espíritu me ha seguido todo el tiempo. Por momentos, el hermano de Reino, Guillermo, de su misma edad —también secuestrado y desaparecido— se me cruza con Rodolfo, y esto es más de lo que mi dolor puede soportar. Ahora mismo, al llegar a este renglón, no sé cómo seguir. Entonces levanto la vista y me atrevo a mirar la foto de mi hermano menor sobre mi escritorio, quien, sonriente y desenfadado como siempre, me dice: *"Dejate de dar vueltas, sordo, y empezó de una vez por todas, que ésta no es tu historia, sino nuestra historia".*

Luis Mattini

Buenos Aires, mayo de 2006

Capítulo I

POR QUÉ ME LLAMAN "LUIS MATTINI"

Acerca del origen de un "nombre de guerra"

Desde ya lo advierto: no voy a hablar de Juan Arnol Kremer Balugano, porque no voy a hacer aquí mi autobiografía. Sólo contaré el origen —que muchos consideran divertido— del nombre que aún mantengo como identificación con una historia personal y asumida.

Es sabido que la adopción de seudónimos en la militancia clandestina tenía como objetivo ocultar la identidad legal. Las instrucciones de seguridad aconsejaban usar nombres propios evitando sobrenombres que pudieran facilitar la identificación de la persona.

Hay sobrenombres que pueden ser redundantes: "Gato" para quien efectivamente tiene cara de gato, o llamar "Petiso" a alguien que es bajo, y así de seguido con otros por el estilo. Los militantes cordobeses eran un peligro en este aspecto, pues ponían sobrenombres originales, pero, dado su proverbial y envidiable sentido de la observación, resultaban "quemantes". (Recuérdese que a Eduardo Angeloz, el ex gobernador de Córdoba, le decían "Lavarropas"; por mi parte, he conocido a un tal "Calefón" y hasta a un "Cara de Revólver". Es de no creer y, sin embargo, cuando uno observaba con atención se daba cuenta de que cada uno de ellos, tenía, respectivamente, *cara de* lavarropas, de calefón o de revólver.)

En general, los militantes solían elegir nombres de los grandes revolucionarios mundiales de todos los tiempos: Carlos, Federico, Nicolás, Ernesto, Eva, Tania, Rosa, etc. (Por obvias razones, nadie se ponía Fidel ni Juan Domingo.) Yo opté por "Luis" por dos motivos: primero, porque lo había adoptado ya en mis tiempos de militancia en el grupo PRAXIS, en los primeros años de la década del sesenta, por admiración a Beethoven, y segundo, porque no se correspondía con el

de ningún revolucionario conocido. Y en cuanto al apellido "Mattini" que lo acompaña merece un párrafo aparte.

Un día del año 1970 un contingente de veinte miembros del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y combatientes del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) partimos para un curso de dos meses en Cuba, entre ellos Hugo Alfredo Irurzún (Santiago), Carlos Germán (Mauro), Carlos Ferreira (Lucas), Nélida Augier (Pola). El viaje se hacía vía Chile, en donde en ese momento gobernaba Salvador Allende, y el MIR chileno nos facilitaba el paso. Desde luego, todos viajábamos con documentos falsos, que no se referían ni al nombre legal ni al seudónimo. La intención era llegar a Santiago (por distintas rutas) y allí se suponía que de inmediato abordaríamos un vuelo de Cubana de Aviación hacia La Habana.

Era la primera vez que yo viajaba al exterior, pero siempre fui una persona informada sobre el mundo y sabía, o por lo menos tenía en cuenta, unas cuantas cosas más que mis compañeros de viaje. Por ejemplo, que en Cuba escaseaban las medias (que ellos llaman "calcetines"), también los cosméticos, que las hojas de afeitar eran de origen soviético y de una calidad tal que después de enjabonados había que decir: *"Patria o Muerte"* y luego atreverse a pasar la maquinita por la barba. Y, por supuesto, que allá no habría yerba mate. De modo que les recomendé a los compañeros que estaban a mi alcance que cada uno se asegurara de llevar esos enseres y también que cargara con dos o tres kilos de yerba, calculando que tres kilos por veinte da sesenta kilos, cantidad que consideré aceptable para los dos meses previstos de ausencia.

Ahora bien, dos cosas conspiraron contra mis sesudas previsiones de matero devoto: la primera, que la mayor parte de mis compañeros no llevó nada, y la segunda, que quedamos varados en Chile veinte días debido a los clásicos problemas organizativos de los cubanos.

Ante esa circunstancia, el MIR nos alojó en sus casas de seguridad. Por nuestra parte y rápidamente nos organizamos para la que creímos (¡oh, ilusos!) sería una espera de dos o tres días.

Durante el correr de las horas hicimos cursos, practicamos gimnasia, mantuvimos charlas con el MIR sobre la vía chilena al socialismo, contribuimos a la preparación para la resistencia al golpe de Estado en el país hermano (golpe que, ya en ese año 1970, se anunciaba todos los días), hicimos guardias nocturnas para prevenir posibles atentados de los "momios", organizamos la cocina (reprendiendo a más de uno que creía que el churrasco con ensalada era menú universal y protestaba contra los porotos chilenos). En fin, plena actividad regimentada desde

la siete de la mañana hasta las nueve de la noche. Los chilenos que nos acompañaban no entendían esa manía de los argentinos de madrugar.

Desde luego, también fuimos a algunas movilizaciones de la Unión Popular, vimos y escuchamos a Allende con ojos y oídos hipercríticos por su "reformismo". Nos asombramos de la legalidad de las acciones de masas de la izquierda, pero también de las libertades para la derecha que conspiraba más o menos abiertamente; en fin, "excesiva democracia" para nuestro gusto leninista. (Ahora —y fuera de ironías— reconozco que el gobierno de Allende fue una de las democracias más completas de que se tenga memoria.)

En realidad, la mayor parte del tiempo la pasábamos encerrados. En cada reunión de grupo en que participaba, me encargaba de que no faltara el mate, que por lo común yo mismo cebaba. Fue así como un rosarino juguetón (al que recuerdo perfectamente, pero de quien no he podido retener su nombre de guerra), cada vez que me veía llegar desde la cocina —pava en una mano, mate y bombilla en la otra y papeles bajo el brazo—, decía: *"¿Qué hacés, Matini?"* (o *"llegó Matini",* o *"esperen, falta el mate de Matini").*

Por otro lado, prácticamente todos los días nos preparábamos para partir al día siguiente, pero siempre, a último momento, el viaje se suspendía. Y así pasaron tres semanas. Pero como el tiempo es menos objetivo que lo que uno cree, aquellos veinte días, en la pasión de la militancia, eran una eternidad, y nos resultaba inconcebible "perder" más de una quincena fuera de la acción.

Y, ¡claro!, empezamos a consumir la escasa yerba que habíamos llevado. Ya prácticamente —y para mi desesperación— se nos estaba acabando. Pero yo sabía que en el mercado de Santiago de Chile se podía comprar, así que cuando al fin llegó la efectiva víspera del viaje, le pedí permiso al responsable para ir a adquirir unos veinte paquetes de un kilo de yerba cada uno, con la intención de distribuirlos en las maletas de varios viajeros. Pero el chileno me dijo que él se encargaría de comprarla. A las pocas horas regresó superando mis más altas ambiciones. Traía treinta kilos de yerba a granel en una bolsa. (Al verlo, me vino el recuerdo de cuando yo era niño y también en la Argentina se vendía la yerba suelta.) Este matero no podía creer el tesoro que tenía ante sus ojos, por lo que de inmediato pedí que alguien se hiciera cargo de mi maleta y, a pesar de mi traje y corbata —ya vestido para la partida—, cargué el saco de yerba al hombro como un estibador portuario hasta el aeropuerto de Pudahuel.

Al llegar al aeropuerto, despaché la bolsa sin problemas. Luego fui a migraciones, para el trámite de salida. En cuanto presenté el pasaporte —que estaba a nombre de Adolfo Reinsen, si mal no recuerdo—, el funcionario me

preguntó: *"¿Segundo apellido?".* Yo tuve uno de esos momentos en que los seres humanos demostramos hasta qué grado puede llegar la estupidez surgida de la soberbia y le empecé a discutir. *"Los argentinos no usamos segundo apellido".* Era la arrogancia populista e ignorante de confundir aristocráticos apellidos compuestos con el uso del apellido materno, común a toda la América española. El chileno no demostró fastidio por mi tono y con una lección de cortesía me indicó que él tenía que escribirlo en su planilla. Yo no capté en ese momento la lección, por el contrario, me enfurecí más y golpeando con el índice la hoja del pasaporte abierto le dije: *"¿Qué quiere? ¿No ve que aquí no figura?".* El funcionario insistió en que era su obligación escribirlo en el parte de salida de pasajeros, y yo, bien maleducado e irresponsable, le ironicé, inconscientemente con la verdad: *"¿Y qué quiere que haga, que lo invente?".* Pero el aduanero, evidentemente perplejo por lo que para él era una obviedad, respondió casi de la manera de quien afirma que cuando llueve cae agua: *"¿Cómo se llama su mamá, pues?".* Y en esa fracción de segundo el sonido de la palabra "mamá" me hizo tomar conciencia de mi estupidez, hecho grave en esas circunstancias. Y tal vez por la misma vergüenza de la imbecilidad y el riesgo, me salió una sonrisa de disculpas y dije con inesperada tranquilidad: *"Ah, claro, tiene razón, desde luego, Mattini". "¿Martínez?"* —preguntó. *"No, no, Mattini, con doble t."* Y así pasé, sin más problemas que haber quedado rabioso conmigo mismo.

Pero la historia no termina aquí.

Finalmente abordamos el *Britania* turbohélices de Cubana de Aviación que venía del tiempo de la Segunda Guerra mundial. Nuestro contingente —que ahora se había reunido— pareció considerar que a bordo del avión era territorio libre de América y la mitad por lo menos de ellos se comportaron como futbolistas argentinos, haciéndose notar por el ruido, con bromas del tiempo de los *Cinco grandes del buen humor.* El responsable quiso poner orden, pero no fue necesaria la represión pues la jarana terminó cuando el *Britania* —a diferencia de los aviones actuales— se apostó a la cabecera de la pista, trabó con los frenos las ruedas y empezó a elevar la velocidad de sus hélices (con lo cual el aparato se sacudía de proa a popa como si fuera a desarmarse). Los pequeños "guevaras" se llevaron el susto de su vida. La mayoría se puso más serio que perro en bote. Cuando los cuatro motores llegaron al máximo y ya las alas aleteaban como los cóndores, hamacando asombrosamente los pesados motores, el piloto soltó los frenos y la "bestia" salió disparada por la pista sacudiéndose más aún que rodando sobre un pavimento desparejo, hasta que levantó vuelo raudamente y el tembleque cesó. ¿Qué me dice? ¿Que por qué yo no me asusté? ¡Oh, claro!, no por ser más valiente,

sino porque como metalúrgico tenía una mentalidad muy mecánica, y para mí, los aviones son el medio más seguro de viajar, sobre todo aquellos que combinan turbinas y hélices.

La Habana, Cuba.

Ya arribados y al atravesar la portezuela de la nave, sentí, por un instante, que estaba en Tucumán: el olor a azúcar impregnaba el aire.

Pisamos tierra cubana con un sentimiento de musulmanes en La Meca. Hasta a los menos dogmáticos nos embargaba la emoción.

En la aduana nos revisaron concienzudamente el equipaje, e iban cambiando los envoltorios de papel de diario por bolsas de nylon. Algunos fuimos mal pensados y creímos que lo hacían para censurar el ingreso de diarios capitalistas, pero cuando le tocó el turno a mi preciada bolsa el funcionario me dijo: *"Esto no puede pasar, compañero".* Me agarró un ataque. *"¿Por qué no pasa?". "Pues mira, por control de las epidemias, hay prohibición severa de ingresar hierbas que no vengan envasadas. Por eso también les quitamos los papeles, pues podrían traer gérmenes. El imperialismo, chico, nos bombardea también con bacterias". Yo* insistí denodadamente, pataleé, grité, aludí que era la yerba que tomaba el Che y que por eso era tan valiente... Pedí hablar con Fidel Castro... En fin, no me dieron bola. Pregunté finalmente, casi con lágrimas en los ojos: *"¿Y qué van a hacer con esta bolsa?". "Pues se quema inmediatamente". Y* allá se fue mi tesoro, en una carretilla rumbo al crematorio. Treinta kilos de yerba a granel, el mejor regalo que me haya hecho en la vida el MIR chileno.

Ya ingresados, sin yerba, nos hicieron pasar a una sala VIP donde tuvimos el premio consuelo de probar por primera vez el daiquiri. Allí nos explicaron con más detalles la cuestión de la agresión bacteriológica de la CIA y las severas medidas que se cumplían para contrarrestarla. Y, en efecto, en el tiempo en que estuvimos en la isla pudimos comprobar los controles, incluso debimos cruzar por badenes de cal para cortar el paso a las bacterias.

Pero entre nosotros la cosa se tomó con el típico humor perretiano. La expresión era: *"Le quemaron la yerba a Matini".*

La cuestión fue que tuvimos dos meses de veda matera. Cada cubano que pasaba por el campamento —y que había estado con el Che— se interesaba por nuestra penuria y nos traía diversas hierbas que —según ellos— había probado Guevara. Por fin, llegó un compañero de Buenos Aires con una caja con veinte paquetes de yerba argentina correctamente envasada.

Entre Chile y La Habana, "Matini" se me instaló como apelativo.

De regreso al país y al asumir responsabilidades en la dirección nacional del PRT adopté "Mattini" como apellido, adosándole una "t" extra para darle un toque de mayor credibilidad.

Y todavía queda un corolario. Muchos años después, y siendo ya secretario general del PRT, dimos una conferencia de prensa en Roma. Al inicio, para hacerme el simpático con los italianos, les recuerdo que *"mi nonno era nato in l'Italia"* —lo cual es cierto, mi apellido materno es Balugano, mi abuelo nació en el Piamonte—, y nada menos que Saverio Tuttino, el periodista de *La Repubblica* y especialista en América Latina, quien estaba en primera fila, dice muy suelto de cuerpo: *"Se nota, se nota: 'Mattini, Mattini', veramente italiano".*

Capítulo II

MAESTROS HETERODOXOS

Gateando entre el arte y la política

Juancho era amigo de mi padre. Quizás el único que tuvo en el rigor que merece esa palabra. Amigo desde la adolescencia, a punto tal que —según me contaron— mis padres se conocieron a través de él. Una amistad extraña en un sentido y lógica en otro, como se verá. Ambos compartían la rebeldía frente a la chatura del mundo que los rodeaba. Al menos la chatura que ellos sentían. Apasionados del arte y la literatura, combinaban la vida al aire libre —naturistas y adelantados ecologistas, consideraban "arboricidas" a españoles e italianos—, sus salidas por las islas del Delta del Paraná, con largas tertulias, a veces con guitarra, en el rancho de Juancho (valga la involuntaria rima).

Porque además Juancho tocaba la guitarra.

Esto es poco decir; en realidad, él era un virtuoso de este instrumento, con el que mantenía una relación casi religiosa, y sentía un arrogante desprecio hacia la inmensa mayoría de los ejecutantes profesionales y aficionados. Para Juancho, en la Argentina había sólo dos guitarristas dignos de tal calificativo: Abel Flaurí y María Luisa Anido. Cuando él tocaba había que hacer un silencio total, igual que en una sala de conciertos. Si alguien interrumpía, dejaba la guitarra inmediatamente. Nunca pude saber si se le rompía la inspiración o simplemente era una pose.

Mis recuerdos vienen desde que yo gateaba. Papá me llevaba a lo de Juancho, generalmente después de la cena, y mientras las mujeres conversaban en cualquier otra parte de la casa, ellos charlaban sobre los griegos, riéndose a carcajadas homéricas, burlándose de la zorrería de Ulises y admirando a Aquiles, emulando su desdén por Roma, a quien llamaban "la segundona de Grecia", sin parar mientes en que la yerba usada y acumulada en papeles de diarios amenazaba con desbordar la mesa. Que yo recuerde no bebían, pero los puchos aplastados por sus patagónicos pies alfombraban el piso de ladrillos. Cuando ejecutaba, las manos

del músico no dejaban ver la guitarra. Los trémolos de "Recuerdos de la Alhambra" o las fugas de Sor y las milongas sureras eran arrancados por esos "racimos de chorizos", se enredaban en los tirantes del techo, mientras mi padre recogía la pava, desde el calentador *Primus* que ronroneaba en el piso, con sólo tres dedos hacia arriba, para cebar unos chorreados mates. A mí me distraían con los chiches más elementales, entre los que podía incluir la propia escena, pero a veces ellos dejaban por un rato a los griegos, Nietzsche, Schopenhauer y sus diatribas contra Kant, para divertirse con mis niñerías.

Juancho se apellidaba Fernández. Juan Fernández Klausich, hijo de Fernández, de rancia estirpe española, castellana, según él, para mejor cepa, y de madre probablemente campesina croata, que pretendía haber pertenecido a la alta finura vienesa, aunque no hablaba alemán. La familia vivía en Villa Florida, un barrio periférico de Zárate, casi una colonia yugoslava, con sus Pesich, Mirich, Draguisevich y otros *-ich,* invadido a partir de la década del cincuenta por entrerrianos.

Puesto que nosotros vivíamos de casa en casa y hasta de pueblo en pueblo, solían pasar largos meses sin que los dos amigos se encontraran. Pero cuando se reunían era como si abrieran la página marcada donde habían dejado de leer.

A medida que yo iba creciendo aumentaba mi atención sobre sus conversaciones, y más allá del eclecticismo —el que años después me llevaría a agrias discusiones con mi padre—, el entusiasmo y el goce con los comentarios sobre la literatura de Cervantes, Quevedo, Calderón, Espronceda, Víctor Hugo, Jack London, Vargas Vila, Manuel Gálvez o Thomas Mann, las sinfonías de Beethoven, las arias de Lili Pons o las óperas de Wagner (escuchadas por Radio del Estado), el desfile del teatro clásico a través del programa *Las dos carátulas,* el culto al genio universal de Leonardo, Goya o Velázquez, apreciados sólo en láminas, como así también la historia —natural y humana—, Maeterlinck, Haenke, Ameghino, Marañón o Kepler, se me fueron contagiando. Creo que debo agradecer a esas tertulias mi pasión por la literatura y el arte y mi —por lo menos, inconsciente— resistencia a los dogmas.

Juancho podía tirar al aire un puñado de disparates todos juntos y con total impunidad, y tanto él como mi padre gozaban a carcajadas de su propio desparpajo. Cierto es que muchas veces manipulaba con su prodigiosa memoria y su florido lenguaje. Pero esos sonambulismos de ideas contenían a veces verdades, cuando no eran creaciones del ingenio. Podía afirmar, por ejemplo, que España era indominable ya que a un español sólo lo podía derrotar otro español (San Martín,

Bolívar o Artigas habían sido, a fin de cuentas, españoles), que Stalin había aprendido a gobernar de Hitler, que Gardel al que llamaba desdeñosamente "el Mascarita"— desafinaba, o que los pueblos americanos tenían ancestros germánicos y por ello Hispanoamérica era un pueblo destinado a civilizar a Occidente. Pero al mismo tiempo, su sensibilidad artística le permitía captar lo que frecuentemente estaba vedado para las rigideces de las Universidades y las ortodoxias de las Academias en las distintas disciplinas del saber humano. Así podía afirmar que en la milonga pampeana estaban presentes "las selvas beethovianas" y que la guitarra de Tárrega o Sor, en la que se anidaba el genio de España, era digna de sentarse al lado del gran Bach, o que el tango estaba llamado al altar de la música clásica. Habrían de pasar décadas —Astor Piazzolla y Narciso Yepes de por medio— antes de que las academias reconocieran estos exabruptos.

Era, en efecto, una extraña amistad, pues Juancho se diferenciaba de mi padre porque a partir de la adultez dejó de llevar a la práctica las cuestiones esenciales de su forma de pensar. No practicó su rebeldía. Hablaba del mundo odiando la chatura del pueblo, pero nunca se atrevió a salir del círculo entre su casa en Villa Florida, la fábrica de papel y los paseos por el cercano Paraná. Se jubiló sobrepasado en edad y años de servicio. A mi padre, en cambio, le decían "el Gitano", pues nunca se quedaba quieto por largo tiempo en un lugar y, para colmo, los azares de la actividad política le hicieron recorrer el país y el mundo, superando no pocos prejuicios propios del estrecho espíritu pueblerino.

Juancho trabajó, en verdad, más de treinta años en la misma empresa. Fue un obrero de planta que siguió el escalafón durante toda su vida, desde peón hasta conductor de máquina. Es curioso que siendo —como hemos visto— algo más que alfabetizado, mejor dicho, un hombre cultivado y con notable habilidad manual, nunca desarrollara en la fábrica un oficio artesanal. Podía haber sido un excelente ebanista (como mi padre, por ejemplo). Tan notable habilidad tenía, que además de los muebles de su casa, Juancho construyó con sus propias manos sus canoas y su velero, *El Turbión,* único en el Zárate de aquellos tiempos. Era un autodidacta, sin relación utilitaria con el conocimiento. No escapó a la tentación de buscar la cuadratura del círculo y hasta se metió con el teorema de Gödel, hoy uno de los referentes en la actual ruptura epistemológica. Cuando yo cursaba el sexto grado, tuve dificultades con las matemáticas, y recuerdo que él me enseñó a extraer raíces cuadradas y cúbicas, y luego, ya en la secundaria, los primeros rudimentos del álgebra y los logaritmos.

"Librepensadores", como se decía en la época, aristócratas dentro de su clase —y de un sofisticado machismo que rescataba, no obstante, el supuesto papel

del matriarcado de las tribus germánicas—, furibundamente antiimperialistas, en particular anti-anglosajones, ateos naturistas, con un nacionalismo ni clerical ni populista, iluministas fanáticos sobre el papel de la educación, románticos en última instancia, estos dos amigos eran la expresión más cultivada de una franja de la población de esa Argentina de entreguerras en la que se estaba gestando una revolución social más o menos pacífica, aunque intolerante (expresión ignorada o desdeñada por las corrientes analizadoras de la política y la sociología).

Poseía Juancho su propia ética: antiperonista, por los aspectos —para él— demagógicos y payasescos del régimen, se alineó sin embargo, espontáneamente, en la resistencia peronista después de los bombardeos a Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955. Lógico, la Marina era sinónimo de Inglaterra. Lo inverso había ocurrido décadas atrás, cuando los dos adolescentes, fervorosos republicanos, salían a boicotear las representaciones franquistas durante la guerra civil española. Llama la atención cómo ellos podían diferenciar entre franquismo ultracatólico y el paganismo nazi, por lo común, embolsados en la categoría "fascismo" por los simplistas de las ciencias sociales.

Pasados mis veinte años, dejé de ver al amigo de mi padre por más de una década. Por lo demás, ahora ellos se veían sólo esporádicamente, ya que mi viejo se había transformado en un marxista —por ventura, no dogmático—, pero con el cuerpo puesto en la ola de los años setenta.

Juancho, por su parte y sin salir de su rancho, siempre estaba más o menos informado de lo que ocurría por todos lados, y puedo presumir que no aprobaba la conducta de su viejo compañero.

Un día, cuando mis padres estaban ya en la semiclandestinidad, se hicieron una discreta escapada hasta Zárate, impulsados quizás por la nostalgia. Paseaban por la costanera, testigo de tantas andanzas juveniles, cuando se toparon con Juancho que venía con los remos al hombro, luego de haber "trapeado" por el Paraná. Alborozado encuentro, empañado al rato nomás, cuando el guitarrista, comentando la situación del país, empezó a despotricar contra esa juventud subversiva que se creía llevar el mundo por delante. Mi padre acusó el impacto de la poco sutil indirecta que caracterizaba el estilo de su amigo y que quizá reflejara, en el fondo, más la impotencia de no poder ser que una firme convicción. Lo cierto es que quedó muy decepcionado. Mi madre, siempre concreta, le dijo: *"No le des importancia a lo que dice ese gallego loco".* Y creo que fue la última vez que se vieron.

Tiempo después, en mis funciones como responsable del ERP de la región, fui a una reunión de una célula compuesta por trabajadores de Celulosa Argentina S. A., y en medio de una charla informal uno de los miembros me dice muy serio: *"Hoy me hice una panzada de marxismo con uno de los conductores de máquina". "Algún militante del PC"* —dije como de perogrullo. *"No* —me respondió—, *un viejo anarco que escupe palabras como si fueran las virutas de un torno automático".* Esa curiosa imagen tan expresiva, quizás sólo entendible por los metalúrgicos, me transportó a la velocidad de la luz a aquel rancho de Villa Florida, con el calentador *Primus* en el piso y la parva de yerba sobre la mesa. Vi la figura del amigo de mi padre, su cuerpo atlético y huesudo, algo caído de hombros, quizás de tanto agacharse para pasar por las puertas o para saludar a la gente de estatura común, recordé el teclado de su dentadura de marfil en contraste con su rostro moreno, tallado a hachazos, en contrapunto con el brillo arltiano de su mirada y ese mechón sin canas a lo Armando Bo, que hacía suspirar a las damas más discretas, y me lo pude imaginar mezclando frases de Vargas Vila y Belisario Roldán con el materialismo dialéctico y el Che Guevara, bajo el ruido de la máquina, en plena producción de papel de diario, frente a media docena de obreros entre incrédulos y medio burlones, pero en el fondo fascinados, que lo escucharían como si estuviera ejecutando su guitarra.

Un alemán espartaquista y ortodoxo

Don Enrique Giesch era alemán. Más alemán no podía ser.

Trabajaba en Celulosa Argentina S. A. de Zárate como oficial tornero, con un dominio del oficio que se había hecho legendario, probablemente el tornero más capaz de toda la región. Sin embargo, no se trataba de una persona querida por sus compañeros de trabajo porque gastaba una particular manera de relacionarse, con prácticas de compañerismo que no siempre iban de la mano con los que lo rodeaban. Se cuenta que en una oportunidad otro tornero debía hacer una rosca muy especial en el torno y ni el operario, ni el capataz, ni el jefe de sección sabían cómo solucionar el problema. Don Enrique los miraba desde arriba, por así decirlo y, cuando el dictamen del jefe fue rotundo: *"Esto no se puede hacer",* el Alemán se acercó y dijo: *"Yo hago".* Hablaba perfectamente el castellano pero de vez en cuando le salía algún pifio. El jefe, un ingeniero mecánico, miró sorprendido a este singular obrero y le explicó que tal rosca no se podía hacer porque los números de los engranajes de ese torno no permitían la combinación para lograr el paso de

rosca buscado. El rostro del Alemán enrojeció contrastando con sus cabellos blancos; pero él echó la cabeza hacia atrás e insistió. Finalmente el jefe se encogió de hombros y accedió. Don Enrique se puso frente a la máquina, hizo cálculos con tiza en una pizarra, intercambió engranajes, revisó la cuchilla reprobando con una mueca el afilado y echó a andar el motor. Se habían arremolinado varios operarios, pero el Alemán no miraba a nadie, giraba y contragiraba el charrión con movimientos precisos. Al cabo, pidió el cartabón de prueba y la rosca estaba perfecta.

Actitudes de este tipo creaba entre los obreros una mezcla de admiración con antipatía, pues se hubiera esperado de un compañero que enseñara a su colega a hacer la rosca sin que los jefes se enterasen. Todo el mundo consideraba al Alemán un "bocho", pero era tal la distancia de los conocimientos de este hombre con respecto a cualquiera de la fábrica —obreros, empleados o personal técnico, sin exceptuar a los ingenieros— que nadie tenía una idea cabal de los alcances de sus saberes.

Lo conocí a fines de los '50, cuando yo transitaba los diecisiete años siendo él director de la Biblioteca Popular José Ingenieros. Me había topado con textos marxistas y empecé a tomarlos en préstamo en masa. Desde luego, me agarré un empacho de órdago, pero insistía. El Alemán tenía la sana costumbre de revisar la lista de socios que retiraban libros y se fijaba qué y quiénes leían. Una tarde llegué y devolví dos ejemplares —creo que *El 18 brumario* y *Las luchas de clases en Francia*—, y cuando estaba revisando el fichero, llegó don Enrique con los libros en la mano y me preguntó con áspera cordialidad: *"¿Usted ha leído esto?". "¡Sí, sí, claro!"*—le contesté. *"¿Y entendió usted?". "Bueno... claro, sí, bueno...". "No, usted no entendió".*

Yo era un adolescente con toda la pedantería de la edad y bastante más *de motu proprio* y por lo tanto me chocó tajante afirmación. El Alemán retrocedió un poco —figurativamente hablando—, dulcificó el tono y allí empezó a ser mi maestro en el mismo momento en que pronunció: *"El marxismo es una concepción del mundo y hay que estudiarlo con método".*

—¿Sabe usted álgebra? —me preguntó de golpe.

La pregunta me supo descolgada.

—Sí, claro —respondí intrigado.

—Entonces, sabe que no puede aprender álgebra si antes no entiende aritmética.

Don Enrique había sido militante del grupo espartaquista en Alemania, mientras estudiaba filosofía. Hablaba y escribía cuatro lenguas vivas y dominaba dos muertas: alemán, francés, inglés y español, latín y griego antiguo. Demás está decir que el castellano lo ejecutaba mejor que la mayoría de nosotros, aunque a veces no podía evitar ciertos yerros en la fonética, como por ejemplo pronunciar "foidal" por feudal. Con él fui adquiriendo un marxismo antistalinista y a la vez alejado del trotskismo, si bien no dejaba de arrastrar lastres economicistas. Podríamos decir un marxismo típicamente alemán. Sin embargo, machacaba: *"El marxismo no es una doctrina, el marxismo es vida".*

Acostumbrábamos llegar a la Biblioteca alrededor de las seis de la tarde, coincidiendo con varios concurrentes, y se charlaba un par de horas en torno a los acontecimientos del día. Cuando el tema lo ameritaba, se improvisaba una conferencia un poco más organizada. Por ejemplo, recuerdo que en los días de la gran huelga ferroviaria en resistencia al plan de Frondizi de levantar ramales, nos reunimos unos quince amigos y el Alemán nos dio una charla sobre la historia de los ferrocarriles argentinos. Cualquier tema que el viejo tocaba lo hacía con conocimiento de causa. Empezaba o terminaba jugando con el efecto de las frases. En este caso empezó diciendo: *"El primer ferrocarril argentino fue construido por argentinos y con capitales argentinos".* En una época en que seguía fresca la discusión sobre los beneficios y las contras de los ferrocarriles estatales y, sobre todo, en que mucha gente sostenía aún la superioridad de los ingleses, esta primera frase sorprendió.

Con la cuestión peronista peleaba con todos los izquierdistas gorilas, y sin miramientos lingüísticos. *"No sea burro, esto no es pan y circo, el peronismo no es pancismo. El saldo del peronismo para la clase obrera ha sido su sentido de fuerza y dignidad".*

También se organizaban cursos en la Biblioteca.

El viejo había aterrizado desde Alemania en México y había venido —como quien dice— caminando por la cumbre de los Andes, estudiando las civilizaciones precolombinas, de las cuales era un apasionado admirador. Diría que un tanto esquemático y extremista, como veremos luego. Dio un curso de veinte clases sobre el tema, destacando lo que él consideraba formas de civilización superiores a las europeas, por lo menos con respecto a España. Al finalizar largó una de esas frases de efecto; dijo más o menos así: *"Camaradas, los españoles llevaron de América, la papa, el tomate, el ají, el maíz, el ananá, oro, plata, especias e infinidad de hierbas y trajeron... la viruela, la blenorragia, la sífilis y el catolicismo".*

Antihispánico y anticristiano, con una aversión epidérmica al catolicismo. Sostenía que no había documentos históricos sobre la existencia de Cristo, por lo tanto no había existido tal individuo. A raíz de semejante afirmación, un día tuvo una pelea fenomenal con mi padre. Pelea más significativa cuanto que ambos eran ateos. Mi viejo le retrucaba que la Historia no está registrada sólo en los textos objetivos, sino también en los mitos y en el arte, particularmente en la literatura, y que tanto la Biblia como los Evangelios eran literatura. Don Enrique se irritó sobremanera cuanto este ateo (además, de sangre alemana) ironizó: *"¿O usted cree que Santos Vega o Martín Fierro no existieron?". "¡Mitos!"* —gritó el espartaquista queriendo cerrar la discusión. *"Tiene razón, don Enrique* —le respondió mi padre—, *mitos, y el más grande mitómano sería Goethe".*

En otra oportunidad, nos dio un curso sobre la historia de los papas, la historia del clericalismo y también todo un estudio sobre cien años de marxismo. Este último era un marxismo vivo. Hoy pienso que demasiado ortodoxo para mi gusto, con mucho de Marx, Hegel, Engels y la escuela alemana, algo de Lenin y Trotsky, y poco de Gramsci y la praxis italiana, aunque con menciones destacadas a Mariátegui, sin llegar a profundizarlo. Por lo demás, recomendaba a Carlos Astrada para el estudio de las categorías de la dialéctica. Con los enemigos ideológicos, era intelectualmente brutal. Un día, el jefe de la Acción Católica local, profesor de Lógica, escuchó una de sus conferencias sobre filosofía y luego le preguntó, un tanto provocativo, cómo se podía definir al comunismo. *"El comunismo es la negación de la negación"* —le respondió. Como el otro manifestó no haber entendido, el Alemán le dijo agriamente: *"Estudie también a Hegel, no sólo a Santo Tomás y a Aristóteles".*

También tenía sus mañas con respecto a los amigos, despreciaba la superficialidad. Así, un día en que estaba revisando el libro de registro de socios, observó que el Gordo Madera —personaje del cual ya hablaremos— había retirado en préstamo *La Madre* de Máximo Gorki, y me comentó despectivamente, pero como dándome una lección de lo que no debe hacerse: *"Mire usted, en el Cine América están dando la película* La Madre. *Madera la fue a ver y ahora viene a buscar el libro".*

Además, recomendaba que un cuadro medio de un partido revolucionario debía estudiar por lo menos tres horas diarias en confrontación con la militancia cotidiana.

En realidad, la fuerza de don Enrique era su debilidad. Su fuerza estribaba en la rigurosidad y solidez de sus conocimientos y en la manera de abordarlos. Su debilidad, en las consecuencias, precisamente, de semejante rigurosidad, que lo

hacía caer, a veces, en increíbles esquematismos, con una cuota de eurocentrismo e intolerancia religiosa. Y quizás el máximo defecto era su refugio en el determinismo en contraste con su faceta flexible. Desde luego, esto era moneda común en la época, pero de todos modos ya estaba el Che Guevara rompiendo todas las ortodoxias. Al respecto, don Enrique era un admirador de la Revolución Cubana y de este guerrillero que empezaba a ser leyenda. Sin embargo, cuando se refundó el Partido Comunista de Cuba y se instituyó partido único en la isla, identificando al partido con el Estado, y se ilegalizaron las demás fracciones de la izquierda, el Alemán puso paños fríos a nuestro entusiasmo: *"Saben que yo no soy trotskista, pero expliquen ustedes por qué no puede haber un partido trotskista en Cuba".* No supimos o no quisimos contestar. Sabíamos —o sospechábamos— que él haría papel mojado nuestros argumentos.

El sentido común latino atribuye a los alemanes un carácter flemático, frío y tranquilo. Si ya de por sí éste es un prejuicio, don Enrique se ocupaba de desmentirlo poniendo en evidencia el real temperamento teutónico. Literalmente estallaba en furia. Una vez, por pedido de Pippo —un fanático militante del PC, que luego se enamoró de Jauretche, se pasó al nacionalismo popular, después a la derecha, para finalmente terminar como policía federal en la dictadura de Videla—, compramos un *Manual de Filosofía* soviético. El viejo ya lo miró de mala manera cuando lo desempacaron, luego lo abrió, buscó la "N", "Nietzsche", y leyó en voz alta: *"Filósofo alemán, ultrarreaccionario, precursor del nazismo...".* Su rostro tomó el color de las granadas maduras y comenzó a gritar: *"¡Esto es la barbarie, no lo hace ni siquiera el imperialismo! ¡Los neonietzscheanos en Alemania eran antifascistas!".* Desde luego, ahí mismo organizamos una charla sobre la filosofía de Nietzsche.

A los pocos años, el viejo se jubiló de la fábrica y se mudó a un pueblito olvidado en la provincia de Santa Fe. Perdimos prácticamente el contacto con él, pero de todos modos yo ya estaba muy lanzado a la actividad militante participando en cuanto ensayo y aventura política se presentaban. Así transcurrió el tiempo y las experiencias políticas se fueron agotando. Vino el golpe de Onganía, que llenó de confusión, zozobra o entusiasmo a medio mundo. En mi caso, consideré el golpe como una avanzada del fascismo en Argentina. La Biblioteca Popular José Ingenieros fue clausurada por actividades políticas y nos abocamos a largas tramitaciones para levantar la clausura.

En verdad, yo me encontraba desazonado, puesto que tenía la convicción de que el onganiato iba a ser el fascismo criollo. Seguí firme en mis actividades

sindicales, pero no encontraba salida política. En esas circunstancias, se me ocurrió escribirle al viejo. Debo aclarar que yo no le había escrito nunca, pues imaginaba que un hombre que se carteaba con los grandes personajes de la vida intelectual y política de varios países no me llevaría demasiado el apunte. La cosa fue que le escribí una carta en la cual le decía que estaba un tanto desorientado, pero seguía con mis actividades en los sindicatos, que en política no se podía hacer nada y que, por lo tanto, me iba a dedicar a estudiar en profundidad el marxismo para prepararme para el futuro. Repito, no me hacía demasiadas ilusiones de que el Alemán me contestara. Sin embargo, a la semana recibí su respuesta. Con su caligrafía pequeña y su precisa redacción en un impecable castellano, en los primeros párrafos respondía desechando mis timideces al decirme que él prefería con mucho gusto dedicar su tiempo a jóvenes entusiastas. Luego pasaba a algunas consideraciones sobre la situación política del momento, en donde no quedaba títere con cabeza, despotricando contra los carcamanes de la izquierda tradicional, el radicalismo y el peronismo, que jugaban a las escondidas con la dictadura militar. Pero la parte que realmente me produjo una conmoción, a punto tal que habría de cambiar mi vida, fue a mediados de la carta en un párrafo que decía más o menos así:

"En cuanto a eso de dedicarse a estudiar el marxismo, a esperar que las masas encuentren la salida, y le aseguro que la encontrarán... ¿Qué pretende usted? ¡Correr luego detrás de esas masas con sus maletas llenas de marxismo gritando: 'espérenme'! No, camarada, le recuerdo una frase de Goethe: 'Quien en tiempos inciertos cultiva el espíritu incierto contagia la incertidumbre...'. Siga pegado al sindicato, pero ábrase a las nuevas corrientes políticas que se están vislumbrando en el país y que no vienen precisamente de la vieja izquierda".

Dije que esa carta cambió mi vida y no exagero un ápice. Este viejo espartaquista, ortodoxo de la formación marxista alemana, actuó hacia mí —es decir, hacia la nueva generación—, y tal vez sin saberlo, con el espíritu de apuesta del Che.

El Griego: la encarnación de la ética

Fumaba constantemente cigarrillos, pero no echaba el humo al pecho. Cuando se le preguntaba qué gracia tenía fumar así, él respondía que sentía el placer del gusto

del humo en la boca. Hablaba con un acento medio metálico, con un dejo extranjero sin identificar origen, pero con una fluidez envidiable y un florido lenguaje capaz de combinar el vocabulario criollo con fuertes términos castizos adquiridos en sus contactos con los ácratas hispánicos refugiados en nuestro país. Una lengua afilada para la polémica y el lance oratorio con ribetes jurídicos. Perdió prácticamente la lengua madre, quién sabe por qué triquiñuelas de la psiquis, ya que había emigrado a la Argentina a los nueve años. Sin embargo, afirmaba que cuando quería estar seguro del resultado de una larga suma, la hacía en voz alta en castellano, pero la confirmaba mentalmente en griego.

Sí, era griego.

Uno piensa en un griego y se tienta a imaginar a Aquiles, Ulises o Agamenón. Sin embargo, Moisés Lintridis tenía el aspecto de un vendedor de paraguas callejero. Y sí, era un modesto colchonero, con colchonera propia, pero que salía diariamente con un par de ayudantes bien criollos a escardar la lana en los patios de su clientela. Descosía y rehacía los colchones mientras charlaba con las amas de casa de mil menesteres. Griego del Asia Menor, minoría nacional de una aldea sita en la actual Turquía de la que nunca hablaba. Arraigado sólidamente a este país al que amaba y criticaba y se empeñaba en empujarlo hacia el progreso. Porque cuanta institución popular había en la ciudad de Zárate registraba la firma de su paso por ella en los cargos más dispares: fundador, secretario, vocal o revisor de cuentas. Que la Cooperativa Eléctrica, que la Mutual, que el Círculo de Ajedrez, que la Biblioteca Popular, que la Sociedad de Fuerzas Vivas, en fin... y por supuesto: el Partido. El último mohicano de un partido que supo llamarse Concentración Obrera y que había sido fundado por un tal Penelón como ruptura del PCA a inicios de los años veinte. Lo particular de dicho partido —además de que existía sólo la filial Zárate y un centro en la Capital— consistía en su doctrina: acordaba con el socialismo revolucionario en el orden internacional —Cuba, Vietnam, China— y era prácticamente aliado del llamado "socialismo democrático" en Argentina —la línea de Américo Ghioldi, que a su vez era el ala derecha de la socialdemocracia.

Pero Moisés era Moisés por encima de sus enredos ideológicos. Su ética podía por sobre sus extrañas concepciones políticas. Locuaz y simpático, y sobre todo ocurrente, sabía salir airoso de las situaciones más incómodas. Él mismo contaba que, siendo presidente de una de esas instituciones en pleno peronismo, un día llegó una inspección y le preguntaron por qué no había cuadros con las fotos de Perón y Eva Perón en las paredes como era obligatorio en esos años. Pregunta embarazosa a la que Moisés respondió diciendo, como lamentando, que los

estatutos de la Institución prohibían homenajes a personas vivas. Era verdad como espíritu del grupo, pero no estaba escrito. A veces recordaban, él y sus correligionarios —quienes no pasaban de cuatro— cómo, a mediados de la década del veinte, habían fundado la Biblioteca Popular Nicolás Lenin. Cuando se produjo el golpe de Estado de 1930, la dictadura la disolvió, literalmente hablando, es decir, se allanó el local, se sacaron los libros a la calle, se hizo una buena fogata con ellos y se llevaron los muebles al corralón municipal para subasta. Moisés y sus camaradas estuvieron presos algunas semanas y cuando salieron juntaron peso sobre peso, se presentaron el día en que rematarían los muebles a beneficio del municipio y los compraron para abrir un nuevo local-biblioteca, pero esta vez con el nombre de un argentino. Así nació, el 4 de junio de 1933, la Biblioteca Popular José Ingenieros, de Zárate.

Moisés había recorrido todos los cargos de la comisión directiva, pero en la época en que lo conocí dejaba el lugar de las funciones importantes a los más jóvenes. En ese sentido, a mí me tomó de pupilo, por así decirlo, me propició primero a secretario general y luego a presidente. Por lo general, él ejercía como tesorero, y era de los buenos. Lograba el funcionamiento de la biblioteca: su sala de lectura abierta todos los días cuatro horas, pagando a un empleado para atender al público, con los recursos producidos por la cuota de los socios, prácticamente unas monedas por cabeza. El abastecimiento anual de los libros lo conseguía recurriendo a la venta de papel de diario y a una rifa para Navidad. No era una gran biblioteca desde el punto de vista numérico, pero sí muy actualizada. Sólo les pedía a los socios y a su gente conocida que le guardaran los paquetes de diarios viejos y una vez por mes tomaba la chatita de su colchonera y hacía la recorrida. Cuando acumulaba el equivalente a un gran camión, ya había apalabrado a directivos de la fábrica de papel para que le compraran a precio de privilegio por ser una entidad educativa.

¡Curioso!: este hombre que trabajaba tanto por la cultura leía muy pocos libros. Desde luego, leía el diario *La Nación* y revistas de política, pero él siempre alardeaba con que toda su cultura se la debía a los conferencistas y a su militancia en las organizaciones sociales. No intervenía para nada en la difícil selección que nosotros hacíamos a la hora de las compras de material bibliográfico. En cambio, ponía un especial empeño en organizar ciclos de conferencias todos los años en otoño e invierno. Grandes figuras de la intelectualidad argentina y hasta algunos extranjeros desfilaron por esa modesta tribuna: Silvio Frondizi, Rodolfo Puiggrós, Silenzi de Stagni, Luis Franco, Milcíades Peña, Eugenio Werden, Thelma Reca, Inda Ledesma, Leónidas Barletta, Abelardo Ramos, secretarios culturales de embajadas;

en fin... hasta hubo algunos "clásicos". Por ejemplo, cuando el conferenciante era un hombre ligado ideológicamente al PCA, se preparaba, de hecho, la contienda. Ahí estaba el propio Lintridis para abrir el debate con alguna pregunta afilada. Porque la tradición de la biblioteca no admitía conferencia sin debate posterior.

Para nosotros, jóvenes radicalizados que seguíamos al Che, Moisés era un gran tipo, pero un reformista, y tuvimos más de un enfrentamiento cuando quisimos usar el local de la Biblioteca para actividades no legales, como, por ejemplo, traer conferencistas de los sindicatos de SITRAC y SITRAM de Córdoba, ultrapolitizados. Sin embargo, cuando surgieron las primeras organizaciones armadas contra la dictadura de Onganía, en más de una oportunidad escuché a Lintridis decir algo así como: *"Al fin de cuentas estos muchachos son los que demuestran en la práctica la decisión de lucha".*

Por ese entonces yo me incorporé al PRT-ERP —en secreto, por supuesto— y durante un largo tiempo logré mantener la clandestinidad sin saber a ciencia cierta si el Griego conocía mi militancia. Desde luego, canchero y discreto, la sospechaba.

La acción política me llevó lejos de Zárate y perdí el contacto con él. Sin embargo, años después, un comando del ERP mantuvo detenido a un agente de los servicios de Inteligencia de la zona, a quien se le sacó una larga lista de personas de Zárate y Campana que estaban sospechadas de pertenecer al PRT-ERP. A la cabeza figuraban Moisés, sus hijas y sus yernos, quienes —como muchos otros de la larga lista— no tenían la más mínima vinculación orgánica con la organización guerrillera.

Cuando me enteré, viajé a Zárate y lo fui a ver para explicarle cuál era su situación y, lamentándome de que se viera involucrado sin arte ni parte, puse a su disposición todo el apoyo del partido para salir del país. Las hijas optaron por la prudencia y se fueron por su cuenta a España sin poder convencer al padre de que hiciera lo mismo. Él dijo que no era "inocente" porque había contribuido a llevar a la política a gente como yo. Que mi presencia en el ERP indicaba la seriedad de esa organización, aunque él no compartía los métodos de lucha.

No lo volví a ver hasta tres lustros después.

Tras el golpe de Estado de 1976, Moisés, casi un anciano, fue detenido, maltratado y llevado a la cárcel de Sierra Chica, donde compartió la prisión, durante varios años, con numerosos compañeros del PRT. Recuerdo los relatos de algunos de ellos sobre un viejo "socialista reformista" de Zárate, quien, padeciendo problemas de salud, era todo un ejemplo para los combatientes revolucionarios por su entereza de ánimo y sobre todo por su dignidad. Finalmente, cuando los días de

la dictadura estaban contados, Lintridis fue puesto bajo el régimen de libertad vigilada con prohibición de moverse de la ciudad de Zárate. El pueblo empezó a desfilar por la casa del colchonero a tal punto que él les advertía que no fueran a visitarlo tan seguido porque estaba calificado como "subversivo" y los ponía en riesgo. No obstante, el Griego —político de raza al fin—, teniendo en cuenta que el término de la dictadura se aproximaba, aprovechó la oportunidad y fue creando un movimiento de opinión que, llegado el orden constitucional, con la estructura jurídica del viejo Partido Socialista llevó a un notorio ciudadano socialista a la Intendencia de Zárate, quien le ganó las elecciones por tres períodos al propio peronismo.

En 1987 regresé a Zárate después de quince años de ausencia. Debo confesar que iba con un poco de... ¿cómo se dice?... "cola de paja", porque la "teoría de los dos demonios" estaba en su furor y uno no podía saber a ciencia cierta cuál sería la reacción de cada viejo conocido, tanto más cuando dicha persona podría haber sufrido alguna consecuencia directa de la represión sin haber formado parte de las organizaciones armadas.

Me descolgué por la Biblioteca a la misma hora en que solíamos encontrarnos veinte años atrás. Habían cambiado el local, el cual —dicho sea de paso— fue semidestruido por una bomba de la Triple A durante los '70. Ahora lucía un edificio mucho más grande, con sala de lectura amplia y otras dependencias. Nuevos anaqueles y mesas de lectura. Sin embargo, la vieja mesa de reuniones estaba como entonces y la divisé al fondo desde la entrada. Alrededor de ella se hallaban Enrique Palacios, Luis Caglierotti, Julio Nocetti y, como para creerlo y no creerlo, muy avejentado, un poco apachurrado, pero vivaz como siempre, don Moisés Lintridis. No me vieron entrar, me acerqué despacio y dije entonando la voz, mitad en forma de estúpida broma, mitad para quebrar mi propia emoción: *"Aquí llego desde el fondo insondable de los tiempos".* Todos giraron asombrados y don Moisés me miró largamente... Los ojos se le llenaron de lágrimas y fue el primero en romper el silencio con su voz de griego del Asia Menor transmigrado y acriollado: *"Camarada, por verlo a usted vivo, valieron la pena los años pasados en la cárcel".*

El carpintero que mató a Kennedy

Ángel Berzzini era un carpintero de ribera. Carpintero de ribera y modelista, uno de los oficios más aristocráticos de la industria naval. El mejor oficial del astillero, el único que podía construir los bujes de palosanto, cilindros compuestos por un conjunto de maderas de sección trapezoidal de tal perfección que permitía el giro del eje del barco sin dejar pasar el agua. Supongo que hoy se emplearán otros materiales tan eficaces o más, pero en aquellos tiempos el buje de madera era irremplazable en los grandes navíos.

Berzzini, que —como usted puede adivinarlo— gastaba directa sangre italiana, algo muy corriente en esa gringa ciudad de Campana, era comunista, cosa ya menos común. Según creo recordar, era el secretario del partido de la zona y a la vez secretario general del Sindicato Autónomo de Obreros de la Construcción Naval, que agrupaba a los trabajadores de los Astilleros Anglo-Argentino de Campana, una reliquia del sindicalismo anarquista.

Construíamos y reparábamos barcos, la mayor parte de cabotaje, alguno de ultramar. La industria naviera es una de las actividades productivas muy especiales. Un mundo laboral con leyes propias y atado a viejísimas tradiciones, en donde la introducción de nuevas tecnologías se llevaba a cabo en forma más lenta que en el resto de la nueva industria. Dicho de otro modo, la cuota de artesanía en esa organización industrial era, y sigue siendo, muy alta.

Por otra parte, un barco es un ser vivo y a su construcción se la vive, más allá que se esté trabajando para el patrón. *"Un edificio es un dogma, una máquina es una idea"* —decía Víctor Hugo. Digamos que un barco es algo más que una máquina, es una incógnita. En realidad, uno nunca sabe con certeza si va a flotar y mucho menos qué gentes albergará y qué mares habrá de recorrer. Por eso, cuando después de meses o años de trabajo colectivo, viene la ceremonia de la botadura, ésta es como un parto. Son dos ceremonias paralelas. La de arriba y la de abajo. La primera, allá arriba —la que todo el mundo ha visto aunque sea en el cine—, en un palco con los colores nacionales, un puñado de funcionarios y señoras gordas haciendo estrellar la botella de champaña. La segunda, abajo, donde decenas de gatos hidráulicos han depositado el barco sobre las anguileras. Un capataz, como general de campo, con el silbato en los labios y una imaginaria espada en la mano; dos hábiles operarios, con la maza en las manos, dispuestos de arqueros, y los gruístas, tractoristas y lingadores, en tensión. En esa especie de inauguración de Juegos Olímpicos falta sólo la antorcha. Silencio absoluto por un instante eterno, y luego, al sonido del silbato, dos mazazos al unísono harán saltar las cuñas claves bajo la popa y los malacates le darán el tirón inicial perfectamente coordinados. Y esa mole comenzará a deslizarse por las encebadas anguileras hacia

el agua. Primero imperceptiblemente, y luego con asombrosa suavidad, hasta ingresar en el río. Momento culminante. El barco, después de equilibrar la proa con la popa, se balanceará de babor a estribor hasta quedar por lo general algo escorado, pero felizmente flotando y será saludado con un potente ¡hurra!, de dos o tres centenares de obreros y técnicos agrupados en los planos más dispares que cubrirán los aplausos del palco oficial.

Yo había ingresado al astillero con apenas veinte años cumplidos, como herrero naval, egresado de la Escuela de Aprendices de la Marina, y ya con una modesta experiencia sindical en el gremio de ATE y un elemental bagaje de marxismo. Lo primero que hice fue tratar de reconocer a la gente de izquierda. Me encontré con que aquello era una "cueva de comunistas" con mayor influencia práctica del anarquismo que del stalinismo.

Hay que tener en cuenta que la industria naval produce un tipo muy especial de trabajador. Y, en todo caso, Berzzini era su prototipo. Porque el viejo era un artista. Tendría la edad de mi padre, quien también era carpintero. Como usted habrá observado, los carpinteros parecen adquirir el color de las maderas —dicho con mayor propiedad, el de la carpintería—, de modo tal que uno puede darse cuenta de que está frente a un carpintero aunque éste vista ropa de calle. Así fue como el primer día se me acercó, y su figura y su olor a madera contrastaban entre los fierros y el chisperío de la construcción naval. Me saludó con cierta ceremonia, dándome la bienvenida y pidiéndome que me acercara a su puesto de trabajo para afiliarme al sindicato y explicarme las reglas internas.

Allá fui, al taller de modelismos al lado de la sala de gálibos. El trazado de gálibos es el alma de la construcción de una nave y a mí me fascinaba particularmente esa profesión a tal punto que estaba pensando ingresar a la facultad para seguir ingeniería naval.

El viejo (bueno... *viejo* en mi modo de ver, porque Berzzini andaría por los cincuenta años, pero para mi atropellada post adolescencia un hombre de su edad era "un viejo") estaba detrás del banco de trabajo. Al verme entrar, sus ojos pasaron del azul al celeste, casi reflejando las herramientas de su quirófano. El cigarrillo en sus labios —ya casi pucho— mantenía, sin embargo, la ceniza entera con una forma un tanto retorcida y no se caía a pesar de los movimientos de Berzzini al hablar (habilidad con la que solía poner nerviosos a sus interlocutores).

Cadencioso, medio campechano, medio vueltero y con un timbre un tanto metálico, me empezó a explicar que era obligatorio afiliarse al sindicato, cosa que yo ya sabía de todos modos. Conversamos largo rato, y yo, conociendo su filiación

política, de puro atropellado traté de orientar la charla sobre el tema. Pero Berzzini se mantuvo prudente en ese aspecto. Nadie en esa época andaba ventilando que era comunista.

A los pocos meses era yo delegado general de fábrica, pero mis contactos más intensos los tenía con los delegados de sección con quienes debía encarar los reclamos cotidianos. En todo caso, Berzzini se encargó de asesorarme en las prácticas internas. Un delegado no podía jamás tener una conversación a solas con un jerárquico de la patronal, ni aun sobre temas específicamente técnicos de su especialidad. Si un gerente o jefe, en recorrida por el taller o la obra, se me acercaba por cualquier circunstancia, yo debía llamar a mi lado al compañero que estuviera más cerca para que escuchase la conversación. Y, desde luego, para todo reclamo en las oficinas directivas, debía ir acompañado por lo menos del delegado de la sección que correspondiera. En algunos casos más generales fui acompañado de miembros de la comisión directiva sindical y del propio Berzzini.

En realidad, y visto hoy a la distancia, Berzzini era comunista por razón y anarquista por corazón. Su lenguaje tenía más de los legendarios ácratas que de las muletillas de los militantes del Partido Comunista. No gastaba pólvora en chimangos y podía manejar su radicalidad con una orfebrería de frases como si trasladara al verbo sus habilidades prácticas de artesano. Sin embargo, en la conducción del sindicato era un viejo zorro que sabía utilizar todas las artimañas y los juegos sucios propios de los sindicalistas, tanto contra la patronal frente a la que ubicaba una muralla china de clase, como contra las demás corrientes dentro del gremialismo, donde maniobraba con astucia. Con el tiempo, empezamos a discutir de política, de marxismo y de la revolución. Desde luego, chocamos fuertemente por mi "guevarismo". El ebanista no perdía los estribos ni retrocedía como así tampoco intentaba afiliarme al partido. Sucedía que habían establecido una división de tareas, porque el encargado de reclutarme era un joven de mi misma generación que insistía cargosamente todos los días sin amilanarse por la falta de éxito.

Un día ocurrió algo que hoy puede parecer tan insólito hasta el punto de dudarse de la veracidad del relato de ese hecho. Juro al lector que fue absolutamente cierto.

Ese día, en cuanto llegué por la mañana al astillero, me abordó el Gordo Lamela, el delegado de los soldadores, un radical irigoyenista medio arrebatado, para quien la solidaridad obrera y la amistad no eran discursos sino práctica cotidiana. Tenía un papel con la lista de los comunistas conocidos del astillero —

encabezados, por supuesto, por Berzzini—, los cuales habían sido detenidos la noche anterior. El Gordo estaba juntando firmas entre los compañeros para pedir su libertad.

No era demasiado extraño que algún comunista fuese preso y se levantaran firmas por él. Pero una redada masiva, que, como lo supimos más tarde, comprendía a la mayor parte de los miembros de dicho partido de la ciudad de Campana, sonaba un poco alarmante, porque ese tipo de redadas solía ocurrir cuando había conatos de golpe de Estado.

¿Qué había ocurrido?

El día anterior, en la ciudad de Dallas, Estados Unidos de Norteamérica, habían matado a balazos al presidente norteamericano J. F. Kennedy. Y, en consecuencia, el comisario de la ciudad de Campana metió presos a todos los comunistas que encontró a mano. Nunca supe de dónde vino la orden ni qué se proponía este comisario más papista que el Papa. Por lo demás, los presos fueron liberados a los pocos días.

El macartismo fue y es moneda corriente en nuestro país y en América. Pero hay que decir que el celo de este representante de la ley deja poco lugar para la ingeniosidad del escritor de ficción. Sólo resta imaginar al señor de la madera Ángel Berzzini, sin su jardinera de trabajo, sin su libreta de apuntes y su eterno cigarrillo-ceniza en los labios, zamarreado, vapuleado y quizás golpeado, intentando responder a la pregunta: *"¿Dónde estaba ayer entre las 10 y las 16 horas?".*

Capítulo III

ASÍ EMPEZAMOS LA AVENTURA

La pandilla

Mi viejo nos llamaba "la pandilla". Curiosa pandilla ésa, compuesta por cuatro o cinco adultos más cerca de los treinta que de los veinte y yo con apenas diecisiete o dieciocho pirulos. Nos proponíamos hacer una revolución.

Apenas nos reunimos por primera vez nos pusimos *nom de guerre,* la mayoría elocuentes: "Madera", robusto, más bien gordo, metro ochenta y cinco, parsimonioso y caradura, cálido y un tronco. (Más adelante lo conoceremos mejor.) "Tala", su antípoda, casi no daba sombra, menudo y fibroso, justo como el tala, serio y reflexivo. "Paz", el "teórico" del grupo, el más "radical" de todos, orador sentencioso, siempre iba a estar a la izquierda de la izquierda, y cuya modestia le hizo elegir el nombre de uno de los generales argentinos que más admiraba por su racionalidad. Y, por último, yo, que me hice llamar "Corini", ni recuerdo por qué, más serio que lo aceptable para la edad.

Formábamos el núcleo de la célula Zarateña del Movimiento de Izquierda Revolucionaria PRAXIS, que orientaba, en el ámbito nacional, Silvio Frondizi. El grupo local se extendía hacia unos diez o doce adherentes firmes y una veintena de contactos, más los potenciales aliados. Entre los cercanos, estaba Luis Caglierotti, un obrero papelero notablemente intelectualizado, muy pasivo pero que demostraría la consecuencia ética. La Yaya, una profesora de Historia, hermana de Paz, que era el terror de los alumnos del secundario, quienes la llamaban "Ecuación de Segundo Grado con Dos Incógnitas" (porque siempre da cero), y su marido, el que las iba de una especie de Rodolfo Walsh de gabinete. También un sindicalista de la Unión Ferroviaria de apellido Fernández, al que nunca vi reír, más algunos contactos en la vecina ciudad de Campana.

Con todo lo que pueda decirse, esto no era poca cosa para empezar la revolución. Y por otra parte, ¿quién puede decir en qué momento empezó una revolución?

Nuestro centro de reunión era la Biblioteca Popular José Ingenieros, llamada popularmente "la cueva de comunistas", aunque el PC nunca había podido hacer pie en ella. Sus fundadores venían de una de las divisiones del socialismo internacional orientada por un tal Penelón allá por los años veinte y se constituían en el Partido Concentración Obrera cuya única sede la tenían en Zárate, con don Moisés Lintridis a la cabeza (véase "El griego..."). Pero la Biblioteca era una especie de territorio neutral en el cual no debía hacerse política partidaria. El alemán don Enrique Giesch (véase "Un alemán espartaquista...") nos daba cursos a todos mientras nosotros organizábamos charlas, a veces en la propia Biblioteca, otras en diversos lugares, y raramente lográbamos que don Enrique asistiera a ellas para enfrentarlo con nuestros intelectuales militantes: Silvio Frondizi, Marcos Kaplan, Aldo Comoto, Ricardo Napurí, Abraham Guillén. También estaban los *gurúes* locales. Por ejemplo, Raúl Sciarreta, que luego se destacaría en el campo de la psicología, y José Luis Goyena, quienes estudiaban en la Capital y venían los fines de semana manteniéndonos al día con Sartre, el cine de Bergman o el último libro de Luis Franco.

Zárate era una ciudad pequeña, no obstante de las más industrializadas de la provincia. Se enorgullecía —además de ser la cuna de la sociedad colombófila nacional y de los hermanos Homero y Virgilio Expósito, grandes del tango— de poseer una rica historia de luchas obreras. Las fuerzas de izquierda habían sido tradicionalmente muy desarrolladas. Como herencia de esa tradición obrera, a la sazón, el rasgo político de la ciudad era su carácter peronista. Allí el peronismo no ganaba las elecciones, las "robaba". No existía una derecha fuerte que mereciera el nombre de tal cosa, porque, por lo demás, no había tampoco una clase alta, sino más bien rémora de viejos conservadores y radicales carcamanes más populistas que aristocráticos. En todo caso, los dueños y ejecutivos de las grandes empresas vivían en Buenos Aires u otros sitios. Por eso la reacción estaba concentrada sobre todo en la Iglesia Católica y su brazo político cultural, la Acción Católica. Su periódico *Orientación* recomendaba, entre otras piezas de antología con olor a incienso, no escuchar tango pues esa música pintaba *"las miserias del pueblo, siendo éstas el alimento para ganar el reino de los cielos".* Puede explicarse entonces por qué, cuando el peronismo tuvo el conflicto con la Iglesia, los vecinos de Villa Fox —a la que llamarían "Berlín chico", por su resistencia durante la

"libertadora" — se empezaron a repartir la antigua capilla del barrio, la cual hacía años que no tenía cura. *"A mí me tocan tantas chapas, vos te quedás con tirantes, el club Dorrego se puede llevar las tejas, los bancos para la escuela N° 6..."* Desde luego, todo esto antes del Concilio Vaticano II, *La Gran Misión* y el arrollador surgimiento de los sacerdotes del tercer mundo.

Política y cultura iban juntos en el país y, como se verá, no es un descubrimiento posterior al desencanto por el derrumbe de los grandes ensayos socialistas. La Acción Católica nos disputaba el Círculo Popular de Cultura y su Universidad Popular Florentino Ameghino, institución que había sido creada por gente de izquierda. Los católicos, quienes —como ya dije— no eran curas del tercer mundo, sino portadores de los plebeyos apellidos inmigrantes venidos a pitucos: los Henricot, Ruiz Moreno, Ragazo de Fernández, Piccirilli, nos derrotaron y desalojaron en una asamblea memorable, una noche lluviosa en donde, al igual que en la primera elección por Allende en Chile, hicieron votar hasta a las ancianas docentes jubiladas, arriadas con sus mejores recursos financieros. Sus adherentes vivían en el centro y poseían automóviles. Los nuestros, en los barrios con calles de tierra, andaban en bicicleta. Nos quedó el premio consuelo de ganarles, a fuerza de triquiñuelas —la verdad sea dicha— como, por ejemplo, exigir voto nominal que extendió la asamblea por horas, el nombre para la sala de teatro a la que logramos bautizar "Vicente Primavera", en homenaje a un conocido militante popular de la región y en oposición al muy sugestivo "Belisario Roldán". "Lo ideológico" atravesaba todo y la significación de un nombre, un color, un estandarte o una bandera tenía tanta importancia como la batalla de Caseros o el cruce del Ebro.

Las reuniones del grupo PRAXIS se hacían en nuestros domicilios y con las reglas de la clandestinidad, porque, si íbamos a hacer una revolución, había que hacer las cosas en serio. Un movimiento revolucionario no debía ser legal, porque eso sería aceptar de entrada las reglas de la burguesía.

En una de las primeras reuniones que se hizo en mi casa —la casa de mis padres, por supuesto, en Villa Fox—, yo le pedí a mi hermano, quien tendría entonces quince años, que me avisara cuando llegaran dos amigos. Mi hermano estaba sentado en el umbral de la puerta de calle y era el anochecer. Al rato entró corriendo y me dijo con tono conspirativo: *"Che, che, ahí vienen dos tipos que parecen la publicidad de antes y después de tomar* Toddy". Era el Gordo Madera acompañado por Tala.

Hacíamos cursos políticos con los textos de Silvio Frondizi, *La realidad argentina; La integración mundial, última etapa del imperialismo* (en el que adelantaba la globalización), algunas prácticas teóricas, por así decirlo, sobre la

guerra y mucha propaganda. No existían funciones jerárquicas, sino responsabilidades y jefatura del grupo rotativa. Paz era el que daba "la línea", por ejemplo, aprender a manejar todo tipo de vehículos y armas que la oportunidad nos presentara, desde automóviles, pasando por locomotoras y barcos hasta tanques de guerra. Por "esas cosas raras de la vida", el único que, con el tiempo, aprendió a conducir casi todas esas máquinas fui yo.

A Tala le fascinaba la dialéctica y habíamos encontrado un ensayo tentador, *El materialismo dialéctico* de Eugenio Werden, que intentaba superar el economicismo de *Principios elementales de filosofía,* de Politzer, un clásico de la época. Después de cada reunión salíamos a pintar paredones bajo el mando del Gordo Madera, quien poseía tal entusiasmo pictórico que un día fue preso por pintar un colectivo de la empresa Cracco. Desde luego, las consignas del movimiento eran más ideológicas que políticas. Por ejemplo: *"La crisis de este gobierno es el fracaso de la burguesía. Única solución: gobierno de los trabajadores, MIR Praxis".* También vendíamos el periódico *Revolución,* del cual no he podido conservar ni un pedacito de recuerdo.

Todos teníamos empleo y algunos, además, estudiábamos. Paz seguía la carrera de técnico en química y noviaba, y era tanta su necesidad de explicar a Madera —su viejo amigo del tiempo de la UCRI, autodeclarado "revolucionario profesional"— por qué estudiaba y por qué noviaba, que hoy se me hace patente que ya entonces daba algunas señales de que su radicalismo era puro escombro y se preparaba para una vida de escalafón.

En aquellos años —como queda dicho— la política, en forma directa o indirecta, constituía parte de la cultura de la gente. El peronismo proscrito marcaba los ritmos y, lejos de diluirse como aspiraban sus enemigos, se recreaba con la nueva generación. Empezaría a ser la niña mimada de esa pequeña burguesía intelectualizada que de pronto había descubierto el "ser nacional" y lo encontraba en el sujeto peronista. Precisamente el grupo PRAXIS —que sería una especie de cantera de cuadros, digna de imitarse hoy, guardando todas las distancias— formó decenas de compañeros, los cuales, en líneas generales, posteriormente nos dividimos entre los que se fueron a fundar el peronismo revolucionario y los que preferimos caminos independientes.

En ese contexto llegó la Revolución Cubana sacudiendo a América Latina más que el mayor de sus huracanes. Desde nuestro grupo propiciamos la formación de comités de apoyo a esta revolución. Era la forma de acción política más concreta que empezamos a hacer y nos obligó a acuerdos con otras fuerzas, entre ellas, por supuesto, el Partido Comunista, que era experto en organizar acciones políticas

"revolucionarias" a favor de revoluciones en otros países. Con el peronismo no se podía hacer mucho todavía ya que en el primer año de revolución, sobre todo hasta la definición dura con la Segunda Declaración de La Habana, el liberalismo nacional identificaba el movimiento de Fidel y el Che como similar a la Revolución Libertadora. Una delegación del ejército rebelde había participado en el sesquicentenario de la Revolución de Mayo, el 25 de mayo de 1960, con sus barbas, sus boinas y su informalismo, en contraste con los cascos prusianos, los penachos y la fanfarria de los ejércitos latinoamericanos. John William Cooke tenía serias dificultades dentro del peronismo con el asunto de Cuba.

Finalmente organizamos en Zárate los Comités. Las fuerzas orgánicas eran PRAXIS y el PC, los demás se alineaban entre los llamados "independientes". Las primeras reuniones las hicimos en El Moro, un café que concentraba lo conspicuo de la ciudad. Políticos radicales, izquierdistas, sindicalistas, quinieleros, poetas, capitalistas de juego, proxenetas baratos, en fin... Allí conocí a Tito Terpín, el secretario general del PC en la región. Él decía de sí mismo que era "el sello del partido". Terpín, siempre con un traje gris, chapista de profesión, andaría por los cincuenta y tantos años, y me miraba como a una piba de quince mientras encendía el cigarrillo con el pucho del anterior. Yo era un "pendejo marxista", obrero, que sin cumplir la mayoría de edad formaba parte de la Comisión Provisoria de los *zurdos* que habían copado ATE, atributos estos que justificaban todo el esfuerzo para reclutarme para el PC. ¡Y vaya si lo intentó! Efectivamente, en ATE, la sección local de Unión Personal Civil de la Nación, había habido una crisis y el sindicato quedó acéfalo. Una asamblea nombró a una comisión provisoria en la que estábamos Rabanito y Vallejito, conocidos comunistas; Silveiro, un "compañero de ruta" de los comunistas, y yo. Al tomar posesión y abocarnos a dirigir el conflicto, caímos en la cuenta de que yo era menor de edad. Debo admitir que éstos fueron mis primeros maestros en sindicalismo.

En el café trazamos un plan de tareas, hicimos volantes y planificamos una gigantesca pintada por toda la ciudad en apoyo a la Revolución Cubana. De entrada tuve un enfrentamiento verbal con Tito Terpín por la cuestión de legalidad o clandestinidad. Yo, fiel a mis ardores revolucionarios y al adoctrinamiento de Paz, propuse que el comité debía ser clandestino para eludir la represión. Tito me trató con más conmiseración que respeto y me meloneó largo rato sobre la importancia de la legalidad. Sin embargo, ambos sabíamos que la discusión trascendía el comité en concreto para discutir concepciones. El PC —como lo demostraría siniestramente años después durante la dictadura de Videla— daba cualquier cosa por la legalidad y necesitaba argumentarlo en toda ocasión. Así puede verse que, más allá de las

tareas, esas mesas eran un foro de debate para nuestras búsquedas. Por un lado nosotros, la "pequeña burguesía desesperada" o "revolucionarios de café", según los comunistas, y por otro ellos, representantes del "proletariado maduro", que se habían percatado del "giro a la izquierda del peronismo", propiciaban el Frente Democrático como la estrategia política que se correspondía a la coexistencia pacífica lanzada por la URSS. En un momento yo argumenté que, si hipotéticamente se lograra el poder por las urnas, de inmediato vendría el golpe de Estado, porque *"ninguna clase dominante se suicida",* y la necesidad de la violencia revolucionaria. Entonces Tito me trazó un galimatías: *"No* —dijo—, *si ganamos las elecciones, la revolución se habrá hecho pacíficamente; de lo que se tratará es del uso obligado de la violencia para defenderla".* El chapista era terriblemente chicanero. Cuando el Gordo Madera presentó a Luis Caglierotti como un "marxista independiente", le comentó ácidamente: *"¿Pueden existir marxistas fuera del partido?".*

Legal o ilegal, salir de pintada era un acto que no se hacía bajo la luz del sol. Se podía ir en cana por eso, dos o tres días de calabozo o cebando mate a los policías, y tener dificultades en el trabajo. Se empezaba después de la una de la mañana, organizados en equipos que distribuíamos zonas y calles. En este caso, en "pro de la unidad", se armaron equipos mixtos y al Gordo Madera le tocó en suerte un militante del PC muy chanta. A tal punto que lo dejó esperando. Madera no era tipo que se dejara amilanar por esas pequeñeces y por supuesto se fue solo a la tarea. Se trataba de un gran paredón sobre los Talleres Callegari, a unas veinte cuadras de su casa, que tenía una excelente vista desde el tren. Cuando se hubo cansado de esperar a su par para la pintada, el Gordo apagó el calentador *Primus* sobre el que estaba derritiendo la brea diluida con queroseno, tanteó la viscosidad y, muy satisfecho, emprendió la marcha cadenciosamente, arrastrando las chancletas desde su casa en la calle Rivadavia, situada en el centro, hasta el lugar. Una vez allí escribió con su letra de arquitecto: *"El pueblo argentino pide no romper con Cuba", "MAC" "Movimiento de apoyo a Cuba".* Regresó tranquilamente a su casa y se fue a dormir. Al día siguiente algunos transeúntes detallistas habrán podido observar una línea de puntos que recorría todo el trayecto de la casa de la calle Rivadavia hasta los talleres Callegari. El Gordo no había advertido que el tacho con la brea tenía un agujerito.

El movimiento seguía en su apogeo, fiel al ritmo del país y, por supuesto, de Cuba. Los praxistas empezábamos a preguntarnos si, además de continuar con ese movimiento, no deberíamos intentar de una vez por todas hacer lo mismo que Fidel y el Che, aquí, en Argentina. Y en esas elucubraciones estábamos cuando de

repente, en la reunión ejecutiva, Tito Terpín se descolgó con una típica fantochada del PC. Primero preparó el terreno sugiriendo que habría premios (viajes a Cuba) para los militantes que se destacaran en estas actividades, y acto seguido propuso dos cosas: una, juntar dinero suficiente para comprar dos aviones para mandar a Cuba a reforzar la "aviación revolucionaria'', que prácticamente no existía; otra, preparar diez mil voluntarios como guerrilleros para enviar a defender a Cuba. Yo salté de la silla llamando involuntariamente la atención en todo el café y casi grité: *"¡Pero, con diez mil guerrilleros hacemos la revolución aquí!".* Revuelo y afirmaciones: *"No están dadas las condiciones ni subjetivas ni objetivas".* Más revuelo: *"Preparemos las condiciones entonces".* Más respuestas: *"Pequeña burguesía desesperada, provocación...".*

Inolvidable noche aquella en El Moro, cuando habiendo regresado de algunas volanteadas nos sentamos a tomar un café.

Eran pasadas las dos de la madrugada y estábamos sobre ascuas por el ataque en Playa Girón, cuando de pronto algo hizo que el dueño elevara el volumen de la radio. El informativo atronaba: *"Las fuerzas de Fidel Castro aplastaron totalmente el intento de invasión a Bahía de los Cochinos. El comunismo ganó una batalla en América y extenderá su cáncer".*

Se había hecho un silencio total en el bar y, al momento, quinieleros, izquierdistas y poetas lanzaron al unísono un *"¡bieeeennnn!"* con nuestra clandestina mesa al frente.

Una vez que la Revolución Cubana se hubo afianzado, sobre todo después del fracaso del desembarco en Playa Girón, los objetivos del MAC se empezaron a desdibujar y las perspectivas políticas a hacerse más abstractas. Lo cierto es que la pandilla finalmente se diluyó. Diríamos, en términos hegelianos, que se negó a sí misma. Nos dispersamos en otras búsquedas hacia los mismos objetivos; y de ese grupo original sólo Madera y yo persistimos y unos años después convergimos con Reino para fundar el PRT-ERP. La mayoría, como Luis Caglierotti, no aceptaron semejante aventura, pero se mantuvieron solidarios, y ello se hizo evidente, cuando la derrota del 76, con su ayuda a los presos políticos. Goyena se había ido a pelear junto con el Che a Cuba, pero no se puso de acuerdo con Guevara por un "quítame de ahí esas pajas" y recaló en París, donde hace casi cuarenta años sufre el *smog* de la rue de la Gare. El frustrado "General Paz", en cambio, de ultrarradicalizado pasó a ser muy respetuoso de la ley y el orden, a punto tal de

desentenderse hasta de los viejos vínculos de amistad con el Gordo Madera, arrojado al penal de Sierra Chica durante la dictadura de Videla.

En fin, a cuatro décadas de aquellos hechos, mientras esto escribo, echo una mirada de rutina al correo electrónico y tropiezo con invitaciones a participar en rifas, fiestas con banderas cubanas y música de Viglietti, eventos y qué sé yo cuántas cosas más para "ayudar" a Cuba. Varios grupos, muy activos, con el mismo objetivo y, sin embargo, disputando antagónicamente la representatividad de esa vieja revolución. Estoy seguro de que si preguntara por qué no volcar esa energía militante en transformar las cosas en el país, en el "aquí y ahora", tal cual lo dijimos y lo empezamos a hacer en los '60 y tal cual lo expresó con su pensamiento y con su cuerpo el Che con su metáfora *"uno, dos, tres, muchos Vietnams",* y tal como están haciendo ahora jóvenes sin rictus de frustración en la comisura de los labios, tendríamos la misma respuesta: *"No están dadas las condiciones".*

Su moral y la nuestra

El "comunicado N° 1 de Campo de Mayo", redactado —según dicen las buenas lenguas— por el Dr. Mariano Grondona, fue la declaración de guerra.

En 1966 el general Juan Carlos Onganía —como ya recordamos antes— toma el poder en un golpe de Estado autodenominado la "Revolución Argentina".

El ex presidente Perón, desde Madrid, sutil estratega, manda *"desensillar hasta que aclare".*

El Partido Comunista argentino tiene, en ese momento, uno de sus pocos aciertos cuando califica al golpe de Estado como una dictadura de carácter fascista; pero, para variar, redobla su apuesta por el Frente Democrático.

Benito Urteaga, un pibe de la juventud radical, hijo de un mentado caudillo nicoleño, intenta enfrentar a mano limpia a las tropas uniformadas en la entrada de la Rosada. Tiempo después, se reunirá con sus amigos en El Molino y declarará: *"Llegó la hora de las armas".* Pero ya no será el joven politiquero radical, sino la mano derecha de Mario Roberto Santucho.

El entonces capitán Ballesteros, cumpliendo instrucciones del Alto Mando, toma militarmente la Casa de Gobierno y saca sin muchos miramientos al presidente Illia, constitucionalmente elegido. (Cuarenta años después, sentado a mi derecha en el Aula Magna de la Facultad de Ciencias Sociales, este militar —ubicado decididamente en el campo popular ahora— empezaría su disertación sobre el tema: *"¿Es posible la reconciliación con los militares?",* diciendo: *"Nobleza obliga"* y,

de inmediato, pasaría a afirmar que esos hechos fueron los fundantes de la llamada "guerra sucia".)

El diario *La Nación* publica en la primera plana la foto del general Onganía, firme en su uniforme de gala. (Yo le pinté traviesamente unos bigotitos y el flequillo y quedó asombrosamente parecido a Hitler, lo llevé a la Biblioteca y allí lo olvidé sobre la gran mesa de lectura. Al otro día, la policía allanó la Biblioteca Popular José Ingenieros y la clausuró bajo el decreto de proscripción y disolución de los partidos políticos.)

En ese campo popular que venía gestándose desde el gran fiasco del frondizismo fogoneado por el peronismo, ante este nuevo golpe de Estado, prevaleció el desasosiego y la confusión. Para algunos y también para mí, estábamos ante el fascismo a la criolla. Para otros, el onganiato podría ser una especie de "peruanismo", ese movimiento de los militares nacionalistas encabezados por Velasco Alvarado en Perú. La CGT, por su parte, se dividió entre colaboracionistas y dialoguistas, y conocidos dirigentes políticos colaboraron con la dictadura. También, con ese aura de nacionalismo —enfermedad crónica de Latinoamérica importada de Europa—, Onganía arrastró a funciones administrativas a cuadros que venían de la izquierda.

Don Enrique Giesch, a su vez, me enviaba su visionaria respuesta a mi turbación política, la cual —como he contado en "Un alemán espartaquista..."— me cambiaría la vida.

A los pocos meses me llegó la noticia de su muerte inesperada. Hasta ese momento nunca había experimentado un sentimiento tan impensado por la muerte de una persona. Me sacudió a tal punto que quedé anonadado. Empecé a caminar sin norte por las calles de Zárate, confuso por tan extraños sentimientos. ¿Dolor por la muerte de don Enrique? ¿Dolor por ese alemán irascible, mal educado, orgulloso y genial? Don Enrique podría despertar respeto y admiración, sin dudas, pero era difícil imaginar amor hacia él. De hecho, nunca lo consideré un amigo. Mis amigos estaban en el Club Dorrego, con quienes jugaba interminables partidas de billar, uno de mis gustos juveniles. Mis amigos eran Rubén Girabolo, un fresador, peronista de Perón sin remedio, con un corazón más grande que su cuerpo; Ángel Caffiero, un tornero que demostraba mejores dotes aun para los negocios, apolítico, pragmático, buscavidas y gran deportista, tan simpático que, siendo el feo de la barra, se levantaba las mejores minas; el Negro Carlos Chuliver, quien de negro no tenía nada, modelista fundidor, un cuasi alquimista que cruzaba la astronomía con

los esoterismos y los trémolos de Sor y Tárrega con sus dedos portentosos sobre la guitarra.

Pero a esos amigos ya los veía cada vez menos.

Onganía sembraría vientos para cosechar tempestades, y estos vientos nos pondrían cara a cara con las convicciones por las cuales habíamos llenado de palabras todos los huecos de los locales sindicales, políticos y sociales, los papeles, volantes, periódicos y paredones.

La carta del Alemán había sido un mandato, su herencia teórica.

La muerte del Che en Bolivia, la herencia vivencial, el antes y el después. La ideología adquiría formas políticas concretas en el sentimiento del "algo hay que hacer", un algo que íbamos a hacer, que hicimos y que, por los caprichos de esa despótica señora Historia, se transformaría en "algo habrán hecho". Hoy sólo me queda agregar: somos incorregibles y "algo" seguimos haciendo.

Los acontecimientos tomarían ritmo de galope, de la periferia hacia el centro y del centro a la periferia. Los bombardeos al Golfo de Tonkin habían iniciado un proceso en que los vietnamitas se dirigían a vencer al tercero y más poderoso de los imperios. El Mayo francés, la masacre de Tlatelolco y la Primavera de Praga serían empardadas por nuestro Cordobazo. Los escenarios imaginados en las reuniones de "la pandilla" de PRAXIS, unos pocos años antes, cobraban cuerpo, como profecías cumplidas, aunque por caminos azarosos, y mostraban cuán sartreanos éramos a despecho de nuestras burlas a ese "pequeño burgués" parisino que había rechazado el premio Nobel y sentenciado: *"Sólo en la acción hay esperanza".*

Mientras tanto, por estas latitudes, los bastones, los fusiles y los tanques de Onganía, además de romper cabezas de estudiantes y reprimir a los obreros portuarios, abollaban también nuestras doctrinas trazadas sobre ejes cartesianos.

Don Enrique Giesch había muerto y, caminando atribulado por esas veredas conocidas de memoria, yo estaba matando al maestro para poder crecer pensando con mi propia cabeza, mejor digamos: con mi cuerpo, sin perder su recuerdo.

Ahora bien, analizados los hechos después de pasados —que es lo único que saben hacer las ciencias sociales—, el golpe de Onganía, en efecto, abrió paso al inicio de una *situación revolucionaria.* Pero quien diga que en su momento lo supo, en el sentido racional del saber, debería explicar también cómo no supo lo que iría a ocurrir después. Y, ya que estamos, que nos anticipe cuándo será la próxima *situación revolucionaria.*

En la pandilla de PRAXIS creíamos que estábamos haciendo una revolución. Por lo demás, se formaban cientos de grupitos integrados por muchachos parecidos a nosotros: muchos, como Cacho El Kadre o los seguidores de John William Cooke, con legítima identidad peronista; otros, cristianos ex "gorilas", la tomaron prestada; unos más se montaban en el movimiento real pretendiendo apropiarla. Y todos creíamos que estábamos *haciendo la revolución.*

Onganía nos tomó en serio —con esa precocidad que suelen tener los "iluminados", sobre todo si son monoteístas— y, con su "golpe preventivo", buscando cortar por lo sano, actuó como acicate para la revuelta.

Pero nuestra revolución se descubrió muy poco pulcra. Se parecía más a la gigantesca improvisación sentenciada por Víctor Hugo en *El 93,* que al *Plan de operaciones* de Mariano Moreno; al caos organizado de Manuel Belgrano que a los granaderos de San Martín; a las lanzas montoneras, que al álgebra del general José María Paz.

No se podía hablar de un imaginario colectivo, sino de varios. No era al son del himno de Vicente Fidel López y Blas Parera ni al de las marchas wagnerianas, sino al ritmo de "Los Muchachos Peronistas", las canciones de Tejada Gómez, la "Misa Criolla", la liturgia franciscana de los curas del tercer mundo o "La Internacional".

El Gordo Madera se había hecho ferroviario, guardabarreras para más señas, y viajaba diariamente de Zárate a la Capital. Se encontró con el Conejito Álvarez, quien estudiaba medicina en La Plata, y éste le habló del PRT. Me vinieron a ver a la casita en que vivía con mi familia, en la calle Chile al 1300.

El Conejito hablaba hasta por los codos de Tucumán, Córdoba y las masas avanzando sobre Buenos Aires, buscando la salida por su propia iniciativa. Yo no podía evitar recordar el vaticinio de don Enrique Giesch. Había llegado del trabajo y aún tenía puesto el mameluco de Cometarsa y lo escuchaba con escepticismo —por él y su grupo, no por las masas— y con cierto aire de superioridad, como quien está de vuelta de todo. De repente lo provoqué preguntando: *"¿Cuántos obreros tienen ustedes?". "¡Puf, muchísimos!"* —respondió exaltado—, *el partido controla gremios portuarios, de la carne, los azucareros de Tucumán, dirigentes como Leandro Fote".*

No puedo decir que me haya convencido sino más bien lo contrario; como pensar, para mis adentros pensaba: *"Más de lo mismo".* Sin embargo, había algo que excedía al propio disertante, ese "algo hay que hacer". Supongo que debería de ser el hecho del *pensar del cuerpo* (de eso que mucho después, cuando todo había

pasado, aprendí con Spinoza) y yo debí de haber sentido, en ese momento, que por ahí algo estaba pasando.

Por cierto que una cosa fue clara: sentí que había que terminar con el coqueteo y jugarse a alguna de las opciones. El partido perfecto no existiría nunca.

Entonces, esa vez, acordamos preparar una reunión con muchos invitados con el pretexto de hablar de la CGT de los Argentinos, que se estaba organizando bajo el liderazgo de Raimundo Ongaro.

El Conejito prometió enviar un cuadro a explicar la línea.

Y así llegó un viejo militante, trotskista de estirpe, al que llamaban "Ignacio", y que completaba su figura de los '60 manejando un magullado *Citroen 2cv* y fumando en una pipa que semejaba una chimenea.

Entre Reino, el Gordo y yo juntamos a unas quince personas, incluido algún ex "pandillero" de PRAXIS.

¿Y dónde cree usted que nos reunimos? Por supuesto, en el gran comedor de la vieja casa de la calle Rivadavia 636 de la familia del Gordo Madera.

Ignacio se sentó a la cabecera de esa mesa por la que habían pasado tantos intelectuales y agitadores profesionales y empezó a hablar jugando con los encendidos de su pipa. Decía que las masas habían tomado la ofensiva pasando por encima de los partidos y ejerciendo la "violencia revolucionaria" como respuesta a la violencia del régimen. Era menester armar comandos que ejercieran actos armados de vanguardia sólo un paso por delante de las masas, sólo un paso, como enseñaban Lenin y Trotsky, acompañando y elevando cada vez más la radicalidad de la lucha en un proceso de acumulación de fuerzas. El partido debía ser el artífice que lograra ese equilibrio entre el avance de las masas y la acción de la vanguardia.

Yo sentí lo que debe de haber sentido Lenin cuando descubrió los soviets, si se me permite la desmesura de la analogía. ¡Ahí estaba el nexo que buscaba! Ese eslabón perdido del marxismo, la adecuación de la teoría campesina de Guevara para la Argentina urbana y obrera. La aplicación de la guerra de guerrillas a las ciudades. La creación de la guerrilla urbana, idea muy distinta de la de los grupos armados en momentos de insurrección propiciada por Lenin y Trotsky en el modelo de la Revolución Rusa. Esa era *mi* lectura de la exposición de Ignacio que, como íbamos a comprobar después, no se correspondía a lo que él quería decir —ya que el viejo seguía siendo un ortodoxo—, sino lo que nosotros deseábamos interpretar.

Desde luego, Ignacio abundó en asuntos ideológicos sin escatimar bla... bla... bla: carácter de la revolución, nacional por su forma, internacional por su contenido, antiimperialista y socialista, vanguardia obrera, marxista-leninista-

trotskista, política frente a la clase obrera peronista, ubicación en el contexto internacional, conflicto chino-soviético, latinoamericanismo, guevarismo y castrismo; en fin, todo el rosario que la mayoría de los presentes dominaban y sobre los cuales tenían posición tomada. En ese aspecto no iba a convencer a nadie porque nadie tenía ganas de ser convencido, ya lo estaban. Por el contrario, la mayoría de los presentes salieron de la reunión como se sale de un restaurante en el que se ha disfrutado de una buena comida, satisfechos el apetito y el placer. Habían saboreado un banquete de manjares conocidos: el mundo avanzaba confirmando lo previsto por el materialismo dialéctico y este viejo luchador no hacía más que certificarlo. Sólo había que esperar el momento insurreccional y entonces cada uno cumpliría con su rol. Esperar el futuro era el dogma de la Modernidad, expresado en lenguaje racional con la categoría del "socialismo científico". Esperar el Mesías de la revolución anunciada. Ignacio les había tocado las inteligencias, no las sensibilidades. Pero otros, los menos, el Gordo Madera, Reino y yo sentimos, además, la propuesta del *hacer.*

Sí, era El Hacer (así, con mayúscula), pero no cualquier hacer. Era el *¿Qué hacer?* racionalista de Lenin, pero también el hacer de Goethe y el de Sartre corporizado en el Che. El hacer "a pesar de". El hacer que contactaba con nuestro deseo. La propuesta de los comandos como embriones de guerrilla urbana encajaba con precisión en nuestro imaginario, sobre todo, porque eran posibles e inmediatos. Ya no se trataba de "preparación", ni de "espera de las condiciones", fueran éstas la insurrección victoriosa o el entrenamiento físico para una guerrilla rural. Era el hacer "aquí y ahora", la realización del deseo condenado por la teoría de la espera, abortadora de iniciativas, con el anatema de ser la expresión de la "desesperación de la pequeña burguesía radicalizada".

Como esos artistas cuya obra al contacto con el mundo exterior, con las demás personas, excede su propia consciente intención, así el viejo Ignacio había despertado nuestros apetitos más profundos. Reino se mantenía de piedra por pura pose, pues los tonos rosados jugando sobre su piel albina no engañaban y sus ojos azules recordaban el decidido fatalismo de Belgrano frente a la batalla de Tucumán. El Gordo, por supuesto, ajeno a las especulaciones existenciales, apagando las colillas en la pila de yerba usada, repartía mates ya muy lavados, se relamía los bigotes y sus ojillos disfrutaban el futuro inmediato.

Al salir, los tres ya estábamos formando la primera célula del PRT "a pesar de" algunos remilgos, de mi parte, porque el triunfalismo del discurso de Ignacio me producía indecibles aprensiones.

Sin embargo, lo decisivo fue la propuesta del hacer en el medio: en nuestro medio, en la fábrica, a la salida del trabajo, en las noches robándoles horas al sueño y al amor. Las grandes consignas se podían llevar a la práctica. *"Armar al pueblo"* ya no significaba hacer proselitismo en una guarnición militar para sublevarla y esperar que algún día de sus arsenales salieran miles de obreros armados dirigidos por suboficiales revolucionarios o un coronel providencial. *"Las armas las provee el enemigo",* aseveración guerrillera probada en China, Vietnam y, por supuesto, Cuba, significaba ahora empezar por arrebatarle la pistola a un policía que estaba literalmente a la vuelta de la esquina, en operaciones de dos o tres compañeros minuciosamente preparadas y en donde esa minuciosidad era parte del entrenamiento. *"Aprender a combatir combatiendo", "de lo chico a lo grande, de lo sencillo a lo complejo."* Tomar la iniciativa y hostigar a las fuerzas uniformadas. Demostrar a la población que era posible, mostrando con el ejemplo. El medio —insisto— era *nuestro medio;* no la lejana selva y la montaña desconocida, agreste, con combatientes de uniforme verde oliva y boinas con estrellitas de lata —a las que recurriríamos algún día de ser imprescindible—, sino la jungla de cemento, la mimetización en las ciudades, las trincheras en los barrios, con resultados inmediatos de toda acción encarada. Estimulante, racional, posible, visible, sobre todo para hombres prácticos como Reino y yo y concretos como Madera.

Otro factor, sobre el que no se conocen reflexiones en cuanto a las características de estas novedosas guerrillas urbanas en Argentina y en Uruguay (que nada tenían que ver con el terrorismo de los grupos armados en Europa), era el anonimato. En la guerrilla abierta en los montes o en las propias insurrecciones, había lugar para la acción heroica visible u oíble. Aquí la acción era anónima, con respecto a la identidad de los actores. El hombre (o la mujer) participaba en una operación que causaba la admiración de muchísima gente y al otro día la tenía que comentar con sus amigos, compañeros de trabajo o quienes fueren, sin hacer notar que él había participado. Hasta en los informes internos sobre las operaciones armadas se evitaban los pronombres personales redactando en neutro. Y eso fue creando una ética que dura hasta nuestros días, puesto que a la mayoría de los sobrevivientes nos es de mal gusto hablar en público de nuestra participación particular en los detalles operativos de las acciones bélicas. El protagonismo como espectáculo personal estaba vedado de hecho. Y la ironía era que el anonimato sólo se rompía con la prisión o la muerte.

Por otra parte, la disposición a violar casi todos los artículos del código penal y muchos de los códigos morales no significaba, precisamente, un placer

gratuito, sino la adopción de un "debe hacerse", y la utilización de armas, "un doloroso instrumento de liberación". Por lo tanto, ello estaba acompañado por la persistente afirmación de una ética, presente en cualquiera de los pasos que se efectuaran como base para la construcción de una nueva moral. Eso era lo que muchos de nosotros entendíamos como *la esencia del guevarismo.*

Ninguna de las decisiones radicales que fue adoptando nuestra flamante célula guerrillera se tomó sin una profunda discusión, venciendo el contrapeso de la moral que arrastrábamos, esa moral de la sociedad moderna magistralmente pintada por Hermann Hesse en *El lobo estepario.* Por ejemplo, cuando se informó que se estaban asaltando bancos para financiar la revolución, yo —hombre que se suponía experimentado, con casi diez años de militancia sindical y política, que había discutido con Tito Terpín la inevitabilidad de la violencia, de la acción ilegal y de la clandestinidad— puse el grito en el cielo: *"¡Cómo vamos a asaltar bancos! ¿Es que somos chorros acaso?".* Reino me chicaneó a las carcajadas: *"¿Vas a financiar la guerra con la cuota de los afiliados, flaco?".* Fue suficiente, lo asimilé de un saque, de la misma manera en que luego comprendería la necesidad de militantes rentados, otra cosa que no me cabía en la cabeza porque me recordaban a los funcionarios del Partido Comunista en sus oficinas.

Después llegó la pistola. Como buen político latino, Ignacio informó a la regional que había formado en Zárate una célula de quince obreros. Luis Pujáis, el responsable del PRT, "piola del año cero", dividió mentalmente el informe por tres para aproximarlo a la realidad y envió de inmediato a Cacho, un *cuadro* organizador. Nos reunimos en la cocina de la compañera de Madera, en la calle San Martín de Villa Fox. Al rato Cacho desenvolvió un paquete y mostró una pistola *Tala* calibre 22. El Gordo miró con estudiada indiferencia como quien ya está de vuelta de un asunto. Reino, hombre acostumbrado a las armas en su vida de cazador en el Delta del Paraná, se interesó vivamente verificando calibres, cargadores, alcance, dispersión, empavonados y que sé yo cuántos detalles, y yo, en cambio, sentí que era el momento de cruzar el Rubicón. *Alea iacta est.*

En efecto, "la suerte estaba echada". Pero, por unos instantes, me resultó paradójica la situación, pues mi padre nos había educado en la corriente de abstención de los juguetes bélicos a los niños, como forma de no fomentar la violencia inútil. Mi viejo no era un pacifista en el sentido político, porque bien comprendía él que la historia de la civilización es una historia de violencia. Empero, odiaba la destrucción innecesaria de la vida, desde la caza deportiva hasta la agresión de las patotas por puro divertimento. A mi hermano y a mí no nos prohibía nada y, de hecho, desde chicos jugábamos a los *cowboys* y a la guerra en el barrio,

pero en vez de regalarnos un revólver nos traía un *mecano.* Por lo tanto, apenas si alguna vez había disparado yo una carabina 22. Para colmo de paradojas, aprendí el oficio metalúrgico en el Arsenal de Artillería de Marina de Zárate, fabricando y reparando todo tipo de armas, desde cañones y bombas napalm hasta fusiles y sables, incluso teníamos una materia llamada "Artillería" y hasta en una oportunidad nos dieron la divertida y algo peligrosa tarea de quemar, en hornos, millones de cartuchos de fusil vencidos, para recuperar el bronce. De todos modos, aprender a disparar un arma es mucho más fácil que construirla, y aprendí rápidamente. Aquellos conocimientos me fueron de gran utilidad a la hora de montar las fábricas de armamentos para el ERP.

De remate, yo había sido exceptuado del servicio militar como no apto por razones físicas. Aunque la paradoja no termina aquí: pues de acuerdo con la "línea" impulsada por el petardista Paz en la pandilla de PRAXIS, al momento de presentarme a cumplir el servicio militar obligatorio solicité, por escrito, destino en el Instituto Geográfico Militar, con intención de aprender cartografía. Para dar fuerza al pedido, puse como antecedentes mi paso por la Escuela de Aprendices de la Marina, el Colegio Industrial de la Nación, cursos de dibujo técnico con dominio de la geometría y otros agregados, incluido inglés que estudiaba en ese momento. Por otro lado, todos los reclutas debíamos dar un examen de alfabetización como parte de las estadísticas del ejército. Me lo tomaron en el distrito 14 y yo creí hacerlo de taquito; un dictado, las cuatro operaciones, un problema de regla de tres simple y otro de compuesta. Nunca recibí respuesta del Instituto Geográfico y en cambio me destinaron al Cuerpo de Granaderos, por la altura, a pesar de que les aclaré que apenas sabía andar a caballo. Sin embargo, al presentarme a revisión médica me exceptuaron por un problema en los pies. Ya me retiraba con esa alegría que sólo conocían quienes se "salvaban" del servicio militar, cuando un cabo me llama para firmar el resultado del examen que había dado. Ahí estaba la hoja, sucia de tachaduras, sin calificación numérica, pero arriba, destacado en letras rojas decía: "Semianalfabeto".

Capítulo IV

EN EL PRINCIPIO FUE LA ACCIÓN

De “caños” y pensamientos

Hace un tiempo, durante una charla en Paraná, me encontré con los padres de los hermanos Mc Donald. Lionel había sido el comandante de la Compañía de Monte con mayor talento y permanencia en ésta. En rigor, el mejor comandante de la guerrilla rural argentina, muerto en una emboscada del ejército. Su hermano, también del ERP, estuvo preso algunos años. La madre, que ya estaba llegando a los ochenta, me saludó con singular cariño. Fuimos a cenar después de la charla, me senté a su lado y empezó a contarme cosas de sus muchachos en aquella etapa feliz de su vida. Hablaba, con orgullo y como en presente, mientras en la mesa se discutía de la "politiquería" del momento: que si las tácticas electorales, que si el FREPASO, que si Menem y que si muchas pavadas. Ella los chicaneaba a todos, y en un momento en que alguien se refirió a una determinada persona del lugar que daba hartas muestras de oportunismo político y personal, me dijo al oído: *"¿Y por qué no le ponemos un caño?".* Como yo largué la carcajada, tuvimos que aclarar y la jarana recorrió la mesa.

Los ojos se me nublaban ante la jovialidad y el optimismo de esta anciana que había perdido a un hijo y otro sufrido años de cárcel. (Ella, como la madre de los hermanos Gertel, como mi madre y como decenas de madres —por razones dignas de comentar en otro momento, no se han agrupado en ninguna de las dos asociaciones de Madres de Plaza de Mayo— surgieron a la política por la vía de la lucha armada, desde los inicios de la formación de las organizaciones, influidas por sus hijos.) En esta ocasión, contó cómo ayudaba a Lionel a poner los "caños", que llevaba paquetes, que hacía de campana, que colaboraba con los chequeos y hasta en la búsqueda de los materiales adecuados. Festejaba con ellos cada acción cumplida. ¡Qué pasión! ¡Qué convicciones del corazón! Al mismo tiempo reflejaba la serenidad del alma y —¿por qué no? — la seguridad de quien podía asumir el dolor

por la muerte de su hijo, sin rencor con el mundo, empero sin perdón a los opresores...

Quizás por un contagio espejado de ese sentimiento maternal recordé cuando pusimos un caño al interventor de la dictadura, el mismo día de su arribo a la ciudad de Zárate. Bueno, un caño más, pero en este caso con una particularidad: lo hicimos la misma noche en que nacía mi hijo Andrés.

La iniciativa fue del Gordo Madera, político de profesión y petardista por opción: recibir al nuevo interventor con una sonora ventosidad amedrentativa, como señal a la población de que en Zárate también había gente dispuesta a resistir la dictadura. (El término "amedrentativo" es clave, puesto que poníamos todos los esfuerzos y precauciones para evitar heridos, "culpables" o inocentes, sin siquiera expectativas de destrucción material. Más ruido que otra cosa. El "caño" —palabra que viene de la época de los anarquistas, cuando era realmente un niple metálico lleno de pólvora y que la *resistencia peronista* popularizó a fines de los '50— seguía, de todos modos, siendo muy elemental en los primeros tiempos de la guerrilla. Una mezcla basada en permanganato de potasio con aluminio que se activaba por un remedo de espoleta, consistente en un tubito de ácido sulfúrico sobre un sobrecito con clorato de potasio y azúcar impalpable. El peligro mayor era para nosotros, ya que componía un explosivo muy inestable y con retardos difíciles de graduar. El poder destructivo era mínimo, pero tenía la característica de producir mucho ruido.)

En la esquina de Mazzini y Alem estaba el tanque de agua corriente de la ciudad, a la vuelta la casa oficial del intendente. El problema era el agente de consigna, que tenía la misión de vigilar el tanque y no la casa. La ventaja residía en que el hombre no podía ver lo que pasaba en la puerta de la residencia. Otro considerable inconveniente era que, por lo menos tres de los combatientes, no sólo éramos muy conocidos, sino con particularidades físicas notables. Sin embargo, todo era posible de planificar menos las opciones que se abrían a partir de la incógnita sobre la reacción del policía.

Hicimos, por lo menos, una docena de chequeos confirmando la posición del agente y el movimiento en la zona. Resolvimos llevar a cabo la operación a pie, pues "levantar" un coche en esa pequeña ciudad complicaba la acción; te conocían, podías molestar a algún vecino, y eso iba contra las reglas políticas y nuestras concepciones éticas.

La concentración del equipo estaba prevista en la casa del Gordo Madera para el 25 de junio a las 23. Armar el caño, revisar el armamento (esto último no llevaría mucho tiempo pues contábamos apenas con una *Tala 22,* unos revólveres y

el trabuco del dueño de casa, un *Colt 44* de cañón octogonal, del tiempo del lejano oeste, que no se sabía bien si funcionaba porque no tenía munición). Madera lo calzaba en la cintura "para acostumbrarse". Un día consiguió unas balas y comprobó que funcionaba dándose un tiro en un dedo. El policía tenía una codiciada *Browning* 9 mm, por lo que alguien propuso hacer doblete. Pero primaba el principio "de lo chico a lo grande, de lo sencillo a lo complejo" y tanto Reino como yo nos opusimos.

Ese día, Lilia, mi mujer de entonces, empezó a tener contracciones. Al anochecer dejamos a Gabriela, mi hija, con los abuelos, y Lilia y yo fuimos a la Clínica Lavalle. A eso de las once llegó al mundo, en un parto normal, un enorme varón, al que ya habíamos decidido ponerle Andrés. Después de las doce, en excelente estado la madre y el niño, el padre debía dejarlos tranquilos y retirarse de la clínica. Y entonces me fui, como la cosa más natural del mundo, a la casa del Gordo, donde el equipo finiquitaba los detalles operativos.

Por supuesto, usted me preguntará: ¿No pensaste que tu hijo podía quedar huérfano el mismo día de nacer? ¿No pensaste que podías ir preso y tu familia quedaría desamparada? Más sencillo aún: ¿Qué necesidad de hacer la operación justo ese día? Después de todo ustedes estaban haciendo una "guerra prolongada". Más todavía: ¿No podían haber evitado tu participación? Y las preguntas seguirán: ¿Qué pensás ahora? ¿Lo volverías a hacer?

Las preguntas se inscriben en un paradigma en donde el pensar está separado y es previo al hacer. Y a su vez ese hacer se desdobla de lo hecho. Pienso, hago, resultado. El paradigma nos ubicaba en una situación universal a la cual había que subordinar todas las situaciones y por lo tanto yo debería haber "pensado" muy seriamente y planteado a los compañeros que se me eximiera ese día de la operación. Más aún, ellos tendrían que haberlo previsto. Sin embargo, a ninguno se nos ocurrió. No se le ocurrió al Gordo Madera, que tenía noches de rocío, no se le ocurrió a Reino, poeta y filósofo nato. No se me ocurrió a mí, abanderado de la razón. Todos actuamos con total naturalidad, ya que el tema ni siquiera fue mencionado. Ahora a todo el mundo le puede parecer una locura. Pero quienes me acompañaron y yo podemos argumentar dentro de aquel paradigma: "era el deber", "los intereses de la revolución por encima de los privados" y "que el Che y que Evita y que los mártires de Trelew" y así seguir jugando a "heroicitos" con vocación de héroes, pero con tal mala suerte que sólo podríamos ser mártires y algunos ni siquiera eso: gozar del dulce encanto de la derrota.

No, amigo, no lo "pensamos", si por pensar se entiende eso. Porque si hubiéramos pensado así, como se nos pide, no lo habríamos hecho. En realidad, no

hubiéramos hecho nada. Porque pensar consistía en sentir que "algo había que hacer" y que *eso* era lo que había que hacer. Pensar con el corazón, diría un poeta; pensar con el cuerpo, afirmaría un spinocista. Porque creyendo vivir la situación universal, creyendo subordinar nuestros actos a los mandatos de una estrategia general trazada por nosotros mismos, hija de esa situación universal, estábamos en realidad viviendo una situación. Actuamos en situación. Y en situación podría parafrasearse aquello —ya mencionado antes— de: *"El corazón tiene razones que la razón no comprende".*

Por fin, el equipo se puso en marcha. El punto clave seguía siendo la actitud del policía, hecho imprevisible que obligaba a barajar muchas opciones. Barajamos todas hasta donde dio nuestra imaginación, por supuesto, menos la que resultó. Me ubiqué a cierta distancia del cana, en la vereda de enfrente, arrinconado con una compañera simulando un franeleo para vigilar sus movimientos. Si el hombre se asomaba a la esquina y sorprendía a los compañeros, nosotros debíamos hacer un par de disparos y salir rajando en sentido contrario. Confiábamos en que la sorpresa y la agilidad fueran suficiente garantía. Los dos compañeros venían desde la estación por Alem, cruzaron Mazzini, casi delante del cana, y pusieron el artefacto en el pórtico del intendente, continuando su andar como si nada. Dándoles unos minutos para acomodar y cebar el caño, nosotros, en vista de que el policía ni se enteraba, arrancamos en la misma dirección, doblamos Alem y, por la vereda de enfrente y a lo lejos, vimos a los dos compañeros. Todos nos retiramos a pie y sin dificultades a la casa operativa. Se suponía que el artefacto debía estallar a los diez minutos, pues habíamos probado el tiempo del ácido sobre el papel celofán. Sin embargo, pasó largo rato sin escucharse nada... Y ya empezábamos a dudar, cuando, de golpe, la explosión sacudió la tranquilidad de la noche Zarateña.

Al otro día, mezclados con la gente, recogíamos los comentarios. La mayoría favorables y agrandados. *"¿Cómo sabían estos guerrilleros que el interventor de la Junta militar llegaría ese mismo día?" "Estos muchachos tienen una organización y una información mejor que los milicos" "Seguro que no son de aquí, habrán venido de Rosario" "Ésos saben hacer las cosas, ¿viste que no hay heridos?" "Es una cagada; para hacerla, hacerla en serio, ¿por qué no volaron al tipo, a ese hijo de puta?"*

La perla fue el final. Nos llegó en detalle qué había ocurrido con el centro de nuestras preocupaciones operativas: el cana. El tipo estaba parado semidormido en su puesto cuando a sus espaldas oyó la tremenda explosión, como quien dice casi sobre sus orejas, y entró en pánico. Salió corriendo y no se detuvo hasta llegar

a la comisaría, distante unas quince cuadras, entró en ésta gritando: *"¡Se vino el tanque de agua abajo!".* Dicen que el oficial lo increpó: *"¿Y usted por qué corrió así?"* y que él le contestó: *"Para no ahogarme en tanta agua".*

Responsabilidad eximida

El Chango, jefe del comando, había planificado y dirigido la operación. El equipo militar —harto fogueado en muchos pequeños combates, particularmente el desarme de agentes de policía— funcionaba con regularidad. El jefe transmitió las instrucciones frente a la imaginaria mesa de arena, sobre una serie de hojas de papel donde se anotaban los pasos minuciosamente. Objetivo: una escuela primaria de la ciudad de Campana. Contenido: exclusivamente propaganda armada y entrenamiento de la tropa. Nivel de enfrentamiento probable: casi nulo. Armamento: armas cortas, que se procuraría no ostentar, evitando cualquier enfrentamiento dentro del local por razones obvias. Recomendaciones: cuidar especialmente el buen trato y la demostración de perfecta organización.

El Chango revistó su tropa, verificó la correcta vestimenta de cada uno, pasó su mano por la barbilla de una afeitada dudosa y mandó al dueño de la cara a repasarla. Recordó mentalmente el discurso preparado mientras el mal afeitado regresaba del baño; de inmediato, sincronizó los relojes y dio orden de marcha.

El Chango, también conocido con el "nombre de guerra" de "Oscar", había sido destinado por el PRT a la Regional Zárate-Campana para reforzar las actividades militares. Era un catamarqueño de origen árabe, usaba el cabello cortado casi a cepillo, unos bigotes sugerentes y una mirada estudiada que lograba el paradójico efecto de demostrar lo que él creía que no era, siendo que en verdad lo era: un milico. Más de una vez por poco se le cuadraba algún colega del otro bando por la calle. Eso sí, cargaba una buena pinta que hacía suspirar a más de una dama, sin excluir a las compañeras. Apenas llegado, fue a dar una charla sobre temas militares al equipo de propaganda en donde militaba la Pelada, una compañera de singular belleza, que quedó flechada desde el primer momento por el apuesto combatiente, quien se la llevó en ancas esa misma noche; a raíz de esto, ella cambió de pareja y se incorporó a la unidad militar de su flamante novio.

Cinco personas en un auto quebraban las normas de seguridad, normas que el Chango repetía a cada rato. Pero tampoco había que ser tan esquemático: cinco jóvenes en un auto a las dos de la tarde en la ciudad de Campana no eran nada del otro mundo. Por otra parte, "levantar" dos coches para una

"operacioncita" como ésa no tenía sentido, pues sería más complicado conseguir los coches que la propia operación. Sea por eso o porque la necesidad tiene cara de hereje, lo cierto es que el comando se dirigió a la escuela N° 7 (lo del número lo acabo de inventar ahora porque nadie pretenderá que me acuerde de ese detalle).

El segundo del Chango, el petiso Miguel, un as del volante, un Gálvez en potencia de no haberse dedicado a los menesteres revolucionarios, condenado por ello a conducir en todas las acciones, estacionó en la calle lateral en la soporífera siesta de esa "Chacra con Chimenea" —como le decían los Zarateños a la ciudad de Campana— y todos descendieron atildándose las ropas. Cada uno ocupó su puesto sin mayores dificultades. Tres combatientes se encargaron de cubrir las salidas con discreción. Al menos, eso pensaban. El Chango y la Pelada se dirigieron a la dirección de la escuela con la soltura de inspectores provinciales, un poco jóvenes tal vez, pero para el caso, la hora y la escuela parecían valer. Nadie hacía exhibición de armas, por supuesto. Golpearon discretamente y a la voz de ¡adelante!, entraron. Dos escritorios. Uno ocupaba un lugar central; parecía ser que la directora compartía la oficina con la vice o la secretaria. En todo caso, había dos docentes en sendas mesas de trabajo. La supuesta secretaria o vice levantó la vista y en sus ojos se reflejó por un momento —así lo cuenta la Pelada— el sacudimiento hormonal que le produjo la presencia masculina. Es que el Chango no sólo creía que mataba, sino que hacía todo lo posible por matar. La directora levantó la vista e indagó con burocrática cortesía:

—¿Señores...?

—Señora directora, no se preocupe, la escuela está tomada por el ERP y nuestra intención es hacer un acto en el patio con todos los alumnos y docentes.

La mujer pareció haber escuchado sólo las palabras "acto, alumnos y docentes".

—¿Acto en horas de clase? ¿Cómo es eso? ¿Por qué?

—Le repito que somos del ERP; pero no se asuste, es sólo un acto de propaganda.

La secretaria o vice, vigilada por la Pelada, se había puesto rígida, se hizo composición de lugar y las feromonas se convirtieron en adrenalina. No se movía. Por su parte, la directora enarcó las cejas, dejó la pluma, cerró la carpeta en la que estaba trabajando, arregló el papel secante y pareció interesarse en la situación.

—No, no se pueden hacer actos en medio de las horas de clase. Tiene que ser a primera o a última hora y deben estar autorizados.

El Chango no perdía la sonrisa pero iba elevando el tono, como para acrecentar la autoridad.

—Señora directora, éste es un acto organizado por el ERP, la escuela está tomada por nuestra unidad, le repito. Nadie puede entrar ni salir hasta que hayamos cumplido nuestra misión.

En este punto el Chango se mandó una de sus chantadas típicamente militaristas, mejor dicho aparatistas: levantó la mano izquierda y puso los labios casi pegados a un enorme reloj pulsera simulando que era una radio al estilo Dick Tracy y dijo:

—Puestos 1, 2, 3, 4 informen sobre situación. ¿Sin novedad? Bien, mantengan los puestos.

La secretaria o vice abrió la boca sin que le salieran palabras, pero la directora, que no debería de conocer las historietas de Dick Tracy, insistió:

—Vea, joven, comprendo sus obligaciones, pero de ninguna manera puedo permitir alterar las clases en medio de la actividad docente. Al menos que venga una circular precisa del Ministerio. ¿Tienen autorización del Ministerio?

Los combatientes se miraron rápidamente, las carcajadas fueron contenidas como parte de la disciplina militar. La secretaria o vice seguía dura como una estatua.

—Señora directora —el Chango agravó la voz y abandonó la sonrisa—, le insisto: ésta es una operación del Ejército Revolucionario del Pueblo, es un acto pacífico pero de fuerza. Acompáñenos, por favor, a recorrer las aulas y sacar a los alumnos para formarlos en el patio frente a la bandera como se hace en las fiestas patrias.

La mujer pareció escuchar por primera vez esas extrañas palabras.

—¿Ejército? ¿Pueblo? ¿De qué se trata entonces? ¿Qué efemérides es hoy que yo no sepa? No parece ser reglamentario.

—Por supuesto, señora, es un acto de fuerza.

—Entonces, no tienen autorización del Ministerio —su voz salió casi como un grito de triunfo. Y continuó—: Lo siento mucho, señores, pero yo no lo puedo autorizar, está fuera de mis atribuciones.

—Señora —el Chango no perdía la paciencia pero la Pelada insinuaba con el cuerpo que los minutos pasaban—, lo vamos a hacer igual aun contra su voluntad.

El Chango ya se preparaba para actuar con un poco más de energía, quizás tomando del brazo a la terca directora, cuando la mujer se puso de pie y, como dirigiéndose al mundo, expresó:

—Pues debe quedar en claro mi oposición. Les pido, entonces, que labremos un acta de esta situación.

De inmediato, extrajo un papel oficio de uno de los cajones y se sentó de nuevo frente al escritorio. La Pelada miró al Chango, éste miró la hora y dijo:

—No hay inconvenientes, señora, redáctela nomás.

Y la directora empezó a escribir con su prolija letra de maestra: *"En la ciudad de Campana a los tantos días del mes y del año... se presentan ante esta dirección dos personas que dicen ser funcionarios del...".*[*]

—Perdón, ¿cómo dijo que se llamaba la institución a quienes ustedes representan?

—PRT-ERP, señora.

"... y manifiestan su decisión de realizar un acto de propaganda..."

—¿Cuál es el tema, señores?

—La política del PRT-ERP, señora.

—¡El colmo! —el rostro de la directora enrojeció—. ¿No saben que no está permitido hacer política en las escuelas de la Provincia?

—Lo haremos igual, señora, no se preocupe.

"... con todos los alumnos y personal docente y administrativo de esta escuela. Se deja constancia de la expresa oposición de quien suscribe, siendo testigo la señora secretaria Clotilde Fernández de Marenzano... a los efectos pertinentes... firmado..."

—¿Su nombre, señor?

—Oscar.

—¿Oscar qué?

—Oscar.

—¡Cómo va a ser sólo Oscar!

—Sólo Oscar —el Chango vaciló esta vez.

—¡Ah, no! ¡Nadie puede firmar un acta de protocolo sin el apellido!

—Tiene razón, señora directora. Oscar Fuentes, teniente del Ejército Revolucionario del Pueblo.

—Ahora está mejor. Permítanme que guarde este acta en lugar seguro y los acompañaré, señores —y dirigiéndose a la secretaria le dijo—: Clotilde, puede seguir con sus tareas mientras tanto.

La secretaria cerró la boca y se relajó con un leve suspiro, pero el Chango contradijo a la directora:

—La señora Clotilde vendrá con nosotros.

---

[*] Consta en actas. [N. de A.]

Ya salvada su responsabilidad funcional, la señora directora no puso ninguna objeción esta vez. Entonces, de inmediato, el grupo comando se dirigió, junto con la secretaria, a recorrer las aulas y a concentrar a los alumnos en el patio para cumplir la misión.

Golpe atómico

Los cubanos suelen decir que durante su guerra de liberación Fidel llevó a cabo un solo caso de ataque a una posición fija del enemigo acantonado: el "combate del Uvero". Reino, siempre agudo y memorioso, los desmiente con cierta razón, puesto que la batalla de Santa Clara, que definió la guerra, se encuadraría en el mismo estilo. Pero yo creo que, en realidad, allí el Che rompió con todas las reglas y por tanto ése fue un enfrentamiento bélico imposible de clasificar. De todos modos, es sabido que la táctica de atacar puestos fijos es contraria a los principios de la lucha guerrillera, la cual se basa, entre otras cosas, en hostigar al enemigo en movimiento, no dar combate frontal y arremeter cuando se retira o está cansado. Fidel tuvo sus razones para hacerlo y, a pesar de que logró tomar la guarnición y llevarse todo el armamento, declaró que había sido *"una derrota militar y un triunfo político".* Según Castro, fue derrota militar porque tuvieron algunas bajas, varios heridos, entre ellos nada menos que el Che, costo estimado demasiado alto para una guerrilla. A su vez, triunfo político porque el combate se dio en un momento en que Batista anunciaba el aniquilamiento de los alzados.

La acción del ERP que voy a contar a continuación tiene cierta analogía con ese combate, si bien en ese entonces no conocíamos el episodio del Uvero, ni este caso puede calificarse como derrota militar.

Fue a fines de 1972, meses después del fusilamiento de dieciséis combatientes en la Base Naval de Trelew, cuando el dictador Lanusse anunciaba la muerte de la guerrilla. Y en efecto, el PRT-ERP estaba severamente golpeado en su cabeza, sus fuerzas dispersas y con conatos de fraccionamientos, en medio de un marcado incremento de la acción popular opositora a la dictadura. Cierto es que dicha debilidad era relativa ya que había enormes reservas en las bases que continuaban actuando con iniciativa propia, haciendo posible la rápida reconstrucción a los pocos meses. De todos modos, la Regional Zárate-Campana se mantenía organizada, sin serios problemas intestinos, casi sin caídas, aunque muy preocupados por lo que llamábamos "desviaciones militaristas", y por el no

funcionamiento del Comité Central y la inexistencia de un Buró Político al que Benito Urteaga había reemplazado por un "Comité de Organización" que manejaba con estilo monárquico. Un problema no menor era la escasez de fondos en la maltrecha estructura nacional.

Por eso es que lo que contaré ahora empezó como un chequeo tras las huellas de un blindado pagador que se dirigía a la Usina Atómica de Atucha. Usábamos una camioneta *IKA,* propia de verdulero, la cual se apostaba en distintos puntos a la vera del camino para encontrar algún sitio favorable para darle el golpe a tan "sexy" furgoncito, que transportaría, según la información, entre cien mil y trescientos mil dólares en billetes.

El Chango, responsable militar de la regional, pensaba como alternativa tomar la Usina y, una vez adentro, con sigilo, esperar el camión, pero el chequeo reveló que a doscientos metros había un fuerte destacamento de la Gendarmería Nacional, uno de los cuerpos represivos más eficaces. Se constataron por lo menos ocho gendarmes con *FAL* (fusil automático liviano). Y así, el furgoncito se salvaba por escurridizo. Finalmente ese objetivo fue abandonado y la operación financiera se llevó a cabo por otro lado. A cambio, nos quedamos engolosinados con la idea de capturar casi una decena de codiciados *FAL,* con los que la regional podría armar una buena escuadra.

La guarnición de la gendarmería consistía en unas barracas situadas —como dije— a unos doscientos metros de la impresionante esfera de la Usina. Estaba —literalmente— en medio de un campo limpio. Era difícil concebir tretas para un acercamiento disimulado, tipo golpe de mano, como se acostumbraba operar hasta ese momento. Tampoco se encontraba un disfraz creíble para el acercamiento. El Chango propuso como solución un franco asalto de infantería "motorizada". La única ventaja sería el factor sorpresa en todos los sentidos, por la hora y lo inesperado de semejante alevosía. Se evaluó, además, que sería un cambio cualitativo en las táctica de combate, un hito más en la acumulación de experiencia bélica. Algo así como un nuevo escalón en la orientación "de lo chico a lo grande".

La Usina Atómica está situada a unos cinco kilómetros de la pequeña localidad de Lima, con un camino de conexión hasta la carretera panamericana atravesando el pueblito y la estación ferroviaria. Prácticamente no había otra vía de acercamiento, salvo llegar desde Alsina, que significaba más o menos lo mismo. La regional Córdoba prestó cuatro *FAL* y se armaron dos equipos con sendas camionetas cuyas puertas traseras habían sido blindadas con una chapa de acero. Otra camioneta "legal" esperaría en un punto convenido. Además de los elementos

mencionados como sorpresa, se contaba también con que la retirada se haría hacia adentro de la regional, es decir, en la zona, cuestión esta que despistaría a la represión, ya que seguramente pensarían que semejante ataque debería de venir de Buenos Aires o de Rosario.

La tropa estaba compuesta por un conjunto de combatientes fogueados y algunos con entrenamiento: el Chango, Eduardo Merbilhá, Chupamiel y otros; sumábamos un total de doce combatientes. Eduardo y yo éramos los dirigentes de mayor responsabilidad en la regional, pero subordinamos el mando al Chango puesto que ya no pertenecíamos al equipo militar y nos incorporábamos a ese combate como refuerzo. En el PRT la consigna "todo el partido al combate" no era retórica. Por otra parte, sólo dos combatientes tenían entrenamiento en arrojar granadas de mano.

Las dos de la tarde del verano bonaerense. El sol caía como plomo derretido, cuando las dos camionetas, llegadas desde la carretera panamericana, atravesaron aquel poblado (donde en los años cincuenta asistí a la escuela primaria, teniendo como compañero de clase al padre del que luego sería gran arquero mundialista de fútbol: Sergio Goycochea), cruzaron las vías del ferrocarril y se dirigieron hacia el río Paraná. Podrían habernos tomado por una barra de cazadores, sólo que, pasada la zona urbana, los doce integrantes nos colocamos unos incómodos pasamontañas. Al llegar a la Usina, Eduardo y otro combatiente se desprendieron para reducir a los serenos; el resto se dirigió hacia el destacamento. Llegadas a menos de cincuenta metros, frente a las barracas, las camionetas giraron rápida y hábilmente ciento ochenta grados —se contaba con excelentes choferes— y quedaron de culata al objetivo para facilitar el "desembarco" y la posterior retirada.

Diez combatientes armados de *FAL* y subametralladoras de diversos tipos, sudando bajo los pasamontañas, saltaron, tomaron posición cuerpo a tierra y fueron avanzando a rastras hacia el objetivo. Algunos llevaban un cigarrillo encendido en los labios. El campo era totalmente raso y los combatientes se sentían como medio desnudos, presumiblemente observados desde las barracas, por lo que pegaban el cuerpo al suelo como estampillas. El jefe había recomendado aplastar también los talones, como había aprendido en el entrenamiento, pues —según dicen— no son pocas las veces en que las balas contrarias los limpian. Salvaste la vida, pero quedaste inválido para el resto de tu existencia.

El Chango medio se irguió y gritó con energía: *"¡Fuego!".*

Una cerrada descarga dirigida por encima de la altura de un hombre, como si dijéramos sobre el dintel de las puertas. Uno de los fusiles alcanzó a disparar un

par de tiros y se trabó. Cosa increíble el espíritu humano: lo primero que su portador pensó fue en los negligentes que no habían mantenido limpia el arma, como pudo comprobarse después; se trataba de que no estaban bien regulados los gases del automático. Manteniendo el fusil encasquillado con la izquierda, el hombre sacó la pistola y disparó dos veces. También se encasquilló. En tanto, el Chango ordenó el alto al fuego.

Siguió ese silencio que suele hacerse en la siesta pampeana cuando la chicharra se toma un respiro. La naturaleza se había detenido. El jefe gritó: *"Tienen quince segundos para rendirse, están rodeados".*

Silencio absoluto y el Chango empezó a contar: *"1, 2, 3... 14 y 15. ¡Fuego!".*

Una nueva balacera amedrentadora esta vez hizo saltar los vidrios de la parte superior de puertas y ventanas. De nuevo el silencio. Alguien echó mano a las granadas. En realidad, aplicar esta palabra a semejantes socotrocos es una ofensa a la técnica mecánica. Consistían en un caño de fundición de dos pulgadas de diámetro, muy pesados, de los que se usaban para albañales, llenos de gelamón —expropiado por cordobeses en alguna cantera— y sin espoletas, simplemente un detonante fijo a un trozo de mecha de unos cuatro centímetros, cuatro segundos, que se encendía con el cigarrillo. Había que asegurarse de que la brasa transmitiera efectivamente la ignición a la mecha, incorporarse levemente y arrojar la granada contra la barraca, sabiendo que no se alcanzaría, pero que el efecto psicológico sería determinante. Y así fue, estalló a unos metros de la entrada con un ruido espectacular. Apenas se hubo dispersado el humo fue arrojada la segunda granada, que cayó sobre la galería y esta vez dio la impresión de que la Usina Atómica había estallado.

Nuevo silencio.

De pronto se oye una voz cruzada por el pánico: *"No disparen, no nos maten, nos rendimos".*

El Chango se irguió imprudente, levantó el brazo como Gregory Peck protagonizando al general MacArthur y ordenó: *"Salgan gateando, las manos bien a la vista".*

Empezaron a salir, en calzoncillos, de a uno y pidiendo clemencia. *"No nos maten, tenemos familia".*

El Chupamiel se irguió con el *FAL* humeante y los insultaba, según él, para impresionarlos demostrando decisión. Era un alma de milico. *"¡Caminen, caminen, carajo! ¡Ahora te acordás de tus hijos!"*

Finalmente salieron hasta ocho gendarmes de siesta interrumpida.

El Chango, que —fiel al estilo del ERP— no mandaba hacer, gritó una última advertencia por si alguno había quedado adentro y luego arrojó una granada, esta vez en el interior del edificio, y entró al asalto. Habían salido todos.

"No se muevan y tranquilos, no somos asesinos. Somos combatientes del ERP..."

Comenzaron a recoger el botín de guerra. Ocho fusiles *FAL.* Similar número de pistolas *Browning,* parque, y no se pudo llevar la radio por muy pesada.

Eduardo llegó trotando desde la Usina, preocupado por el tiroteo, sobre todo por las explosiones. Después contaba que, desde la garita civil de vigilancia, ellos escuchaban el combate que a la distancia parecía mayor que el real, tratando de tranquilizar a los serenos. *"Tranquilos muchachos, no pasa nada"* —dijeron cuando la primera descarga y, ni bien terminan la frase, suenan las explosiones. El sereno se agarraba la cabeza. *"¡Uy, dio!, la que se viene. Esos gendarmes son bravísimos".*

Una vez que hubo cargado todo el material, la tropa trepó a las camionetas y se emprendió la retirada.

El vehículo del jefe encabezaba la marcha regresando por el camino a Lima, cuando a mitad de éste, el Chango, que iba en la cabina, gritó: *"¡Orden de combate!".*

Al frente se veía, a poco más de cien metros, un *jeep* —después se supo que era de la alertada subcomisaría de Lima—, que se detuvo en la banquina; dos agentes provinciales levantaron las "metras" apuntando para detener a los "sospechosos". El conductor de la primera camioneta se desvió por la banquina contraria haciendo un meandro, mientras Chupamiel, queriendo sacar el *FAL,* los brazos y la cabeza por la ventanilla de costado, quedó con medio cuerpo colgado de la puerta, que se abrió. El Chango, sentado entre el conductor y el fusilero colgado de la portezuela, lanzó, rápido y seguro, una descarga a través del parabrisas al momento que pasaba al costado del *jeep.* No dieron en el blanco y los policías giraron ametrallando por detrás. Las balas de las ametralladoras pegaban en la chapa del blindaje y quién sabe qué otras partes de la carrocería muy cerca de los oídos. Si aquellos policías hubieran tenido *FAL,* habrían aniquilado al grupo. Todo esto en unos segundos. Cuando se detuvieron las ráfagas, la escena —vista desde la caja de la primera camioneta— se alejaba como viendo una película de ficción: los policías, girados hacia ella y disparando no se habían percatado de la segunda camioneta, la que realizó una maniobra similar a la anterior, mientras Eduardo, menos espectacular y más preciso que el Chupamiel, descargaba su fusil como una andanada de batalla naval. Por esas cosas raras de las balaceras —nos enteramos

después—, el *jeep* quedó hecho un colador, pero los policías, afortunadamente, sólo heridos.

Al llegar a Lima el Chango no cruzó el pueblo hacia la Panamericana, sino que antes de atravesar las vías, frente al viejo almacén (que supo ser de Figueroa, otro compañero de colegio), giró a la izquierda y tomó por el antiguo "Camino Real" rumbo a Zárate.

Había llovido hacía poco y se transitaba por un tremendo huellón. Restaban unos diecisiete kilómetros, pero se confiaba en que la represión vendría por el lado de la Panamericana. Pasando Las Palmas, se puso delante un chacarero, como dueño de casa, con una catramina a marcha lenta. Lo aturdieron a bocinazos y no daba pelota, tampoco era fácil apartarse de la huella. Chupamiel no pudo con el genio y alzó el *FAL* lanzando un par de disparos al aire. Desde luego, el chacarero y su acompañante se tiraron a la cuneta, y la pequeña caravana pasó tapándolos con el polvo.

Se arribó a Zárate por detrás de la ciudad —si es que las ciudades tienen un delante y un detrás— y en un callejón abandonado, viejo camino al cementerio, esperaba el responsable de propaganda con su "citroneta". Los ojos —como huevos— de Tito y su pregunta angustiosa *"¿hay heridos, hay heridos?"* reflejaban con elocuencia el aspecto del grupo.

Una vez que se hubo cargado todo en el vehículo, Tito se fue a lugar seguro, los choferes llevaron las camionetas lejos para abandonarlas y el resto se marchó caminando en grupos de a dos.

Después analizamos la operación, lógicamente contentos; pero críticos sin remedio, evaluamos que todo había salido bien porque los gendarmes no supieron cómo actuar. No tenían idea de lo que pasaba afuera, si los atacantes eran diez o cien. Si los guardias se hubieran atrincherado, habría sido imposible sacarlos y quizás más difícil la retirada. En el fondo, las granadas fueron decisivas; recordé, entonces, la frase del general cubano Arnaldo Ochoa: *"Chico, el arma de la guerrilla es la granada".* El ruido, el fogonazo, el humo, el polvo producen el efecto psicológico de paralizar a una tropa no preparada para ese tipo de combate. Pero también hay que considerar que al primero que una granada mete miedo es al que la usa. Si el combatiente no está entrenado —y esto significa ejercitarse arrojando decenas hasta adquirir seguridad—, tiende a desconfiar de ese aparatejo.

Al día siguiente, el diario *Clarín,* abandonando su estilo condicional, tituló en primera página: *"Golpe atómico. Intento frustrado de volar la Usina Atómica de Atucha".*

El puente La Banda – Santiago

"Entre Santiago y La Banda hay un puente que cruzar", dice una chacarera; agreguemos que dicho cruce es rico en cuentos. Recuerdo que cuando hacíamos el curso de instrucción militar, Hugo Irurzún, quien después sería "el capitán Santiago", lo llevó como tema de táctica y logró que cordobeses y porteños se unieran —lo que ya es mucho decir— en las cargadas por planteamiento de sus problemas operativos locales.

Él y su equipo vivían en Santiago del Estero y operaban en La Banda para no ser reconocidos, retirándose a Santiago por el cauce seco del río. Pero cuando el río estaba crecido no podían cruzar. El capitán Santiago hizo su exposición detallada hasta con los dibujos del largo puente pidiendo al instructor su parecer. *"Pues, mira, que la cosa es complicada, no sé qué decirte".* Lo que no pudimos discernir era si también el docente le tomaba el pelo. Lo cierto es que varias veces al ingresar a la sala de clase encontrábamos en el pizarrón el dibujo del puente y del futuro jefe de la Compañía de Monte meditando sobre las soluciones a su dilema...

Cuando conocí el famoso puente, comprobé que era, en efecto, un considerable obstáculo en cualquier plan de actividad ilegal y, por ende, una de las cosas que iba a tener en cuenta en cada viaje terrestre que haría, de ahí en más, hacia el norte. En cierta ocasión, en plena dictadura de Videla, viajaba yo hacia Tucumán para una reunión con la dirección regional. Por lo general, todo el mundo utilizaba la ruta 9, vía Córdoba, camino más largo pero más seguro y entretenido. Yo opté por la carretera 34 a través de la provincia de Santiago del Estero, un árido rumbo por ese semidesierto creado por la Forestal Argentina S. A. Unos kilómetros antes de Lugones empezó a fallar el motor y al final recalé en ese pueblo con las bielas fundidas. El único mecánico del lugar me remolcó lentamente cien kilómetros hasta La Banda, donde llegamos de madrugada. Después que hube dejado el coche en un taller recomendado por mi salvador, decidí llegarme hasta Santiago y allí rehacer el plan de viaje.

En pleno amanecer de una ciudad tan chica, necesitaba un buen "minuto"[*] para soportar cualquier control. Entonces me acordé del puente y tomé algunas

[*] "Minuto" es una expresión que tuvo su origen en el Partido Comunista alemán, durante la lucha contra los nazis. Significaba que el primer minuto del encuentro entre dos militantes debía dedicarse a preparar la respuesta para el caso de ser sorprendidos juntos e interrogados por la policía. En nuestra creatividad criolla, se lo extendió a todos los aspectos que contribuían a facilitar el disimulo: modo de vestir, profesión falsa, motivos falsos, etc. [N. de A.]

precauciones extras. Me instalé en una esquina desde donde dominaba la entrada del viaducto, cuya extensión no permitía observar la otra cabecera, y esperé pacientemente que algún taxi de Santiago trajera pasajeros a La Banda. No fue necesario poner a prueba mi paciencia puesto que cuando el alba se insinuaba vi pasar un taxi ocupado, por lo que colegí que dejaría al pasajero en algún sitio de esa ciudad pequeña y no tardaría en regresar. Bajo la premisa de que habría un fuerte control en la otra cabecera del puente, un taxi de Santiago del Estero presuponía mayor seguridad por ser un vehículo conocido y controlado varias veces. Al rato, el taxi regresó, le hice señas y lo abordé de inmediato, dándole la dirección de un hotel que yo conocía en la otra margen. Cuando iniciamos el cruce del puente el chofer me dijo que preparara documentos porque había un control del ejército. Yo había empezado a darle lata sobre el asunto de la biela fundida y la necesidad de proseguir el viaje por otros medios. En forma maquinal, como siempre, llevé la mano al interior del saco, verificando los documentos de identidad, mientras el coche reducía la velocidad y el chofer encendía la luz interior. Esas eran contingencias cotidianas y uno estaba acostumbrado confiando en la fidelidad de la documentación y la "fachada", esto es, la coherencia del aspecto general. Sin embargo, por debajo de esta actitud rectora del cerebro tenemos un corazón que expresa su autonomía latiendo con un poco más de ritmo que el deseado, previene al estómago y éste da la alarma a los intestinos controlados por el esfínter. Dicho directamente: "el cagazo" va por dentro. El coche se aproximó lentamente al puesto de control al final del largo puente hasta detenerse frente a un subteniente de Infantería, quien saludó al taxista con aire de decirle "no te podés quejar por falta de laburo". Yo trataba de poner la cara del mejor jugador de poker aparentando un resignado fastidio, como quien comprende la necesidad de esas cosas aunque no quisiera ser molestado por ellas. Vestía traje y corbata e intentaba pasar por visitador médico. La idea de esta ocupación me la había dado Rogelio Galeano, hombre muy ingenioso. *"Vos tenés la pinta para eso".* Llevaba un maletín con muestras médicas y conocía una docena de palabras adecuadas. Todo era cuestión de no toparse con un médico.

El momento había llegado al inicio del punto de tensión cumbre de estas situaciones. Allí donde el primer impacto puede decidir todo. Porque toda la preparación clandestina depende de la impresión inicial. Si alguien levanta sospechas de entrada, ya está jodido. En todo caso, los milicos solían hacer cosas que podrían aparecer como que estaban sospechando, pero era pura pose de rutina. Si *realmente* sospechaban, no jugaban al espionaje o con la sutileza como se ve en las películas, sino que actuaban con energía.

El milico se inclinó, medio introdujo la cabeza por la ventanilla delantera y dirigiéndose a mí empezó a decir: *"Disculpe la molestia, señor, pero tendr...".* No alcanzó a completar la frase, pues de pronto se irguió, casi golpeándose la nuca contra el borde superior de la ventanilla, se cuadró haciendo sonar los tacos e hizo el saludo militar: *"¡Perdone, señor, adelante, adelante!".* No se me pregunte cómo, pero yo hice el amague de llevarme la mano a la sien e inicié una casi sonrisa de aprobación, con la seguridad de ser, en efecto, un general de civil. El coche arrancó suavemente, el chofer me miró por el retrovisor y me dijo con admiración: *"Usted debe ser una persona muy importante, porque este control es muy riguroso".* Con las palpitaciones detenidas, sólo atiné a carraspear como afirmando. El hombre cortó su locuacidad y a los pocos minutos me dejó en el hotel.

Por supuesto, nunca supe con quién me había confundido aquel suboficial.

Una receta culinaria del teniente Raúl

Ocurrió en oportunidad en que fuimos con Raúl a una reunión del comité de zona, en algún lugar del Gran Buenos Aires que ya ni me acuerdo. Tengo en la memoria sí, al dueño de casa y a su compañera, un matrimonio de colaboradores, de esos valientes anónimos que hicieron posible la existencia de la organización clandestina a despecho de los costosos aparatos: Quique, un hombre pequeñito, casi liliputiense, de ojos vivaces y, sin embargo, de fuerte vozarrón. Inquieto y dicharachero, estaba orgulloso y fascinado por la visita a su casa de un "cuadro" del mitológico Buró Político. Ofrecer su morada a alguien que cotidianamente compartía la mesa de trabajo con Santucho lo llenaba de alborozo. Había puesto todo para asegurar el funcionamiento de esa reunión, que duraría todo un día, con media docena de dirigentes intermedios del PRT-ERP, el responsable regional y un responsable nacional, en su modesta casita. Pidió permiso o se hizo el enfermo en el trabajo, preparó las cosas siguiendo cuidadosamente las instrucciones de Raúl: comprar la comida en lugares alejados para no llamar la atención, entrada de los compañeros durante la noche sin ser vistos por los vecinos, mantener la casa en situación de normalidad, teniendo en cuenta los imprevistos, como ser la llegada de un vecino o un amigo de visita. Cuanto más normal era la vida de la gente de la casa —como en este caso—, más difícil se hacía controlar esto último. Por otra parte, esa práctica de hacer entrar a la gente de noche funcionaba por una especie de complicidad implícita de los vecinos ya que, como es sabido, nada escapa a los ojos de un barrio.

Quique estaba, además, consciente de que, en caso de detección por parte de las fuerzas represivas, habría resistencia armada. En tal situación, los dueños de casa no tendrían otra opción que resistir y tratar de escapar junto con los visitantes. Prestar una casa para una reunión era, entonces, tan peligroso como participar directamente de una acción armada. Por lo demás, a Quique lo mordía la curiosidad por ver y palpar las armas que había traído Raúl el día anterior.

Ese día, por la mañana temprano, Raúl y yo llegamos caminando a la casa, que estaba situada en un barrio de trabajadores de aquella época y que hoy clasificaríamos como de clase media. Vestidos de saco sport y corbata, podríamos parecer corredores de comercio, visitadores médicos, encuestadores, evangelistas o quizás lo que realmente queríamos representar: unos parientes que venían de otra provincia.

Al entrar detrás de Raúl, pude percibir la ansiedad y la conmoción de Quique, cosa esta que no hacía mella en mi ego, pues yo no era tan fatuo como para no comprender que para él yo representaba a un colectivo cuya figura mítica era Santucho. (Recalco estas impresiones sobre mi personaje porque tendrán que ver con la narración.)

Enseguida apareció su compañera, una morocha de cuerpo apetitoso, estilo Tita Merello —prototipo de argentina, cuando los argentinos éramos morochos y Gardel nos representaba a pesar de que hacía más de treinta años que había muerto. Muy seria, toda una ama de casa, con la alta consideración que amerita esa ocupación, y con un sentido común más cerca del buen sentido. Saludó con calidez, reflejando menor impresionabilidad que su marido, como quien espera ver para comprobar, y tuve la sensación de que era ella la que realmente mandaba en la casa.

Luego de algunas palabras de circunstancias pasamos a la habitación de los niños, que había sido aprestada por nuestros anfitriones como sala de reunión. Cuatro compañeros estaban sentados alrededor de la mesa mateando, algo somnolientos quizás porque habrían dormido poco y mal, amontonados en ese cuartito. Agotados los ceniceros, los puchos se habían ido clavando en la pila de yerba usada depositada en un plato.

A eso de las once, golpearon la puerta discretamente y entró la compañera con una picada cuyo volumen me hizo temer que fuera el único almuerzo.

No iría a ser así, sin embargo. A la una nos avisaron que la comida estaba lista. Pasamos al comedor y, de alguna manera que no puedo explicar, Raúl y yo quedamos cada uno en las cabeceras de la mesa.

Quique se ubicó a mi lado como preparándose para escuchar las doctas palabras de este dirigente que comentaría —¡qué duda cabía!— sobre los grandes asuntos de la revolución nacional, latinoamericana y mundial. Para su decepción, yo tenía otras costumbres. Por un lado, siempre me pareció descortés hablar en la mesa de nuestros anfitriones sobre los asuntos del partido, mencionando a personas y situaciones que ellos desconocían y por lo tanto les resultaría difícil participar. Por otro lado, la experiencia indicaba que cuando los temas se deslizaban por ese carril se cometían indeseadas violaciones a la seguridad interna. Se filtraban informaciones que debían ser secretas. Para colmo de mala suerte de mi anfitrión, yo había aprendido de Marx que en la mesa no se discute política porque puede hacer mal a la digestión. Pero, sobre todo, porque me interesaba mucho más conversar con los dueños de casa sobre temas más abarcativos de la vida, como manera de mantenernos ligados al mundo externo de la clandestinidad.

¿Y qué mejor buen gusto, en una mesa, que hablar de comidas? ¿Y qué mejor que hablar de comidas para pulsar la vida cotidiana? Meterse en el arte y la cultura culinarios es entrar en el centro de la antropología.

Quique casi no podía disimular su inquietud, extrañeza y decepción. Esperaba la hora de las descripciones de las grandes estrategias trazadas por Santucho y el Buró Político. Amagó varias preguntas, pero pasaron de largo en el peloteo de platos, precios, calidades de las carnes, pastos que comen las vacas, clases de latas de tomate, las diferencias entre la sal fina y la gruesa, todo mechado con las varias alabanzas al puchero que estábamos comiendo y a la cocinera.

No fue intencional, pero en determinado momento me dirigí a Raúl, quien —como ya dije— estaba sentado a mi frente: *"¿Sabés, Raúl, que no me salen las berenjenas en escabeche?".* El comentario era legítimo porque verdaderamente no lograba concretar ese proceso culinario. Percibí una especie de respingo en Quique. (En realidad, hoy no recordaría semejante detalle, si no fuera por lo que pasó después.) Raúl se sonrío y me preguntó qué problemas tenía con las berenjenas y, cuando yo le hube explicado que después de unos días de envasadas se producía moho, se despachó con toda una prolija descripción de cómo había que proceder.

Quique seguía el diálogo con una atención que no había puesto en la conversación anterior y permanecía sin abrir la boca. Su compañera, sintiéndose en su salsa, intentó intervenir, pero su marido la fulminó con la mirada y ella se amedrentó. Sin embargo, yo orienté la cosa de modo tal que ella pudiera participar y, desde luego, ante semejante aval Quique retrocedió manteniendo la atención.

Entre ella y Raúl me dieron las instrucciones que empleo hasta hoy en día para la preparación de berenjenas en escabeche. Raúl, con su estilo tranquilo y pedagógico, fue describiendo todos los pasos a seguir: preparación de las hortalizas, aceites adecuados, cuidado con los frascos, sobre todo la esterilización previa mediante agua hirviendo y el tapado. Hubo un rico intercambio en materia de diversas formas de tapas para frascos: roscadas, a presión, aluminio, corcho, madera, en fin...

Yo asentía y preguntaba o comentaba la forma en que había intentado y fracasado varias veces. La mujer, alentada, agregaba lo suyo, que era mucho. Quique seguía con la boca cerrada y se podía percibir cierta contrariedad cuando su mujer hablaba. Los demás comensales casi no opinaban. Entre una cosa y otra, el tema de las berenjenas en escabeche duró la mitad de la comida.

Después la charla se diversificó y se generalizó, no pudiendo esquivarse el tema de las cuestiones políticas, sobre todo por la presión de Quique. Finalizada la comida y luego de una corta sobremesa —donde no pude evitar tampoco relatar detalles de la última operación armada y dar un pantallazo sobre la situación nacional—, regresamos al dormitorio y proseguimos la reunión el resto del día.

Al despedirnos, ahora ya cariñosamente, de estos colaboradores, Quique me lanzó una mirada cómplice que no supe cómo interpretar.

Semanas más tarde tendría la explicación. Me encontré nuevamente con Raúl y, entre muchas otras cosas, le pregunté por estos compañeros, en parte porque era mi estilo controlar si se atendía bien a los colaboradores y simpatizantes y en parte porque había compartido una excelente comida con ellos. Raúl largó una carcajada y ahogándose de la risa empezó a relatarme lo siguiente:

A los pocos días de esa reunión, había ido a visitarlos para llevarles los materiales de propaganda y cumplir con el rito de atención política. Ellos estaban eufóricos por el acontecimiento de aquel día: haber alojado a la dirección de la regional y recibido la visita de un miembro del Buró Político. La mujer comentó, muy satisfecha, qué sencillos (no dijo "humildes" sino "sencillos") eran los compañeros "de la dirección" y la importancia del hecho de que pudiéramos interesarnos no sólo por la gran política, sino también por las cosas de la vida cotidiana. Luego, en un aparte, Quique le dijo a Raúl que tenía que comunicarle algo delicado con respecto a la seguridad. Fueron a otra habitación y, con solemne aire conspirativo, le informó que él, Quique, se había dado cuenta de que, cuando se hablaba de cómo hacer las berenjenas en escabeche, estábamos usando un lenguaje en clave entre Raúl y yo. Qué él se había percatado de que, en realidad,

hablábamos de cómo se fabricaban granadas de mano, pero de todos modos, nuestro lenguaje había sido tan bueno que no había podido entender ni medio. *"¡Qué cuadros, compañero, en ningún momento se les escapó una sola palabra y eso que mi mujer metía la pata!"* Y, sobre todo —agregó—, que nos quedáramos tranquilos porque su mujer, que era más "atrasada" políticamente, no había advertido nada y quedó convencida de su contribución para que yo lograra hacer las berenjenas en escabeche, ¡ah! y que mandaba preguntar cómo me habían salido.

Capítulo V

LOS COMPAÑEROS

Suomi

¿Cómo recordar a Hanna? O mejor dicho, ¿cómo recrearla?, ¿cómo hacerla presente?

¿Como la madre de Reino, mi mejor amigo, con quien además fundamos el ERP en Zárate?

¿Como la madre de Guillermo, hermano de mi mejor amigo, responsable del PRT-ERP, en la Regional Ribera del Paraná, secuestrado, desaparecido, tan parecido a mi hermano Rodolfo, también secuestrado y desaparecido?

¿Como una persona que fue arrastrada por la vorágine de una época?

¿Como una de esas muchas madres que hicieron y se hicieron con sus hijos en esa gran aventura libertaria, años antes de que empezaran las rondas de Plaza de Mayo?

¿Como una militante?

¿Como *La Madre* de Máximo Gorki? ¡Oh! No, porque dicho personaje era ruso y Hanna finlandesa (a ella no le caería muy bien). En todo caso, ella no hubiera sido un personaje de Gorki sino de Dostoievski.

De Finlandia, *Suomi,* el país de los bosques, los lagos y el sauna. Del país de los mejores esquiadores del mundo. Pero también del país que había puesto el pecho al fascismo como pocos en Europa. Del país que infligió la primera derrota al aguerrido Ejercito Rojo, contra la expansión stalinista.

Hanna había emigrado a América para recalar en nuestro Delta del Paraná. Siempre imaginé que estos finlandeses eligieron algo que se aproximara a sus verdes y a sus aguas, pero vaya a saber cómo habrá sido su llegada y su elección para instalarse en Argentina. O quizás no tuvieron opción y siguieron el camino de mis propios abuelos, la frustrada ilusión de la conquista de la pampa transformada luego en éxodo del campo a la ciudad.

Con Reino hemos hablado poco de la llegada de sus padres a la Argentina. Creo que sólo por falta de oportunidad y de tiempo. Tal vez un día lo hagamos... Tampoco hablamos mucho de su madre, Hanna, pero no por falta de tiempo; él no puede y a mí no me sobra mucho valor que digamos.

A Hanna la había visto fugazmente algunas veces en nuestra adolescencia, cuando era "doña Ana", vecina de mis tíos, y por mis primos conocí a Guillermo, su hijo menor, a quien ella llamaba "Vilho". Yo iba a la casa de ellos porque Guillermo me ayudaba a prepararme en química, y apenas si se notaba la presencia de la madre. Parecía evidente la intención de ella de no fisgonear la vida de sus vástagos.

Años más tarde, ya adultos y a punto de ser padres de familia, empezamos a militar con Reino en la CGT de los Argentinos y en el PRT; de ese tiempo, mis recuerdos son un poco más precisos.

En este momento la veo sentada en un rincón de la cocina de aquella vieja casa de la calle Tres de Febrero. Hablaba poco, con cierto dejo indefinible por la transferencia de la fonética del finlandés al castellano. Tenía una mirada inteligente y sobre todo tan profunda que parecía permitir alcanzar el fondo de su alma, la que, sin embargo, por lo menos para mí, era insondable. Por supuesto, uno no puede obviar los propios prejuicios culturales que nos hacen ver en todo finlandés un melancólico hurgando el más allá del cuerpo. No obstante esta juiciosa prevención, tengo la sensación de que Hanna no miraba hacia su adentro, sino desde el adentro, como modo de entender los afueras. Quizás era su modo de buscar la existencia a través de la esencia.

¿Edad? No sé, nunca supe qué edad tenía entonces. Tampoco quise recabar información para escribir sobre ella, quiero dejar que su espíritu me guíe. Rostro sufrido, creo que aparentaba más que la edad real, quizás como herencia de la dureza del clima del Delta. Siempre la supuse luterana y a esa formación atribuí su seriedad, sobre todo en contraste con Guillermo, su misma cara, su misma figura, pero en él una constante fiesta del optimismo. De una cosa estoy seguro: Hanna nunca tuvo la más mínima manifestación de frivolidad; hasta sus bromas eran serias. Reino tiene mucho de "eso" en su inagotable capacidad para la ironía.

Sea como fuere, mi percepción sobre ella, en aquellos primeros tiempos, era la de una mujer frustrada, resignada y con pocas ganas de vivir, como no encontrándole sentido ni siquiera a la búsqueda de lo que buscaba y que quién sabe si ella misma sabía qué era. Repito, mi percepción, la percepción de un joven arrogante que afirmaba su seguridad en un omnipotente racionalismo.

Las primeras señales de ruptura, si es que la hubo como sólo imagino, me llegaron por la vía del "telégrafo" de la familia, en esa ciudad en que todos nos conocíamos. En oportunidad en que Reino se postulaba como delegado de la UOM —tiempos de la dictadura de Onganía—, Hanna le manifestó sus temores a mi tío, su vecino, un comunista pasivo pero de gran compostura ética a quien ella tenía gran respeto. El vecino la calmó y le dijo que tuviera confianza en su hijo y en las amistades que había sabido buscarse el joven sindicalista. El asunto es que finalmente Reino salió elegido y "doña Ana", al enterarse, se cruzó con alegría a la casa de don Luis para festejar con un vino el triunfo de su hijo, frente a los rezongos de la timorata y abstemia mujer de mi tío, a quien le espantaban tanto la política como el vino. (Me pregunto si Reino supo alguna vez que su madre festejó con un *"iskol!"* la conquista de la Comisión Interna de Cometarsa.)

Después también Guillermo se incorporó a la militancia del PRT-ERR Y lo hizo como todo lo que hacía Guillermo: con pasión, tenacidad y creatividad, incluido su estilo un tanto desprolijo y confiado. Parece ser que no habló suficientemente claro con su madre, como tampoco parece haberlo hecho Reino antes. Esas cosas solían suceder así, por lo tanto, aunque mi relato no sea exacto, creo que es verosímil.

Una noche Hanna se asoma a la enorme habitación de sus hijos (los dos, muy rubios) y ve sorprendida algunas cabezas *negras* durmiendo en camas improvisadas. ¿Una invasión a su casa? ¿Una irrupción del "afuera" hacia el "adentro"? ¿Un encuentro con el "algo"? ¿Una sensación de que la vida es "aquello", pero es también "esto"? No lo sé, pero sí puedo reconstruir sus propias palabras a través de un relato también familiar —el de mi propia madre— de cómo increpó a sus hijos. Quizá lo haya hecho en finlandés, pero mi testigo lo escuchó de su propia boca en castellano.

En efecto, una tarde mi madre estaba de visita en la casa de su hermano, mi tío Luis, cuando llegó doña Ana. Desde luego mi madre sabía que aquella era la madre de Reino y de Guillermo y que por lo menos el primero era del PRT, pero no sabía cuánto conocía ésta de la militancia de sus hijos. No se sorprendió, entonces, cuando doña Ana, no pudiendo hablar abiertamente, le comentó, medio como al pasar, que tal día iba a ir al cementerio a visitar la sepultura de su marido, la que estaba situada justo enfrente de la de una hermana de mi madre. El mensaje fue captado y, como si fuera la Jabonería Vieytes, allá se encontraron las dos "viejas". Doña Ana se soltó con una locuacidad inesperada. Brillaban sus ojos compartiendo el orgullo materno con quien podía hacerlo sin reservas: *"Sí, yo ya había notado algunas cosas raras, paquetes que iban y venían, panfletos, entradas y salidas poco*

frecuentes, en fin, empecé a preocuparme. ¿Qué es esto? ¿Qué se proponen? Cuando me dijeron que estaban haciendo una revolución me asusté y les dije: '¿Qué pensaría su padre si viviera?'". La respuesta fue, según ella, cortante, segura, inapelable y puedo suponer que salió de la boca de Reino: *"¡Si papá viviera, estaría totalmente de acuerdo con nosotros!". "Me quedé helada* —continuó diciéndole a mi madre—, *fue como una revelación. No entendí, ni entiendo mucho de política, pero de una sola cosa estoy segura: si mis hijos están en esto, es porque esto es lo que hay que hacer".*

¿Imperativo categórico kantiano? ¿Sujeto que deja de ser objeto? ¿Memoria histórica del inconsciente? ¿Compromiso sartreano? ¿Despertar de la conciencia? En todo caso, en Hanna no se trató de la "conciencia como espejo subjetivo de la realidad", sino de un impacto emocional afirmado en la confianza y el orgullo por sus hijos.

Lo cierto es que la casa de la calle Tres de Febrero se transformó en un paradero de militantes de tránsito, quienes le traían a Hanna ese "afuera" por la vía menos esperada y encima con hábitos sociales contradictorios con los suyos y no siempre recomendables. Por su casa pasaron algunos de los combatientes del ERP que ocuparon las planas de los diarios de la época, con hazañas —la mayor parte de las veces— exageradas o directamente imaginarias.

Después Guillermo cayó prisionero durante el conflicto de Villa Constitución. Reino ya estaba en una rigurosa clandestinidad, lejos de la región. La leona salió de la cueva. Se unió a los familiares que reclamaban por sus presos, empezó a viajar, establecer contactos y a hacer todos los menesteres en procura de la libertad de su cachorro enjaulado. Llevaba y traía a sus nietos. Aprendió a moverse con discreción. Su expresión cambiaba, puede decirse que rejuvenecía, acentuándose la profundidad de su mirada. Tal vez el "adentro" se encontró con el "afuera" invirtiendo el camino: las vivencias vitales. Por fin, Guillermo —detenido a disposición del Poder Ejecutivo Nacional (PEN)— fue "expulsado" del país, naturalmente a Finlandia.

Y también ella viajó a Finlandia a encontrarse con su cachorro hecho león. ¿Habría pensado que alguna vez regresaría a la tierra de sus padres? ¿Cuáles habrán sido sus sentimientos al retomar el contacto con los bosques, los lagos y las nieves? ¿Aspiraría a que su hijo se quedara en aquel país, ahora pacífico y próspero, a salvo de los peligros de una Argentina revuelta? ¿Habrá fantaseado, caminando por las calles de Helsinki del brazo de su "Vilho", con la posibilidad de

que Reino, sus nueras y sus nietos los acompañaran a un exilio que garantizaría vejez tranquila? No lo sé.

En todo caso, parecía que la madre estaba eligiendo los instantes de pasión en el mundo de sus hijos, que era, en rigor, el mundo que ella había creado; en el choque entre ese adentro y ese afuera, prevalecían el momento del pasado y también el presente que, como siempre, constituye el futuro en este presente.

Guillermo regresó al país ilegalmente con más celeridad que la de su expulsión legal. Regresó a la clandestinidad y se sumergió de nuevo en la pasión militante con su compañera y sus hijos. Y Hanna también regresó a la casa de la calle Tres de Febrero, ahora más enorme por el vacío dejado por sus hijos y sus extraños y cálidos huéspedes.

Los dos hermanos, con sus familias en la ilegalidad, en distintas tareas y regiones del país. Hanna, con la mirada encendida y su piel finesa arrebolada por las emociones, las dudas y los miedos, en citas conspirativas, haciendo de puente entre ambas familias, intercambiando nietos, o como correo, quizás cada vez menos segura del "triunfo final", porque los nubarrones presagiaban un fiero futuro. Pero confiando en sus hijos, como ella lo había afirmado, sin saber que esa confianza era expresión mayor de la confianza en sí misma.

En 1977 los *grupos de tareas* cayeron sobre la casa de Reino en momentos en que ni él ni su mujer se encontraban allí. Se llevaron a Hanna y a la suegra de Reino. Simultáneamente, en otros operativos, eran secuestrados Guillermo, su mujer y sus suegros. Dos adultos jóvenes y cuatro adultos maduros —para nosotros, ancianos— jamás aparecieron, siendo éste uno más de los casos de destrucción masiva de una familia por el terrorismo de Estado.

"¿Por qué no se quedó allá, Ana, en su país, un país tan lindo y en donde dicen que se está bien?"—la había interrogado mi privilegiado testigo a su regreso, en sus regulares citas en el cementerio. *"No, ése no es mi mundo* —respondió ella—, *porque no es el mundo de mis hijos. Éste el mundo de mis hijos y yo estoy muy orgullosa de ellos".*

¿Habrá intuido que tal vejez tranquila podría haber sido a costa del regreso del "adentro"?

No lo sé. Tampoco tengo derecho a indagar ese "adentro".

Reino y Guillermo

Reino mide casi un metro noventa y pesa según temporadas, estado de ánimo o elecciones culinarias. Corpulento, la imagen de un oso blanco con lacios cabellos rubios, más rubios aún que los de nuestra gringada cordobesa-santafecina. Ojos azules y rostro de luna cortada a hachazos.

Guillermo, un par de años menor que su hermano, mediano, más bien bajo y un poco regordete, por supuesto rubio, pero con ondas en el pelo y una sonrisa entre ingenua y cómplice que circundan una mirada inteligente y dulce. Salvo en la mirada, parece la reproducción de Hanna, su madre. Guillermo es, ante todo, un artista.

Reino es un pensador. Un poeta, aunque yo no sepa que haya escrito poesías. Un pensador rápido y profundo que puede decir cosas como la siguiente —como quien comenta que es mejor el mate amargo que el dulce—: *"Sí, escribís sencillo, pero recordá que la sencillez es un atributo, no un mérito",* y cuyo único límite está dado a veces por cerrojos emocionales que le hacen construir a su alrededor, como el caracol, una casamata infranqueable —y supongo que insufrible— para sus íntimos. Nadie es perfecto. Pero fuera de eso, Reino es capaz de seguir los vuelos más sorprendentes, iconoclastas, irreverentes o místicos. A él —como a pocos— le cabe la frase *"nada de lo humano me es ajeno".* Además, gasta un sentido del humor que va desde la fina ironía inglesa, pasando por la chicana argentina a las carcajadas homéricas.

"Tengo un problema más, además de la manifiesta pereza cerebral (peor es tener diarrea cerebral, cada vez que se piensa, se hace una cagada): la falta de tiempo."

Ambos hermanos sobresalían por lo que suele llamarse su formación cultural. Conocían de todo, no sólo las cuestiones científicas donde Guillermo transitaba por la especialidad en química. Eran de esos notables productos que conocí en Zárate, ciudad —si las hay— de pequeños genios autodidactas, tal vez porque no hay Universidad.

"Está bien que te metás y te quedés en Zárate, por lo menos a estas alturas de tu carrera literaria. ¿Recordarás a Homero Expósito? Zárate —decía— es una maravilla que habría que alambrar y cobrar entrada para dejarla ver."

Exagerado el Reino... un poco fanático en su localismo; de todos modos, voy a insistir en esto como curiosidad. Reino y Guillermo poseían una formación en todas las áreas del saber humano, excepcional entre sus pares en cualquiera de los ámbitos sociales que frecuentaban y, por supuesto, entre los compañeros del PRT. Los dos apenas si habían completado el secundario y, sin embargo, le podían dar tres vueltas y media a cualquier universitario medio, con posgrados incluidos.

"Te doctorean sin clemencia, porque presuponen que el puesto conlleva el título. Me pasó en Mozambique, en donde blanco-hombre-ingeniero son la misma cosa. Cuando le decía a alguien que yo no era ingeniero, no lograba lo buscado, que era evitar un título no habido, sino que ponía en aprieto a mi interlocutor, que se quedaba sin apelativo respetuoso con que dirigirse a mí [...] Las universidades producen doctores, arquitectos, ingenieros en cadena. Sabemos que muchos de ellos tienen como cultura general lo que en términos militares sería cabo o a lo sumo sargento."

Reino, racional y de refinado pensamiento especulativo por vocación, es obsesivo con los problemas de seguridad. En una oportunidad en que se preparó una operación en la casa del Gordo Madera, quien, por el contrario, era el descuido andando, Reino exigió que cada uno de los participantes cubriera sus dedos para evitar las huellas digitales. Después recogió prolijamente todos los restos de los materiales utilizados e hizo un paquete con intención de que Madera los quemara. Llevada a cabo la operación, aliviadas las tensiones —incluidas las intestinales— y con todos los miembros del equipo en la seguridad de sus casas, Reino preguntó por el paquete y el Gordo le dijo, tranquilamente, que lo había tirado en alguno de los tachos de basura del barrio. Más blanco que su piel finlandesa, Reino corrió a recuperarlo, pero con tan mala suerte que ya había pasado el camión recolector. Al amanecer se llegó con su bicicleta —único medio de transporte privado que poseíamos— hasta los basurales en las afueras de la ciudad para rastrear los residuos. Horas revolviendo, disputándoles el espacio a los chanchos, guiándose por las características del papel usado.

"Cómo se nos caló y cómo nos atrapó el viento de la historia. Qué tremenda, qué tremenda carga de entusiasmo, qué predisposición para hacer. 'Cagadas' dirá nuestro escéptico. 'Cagadas necesarias', habrá que contestarle."

Guillermo, en cambio, calmo, a veces hasta plácido, parecía guiarse más por los saberes del cuerpo que por la cabeza. Y el cuerpo también suele equivocarse, y así Guillermo dejaba el reguero de cordones sueltos en sus tareas. El hermano mayor se volaba de furia —con razón la mayor parte de las veces—, pero no siempre, teniendo en cuenta sus propias fallas.

Recuerda Reino:

"En mi casa se leía mucho. Las lenguas viperinas de la colectividad finlandesa decían que, si a nosotros no nos faltaba papel impreso y cigarrillos, no nos faltaba nada.

"Mi padre, sin ser voraz, leía de todo y tenía —para mí— gustos y preferencias insólitas. Él, que estaba lejos de cualquier antisemitismo, admiraba a

Hugo Wast, al que consideraba su introductor a los 'usos y costumbres de los argentinos', como podría decir algún antropólogo europeísta. Leopoldo Lugones era su poeta preferido, y creo que poseíamos todos sus libros. Alfonsina Storni y una uruguaya cuyo nombre no me viene ahora a la memoria, Quiroga, Juan José Moneta, José Hernández, Obligado y etcéteras.

"Leí La Guerra y la Paz *a los doce años. Ahí, para qué, no sé, pero me lo leí."*

(Peor lo mío, leí *Crimen y castigo* a los catorce años y lo tomé poco menos que como un policial; recién en la segunda lectura, a los cincuenta, creo haberlo comprendido.)

"Mi padre estimaba la música clásica. Mi madre no tanto. Guillermo tenía una habilidad manual extraordinaria. Era un pintor y escultor nato."

Me consta, admiré siempre ese talento, que se expresaba también en las tareas domésticas. Recuerdo un día en que me invitó a cenar y, mientras preparaba un soberbio guiso, empezó a trabajar con un cuchillo anchoas frescas que iba poniendo en sal. Hablaba y se sonreía sin detener sus manos, quitando con la hoja el espinazo limpito de los pequeños pescados. Tendría en ese entonces dieciséis años.

Familia singular, sin dudas, pero eso no explica por qué era especial, ni me propongo explicarlo. El PRT era especial y atraía a gente original, y al mismo tiempo, esa gente era quien hacía especial al PRT. Y lo que es más difícil aún de entender, aunque fácil de mostrar: sensibilidades como las de estos hermanos, espíritus abiertos, siempre en relación con el conocimiento, de un pensamiento particularmente crítico como el de Reino, compartieron la militancia con decenas de compañeros mediocres, dogmáticos o estrechos. ¿Qué fuerzas externas e internas hacían que espíritus y personalidades tan dispares se jugaran juntos por la revolución hasta las últimas consecuencias?

"De todas maneras me siento orgulloso de haber formado parte de las filas de aquellos que quisieron tomar el cielo por asalto."

Por otro lado, la racionalidad de Reino es su autodefensa. Es un dique que contiene una energía emocional que, no obstante, hace grietas por todas partes. Una estructura psíquica que se arma de un "deber ser" para dejar rienda suelta a un "querer hacer", cuya pasión parece no poder contenerse en el cuerpo. Y conste que no se trata de un volumen pequeño, precisamente...

Guillermo era también todo eso, pero con menos "tormentosidad". Con menos angustia existencial, con una ductilidad mayor para dejarse llevar por la fluidez de las cosas, como buen artista plástico. No puede decirse "fatalista", sino

más bien con esa cosmogonía mexicana en el sentido de que "lo que viene vendrá". Se incorporó a la militancia mucho después que su hermano y no fue "reclutado" por éste. Por el contrario, Reino, paternal, no quería ver en Guillermo al adulto militante. *"Guillermo está en otra cosa."* Cuántos de nosotros veíamos a nuestro hermano menor como niños, todavía inmaduros para la gran responsabilidad que estábamos asumiendo, nosotros, los "maduros" de veinte y pico de años.

Reino no lo sabe —quizás ni lo crea hoy—, pero él es el paradigma del PRT, y por eso, precisamente, uno de sus críticos más implacables e irreverentes. Desde luego, se puede decir con total derecho que todos somos eso. Pero aquí se trata de deshacernos de los estereotipos, desconfiar de las formas, para rescatar aquellos contenidos. Y en ese sentido y en un sentido más amplio, puede decirse que Reino es el paradigma de una generación. Una coherencia ética con una práctica contradictoria. El espíritu libertario con métodos autoritarios, que Reino condena sin dejar de hacerse cargo.

"Hay una cosa que me interesa. El hombre y sus circunstancias, el cambio en el hombre al cambiar las mismas. Lo absolutamente aleatorio del cambio. Para decirlo en otras palabras: el viento de la historia nos coge y nos transforma. ¿Pero de qué puntos de partida? Vos y yo hubiéramos podido terminar, en otras circunstancias, en monjes, cabalgando Rocinantes, quizás en hombres de ciencia o docentes. Pero nunca, en ningún caso, hubiéramos terminado en vivillos.

"Hemos cometido casi todos los delitos del código penal (salvo los de abuso sexual, por lo menos en mi caso) y diez años de burlar la ley no dejan rastro alguno. Seguimos siendo ciudadanos casi ejemplares. Mejor sería que fuéramos revolucionarios ejemplares."

Recuerdo cuando empezamos nuestra amistad. Como he dicho, yo lo había conocido en su casa en circunstancias en que Guillermo me preparaba en química. Fue un encuentro muy fugaz y con un detalle no muy favorable a mis ojos de ateo intolerante de aquellos años: estábamos sentados a la mesa en la galería del hotelito de la calle Mazzini, rodeados de papeles con insufribles fórmulas químicas que Guillermo leía como un jeroglífico, cuando apareció Reino, a quien su hermano presentó. Reino se sentó y charló algunos minutos, los suficientes para la combinación entre cortesía y discreción. Aun así, el corto tiempo no fue trivial. Volamos por la existencia. En un momento dijo algo así como *"de todos modos es importante tener una religión".* Años después trabajábamos ambos en la empresa Cometarsa. Entre miles de obreros, él y yo apenas si nos cruzamos algunas veces. Me sorprendió el día en que me abordó en el puesto de trabajo y me dijo —en ese lenguaje un tanto críptico que suele emplear—: *"Sí, ando detrás de* La Sagrada

Familia". Yo pegué un respingo, recordando aquella única charla y mis prejuicios religiosos, y le contesté con la misma formalidad: *"¿Se refiere al libro sagrado o a la obra de economía política de Karl Marx?".* Se sonrió acentuando la ironía: *"A Marx, por supuesto".* (Nótese que no nos tuteábamos.)

Así nos hicimos amigos en momentos en que los trabajadores se cansaron de esperar "desensillados hasta que aclarara" —como había mandado el general Perón— y comenzaba la ofensiva.

Empezamos en la actividad sindical. Reino era delegado de la UOM (Unión Obrera Metalúrgica); yo le hacía de consejero en sus eternas historias con sus dos enemigos personales: los miembros de la burocrática Comisión Interna y un capataz alemán —recién llegado—, quien, en su champurreado castellano, nunca lograba acabar la oración con su objeto directo incluido. El pobre alemán podía comprender la indolencia de los morochos argentinos, pero no le cabía, en su cuadrada cabeza, que Reino, este hijo de europeos, rubio y educado, fuera tan rebelde.

Organizamos la primera célula del PRT-ERP con el Gordo Madera, y empezamos los entrenamientos, los planes políticos, los cursos de seguridad, la discusión de documentos internos.

Reino era una máquina de iniciativas y de entusiasmo, al mismo tiempo una lluvia de especulaciones teóricas y prácticas que podía compartir, en especial, conmigo. En ese tiempo noviaba con la paciente Gloria y preparaba su casamiento.

"Treinta años. ¡Quién diría! Coincidían dos hechos. Uno, un matrimonio (que casi se frustra) y esa misma madrugada un pedo o ventosidad un poco fuerte. ¿Quién mandaba? ¿Quién programaba las tareas? ¿Por qué se quería hacer la guerra apurada?"

En efecto, nuestro equipo había operado esa noche un "caño" para asustar a un colaborador de la dictadura. En la retirada perdimos contacto con Madera. Era ya el amanecer y el Gordo no aparecía. Reino había participado y, a media mañana, tenía que estar en el Registro Civil para casarse. No tenía teléfono y los únicos vehículos —además del transporte público— eran las bicicletas. Lo cierto es que yo contacté a Madera cerca de las siete de la mañana y ni siquiera sabía dónde estaba la casa de la novia. Opté por ir con discreción directamente al Registro Civil. Cuando llegué vi, desde la plaza, al flamante matrimonio: Reino, de impecable traje oscuro, y Gloria, radiante. No puedo decir cómo se veía el rostro del novio, quien —además de los nervios propios de todo varón que se casa— temía que, en cualquier momento, apareciera un patrullero a detenerlo. Decidí hacerme ver para que se diera cuenta de que no había ningún peligro. Pero a Reino lo traicionaron los

nervios y, cuando me vio, hizo bocina con ambas manos y gritó, en medio de la marcha nupcial: *"¡Flaacooo!".* Yo me acerqué, como quien no sabe nada, lo saludé y le pregunté estúpidamente: *"¡Hola, qué casualidad! ¿Qué hacés?".*

Cuando el ERP apareció en la escena nacional con una operación en la comisaría 24 de Rosario, en la que se había matado a dos policías, se produjo una tensa discusión en las filas del partido por lo cruento del hecho y la posible evitabilidad de las muertes indeseadas. Reino y yo participábamos de la inquietud por la falta de oportunidad política y la peligrosidad de las tendencias militaristas. El Comité Central había zanjado la discusión mandando indagar "la opinión de los obreros". Madera fue a ver a sus contactos ferroviarios y del gremio de la carne y nos tiró con todos los mamelucos: *"Los compañeros dicen que milico bueno es milico muerto".*

Pero ni Reino ni yo éramos hombres que nos dejáramos presionar por el "obrerismo", por lo menos en aquel tiempo y quizás porque todavía seguíamos siendo obreros reales. Conocíamos a "la clase" por ser parte de ella, y sabíamos de sus grandezas y sus miserias, de sus heroicidades y sus cobardías, sobre todo, el "estrecho marco de la fábrica" que limita los horizontes. La discusión se profundizó. Ese Reino "duro", jugado sin cortapisas, participante de todas las misiones —aventuras en el sentido existencial, a veces también aventuras en el sentido lato de la palabra— de las más arriesgadas o inciertas que se le propusieron, necesitaba en cada situación examinar la inevitabilidad de cada acto violento. La adopción de una estrategia política que contenía el uso de la fuerza armada —la obvia violencia— no era completo aval para justificar todos los actos violentos. Reino aceptaba el rol de agente de la Historia, pero se rebelaba contra ese determinismo tranquilizador de conciencias.

"Recuerdo a un argentino, militante del PC, que en Mozambique me decía que nosotros teníamos necesariamente que perder porque nos faltaba una 'estrategia de poder' a la cual deberíamos condicionar todos nuestros actos (fines y medios) y que no torturar al enemigo, por ejemplo, era una burrada, primero porque es una ingenuidad, segundo porque te mantiene prendido a la ingenuidad. Yo le decía que así no me interesaba hacer la revolución y él insistía en que ése era el mejor ejemplo de nuestra ingenuidad."

Guillermo —en apariencia más "tierno", menos racional, sensible— parecía, sin embargo, aceptar con mayor naturalidad las "exigencias de la Historia", como leyes científicas. Asimismo, Guillermo daba la impresión de desconocer el miedo y demostraba una seguridad rayana en la temeridad, contradictorio en un espíritu amplio como el suyo. Porque, como es sabido, cuanto más cerrado es el espíritu de

una persona, más segura se cree sentir. Los espíritus abiertos, al abarcar una gama mucho mayor de posibilidades, al alimentar con mayor generosidad la imaginación y la fantasía, a favor o en contra, están más proclives a las incertidumbres y a los indecibles. Esa marcada seguridad perjudicaba sus instintos de sobrevivencia, los cuales, por la vía de cierta cuota de desconfianza, nos hace a veces más cuidadosos. Precisamente, ése era un mérito fuerte en Reino. Y aquí, en dos hermanos, hijos de mismos padres, de mismo ambiente social, se constatan rasgos diferentes y contradicciones constantes sobre una misma coherencia: una ética del hacer. Al respecto, Reino me escribe:

"Supongo que elementos tales como los ejemplos de la casa paterna nos forman o deforman para toda la vida, y esos elementos allí recibidos los vamos arrastrando por las distintas empresas que emprendemos, dándoles un pequeño toque, dejando una pequeña marca."

Guillermo fue un prototipo de la generación política de los '70. La generación *del hacer,* de la absolutización de la acción (Reino, Madera y yo éramos de los '60). No importa la precisión de la poca diferencia de edad. Jóvenes que se radicalizaron políticamente y se incorporaron sin una tradición directa, a diferencia de los militantes del PC —partido endógeno si los hay—, o de cientos de peronistas que venían de la tradición de sus padres. Jóvenes que tuvieron audacia para la creatividad e hicieron una utilización precisa de su viva inteligencia para ejercer el mando en la acción colectiva.

Guillermo fue buen jefe político, y empezaba a mostrar aptitudes como jefe militar cuando la militarización generalizada del partido lo designó "teniente Raúl".

En oportunidad en que la represión lanzó el operativo llamado "Guerrilla Industrial"—que enmascaraba el objetivo de acabar con la rebeldía obrera en Villa Constitución, emporio industrial al sur de la provincia de Santa Fe—, Guillermo era el responsable de la Regional Ribera del Paraná del PRT-ERP. De inmediato, organizó las filas partidarias de modo tal de soportar el embate sin perder la iniciativa política y militar —como, en efecto, lo logró—, puesto que la ofensiva represiva afectó poco a la estructura. Tarea especialmente meritoria, ya que dicha regional se extendía por todo el norte de la provincia de Buenos Aires y el sur de Santa Fe. Sin embargo, su tino no pudo evitar que él mismo cayera preso en un movimiento imprudente. Reino recuerda:

"Nosotros estábamos siempre en el frente, sin retaguardia posible. Lo único seguro era que el enemigo podía irrumpir en cualquier momento, en cualquier lado, lo que paradójicamente podía convertir en seguro, a través del azar mencionado, el puesto más peligroso y viceversa."

A la sazón, Reino andaba por otros rumbos. Sus méritos como hombre de muchos oficios —montador, carpintero, mecánico, técnico, ingeniero, organizador, creador, cuadro teórico-político, instructor militar— le costaron constantes mudanzas junto a su "Negrita", sus hijos y su suegra. El partido lo designó al frente de tareas logísticas (la dirección podía llegar a pedir lo inimaginable en plazos imposibles). Y él decía que no, que no se podía, acudía a Hegel diciendo qué clase de *materialistas dialécticos* éramos los del Buró Político, que no entendíamos que el tiempo también es una categoría material. Pero cumplía la mayor parte de las veces, aun rezongando contra las desprolijidades de todo el mundo, particularmente las de los cuadros dirigentes, contra quienes desataba toda su guevarista irreverencia y su agudo humor.

"'Fulano' [su responsable inmediato], *'preso' y 'cantando' todo, es menos peligroso para la seguridad, que suelto y dejando pistas por todos lados."*

Sabía trabajar la materia como el mejor alfarero y, sobre todo, extraer al máximo las energías del entusiasmo militante de los compañeros a su cargo, quienes, por lo general, carecían de los conocimientos necesarios. Organizó equipos eficaces con los que construyó obras de ingeniería clandestina, verdaderos alardes y muestra palpable de ese espíritu creativo que se desarrollaba allí, como en otros frentes, en las miles de situaciones y no siempre concordantes con los trazados de las grandes estrategias del Comité Central.

"El único mal de los elogios es que el elogiado puede llegar a creérselos."

Es verdad, pero no exagero. No se sabe de construcciones clandestinas, vehículos camuflados, escondites y cosas por el estilo, que hayan sido detectados por la represión debido a fallas o falta de originalidad. Muchos fueron encontrados, pero por otras razones: seguimientos, denuncias o informaciones sacadas a fuerza de tortura.

Reino lograba esa eficacia tanto por buen técnico, como por su "calle". Podía ponerse en la mentalidad del enemigo o del común de la gente.

En una oportunidad, tuvo que enmascarar un camión cisterna de transporte de aceite comestible para cargar armamentos. Se supone que, si un camión está cargado, se verifica el peso en los elásticos o las cubiertas, por lo tanto, si se golpea sobre la cisterna, no debe sonar a hueco. Reino y su equipo lo forraron con madera y una capa de arena interiormente, de modo tal que parecía lleno de líquido. Luego instaló tubos verticales debajo de cada una de las aberturas sobre la cisterna para el caso de que alguien quisiera comprobar con una varilla si había, en efecto, aceite. Aseguró todos los detalles e hizo la entrada por el lado del cajón de herramientas. Era imposible de descubrir.

"Probemos" —me dijo.

Se sentó al volante y empezamos a teatralizar. Partimos del supuesto de que el vehículo estaba cargado de armamentos. Yo, policía que lo detengo en el camino. Documentos, hoja de ruta, remitos de mercadería, etc. Reviso todo el vehículo, golpeo la cisterna con una llave, subo al tanque y levanto las tapas de entrada; hasta se ve el aceite, en fin... Luego digo: *"Muy bien, señor, puede seguir viaje".*

Reino se apea sonriendo y me invita a invertir las funciones. Entonces, yo manejo, él repite todas las inspecciones y no encuentra ninguna falla. Me dice: *"Pues bien, señor, todo en orden".* Yo lo miro satisfecho, él se sonríe y de pronto me pregunta afirmando: *"Este..., señor, este..., ¿usted lleva aceite, no?". "Sí, claro" "¿Qué marca es?" "Bueno, ahí lo dice en el remito... Mazzola"* —invento. *"¡Ah, es un rico aceite! ¿Y no me podría dar un poco para llevarle a la patrona?"*—dice, a la vez que ofrece un tarro y señala las válvulas traseras que habían quedado inservibles pero aparentando funcionar. Yo me abatato y no sé qué responder. Reino lanza una de sus carcajadas homéricas: *"Yeca, flaco, yeca. Lo elemental es que un cana te manguee algo de lo que llevás".*

Guillermo estaba preso a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Reino no lo podía visitar ni ocuparse directamente de él. Lo hacía su madre Hanna. El detenido tenía derecho a optar por la salida a algún país no limítrofe. La acción legal y de los organismos de defensa a los presos logró que fuese expulsado a Finlandia, la tierra de sus padres. Conoció, en consecuencia, aquel país del que seguramente tanto habría oído hablar de chico, se dio el gusto de practicar el auténtico sauna y no el sucedáneo que usaban en las islas del Delta, pero no se detuvo demasiado. Al poco tiempo se trasladó a París y, de allí, el equipo de la Junta de Coordinación Revolucionaria —que gozaba de la participación de expertos Tupamaros— lo fletaron para Argentina con excelentes documentos, tanto de viaje como para instalarse en el país con una nueva personalidad y en la clandestinidad.

Lo contacté en un hotel de la calle Yerbal en Buenos Aires, donde se había instalado a espera de enlace y destino. Tengo grabado en la memoria aquel encuentro. Diría que por primera vez lo sentí un adulto "completo". Ya no era aquel niño-hombre que me preparaba en química, o que volteaba los panqueques en el aire, ni el investigador de tintas invisibles y artificios técnicos para la conspiración revolucionaria. (Trampas paternalistas, por supuesto. Yo también tenía a mi hermano, de su misma edad y hasta formas parecidas del carácter, militante también él setentista.) Guillermo se veía muy feliz de reincorporarse a la lucha.

Consciente de que ahora tenía otro nombre, otra personalidad, pasaba a una doble vida. Había disfrutado su viaje a la tierra de los ancestros, pero deseando regresar cuanto antes a la suya. Y ahí estaba. Tuvo todas las posibilidades de quedarse en Helsinki, con su madre, de trasladar a su compañera, de presionar a Reino para que fuese también, de aprovechar aquel estado de bienestar, de seguir estudiando y dedicarse al arte. Tenía *hasta* la autoridad de ser "víctima", la autoridad del preso y torturado. No lo hizo. Regresó con los suyos. Y ahí estaba frente a mí, cebando unos mates y contando, con su sonrisa, miles de experiencias y peripecias. Mezclamos los informes con las anécdotas y recuerdos de nuestras aventuras adolescentes. Yo estaba tan acostumbrado a llamarlo "Raúl" que casi no recordaba el "Guillermo".

En uno de nuestros diálogos, Reino me dice: *"La historia es tuya, la interpretación puede ser discutible, pero no la autenticidad".* Sí, viejo, era auténtica; pero la historia iba adquiriendo ritmo de galope y lo peor es que ya había señales de que el caballo se desbocaba aunque nosotros no lo percibiéramos.

A Reino lo veía cada vez menos. En cambio, con Guillermo militábamos en las mismas áreas y nuestros encuentros eran frecuentes. Conocí, casi de golpe, a su compañera Chela. Morocha, viva y enérgica, hablaba con los ojos. Me sorprendí al saber que era la hija de un viejo compañero de trabajo en el Arsenal de Artillería de Marina, familia muy conocida en Zárate. Más adelante, llegó el nacimiento de sus hijas, ya en la clandestinidad. Algunas veces me crucé con Hanna, que también había regresado de Finlandia y seguía viviendo en la casa de la calle Tres de Febrero.

En una finca de la ciudad de Moreno nos encontramos los tres, Reino, Guillermo y yo, durante una temeraria reunión plena del Comité Central, a pocos días del fatídico golpe de Estado de 1976. Guillermo, asistente como miembro del cuerpo que iba a deliberar. Reino, parte de la guardia de seguridad, con algo de exceso de peso, vestido de traje y corbata, una rústica *PAM 3* firme en las manos y el rostro decidido, sólo le faltaba el sombrero para parecerse más a Al Capone que a un bizarro guerrillero latinoamericano. No pudimos disfrutar de los esperados coloquios en los descansos, porque un tableteo de ametralladoras interrumpió los debates. Yo salí junto con el Buró Político cubiertos por el *FAL* de "la Tía", un instructor del ERP. Simultáneamente, Reino salió cubriendo la retirada de otros dirigentes e invitados: Eduardo Merbilhá, Eduardo Castello y Edgardo Enríquez, "el Pollo", hermano del dirigente máximo del MIR de Chile (el relato "El Pituto" lo tiene de protagonista). Ya en la calle, nos encontramos, mientras continuaban los disparos y empezaban a

sonar las explosiones de las granadas de mano. Después me contarían que Guillermo, quien por orden numérico debía salir después de nosotros, arrojaba granadas caseras encendiéndolas con un pucho, a cubierto en el vano de una de las puertas. Los *FAP* (fusil automático pesado) de nuestra sorprendida guardia, ahora reorganizada, imponiendo su mortífera autoridad, y las granadas de Guillermo, que clavaron a tierra a las unidades de asalto represivas, posibilitando la retirada del grueso de los asistentes. A las pocas cuadras Reino había incautado un *jeep* junto con el grupo del que era responsable. Leandro Fote, dirigente sindical de los azucareros, y yo subimos detrás. Unos kilómetros más lejos pedí que parara y nos abrimos para dispersarnos por rumbos distintos como era práctica de la lucha urbana. Reino nos dejó ir a regañadientes porque estoy seguro de que hubiera preferido tenernos bajo la omnipotente protección de su *PAM 3,* a pesar de la escasez de parque. Veía alejarse a su mejor amigo y dirigente del PRT hacia lo incierto, y allá, en la finca, había quedado su hermano jugando a los bolos con las granadas. Me pregunto qué habrá pasado en ese momento por su alma tormentosa.

"Preguntas que no tienen respuesta y que no la necesitan. Porque lo importante, amigo mío, no son las respuestas sino las preguntas mismas. Para bien de aquellos que prefirieron renunciar a vivir, para precisamente, poder vivir. ¿Qué sería de nosotros si a esta altura tuviéramos el problema contrario?: '¿por qué mierda no me metí?'"

Reino y su grupo se habían internado en un maizal.

"En el maizal éramos cuatro. Llegamos al maizal, fin de un camino por el cual no podíamos emprender regreso, pues en su entronque con el camino vecinal había un camión del ejército. Serían las dieciséis horas. Recorrimos el maizal, que estaba rodeado de prados y por lo tanto sin protección visual. Al rato aparecieron los helicópteros, que comenzaron a peinar. Decidimos quedarnos quietos y esperar.

"Cuando se hizo noche, y ante el peligro de que llegara infantería para peinar el maizal, salimos corriendo en dos grupos. Corríamos treinta o cuarenta metros y nos tirábamos entre los pastos, esperando que los helicópteros pasaran dejándonos un momento a su popa. Los aparatejos tenían dos reflectores, uno fijo que iluminaba el sector debajo del piloto, y otro móvil que desde la apertura lateral manejaba el ametralladorista. A unos cientos de metros del maizal pasaba una vía de tren, cuyo guardaganado estaba construido por rieles viejos superpuestos. Cuando llegamos a los rieles, corrimos y nos arrojamos debajo de los mismos. Como a las 22 horas los helicópteros se fueron, y nosotros emprendimos la marcha

en dos grupos. Nosotros, adelante, con la idea de que, si encontrábamos cerco, por lo menos los de atrás conseguirían fugar.

"Nuestro mayor problema era que no sabíamos exactamente dónde estábamos. Caminábamos cincuenta y cinco minutos y descansábamos cinco. Después de varias horas de marcha, en un paso a nivel, detectamos hombres a caballo, y creímos ver armas. Casi seguro serían rebenques.

"Después que los jinetes se fueron, seguimos caminando. Serían las cuatro, cuando frente nuestro vimos de pronto elevarse una luz. Derecho hacia arriba, sin ruido. Cuando estuvo muy alta, comenzó a desplazarse, siempre en silencio. El Cordobés dijo: 'Ojalá sean platos voladores, hermano...'.

"A eso de las seis y amaneciendo, decidimos escondernos en otro maizal, esperando a los compañeros de retaguardia. No aparecieron, es decir que contra lo convenido tomaron un camino lateral. El Cordobés y yo dormimos por turno todo el día, y al caer la noche salimos caminando, ahora ya sabiendo dónde estábamos, hacia Luján, por un camino de tierra. Después de veinte o treinta kilómetros, apareció una camioneta, tan de improviso que no pudimos escondernos. Le hicimos señas, le explicamos que se nos había roto un palier y que teníamos que llegar hasta un teléfono, y ellos nos llevaron hasta Luján. Dormimos esa noche bajo la lluvia en una casa en construcción, y a la mañana siguiente nos tomamos el tren."

Guillermo también había logrado salir sano y salvo del tiroteo. Mucho después, en mayo de 1977 —como he contado antes en "Suomi"—, él fue secuestrado con toda la familia, incluidos los suegros.

Esos operativos fueron parte de los que conformaron la destrucción final del PRT-ERP. Prácticamente no quedó ni una sola estructura dentro del país.

Reino y su compañera, con sus hijos, habían zafado fortuitamente. Pero quedaron aislados, superclandestinos, casi sin recursos durante largos meses.

El Buró Político del PRT —ahora bajo mi responsabilidad tras la muerte de Santucho— se había instalado en Madrid para organizar la recuperación de la ofensiva política y militar contra la dictadura, pero no lográbamos controlar las consecuencias de los golpes sistemáticos. No teníamos noticias de Reino, tampoco información de que hubiera caído, y yo imaginaba —conociéndolo como lo conocía— que habría evitado contactos que pudieran estar detectados por la represión. Por lo tanto, las comunicaciones se tornaban cada vez más difíciles.

Recuerdo el salto que pegué el día en que, en Madrid, mi secretaria me entregó una carta secreta que había dado vuelta al mundo hasta llegar a mis manos. Era de Reino, que se presentaba, daba parte de novedades y quedaba a la espera de instrucciones. Supondría que ya teníamos la situación bajo control y

enviaba datos para restablecer el enlace. Respondí de inmediato, pero no lo que él esperaba. Mi escueta misiva decía más o menos así: *"No puedo asegurar un contacto dentro de Argentina con suficiente garantía de seguridad. Vos sos un hombre de recursos, salí a Brasil y allí te contactaremos".* Años después él me dijo que yo habría dicho que él "tenía recursos". Por supuesto que yo no sabía qué recursos tenía, sólo había afirmado que era un hombre "de recursos". Y los hechos lo confirmaron.

"En nuestro departamento de la calle Montevideo, yo, hombre de 'vastos recursos', insomne y velando armas (38 Smith & Wenson y 45 Colt G. Model) que igual que yo descansaban esperando la acción, no sé si con más miedo o más ansias de que el enemigo llegara para poner punto final a todos los miedos, a todas las esperanzas y, definitivamente, a todas las esperas, hice mis ejercicios teológicos, que si algún mérito tienen, es el de la más absoluta sinceridad.

"Dios mío, si es que existes, porque no puedes existir, o si existes y permites toda esta maldad, todo este sufrimiento, toda esta injusticia, es que eres tu contrario, el Diablo y Belcebú, y te gozas de ello. No te voy a pedir nada. Porque por qué me concederías a mí, si se los has negado a todos nuestros seres queridos. Está demostrado que sos sordo al sufrimiento y a las rogativas humanas. Además, con la historia de las desconfianzas en tus bondades, sería hasta vergonzoso que ahora, necesitado, me fingiera creyente y adorador. No me da el cuero para ello.

"Vamos a hacer un acuerdo. Yo no te pido nada, ni prometo nada. Cada uno por su lado. Como si no nos conociéramos."

Primero, desde ese aguantadero de la calle Montevideo, Reino salió a recorrer con su compañera las terminales de colectivos hasta hacerse de unos cuantos DNI que se aproximasen a los datos de ellos y de sus hijos. Él sabía poca cosa de falsificación de documentos. Sin embargo, como era un hombre "de recursos", estuvo varios días en las bibliotecas públicas leyendo todo sobre tintas, borratintas, sellos, calidad de papeles y toda la información necesaria. Es seguro que empezó a estudiar desde cuando los chinos inventaron la tinta. Con paciencia, utilizó algunos documentos para probar, hasta que confeccionó todos los necesarios. Con ellos y sobre todo una buena cuota de coraje superador del terror en el departamento, se lanzaron a cruzar la frontera a Brasil. De allí a Finlandia fue un paseo.

Aun así pasó largo tiempo hasta que yo pude viajar a Helsinki para encontrarlo. Llegué al aeropuerto de la capital de *Suomi* y allí vi a "Cal Viva", o Tito, o Esteban... sentado en el bar. Se había dejado crecer la barba. Su rostro se negaba, tozudamente, a reflejar emociones: Von Siddon, en la escena detrás de la

mesa, en *La fuente de la doncella.* Hacía varios años que no nos veíamos. Había miles de cosas que contar, explicaciones que dar y recibir, dolores que compartir, hermanos que llorar, presente que vivir y futuros que discutir.

Recorrimos las calles de Helsinki rumbo a su casa y nos detuvimos en un mercado para comprar pescado fresco. ¡Qué típico de Reino! Al llegar a la casa, apenas una hora después, ambos sentimos que el tiempo había desaparecido. Ahí estábamos, como si nos hubiéramos visto el día anterior.

"Si me preguntaran cuál es el momento más significativo de mi vida, puesto a elegir entre miles de momentos significantes, nacimiento de los hijos, enamoramiento/s, sabor del triunfo de una tarea, muertos, desapariciones, fríos de ausencia que condensan y hacen pesadamente doloroso cada instante, posibles responsabilidades y meneos de culpas, etc., diría sin vacilar que ese momento importante se dio en una calle de Zárate, cuando vos me propusiste participar en la reunión aquella, en la casa del Gordo. Después de ese momento, ni mi vida, ni la historia, ni la historia de la Argentina fue ya la misma. Aunque aún no lo supiera."

El Gordo Madera

El 14 de enero de 2001, domingo por la mañana, apenas regresado yo de una semana en La Paloma, Uruguay, suena el teléfono: *"Hola, habla Felmo, de Zárate". "¿Felmo?". "Bueno, mirá, tengo que darte una mala noticia... esta mañana murió el Gordo".*

Exactamente dos meses antes, el 14 de noviembre, Reino me escribía desde Helsinki respondiendo a mis pedidos de sugerencias para este libro:

"El Gordo, che, el Gordo. ¿Para qué me pedís sugerencias si lo tenés ahí? El problema es describirlo tal como era, mezcla de chanta, prestamista, aventurero, boludo para muchas cosas, no corajudo sino temerario, revolucionario cabal, peligrosísimo si quedaba fuera de control, que se bancó la tortura y la usó para joder a su 'enemigo ideológico'. Hombre de pueblo capaz de valorar y valorizar las consignas y de traducir a lo popular lo expresado en intelectual. Una contradicción andante, ni más ni menos que vos o yo, pero quizás con menos arte para disimular. O menos prolijidad."

Y me vino el recuerdo de doña Celia, mujer de pueblo, madre de dos jóvenes militantes sindicales, uno de ellos dirigente metalúrgico de Villa Constitución. La señora desconfiaba por instinto de los activistas estudiantiles que

venían a buscar a sus hijos para interesarlos en la línea de sus partidos. *"No era gente que hubiera agachado el lomo y hablaban demasiado"* y en alguna oportunidad alguno sacudió la silla antes de sentarse. Desde luego, en esto de la silla habrá sido un caso, pero pagaron justos por pecadores. El Gordo Madera también se llegó hasta la casa en plan de captación de los muchachos, que eran, como se ve, *bocatto di cardinale,* para las organizaciones de izquierda. Los hijos no habían llegado todavía y el Gordo se puso a charlar con la madre intercambiando recetas de cocina. Él conocía no se sabe cuántas maneras de hacer las lentejas y ella lo introdujo en el secreto de la sopa paraguaya. Pero el Gordo no se iba a quedar en teorías, y como los muchachos tardaban en llegar, ahí nomás se arremangó y se puso al frente de la cocina. Como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, el suyo y el ajeno, se puso a conversar acerca de las artes culinarias y siguió con el cuidado de las plantas hasta cómo quitar manchas rebeldes en la ropa. Y también habló de política. La mujer pensó que, con gente así, la revolución no sólo sería cosa buena sino también posible. Tiempo después el hijo metalúrgico estuvo convaleciente y el Gordo, pava en mano, se pasaba las horas al lado de la cama del enfermo, haciéndole compañía, hablando de todos los temas habidos y por haber y, por supuesto, de la línea del partido y la "estrategia de guerra revolucionaria".

Sí, así era el Gordo Madera. Hombre siempre atento a estar bien informado, propiciaba la formación de los militantes; aunque él no se formaba, se informaba. Venía de la UCRI y se incorporó a PRAXIS ante la crisis producida por la "traición" de Arturo Frondizi a fines de los '50. Había sido "chapero" en el Frigorífico Smithfield de Zárate. (El chapero es el apuntador que controla la entrada y salida del personal.) En aquellos años vestía impecablemente de traje con chaleco y sombrero y vivía en el centro. Parecía "el Gordo Villanueva". En la ciudad era un personaje muy conocido, incluso por jocosas anécdotas, casi todas motivadas por su proverbial distracción e impuntualidad. El siguiente caso se registra en los anales de la ciudad. En efecto, el "pito" del frigorífico había sido siempre la hora oficial en Zárate, quizás como irónica herencia de los ingleses. Como chapero, el Gordo tenía que ejecutar esa sirena, para lo cual se trasladaba desde la oficina hasta las calderas, unos cientos de metros, y allí, bajo el exacto reloj británico, a tirar de la manija. Un día salió de la oficina, como de costumbre unos minutos antes para cumplir esa tarea, pero en el camino se encontró con alguien y se puso a hablar de política. Lo cierto es que el tiempo se le pasó; entonces, ya pasados casi diez

minutos de la hora asignada, hizo sonar la sirena. Fue un acontecimiento regional, la primera y la última vez en la historia en que el pito del frigorífico falló.

Como dice Reino, el Gordo era más que valiente temerario y su temeridad rivalizaba sólo con su incalculable desfachatez. Nunca pudo corregírsele su falta de puntualidad, a pesar de los enormes riesgos que adquirió la militancia durante la década del setenta. Ya cuando militábamos en PRAXIS, se había tomado la norma de que a quien llegaba quince minutos tarde no se le abría la puerta. Pero con el Gordo no se podía. Llegaba una hora después y pegaba el dedo al timbre hasta que ganaba por cansancio. Recriminaciones y amonestaciones le rebotaban. En una ocasión, en plena dictadura, un ómnibus *Chevallier* nos había dejado a él y a mí, a las tres de la mañana, sobre la Panamericana en el cruce de Zárate, viniendo de San Nicolás. Ninguno de los dos teníamos demasiada justificación para andar a esas horas. Debíamos caminar siete kilómetros hasta la ciudad, cuando, de repente, se apareció un patrullero y nos dio el alto. Los policías se bajaron, nos revisaron e interrogaron. Les explicamos que acabábamos de bajar del ómnibus porque trabajábamos en San Nicolás e íbamos a Zárate. Revisaron varias veces los documentos y nos llenaron de preguntas, desconfiados, y al final se convencieron y empezaron a marcharse. Yo apenas soporté la necesidad de soltar un suspiro contenido y algo más, propio del cagazo. Pero cuando los policías estaban cerrando las puertas del patrullero, el Gordo les grita: *"¿No nos llevan hasta Zárate?".* Primero vacilan y luego dicen: *"Bueno, suban".*

Estoy sentado frente a su féretro, cuarenta años después, y escucho conmovido a su viuda resignada reviviéndolo: *"Era un buen hombre. Tan distraído. Me decía: 'me voy a dar una vuelta por el barrio' y yo le decía: 'vuelva enseguida, González, que ya echo los fideos', ¡y era capaz de volver a la hora! Se quedaba charlando con todos cada dos cuadras...".*

Cuando fue despedido del frigorífico Smithfield a principio de los '60 y perdió, así, su trabajo de empleado administrativo, comenzó su vida a salto de mata. Hizo de todo: vendió plantas o ropa a domicilio, fabricó trapos de piso, fue guardabarreras en el ferrocarril, peón en los montajes de la ESSO, vendedor de rifas por el país, organizador de bailes populares y contratista de artistas de cuarta categoría. Abandonó su vestimenta impecable para transformarse en un zaparrastroso. Recorría las calles en chancletas con pantalones desfondados y sus bolsas al hombro.

Con él me inicié en la política. Me llevaba diez años y durante un tiempo oficiaba, de hecho, como mi instructor práctico en la lectura de los diarios y las

cotidianidades de la política. Silvio Frondizi nos enseñaba que había que leer el diario *La Nación* porque era la voz del poder, por encima de los gobiernos.

El Gordo Madera carecía de ánimo para las especulaciones teóricas, era la expresión primitiva de la razón, tipo concreto y pragmático, incapaz de captar las sutilezas del espíritu; pero poseía, sin embargo, una capacidad de reírse ilimitada. Y un don para la chicana. En una oportunidad en que un científico explicaba que la energía tenía peso y que, por ejemplo, un reloj al que se le daba cuerda pesaba más que cuando no la tenía, porque estaba cargado de energía, pero que esto era indemostrable en términos prácticos, el Gordo le replicó que había que tomar un millón de relojes y ponerlos en la balanza, luego dales cuerda y pesarlos de nuevo.

Gran orador y perspicaz observador de conductas colectivas, me enseñaba a romper mi timidez adolescente para hablar en las asambleas.

"La gente —decía— *comete un error cuando por timidez se sienta atrás de todos. Vos tenés que sentarte adelante, en la primera fila, porque cuando pedís la palabra, solo tenés delante la mesa y toda la asamblea atrás. Si te ubicás atrás, ocurre que estás al fondo y cuando pedís la palabra todo el mundo se da vuelta para ver quién habla. Si lo hacés desde el escenario, siempre tenés que tener algo en la mano, un diario, por ejemplo, porque, cuando a uno le falta cancha frente al público, no sabe qué hacer con las manos".*

Perseverante, no conocía el desánimo y era tal su identificación con la vida política que una vez una de mis primas me comentó: *"Te vi el otro día con tu amigo, ese señor que pinta paredes".* Desde luego, pintaba consignas políticas.

Militamos en PRAXIS —como queda dicho—, y en su casa, en la casa paterna, se hicieron las reuniones más famosas de las "conspiraciones" Zarateñas, cuando la represión nos impedía los actos públicos. Por aquel amplio comedor, hoy en ruinas, pasaron Silvio Frondizi, Alejandro Gómez, Silenzi de Stagni, Marcos Kaplan, Ernesto Giudici, curas del tercer mundo, en fin...

Era cierto que el Gordo no conocía el miedo, peligrosamente cierto, no es que fuera valiente —repito—, era temerario, irresponsable y sobre todo muy torpe en cuestiones técnicas. Pero derrochaba iniciativa.

En una oportunidad el PRT lo envió a una escuela política de la JCR (Junta de Coordinación Revolucionaria) en Chile, en tiempos del presidente Allende. Hubo una dificultad administrativa y a raíz de esto el Gordo quedó aislado en el sur de Chile y sin posibilidades de regresar de manera legal. Tenía que optar: o regresaba a Santiago y retomaba el contacto con el MIR, para que le arreglaran los papeles, o se largaba a cruzar clandestinamente. Se instaló en una pensión modesta, compró un cuchillo con vaina y se lo calzó en la cintura. De pura pinta, porque no sabía

usarlo más que para comer asado o cortarse los callos de los pies. Y se llegó hasta un boliche y, acodándose en la barra, empezó a mandarse unos piscos. Al tiempo entró en conversación y, copa va copa viene, transó con unos contrabandistas que le ofrecieron cruzar la frontera. Hasta aquí la cosa sería intrascendente, salvo por el medio de transporte. Arregló el negocio y a la madrugada se presentó el arriero con dos caballos extras, uno para el Gordo y otro para el equipaje. El chileno le preguntó si sabía andar a caballo, a lo que el Gordo, franco como siempre, respondió que nunca había subido ni siquiera a uno de calesita. Según su propio relato, la hazaña mayor fue montar el caballo. Finalmente, iniciaron la marcha para cruzar la cordillera de los Andes, en una cabalgata que duró más de dos días. Cada vez que se le preguntaba cómo pudo hacerlo sin saber andar a caballo y dada la obviedad de su tremenda estatura y peso, el Gordo respondía muy seguro: *"Pero si es facilísimo...",* y estirando la "i" acentuada para dar énfasis a la palabra, dejaba unos segundos de suspenso y remataba la frase: *"Uno no tiene que saber nada. El que sabe es el caballo".* Y cruzó nomás y encima lo hizo —en plena dictadura de Lanusse— ¡transportando tres maletas con doble fondo, donde traía varios kilos de material "subversivo"!

Madera no sólo fue fundador, junto con Reino y conmigo, del PRT y el ERP en Zárate-Campana, sino que fue el hombre que abrió el frente del PRT-ERP en Villa Constitución.

Siempre fue así: el Gordo tenía la capacidad de entrar y penetrar en cualquier sitio, pero no se le pidiera que organizara —sobre todo, consolidara— nada. Había que mandarlo adelante abriendo camino y detrás iban los organizadores atando las puntas dejadas por su desprolijidad. Lo que entonces no comprendíamos era que, precisamente, esa "desprolijidad" suya era lo que le permitía penetrar allí donde otros —prolijos, "armaditos", digamos: esquemáticos— no podíamos.

Para aquella regional del PRT-ERP, que tenía como centro la ciudad de Zárate y se extendía hasta San Nicolás, esta ciudad con su codiciada acería —la concentración obrera más grande del país en la época— era todavía inexplorada.

Y allá fue el hombre. En "el lechero", un tren que hacía Buenos Aires-Rosario parando en todas las estaciones. Con su bolso, sus chancletas y sus pantalones desfondados. La imagen del payador perseguido andando de pago en pago sin detenerse en ninguno. Pasó de largo por Baradero —puesto que ahí estaba organizado el partido—, abrió un frente en San Pedro, dejando material de

propaganda, mateó en Ramallo, donde estableció contactos, hasta arribar a San Nicolás, tanteando a la gente de Somisa con poco éxito.

San Nicolás era la tierra de Enrique Gorriarán Merlo, Benito Urteaga y un puñado de militantes del PRT que no habían consolidado estructuras políticas en su pueblo sino en Rosario, pero quedaban vínculos. El Gordo hizo su recorrida y en una de esas se contactó con Luis Segovia, un herrero oriundo de Entre Ríos que trabajaba en la Empresa Marathon de Villa Constitución, más allá del Arroyo del Medio, el límite entre las dos provincias. Y por supuesto, atravesó la frontera provincial y recaló en Arroyo Seco, para instalar sus cómodas asentaderas en la casa del viejo Mateo donde se hizo fuerte.

No es fácil describir la personalidad de un hombre que dedicó su vida a la política pero que jamás vivió *de* la política, que nunca parecía ser atravesado por dudas que no fueran discrepancias en el terreno de la "táctica", en las disposiciones cotidianas, en caracterizaciones de los compañeros, criterios morales o posiciones éticas. El Gordo no tenía la más mínima duda en la "estrategia", y dado que su relación con el tiempo —como ha podido verse— no pasaba por el reloj, ni siquiera por el almanaque, tampoco lo afectaban los vaivenes "tácticos".

En 1988 fui de visita a Zárate, después de tres lustros de ausencia, y lo busqué por la ciudad. ¿Dónde podría encontrarlo? En un destartalado local del PI (Partido Intransigente), adoctrinando a una nueva generación política. Ingresé al local. El Gordo estaba de espaldas, cebando mate. Por el piso, media docena de chicos y chicas pintaban, entusiasmados, carteles políticos. Puse mi mano sobre su hombro. Hacía quince años que no lo veía y que tampoco nos comunicábamos directamente. Giró sobre sí mismo, me miró con una cálida sonrisa y sólo dijo, alargando la "i": *"¡Igualiiito! Sabía que eras vos, la compañerita te describió exactamente igual".* Un abrazo y sentí como si el tiempo no hubiera pasado.

El tiempo no había pasado. Él era la misma figura de veinte años atrás esperando en la estación Río Luján, a un grupo del PRT de la cátedra de Filosofía de la Capital Federal, a quien le daría los primeros rudimentos de tiro de pistola. ¡El Gordo, dando clases de tiro de pistola cuando no era capaz de acertarle a un elefante en un pasillo! Pero más que enseñarles la técnica, se trataba de "proletarizar" a los "pequeñoburgueses" de la zona Capital. Llegado el tren, un grupo de bullangueros muchachos se apeó en la desolada estación; algunas chicas, con botas a la moda y hasta pieles, quizás artificiales, pero pieles al fin. El Gordo, parado en el andén con sus chancletas y su figura desaliñada, olfateó y se extrañó. El grupo daba vueltas entre decididos e indecisos, como no sabiendo bien qué

hacer. Madera esperaba. Uno de los muchachos se acercó y le preguntó si había un almacén por la zona. No dio la contraseña, evidentemente no eran del PRT. ¡Raro!, cazadores o pescadores, tampoco. En fin, el grupo se alejó en dirección al río. Al rato llegó otro tren del que descendió otro grupo de similares características. Pero no hizo falta contraseña: Madera reconoció a uno de los compañeros. De todos modos, se fastidió por las ropas que vestían, tan poco adecuadas para el lugar. Luego de las presentaciones y saludos de rigor, el grupo se puso en marcha y, con el Gordo al frente, cruzaron alambradas, con caballos del otro lado. Una de las pibas preguntó si no eran peligrosos los caballos, a lo que Madera, chicanero, respondió que la civilización se hizo a caballo. Había que caminar tres o cuatro kilómetros hasta lograr un buen lugar para el entrenamiento, y el anfitrión, bien malicioso, procuró atravesar todos los pantanos posibles haciendo meter a las chicas sus hermosas botas hasta la rodilla. Los muchachos estaban felices con este "proletario" rudo y seguro de sí mismo, orgullosos de la aventura, como preparándose para el monte. Llegados al lugar elegido, el Gordo organizó el campamento: primero el mate, ¡no faltaba más!, luego el "minuto"* y la disposición militar para una eventual defensa y retirada en orden. En principio, ordenó la ronda para la "clase teórica" (que es lo que el Gordo sabía de memoria, pues su memoria era mayor que su cuerpo). Hasta les hizo hacer la prueba de alineación de la vista, como le había enseñado Joe Baxter. Luego desenvolvió la pistola, una *Tala 22,* le quitó cuidadosamente el cargador y lo vació. Estaba secando el aceite parsimoniosamente cuando, de pronto, se escucharon disparos a lo lejos. Zafarrancho de combate, de retirada o de fuga, pues... ¿quién sabe? El grupo respondió con una disciplina mayor que la esperada por el Gordo. *"No tan pequeñoburgueses"* —informará después—. *"Los pequeñoburgueses estaban cagados, pero sin ninguna vacilación".* Y comentará filosóficamente: *"¡Lo que puede la ideología!".* Los tiros continuaban y el Gordo decidió mandar una patrulla a inspeccionar. Por supuesto, él, el jefe, iba al frente. A poco de andar, detrás de una hondonada divisó al primer grupo de jóvenes con quienes se había topado en la estación, realizando prácticas de tiro. Al ver a los visitantes interrumpieron e intentaron simular ser cazadores. (La escena siguiente se parece al encuentro entre judíos y gitanos en el filme *El tren de la vida.)* Se adelantan los jefes, se relojean y parlamentan. *"Bueno, ustedes tiren para allá, nosotros tiramos para el otro lado."* Ya regresados al campamento, el Gordo comentó —como si se tratara de pajaritos—: *"No hay problema, deben de ser Montoneros".*

---

* Véase nota de pág. 73.

La lección continuó. El instructor tomó la pistola con la mano derecha, la levantó apuntando hacia el cielo, colocó el cargador, acerrojó, y siempre con el arma hacia arriba y explicando cada maniobra, estiró el brazo y dijo: *"Apunto, contengo la respiración, ¡fuego!".* Al momento de tirar del disparador y cuando todo el mundo esperaba el disparo ejemplar, el que seguramente daría en el blanco, el Gordo no disparó, levantó la pistola y repitió la operación y las explicaciones, sin dejar salir un solo tiro. Luego eligió a una compañera y le ordenó que hiciera la prueba. *"El brazo semiestirado, contenga la respiración... ¡fuego!".* La chica miró sorprendida el blanco, con el arma humeante en su mano. Y así sucesivamente, uno tras otro fueron ensayando, con aciertos y yerros, no importaba. El asunto fue que el instructor no realizó ni un solo disparo en toda la "clase magistral". Nadie preguntó por qué.

Más adelante, cuando encontré al responsable del equipo en la reunión del comité de zona, me comentó que los compañeros de Filosofía estaban fascinados con las clases de tiro, sobre todo con la lección de *"modestia proletaria".* Desde luego, el equipo había deducido que el compañero Madera no disparaba para que ellos, que recién empezaban, no se amilanaran con su puntería.

Vuelvo al presente y leo este e-mail que me ha enviado Reino, donde recuerda una anécdota del Gordo Madera:

"... O cuando después de una pintada que hicimos en Villa Fox (seguramente porque nadie nos reconocería, él vivía con la Ñata en la calle San Martín, yo en la calle Arribeños) el Chango, no recuerdo quién más y yo, el Gordo se mete la pistola en la cintura, amartillada. No es cuento, te juro que es cierto. Me pegué el cagazo de mi vida tratando de sacar la pistola debajo del cinturón sin que se disparara."

Eso había sido en los primeros tiempos. El Gordo fue el primero en declararse militante del PRT. Había adquirido una casita semiderruida en una villa alejada. Casa también histórica, allí habíamos llevado a importantes personajes, el más famoso, Abraham Guillén, un verdadero legendario, para charlas de economía política y sobre todo de guerra popular. En dicha casita se llevó a cabo, años después, el primer encuentro entre Agustín Tosco y Mario Roberto Santucho en la clandestinidad.

En una de sus andanzas, el Gordo fue arrestado. Lo detuvieron y lo torturaron, como era práctica, pero él negó toda pertenencia al PRT-ERP, se negó a dar siquiera su nombre de guerra y reconoció que era un militante político "legal", que militaba en el FAS (Frente Antiimperialista por el Socialismo). Dado que era

imposible reconocer que se pertenecía a alguna organización, aunque fuera legal, sin revelar el nombre de alguna persona, el Gordo dijo que se relacionaba con un conocido dirigente del PC de la zona. En su propio informe al Buró Político del PRT, enviado ya desde la cárcel de Sierra Chica donde fue destinado, él explicaba que lo había hecho porque, de todos modos, el nombrado era muy reconocido por todo el mundo. El Comité Central del PRT le aplicó una durísima sanción por comprometer a aliados del campo popular, falta considerada más grave que si hubiera comprometido a la propia organización partidaria. (No sé si se habrá enterado, en algún momento, que fui precisamente yo, su compañero más antiguo, su medio discípulo y posterior jefe, quien le propuso al Comité Central tan dura sanción. En todo caso, nunca me lo reprochó.)

No sé si tiene razón Reino cuando me escribe:

"La constancia fue quizá su característica mejor y, vuelvo a insistir, no fue su culpa si le tocó desempeñarse en situaciones que lo sobrepasaban. En la tortura hubiera tenido que tener a su responsable para hacerle comprender que no era correcto mandar preso a un comunista, por muchas diferencias que con nosotros tuviera."

El domingo 14 de enero hacía un calor terrible en el local de la sociedad de fomento de la Villa donde lo velaban. Pregunté a su viuda a qué hora sería el entierro: *"La cochería lo quería llevar hoy mismo, por el calor, ¿vio?, pero yo le dije, ¡de ningún modo!, que lo lleven mañana, González tiene muchísimos amigos y vendrán esta noche a despedirlo".*

No me dio el corazón para quedarme hasta la noche, lo despedí allí y me fui pensando en la relación entre las contradicciones y la coherencia. Contradicción e incoherencia no son sinónimos, y creo —como dice Reino— que el Gordo era la contradicción andante... como nosotros. Pero, a su modo, fue coherente en su búsqueda de *"querer ser un revolucionario".*

Un caballero en la corte de Santucho

Si hubo un caballero entre los cuadros dirigentes del PRT-ERP, ése fue, sin dudas, Eduardo Merbilhá, a quien llamábamos "Alberto Vega".

Caballero en cualquiera de los sentidos en que se hable: fino, culto, excelente humorista, de modales suaves, físicamente bello, extrasensible y sencillo y, para colmo, una de las inteligencias más agudas que he tenido la suerte de

tratar. ¿Parece mucho, no? ¿Demasiado apologético? Reconozco que mi entrañable cariño a Eduardo me puede jugar malas pasadas; por lo tanto, este reconocimiento aventa toda intención de "objetividad". Por eso no hablo de "memoria" sino de "recuerdo". Es *mi recuerdo,* que intenta evitar esas biografías amañadas que envenenan la historia y no dejan lugar a las nuevas generaciones porque las aplastan con la supuesta perfección de sus antecesores.

Allá por 1972, Benito Urteaga, desde la dirección central del PRT, tenía la firme intención de quebrar la situación de impotencia en San Nicolás. Ese formidable emporio industrial, el más grande del país por aquellos años, se negaba a ser penetrado por el partido. De modo que me mandó a Eduardo para que se hiciera cargo de la ciudad que formaba parte de lo que luego llamaríamos "Regional Ribera del Paraná" y que el caudillo del Partido Radical Ricardo Balbín calificaría más adelante como el centro de la "guerrilla industrial".

Una tarde de verano bonaerense Eduardo se descolgó del tren en Zárate. Yo lo esperaba en el andén. Luego de un café, abordamos "el lechero" hacia San Nicolás. Yo lo había tratado fugazmente en algunas reuniones y recordaba sus intervenciones, por lo que tenía una predisposición muy favorable que me creaba una gran expectativa con su llegada. Su humor se manifestó de entrada cuando me dijo: *"Vamos al coche comedor, no se puede hablar de política sin una mesa de por medio".* Sentados en un desierto "coche comedor" —que de tal sólo tenía el nombre como herencia de antiguos esplendores—, simpatizamos de inmediato soportando los cafés; además, congeniamos en lo que, para el partido oficial, serían "elucubraciones pequeñoburguesas" frente a los asuntos internos.

En mis fantasías de joven literato frustrado, solía hacer analogías entre mis compañeros y los personajes históricos o de ficción. Y así como el Pelado Gorriarán Merlo se me asemejaba a Stalin o el Gringo Mena a Trotsky y Mario R. Santucho a Mariano Moreno, Eduardo me recordaba a Lunacharski, el más cultivado y desconocido de los bolcheviques. Disciplinado al máximo pero con pensamientos propios, planteaba sus inquietudes y, si no se aprobaban, acataba las decisiones de la mayoría o —en nuestro caso— del representante de la mayoría, el responsable. Había sido estudiante de abogacía y venía de familia de alta clase del interior de la provincia de Buenos Aires, según me contaba su amigo y condiscípulo Rogelio Galeano. Eso podía notarse en los modales, que chocaban con los de algunos compañeros de "origen pequeñoburgués", instruidos pero incultos y pretenciosos. Entonces, Eduardo se movía entre una especie de "culpa de clase" que debilitaba su accionar frente a los demás y un estar más allá que le posibilitaba tomar distancia,

a veces, a pesar de él mismo. Esto se manifestaba en la necesidad de acentuar un tanto su conducta práctica como para ganarse el "derecho" a expresar libremente sus ideas. Benito Urteaga era uno de los que más lo hostigaba, quizás sin malicia, porque no podía captar el talento de Eduardo, quien, precisamente por poder ver más lejos que el conjunto, comprendía que sólo se podía avanzar con *ese* conjunto.

Se instaló en San Nicolás con su compañera Alicia y su indomable hijita Margarita, en un barrio modesto, y enseguida buscó trabajo, fiel a las instrucciones y a pesar de funcionar con documentos falsos. Consiguió de inmediato uno de peón en una de las metalúrgicas subsidiarias de Somisa. En una de mis visitas a la zona me hizo un comentario que reflejaba su sutileza: *"Pasó Mariano* [Benito Urteaga] *por la zona. Lo fui a buscar con la bicicleta a la parada del Chevallier y vinimos para casa caminando varias cuadras por calles de tierra. Quedó impresionado cuando vio que yo vivía al lado de las vías del tren. Ahora subí de categoría como cuadro, para Mariano".*

Visitarlo en esa casita al costado de las vías era para mí una de esas fiestas que compensaban los rigores de la militancia. Mientras esperábamos a Alicia, quien en medio de sus cientos de tareas también tenía que recoger a Margarita de la escuela, él preparaba el mate, ofrecía y comía con fruición pan con manteca sin dejar de comentar los acontecimientos de los últimos días. Su calidez hacía que, en medio de ese ascetismo, el visitante se sintiera como en casa.

Eduardo se integró fácilmente al medio fabril por su sencillez y también porque era un excelente jugador de fútbol, la mejor tarjeta de visita para ingresar en el mundo obrero. Sin embargo, no ganaba para sustos en su clandestinidad, y de las formas más inesperadas. Un día en que se duchaba junto a los demás obreros al terminar la jornada, de repente un compañero de trabajo que estaba a su lado le dice: *"Oiga, amigo, usted debe ser Tupamaro, ¿no?".* Eduardo contaba que casi se le paraliza el corazón y que apenas logró sonreír preguntándose cómo habría levantado sospechas. *"¡Eh, eh, claro que no! ¿Por qué lo dice?".* Y el hombre le respondió con una risotada y desencadenando un estrépito de carcajadas: *"Porque está bien armado".*

A diferencia de otros compañeros "proletarizados", cuyas conclusiones eran coincidentes con la línea oficial del partido, Eduardo extraía la riqueza de la experiencia y señalaba las incoherencias: *"Laburo en una fábrica, me hago amigo de los compañeros como base para hacer la política, juego al fútbol con ellos y estrecho las relaciones, todo lo que es la línea de masas del partido. Pero cuando me invitan a algo, asado, picado, el bautismo de uno de sus hijos o cualquier otra actividad social además del yugo de ocho horas diarias, tengo que mirar*

disimuladamente la agenda y ver cómo compartir con todas las tareas del partido, la mayoría internas. Y les tengo que decir que mi nena está enferma o qué sé yo. Aquí hay una contradicción no resuelta".

Por desgracia, no siempre lo escuchábamos. Por otro lado, era un combatiente excepcional por su pulcritud y sangre fría en la acción, en contraste —o, más bien, en su coherencia— con todas las consideraciones ("elucubraciones pequeñoburguesas") que hacía antes y después del enfrentamiento armado. Ese era uno de los aspectos que —junto con Reino— más he compartido con él, aunque con temperamentos tan disímiles de ambos. En una oportunidad en que Eduardo y su grupo de nicoleños coparon una escuela secundaria en una operación de propaganda armada perfectamente realizada, el director comentaba ante el periodismo, después de pasado el susto, eufórico, a los gritos, y frente al fastidio de la policía: *"El guerrillero... le digo, un caballero, señor, un caballero". "Son subversivos"* —retrucó el policía, pero al docente no lo podían parar—. *"Bueno, sí, pero les juro... un caballero. Y la chica, una dama... una dama, les digo." "Una dama guerrillera"* —farfulló de nuevo el policía. *"¿Qué dice?* —insistió el director—. *"Tenía una pistola así de grande, más grande que ella, pero era una dama".*

Cuando yo dejé la regional para integrarme al Buró Político, él asumió en mi lugar y, desde luego, tuvo que dejar la fábrica y la vida que estaba haciendo. Dirigió la regional un tiempo hasta que las necesidades de la organización interna hicieron que lo trasladáramos como secretario del Buró Político. A partir de ese momento, retomamos la militancia juntos y, por mi parte, pude calibrar no sólo lo que era notable en él: su sencillez y finura, sino también su perspicacia, una de las facetas poco reconocidas como parte de la inteligencia.

Eduardo ejercía como secretario del Buró Político. "Adscrito" —como le decíamos—, participaba en todas las reuniones y levantaba las actas, tarea esta que hasta ese momento veníamos realizando *ad honorem* por turnos el Gringo Mena y yo. Este aspecto fue frustrante para Quique Gertel, secretario de Santucho, quien después de las reuniones transcribía las actas y las microfilmaba para el archivo secreto. El asunto es que yo también tenía mi mal humor y, cuando iba escribiendo la síntesis de las discusiones, quitando las informaciones de seguridad, registraba sólo las frases de concepto; además, frente a los discursos demasiado largos y reiterativos para mi gusto, solía escribir el párrafo abreviado y luego dibujaba una guitarrita significando que lo que seguía era "guitarreo". Pero no todos los discursos merecían la guitarra. Por ejemplo, jamás aparecía dicho instrumento después de la palabra de Santucho o de Gorriarán, el primero por preciso y el

segundo por parco. En cambio, en exposiciones como las de Mauro Gómez o Rogelio Galeano, no sólo dibujaba una guitarra sino que le agregaba un violín, un piano, toda una orquesta. Los compañeros auxiliares al Buró me contaban las carcajadas de Quique al transcribirlas.

Eduardo, en cambio, era preciso y sobrio. Además, lograba cumplir con algo por lo que había bregado y que compartía conmigo desde los tiempos de San Nicolás: dejar constancia de las posiciones, sobre todo, las que quedaban en minoría y no eran aprobadas. En eso, era un bolchevique de pura cepa.

Creo que difícilmente otro hombre en el PRT haya conocido, mejor dicho, percibido tan a fondo la personalidad de cada uno de los miembros del Buró Político. Nos "junaba" a todos. Demostraba una sutil percepción para detectar virtudes y debilidades por encima de las apariencias. Captaba más rápido que ninguno los matices que evidenciaban diferencias. Sin embargo, no puede decirse que Eduardo poseyera sólo una sensibilidad mayor que el conjunto. Creo más bien que esta propiedad se podía expresar por una mayor distancia de los prejuicios de los que pecábamos los demás. Esto, sumado a una ética intransigente, le permitía detectar el doble discurso en la conducta cotidiana de cada uno. Doble discurso, en las pequeñas cosas, que revelaba —no otra cosa— el hecho de que se trataba de personas comunes y corrientes y no de "bronces", cuya mayor e indiscutida virtud estaba dada por la decisión y la determinación de enfrentar todas las consecuencias de aquello en que estaban comprometidos. Eduardo registraba —como ya he dicho— las sutilezas; por ejemplo, cuando se discutía si para tal reunión convenía, por razones de seguridad, ingresar a la casa el día anterior por la noche o el mismo día de la reunión por la mañana bien temprano, Eduardo apuntaba que había que admitir que era más agradable y cómodo dormir con la compañera o la familia que incómodamente en la casa de reunión. Y no faltaba quien adujera la abnegación militante, frente a lo cual Eduardo se sonreía con esa ternura de comprensión, porque al mismo tiempo observaba que, a veces, quien así tiraba con los mamelucos de revolucionario sacrificado, o bien estaba solo o bien se llevaba a los palos con su pareja. Lo mismo ocurría con la famosa *proletarización* o las supuestas *virtudes* proletarias. Eduardo se reía con inusitada estima de los disfraces. Parecía como "estar de vuelta" en esas cuestiones. Y quizás precisamente por eso, tenía un sentido nato de lo que significa la labor de un colectivo de personas no "perfectas" y ponía todo su empeño para coordinar tareas de modo eficaz.

Y no era trabajo fácil. Coordinar las tareas de un grupo de hombres disímiles, cada uno con su estilo y sus mañas, que concentraban en cada línea de responsabilidad una magnitud de actividades diversas, sencillas o complejas. Un

Buró Político que estaba en todo: viajaba por todo el país, *anche* eventualmente el extranjero, y daba línea hasta en el barrio. Y Eduardo recibía palos con frecuencia, la mayor parte de las veces injustos. Porque su tarea, además de ciclópea, era la resultante de ese Buró Político, una especie de conversión cualitativa de la sumatoria del colectivo que se sintetizaba en él. Dicho de otra manera, él tenía que hilvanar y cubrir los numerosos baches de la actividad del conjunto, los cuales diluidos de uno en uno no significaban gran cosa, pero concentrados ponían a la luz las falencias reales o aparentes.

La pregunta que me hago —que me hice siempre— es por qué un hombre de esas características cumplió una función jerárquicamente "secundaria" en el PRT. No me caben dudas de que Eduardo era más talentoso que todos nosotros juntos. No puedo dar una respuesta, porque en este momento me doy cuenta de que la pregunta está mal hecha. En rigor, la función que él cumplía como adscrito, aparentemente "secundaria" comparada con las nuestras, era más difícil e importante. Esto lleva directamente a cuestionar las categorizaciones, criterios jerárquicos que solemos utilizar sin tomar en cuenta que no son más que conceptos del orden burgués. El mismo criterio que jerarquiza una actividad "productiva": carpintero, arquitecta o chef de restaurante, por encima de la labor de una madre criando niños o de jóvenes cuidando ancianos. La única manera de comprobar la importancia de la tarea de Eduardo era que faltara, del mismo modo que queda comprobado el trabajo de una mujer en su casa cuando no está.

Pero aún así, superando la pregunta mal hecha, con él una cosa no quita la otra y queda el interrogante de cómo podría haberse "aprovechado" más el privilegiado cerebro de Eduardo en funciones dirigentes. Es que, por otra parte, él parecía arrastrar una especie de timidez o de complejo por la clase social de donde se supone que provenía, lo que le dificultaba afrontar a fondo una discusión. De haber sido esto así, es lamentable pero inamovible. Él, como hombre inteligente y formado, era tan responsable como los demás de semejante equívoco, y son cosas que hay que enfrentar. Esto lo percibí en 1976, en la reunión en que se evaluaron los resultados catastróficos de la operación sobre Monte Chingolo (efecto inesperado y de consecuencias inesperadas). Eduardo Merbilhá no había participado ni en la planificación ni en la dirección de ésta, y no estoy seguro de que haya estado informado, por lo menos, hasta el lanzamiento. Pero, en todo caso, en esa reunión en la que el Buró Político demostró perder el rumbo con la expresión "derrota militar y triunfo político", Santucho había perdido la serenidad reflexiva con que acostumbraba poner en orden el debate e insinuó que las cosas hubieran sido de otro modo, si el Comité Central no le hubiese prohibido dirigir a él,

personalmente, las operaciones. Eduardo me impresionaba, en esa ocasión, como la persona más lúcida, intentando introducir más elementos de análisis. No obstante, ni lo dejamos, ni él pudo romper su propia limitación e intervenir más enérgicamente. Creí apreciar en él, en ese momento, la perplejidad por el enfoque de la discusión; pienso que tenía muchas cosas para decir y no logró hacerlo. Yo podía participar de dicha perplejidad, pero estaba inmerso en la misma dinámica del enfoque militarista que se había impuesto. Visto el episodio a la distancia, sólo podía transformar la perplejidad en espíritu realmente crítico y creador desplazándome del punto de enfoque. Posiblemente, lo mismo sentiría Domingo Mena. En todo caso, Eduardo parecía haber tomado más distancia que nosotros y, de hecho, insinuó algunas cosas. Su ética le impedía hacer leña del árbol caído; al mismo tiempo, su honestidad intelectual pujaba por intervenir —quizás, influido favorablemente por las críticas que venían de afuera y de las cuales él era el portador—; pero, la mirada censurante de Santucho y el cerco del Buró Político parecieron desalentarlo.

Después de la muerte de Santucho y de la mayor parte de la dirección, Eduardo fue el más sereno de los cuadros sobrevivientes —de aquellos que intentamos la reconstrucción y continuidad— y al mismo tiempo el más consciente de la gravedad de la situación, incluido el que esto escribe. Con conciencia de que éramos eso precisamente: *sobrevivientes.* Que los que dábamos el paso adelante para asumir la responsabilidad máxima, ahora, no lo hacíamos en carácter de continuidad superadora, sino casi como por "descarte", como si dijéramos que no había otros en mejores condiciones de hacerlo. Esto no debe entenderse en el sentido de atributos individuales —en todo caso, el propio Eduardo era un cuadro mejor dotado que la mayoría de los caídos—, sino como la resultante dialéctica de un colectivo difícil de reconstruir porque las circunstancias que lo formaron habían cambiado. La mirada de Eduardo en la reunión del Comité Ejecutivo que reorganizó el Buró Político era más elocuente que sus palabras. Pero, contradictoriamente, fue él quien, en esa oportunidad —en San Martín (provincia de Buenos Aires)—, lanzó la frase que sería después fatídica: *"Tenemos línea para tres años"* y que yo completé con ésta: *"El enemigo llegó tarde",* que saldría en un editorial de *El Combatiente.* Era la expresión de la voluntad y la decisión ante el zafarrancho de fuego a bordo. Apagar el fuego para sortear el naufragio, en medio de las andanadas de la artillería enemiga. Si evitábamos el hundimiento, el rumbo estaba asegurado por tres años.

Pero Eduardo no llegaría a verlo: en las postrimerías de 1976, pasaría a integrar la lista de los desaparecidos.

El Pituto

Después de la caída de Salvador Allende en Chile, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) asumió la resistencia bajo la consigna: "El MIR no se exilia". Por nuestra parte, junto con Tupamaros y el ELN de Bolivia formábamos la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR) que se proponía coordinar la acción revolucionaria en América Latina recogiendo el legado del Che. A quienes creen que la democracia de nuestro país se inventó en 1983 hay que recordarles que con los golpes de Estado en Bolivia, Chile y Uruguay, la dictadura de Brasil que venía del año 1964 y la longeva tiranía de Stroessner en Paraguay, Argentina era una especie de isla democrática en el extremo sur de América. Tiempos en que Perón agonizaba y bajo la herencia de su sombra se había desarrollado la triple A, con lo cual dicha democracia resultaba —desde luego— un tanto insalubre. En efecto, varios refugiados ilustres encontraron la muerte violenta con, por lo menos, la vista gorda del gobierno argentino: el general Prat de Chile, el general Torres de Bolivia, el senador Zelmar Michelini de Uruguay, entre otros.

De todos modos, fundamentalmente porque el PRT-ERP estaba en el momento de mayor expansión, la JCR sentó su oficina central —clandestina, por supuesto— en Buenos Aires. El MIR envió como representante ante la Junta a Edgardo Enríquez, "el Pollo", hermano de su secretario general, Miguel Enríquez, quien moriría en combate pocos meses después del golpe.

En el ánimo del PRT existía una ambigüedad con respecto al MIR: por un lado se la consideraba la organización latinoamericana con la que teníamos mayor afinidad ideológica y por otro se pensaba que padecía de dos puntos débiles que debíamos ayudar a superar: la falta de "proletarización" y la indecisión para asumir la lucha armada, sobre todo después de que la dictadura de Pinochet la había legitimado definitivamente. Desde luego, estas caracterizaciones habían sido desarrolladas en trazos generales por el Buró Político del PRT, pero desde el mismo organismo hasta las bases pasaban por matices que dependían de las personas en cuestión. Así en el propio Buró Político se manifestaban las dos tendencias. Los "ortodoxos" como Domingo Mena, Eduardo Merbilhá y yo, que considerábamos determinante el aspecto ideológico y por lo tanto veíamos en el MIR el grupo más cercano, y otros como Benito Urteaga o Manuel Carrizo que simpatizaban más con los Tupamaros porque hacían la lucha armada en concreto. (Para el momento del que estamos hablando habría que decir: "habían hecho".) Santucho hizo de juez en

una reunión memorable y sentó doctrina con su palabra inapelable dando el espaldarazo a "nuestra" línea. Según él, no podían caber dudas: el MIR arrastraría algunas limitaciones pero era una organización marxista-leninista madura, mientras que los Tupamaros, cabales revolucionarios, no habían superado, no obstante, el nacionalismo de los "demócratas revolucionarios". Visto desde hoy se puede apuntar que ni Santucho, ni ninguno de nosotros, supo valorar la originalidad de los Tupamaros, quienes habían abierto una brecha teórica por medio de una práctica peculiar en los esquemas de la época. La resistencia al leninismo de los Tupamaros no era "inmadurez" sino producto de la valorización de una meditada práctica contrapuesta a las trágicas experiencias internacionales. Ya lo he escrito en otro libro: la soberbia política del PRT fue nuestro peor enemigo interno. Pero éste es tema para otra ocasión.

Dije que la reunión fue memorable, porque el tema salió a la luz a raíz del tratamiento que, por las un tanto maliciosas instrucciones de Benito Urteaga, se le dio al representante del MIR recién llegado. Según su propia explicación, en vista de que el MIR padecía de las supuestas "debilidades de clase", Urteaga pensó como más adecuado ubicar al huésped en un barrio obrero y con obreros para su "proletarización". Las instrucciones fueron claras y parece ser que quienes las aplicaron se encargaron con mucho celo de hacerlo a conciencia, digamos que hasta con un placer *non sancto.* Así que Edgardo Enríquez, "el Pollo", fue a parar a una casa prefabricada y sin agua caliente en medio de un barrio del segundo cinturón del Gran Buenos Aires.

Edgardo venía de una culta familia de alta clase media chilena y era un intelectual de gustos refinados y acostumbrado a vivir, por lo menos, con las comodidades elementales de la vida moderna: agua, luz, calefacción y teléfono. Hay que recordar, e informar a las nuevas generaciones, que, salvo por la escasez de teléfonos, dichas facilidades eran gozadas por la mayoría de nuestro proletariado, que en su larga historia de luchas había hecho ya varios "cordobazos" y cuyos niveles de ingreso, confort y seguridad social estaban más cerca de los trabajadores franceses que de los compañeros chilenos. Por lo demás, los miembros del Buró Político —y en general los aparatos partidarios— vivíamos en casas más o menos habitables en barrios de trabajadores y de baja clase media. Cuestiones de índole ideológica, combinadas con la seguridad en la clandestinidad, así lo aconsejaban. Sin embargo, Edgardo tenía que desarrollar un sinnúmero de actividades —tanto operacionales como de superestructura— por las cuales hubiera sido conveniente que viviera en la ciudad de Buenos Aires. Además, se agregaba su estilo personal:

un hombre que gustaba trabajar de noche y dormir por la mañana, cosa que para nuestra práctica era el colmo del pequeñoaburguesamiento, olvidándonos de las diferencias de costumbres en los distintos países, y hasta del hecho de que nuestro mentor, Lenin —como se sabe por sus biógrafos—, puteaba al mejor estilo ruso porque, estando en Ginebra, tenía que madrugar, dado el horario de la biblioteca de esta muy pulcra y ordenada ciudad a la que concurría. Sin embargo, nuestro huésped no mostró desagrado por el trato y, como quien dice, se las bancó estoicamente. Se levantaba al alba y tomaba esos trenes repletos de trabajadores para estar en la zona de actividad a media mañana.

No por mucho tiempo, porque Domingo Mena se enteró de casualidad del alojamiento del visitante y atronó con su vozarrón. El Gringo era un criollo nato con respecto a la hospitalidad. Francamente escandalizado por la descortesía, trajo el asunto al Buró Político justo cuando se discutía la necesidad de invitar por turnos a los representantes de la JCR a participar en las reuniones del organismo. Santucho se apercibió de los detalles y preguntó por qué no lo habían alojado en mejores condiciones. Requerido, Benito explicó bajando la voz: *"Bueno, Negro, es por eso de la proletarización, ¿viste?".* El Roby —recordemos que éste era el sobrenombre de Santucho— lanzó una carcajada que salió con ese timbre peculiar que le salía cuando mal disimulaba su contrariedad ante los absurdos, y como si quisiera entenderlos sólo como broma. Fue como si hubiera querido decir: *"¡No jodan, che, ya somos grandes!".* Pero Santucho raramente decía una "mala palabra"; de inmediato, pasó a reclamar por el espíritu internacionalista, recordando la importancia de la JCR y señalando lo mucho que teníamos que aprender del MIR. Finalmente, se decidió que lo más adecuado era que viviera con alguno de nosotros. Y Edgardo se instaló en mi casa, en la calle Ucrania, a dos cuadras de la estación Villa Adelina.

El Pollo era todo un personaje. Poseía ese rápido humor chileno que sale con la misma naturalidad que el de los cordobeses. Un fino sentido de la discreción y la cortesía y hasta de conmiseración, que le permitió tomar con humor el detalle de su instalación cuando comprendió —o sospechó— las causas del "verdugueo". Era un hombre de mundo, ingeniero de profesión original. Hablaba tres idiomas y tenía una sólida formación teórica en el marxismo, un rasgo común en el MIR de Chile. Conocía en profundidad las reglas escritas y no escritas de la diplomacia o, si se quiere, del estilo de relaciones en el campo socialista; en este sentido, nos ayudó a superar nuestro provincianismo porteño. Cada vez que mencionaba algún contacto de los que aquí llamábamos "palanca" para conseguir algo, él lo llamaba "pituto",

un término, creo, del lunfardo chileno. No tardamos en bautizarlo como "el Pituto". En efecto, primero él y luego el MIR fueron nuestros "pitutos" en muchas relaciones internacionales. Por su parte, Edgardo captó con sutileza las virtudes del PRT-ERP y aprovechó de nuestra experiencia para aplicarla en Chile.

Su mundanidad le permitía darse el lujo de irreverencias guevaristas con estilo propio, las cuales solían sorprender y a veces desagradar a nuestros militantes más rígidos. Por ejemplo, en una oportunidad en que lo acompañé a una escuela militar del ERP, se le pidió, como era costumbre, que diera una charla sobre Chile y la línea del MIR. La tropa lo esperaba formada, con la correspondiente presentación de armas: *"saludo uno, saludo dos",* taconeos y el formal discurso del jefe de la escuela para dar la bienvenida al visitante. Luego, se instaló una mesa; a las espaldas, sobre la pared, las banderas argentina y chilena, más las del ERP y el MIR y toda la iconografía; además, las sillas y los demás enseres. A continuación, los combatientes, ya en posición de descanso, fueron invitados a sentarse.

La pregunta que flotaba en el aire estimulada por la fanfarria militar era cuándo se iniciaría la lucha armada en Chile. El disertante se excusó por permanecer de pie aduciendo su estilo docente. Desplazándose peripatéticamente de un extremo a otro de la habitación, con la mano derecha sosteniendo el codo izquierdo y la otra mano apoyada en el mentón, empezó por el análisis del MIR ante el golpe de Estado más o menos así: *"Para ver la situación revolucionaria y su transformación en contrarrevolución fuimos directamente a ver al Pelao. Y el Pelao es muy claro: el partido no sólo tiene que aprender a avanzar sino también a retroceder con acierto...".* Estupor generalizado en los semblantes de los combatientes del ERP. ¿Quién era ese "Pelao" que decía que había que aprender a retroceder? El único pelado con suficiente mención en el PRT era Gorriarán Merlo, y no era de los que retrocedían precisamente. A Tumini apenas si se lo conocía, y además todavía no era pelado. Por lo demás, no se sabía que hubiera algún chileno pelado y famoso. Al fin, comprendimos que su exposición estaba basada en los textos del *Pelao* Lenin, aplicados a la situación chilena y que demostraban la inconveniencia de lanzar el alzamiento armado contra Pinochet sin la maduración de las condiciones, en un estado de masas en reflujo y sin una adecuada preparación. A pesar de su muy argumentada exposición, la inclusión de citas de Trotsky, sus irreverencias con Lenin, sus explicaciones no fueron del agrado de los presentes, quienes, no obstante, acataron la línea partidaria en el sentido de no opinar sobre situaciones que no se conocen.

En otra ocasión, el Pituto presenció una discusión en el Buró Político por un caso de "moral proletaria". Según el informe en consideración, uno de nuestros

destacados jefes militares, miembro del Comité Central, estando en misión en Buenos Aires, había sido alojado en una casa de simpatizantes. Un matrimonio que tenía un departamento de dos ambientes. La cosa fue que el marido estaba de viaje y, al llegar la noche, nuestro combatiente preparó la bolsa de dormir para tirarla en un rincón del comedor. La dueña de casa —siempre según el informe— le echó una mirada insinuante desde el dormitorio y le dijo: *"¿Ahí vas a dormir?".* Él se encogió de hombros y respondió con una sentencia: *"Y... sí, no hay que tentar al diablo". "¡Oh, vamos, che, no te reprimas!"* —lo estimuló ella. El asunto hubiera quedado en secreto, si la propia mujer —ya pasado el hecho— no le hubiera confesado al marido la aventura. Este puso el grito en el cielo sobre la actitud de los combatientes revolucionarios que no respetaban a los compañeros, ni siquiera los códigos tangueros: *la mujer del amigo es sagrada.* El Buró Político trataba, en presencia del Pituto, la sanción ejemplar a este jefe, quien finalmente fue suspendido del Comité Central y degradado temporariamente por falta de moral. El chileno escuchaba toda la discusión en silencio y sólo en sus ojos se podía percibir el asombro mezclado con picardía —como me lo explicaría más tarde entre vino y vino—: *"Santucho y los cinco hombres que dirigían el Partido de la Revolución, en un país como Argentina, tomándose dos horas para discutir una encamada".* Pero captó que el ambiente no estaba para bromas, ya que todos sabíamos que si se soltaba el machismo de los presentes no habría forma de considerar las cosas con seriedad. Porque una cosa era el prejuicio o no prejuicio o simple moralina de cada uno sobre las relaciones íntimas y los amores extraparejas, y otra la situación concreta de burlar la confianza de un colaborador del partido.

Finalizada la reunión, pasamos a cenar. Ya relajados, el Pituto lanzó una carcajada y dijo que era toda una ironía cómo el compañero había ganado los galones en combates a riesgo de la vida, y los perdía en una noche de amor furtivo. Pero el postre fue cuando, más animado, expresó que él no lo hubiera sancionado por falta de moral sino por "boludo". Ante el interrogante implícito de semejante afirmación, se explicó —casi ahogado por la risa—: *"Mirá, es como si un gallo se va a París, se acuesta con la Brigitte Bardot y después no tiene a quién contárselo. Para la chica fue así: se acostó con un célebre guerrillero y tenía que contarlo a alguien, aunque fuera a su propio marido. Un compañero más avivao hubiera pensado que no se podría mantener el secreto, ¡chucha! Como dicen ustedes, los argentinos: ¡qué falta de* caye, *che...!".*

Durante el tiempo en que el Pituto vivió en mi casa, pude tratarlo más a fondo y compartir muchas cosas que recuperaban nuestro papel en el mundo. Observé su

peculiar —para nosotros— estilo de trabajo. Sus irreverencias y su desparpajo, sin embargo, no le impedían ser notablemente cuidadoso de las formas en las relaciones, cuando éstas eran importantes. *"El huésped respeta las normas del anfitrión* —me dijo en una oportunidad—, *aun si el primero es un revolucionario y el segundo un burgués".*

La casa no era grande y teníamos que apretarnos un poco. Dormía en la habitación de mis hijos. Utilizábamos un rincón del comedor, que yo había habilitado como oficina separando con un biombo. Por suerte, él trabajaba por la noche y dormía por la mañana. Yo salía muy temprano, y más de la mitad de la semana estaba ausente.

Mi mujer y los chicos se iban a la escuela de mañana. A ella sólo le fastidiaba que Edgardo era un poco "señorito", pero como había varios "señoritos" en el PRT —aunque disfrazados de proletarios— se las bancaba. Solíamos encontrarnos por la noche, después de agotadoras jornadas. Yo sabía que para los chilenos es importante consumir huevos en la dieta y procuraba que no faltasen en casa. Y, en efecto, el Pituto llegaba y abría la heladera, y aunque hubiera de los mejores churrascos argentinos, él optaba por los huevos: necesitaba cuatro o cinco, ¡por lo menos!, para la cena.

Un día, en que yo había regresado del interior de la provincia de Santa Fe, traje algo "especial" y esperé que el Pituto llegara. Lo hizo como de costumbre, saludó cálidamente y se dirigió a la heladera preguntando si había huevos. Yo le contesté, lacónicamente, que había uno solo y él puso cara de desconsuelo. Para él, uno era nada. Pero yo busqué en un rincón lo que había traído, lo tomé y se lo mostré: un huevo de ñandú. *"¿Te alcanzará?"* —le pregunté. *"¡Chucha!, ¿qué es esto?"* —dijo, y agregó que no había visto un huevo así en toda su vida. Yo le aclaré que, según los chacareros, cada huevo de ñandú equivale a una docena de huevos de gallina. ¡Y se lo comió nomás!

Edgardo era el representante del MIR en la JCR, pero su tarea principal en Buenos Aires consistía en dirigir la red que aseguraba los pasos de los militantes clandestinos hacia Chile. Éstos venían desde diversos países, en particular desde Cuba, y él tenía que organizar todo. Escribía manualmente, con una buena estilográfica, largas cartas en letra de imprenta mayúscula para que pudieran ser fotografiadas y trasladadas a microfilmes con claridad.

No terminaba de asombrarse sobre los estilos de los argentinos y se llevaba sus sorpresas. En una oportunidad, estableció una cita en un restaurante y, para disimular, hablaba por teléfono en inglés. Al colgar y pagar la llamada, el mozo le preguntó —afirmando—: *"¿Usted es chileno, ¿no?".*

Cuando el brigadier Capellini intentó el golpe de Estado en 1975, yo estaba cenando tranquilamente en mi casa. El Pituto llegó agitado exclamando: *"Hay golpe de Estado, hay que tomar medidas de seguridad".* Y como yo seguí comiendo, como si nada, y comenté: *"¡Ah, sí, los milicos están jugando con los tanques; los acabo de ver por la avenida Lugones cerca del aeroparque",* Edgardo se sentó suspirando y diciendo: *"¡Coño, qué cultura golpista que tienen los argentinos!".*

Los militantes del MIR que formaron parte de nuestras unidades de combate o células políticas se encargaron, por medio de la práctica, de contrarrestar los prejuicios sobre ellos, que eran moneda común en el PRT. Tenían un enorme respeto por la combatividad del ERP, respeto mitad propio y mitad por anécdotas ejemplares. Muchos miristas militaban un tiempo en el ERP para completar su entrenamiento con un real fogueo. Habíamos explicado nuestra línea: "de lo chico a lo grande, de lo sencillo a lo complejo"; pero estábamos en terreno de lucha y los "saltos" podían ser imprevisibles.

Un día, Edgardo me comunicó la llegada de un mirista entrenado que iba a combatir un par de meses en Argentina antes de pasar la frontera. Lo destinamos a una célula de combate de La Plata. Apenas llegó, se le avisó a la célula que recogiera al compañero en la zona sur de Buenos Aires, quizás Avellaneda. Por alguna razón, la célula vino a recoger a este compañero con un coche clandestino; todos venían armados, en situación operativa. Eran tres: dos varones y una mujer. Recogieron al chileno, metieron su bolso en el baúl y partieron hacia el sur. A la altura de Florencio Varela, un gendarme de uniforme les hizo dedo. El jefe del grupo preguntó: *"¿Lo hacemos?".* Dicho por el propio jefe, nadie iba a excusarse aduciendo los reglamentos. Indagaron con la mirada al chileno y éste no se amilanó. Detuvieron el coche y, de inmediato, se las arreglaron para que el gendarme quedara entre el novato y la compañera, en el asiento de atrás. Al rato, cuando divisaron un camino lateral adecuado apretaron al gendarme, quien no pudo hacer nada. Lo desarmaron y lo dejaron en un paraje desolado. El chileno no podía con su asombro y entusiasmo, pues ahí mismo le entregaron la pistola expropiada como su arma individual, comprobándose en este acto la regla número uno de la guerrilla: "las armas las provee el enemigo". El mirista venía con un entrenamiento de varios meses con todo tipo de armas, pero esa pequeña acción superó sus mejores expectativas.

El Pituto no dejaba de ganar para sustos, pero engañaba con su aspecto de "dandy". Vestía con mucha elegancia: trajes de excelentes casimires, camisas finas, corbatas de seda, portafolios de calidad; siempre impecable. Una noche el Buró Político y los servicios del organismo estábamos concentrados en un chalet en el

partido de San Martín, porque la reunión continuaría al día siguiente. El capitán Pedro (Juan Ledesma), jefe del ERP, organizó las guardias en grupos de dos. Uno de centinela y el otro dormía vestido y armado a su lado para dar la silenciosa alarma en caso de peligro. Me tocó el turno junto a Pedro y, cuando yo estaba en el mejor de los sueños, éste me sacude suavemente y me dice muy bajo: *"Luis, Luis, da la alarma que hay dos patrulleros enfrente".* Pegué un salto y, en un tiempo inimaginable, recorrí los varios dormitorios en las penumbras dando la alarma y zafarrancho de retirada y regresé apostándome en el puesto de contención previsto. Allí vi que Pedro había levantado, con sumo cuidado y en absoluto silencio, parte de la cortina y que apoyaba el bípode del formidable *FAP* sobre el alféizar de la ventana. La huida estaba pensada por el patio trasero hacia otras casas, para lo cual se había dispuesto una escalera sobre el muro del vecino. Inmóvil y apuntando hacia la otra salida como hipotético lugar de agresión, yo oía los sordos ruidos de los compañeros vistiéndose con apuro y saliendo en la oscuridad. Pedro era un muchacho extraordinariamente sereno en el combate, por lo que no me extrañaba que se mantuviera firme atisbando hacia afuera sin disparar. Esperaría el último momento. Los segundos pasaban incontables al aguardo del estruendo del *FAP.* Al cabo, Pedro se puso en pie, dejó el fusil, bajó la cortina y encendió un velador diciéndome con esa sonrisa de niño que tenía: *"Andá a pararlos, es falsa alarma".* Sin chistar, corrí al patio. Benito estaba ya sobre el muro abriendo camino, en pantalones pero con la chaqueta y su cartera de documentos en la mano. El Gringo Mena, con su célebre *Magnus* atravesado en la cintura recordando a Langostino; el Roby, a medio subir en las escaleras, también semivestido; Carrizo —quien seguramente habría dormido vestido—, en medio del patio con una *Uzi* aprestando la contención, y abajo, sosteniendo la escalera, sereno como esperando un taxi, de traje, corbata y maletín, el Pituto. Nadie podía explicarse cómo había hecho para vestirse completamente en el mismo tiempo que los demás. Cuando regresaron al interior de la casa y se enteró de que sólo había sido un simulacro, se empezó a matar de risa. Se le aclaró que nadie, ni siquiera Santucho —salvo Quique Gertel, quien en ese momento descendía de la terraza con una *Halcón* más grande que él—, sabía que era un ejercicio.

Edgardo se proponía que sus compañeros se imbuyeran de ese espíritu de iniciativa que consideraba lo mejor del PRT-ERP, y así nos lo manifestó en diversas oportunidades, al mismo tiempo que discutía lo que él llamaba nuestro "provincianismo político" consistente en sentirnos "ombligos del mundo". Captó como nadie que la lucha armada no era cuestión de burdos corajes, sino de

iniciativas. Más adelante, sus compañeros y él mismo, en la fuga de Moreno (episodio que se narra en "Reino y Guillermo"), demostrarían que poseían tanto o más valor que cualquiera. En efecto, cuando aliviado por su aparición, lo encontré al regreso de su azarosa fuga junto con Eduardo Merbilhá, el Pituto estaba eufórico y pasándose yodo sobre las lastimaduras que le habían producido las malezas en los maizales, y ya listo para asistir a la prometida cena de Eduardo. Decía que esa fuga había sido su bautismo de fuego, y se convencía cada vez más de la importancia, para los militantes del MIR rumbo a Chile, que pasaran un tiempo en Argentina.

Poco después, el Pituto dejó mi casa. A partir de ese momento, lo veía sólo en las reuniones del BP y de la JCR. En esas circunstancias —no se sabe bien cómo—, fue detenido y secuestrado. Él también pasó a formar parte de la larga lista de los desaparecidos. Años después supimos que había sido entregado a la DINA chilena como parte del Plan Cóndor, el operativo de represión ilegal instrumentado por los gobiernos militares de Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay, Chile y Bolivia en los '70.

Antes de irse de mi casa, Edgardo me había dejado —para que se lo guardara— un portafolios *Primicia.* Yo lo conservé, esperando la oportunidad de hacerlo llegar a la Dirección del MIR. Mucho tiempo después, cuando me preparaba para un viaje a Cuba —planeado para dos meses y que terminaría en un largo exilio—, saqué el portafolios del escondite. Lo abrí y comprobé que adentro no había nada de valor. Lo revisé a fondo buscando un posible escondite secreto, pero no logré encontrarlo; por esas jugarretas que nos hace la autosuficiencia, di por hecho que no tenía nada, de modo que resolví llevarlo en uso hasta contactar con los miristas en Europa. Metí mis cosas en él y partí. No sólo pasé los controles de Ezeiza en plena dictadura de Videla con ese portafolios, sino que lo usé luego en decenas de fronteras. Hasta que un día me encontré en París con el Gato, experto conspirador del MIR, quien me preguntó, especialmente, por el maletín de Edgardo. Le dije que lo tenía y él me afirmó que debería tener un compartimento secreto. Con la misma suficiencia le respondí que no, que ya lo había revisado bien; pero el hombre insistió. Finalmente, nos volvimos a encontrar, ya con el portafolios en la mano. Buscamos y rebuscamos hasta que logramos encontrar, en efecto, un compartimento secreto. Adentro había un pasaporte falso con la foto del Pituto, unos papeles y —si mal no recuerdo— algunos dólares en billetes. Por lo visto, tenía preparado el portafolios para una emergencia que no pudo llegar a concretarse, y yo había recorrido medio mundo con él.

Hacia Cruz del Eje con Agustín Tosco

Por aquellos meses de 1974, Córdoba parecía el soviet de Petrogrado. Gobernaban Atilio López y Obregón Cano. El PRT-ERP desarrollaba la estrategia del *doble poder* fomentando los poderes locales. Desde el MSB (Movimiento Sindical de Base) y el MSC (Movimiento Sindical Cordobés), Eduardo Castello había organizado un encuentro con un grupo de trabajadores de Cruz del Eje, al norte de la provincia. El legendario líder del sindicalismo opositor, Agustín Tosco, sería el plato fuerte del evento. Decidimos salir desde el Sindicato de Luz y Fuerza en dos coches, mi *Falcon* verde y el *Falcon* celeste del sindicato, que Tosco se complacía en conducir. Conmigo venía el propio Castello y el "Gordito de Obras" (así lo llamábamos a este compañero, miembro de una numerosa familia de militantes populares de la ciudad, cuyo nombre nunca supe). Yo arranqué primero, y como tenía mucha experiencia en el tránsito urbano, particularmente en Buenos Aires, le saqué una considerable ventaja a Tosco, a punto tal, que a la altura de La Calera me detuve a esperarlo un buen rato porque, en realidad, él conocía el camino. Cuando me hubo pasado, me puse detrás dispuesto a seguirlo aburridamente. Pero a partir de allí la ruta hacia Cruz del Eje es de montaña, sinuosa (aunque bien señalada), y el Gringo —como era de esperarse— resultó un as para pilotear en la sierra, en proporción directa a mi falta de pericia en ese terreno, acostumbrado a las ciudades y las rutas de llanura. Nunca imaginé que conducir pudiera dejar a uno con la lengua afuera. Porque eso fue lo que pasó. El *Falcon* —como muchos saben— es un poco liviano atrás y peligroso en las curvas. Cierto es que yo tenía el contrapeso del Gordito de Obras, mas en el otro coche iban cuatro personas y Tosco tomaba las curvas con una destreza digna de Juan Manuel Fangio. Hay que reconocer que me tocó el amor propio e hice lo imposible para mantenerme detrás del *Falcon* celeste. Mis acompañantes me daban charla y me preguntaban cientos de cosas, como solía ocurrir en esos viajes que se transformaban en especie de reuniones o cursos ambulantes. Pero yo no podía atenderlos adecuadamente puesto que tenía toda mi atención concentrada en seguir la habilidad de Tosco, quien conducía con audacia y seguridad. No puede afirmarse, sin embargo, que era prudente. Por otra parte, siendo oriundo de la región, tenía la ventaja de conocer el camino de memoria, atenuante a mi amor propio agraviado. Finalmente, lo perdí, mejor dicho: me perdió.

Mucho después, al arribar a Cruz del Eje preguntando el camino, antes de entrar en la ciudad, vi que estaba estacionado el celeste, con Tosco apoyado en el techo —como quien se ha cansado de esperar— y con una sonrisa socarrona confirmando que nunca había perdido del todo su origen campesino.

Nos esperaba la gente de la agrupación sindical local, que se había incorporado al MSB. Obreros típicos de la región, provincianos dentro de la provincia, pues Córdoba Capital, "la Docta", reproducía la misma relación despótica con su "interior", tan criticada a los porteños con respecto al país. En rigor, una manifestación más de la relación campo-ciudad propia de la sociedad capitalista, la que en Argentina se basa en un especial prejuicio como herencia del *despotismo ilustrado.*

Para estos hombres que se lanzaban a sus primeras experiencias de sindicalismo combativo, que balbuceaban con convicción y pasión las consignas antiimperialistas, Tosco era una figura mítica. Por cierto, que no sólo para ellos, ya que este hombre se había ganado el prestigio de ser el mejor dirigente sindical de la época en el país y uno de los más destacados de América.

Y desde luego, los obreros esperaban que el Gringo les diera las soluciones para los problemas concretos que ellos tenían en el lugar, los conflictos por cuestiones reivindicativas en la lucha entre capital y trabajo, aunque el hecho de que Tosco se presentara acompañado de dirigentes del Movimiento Sindical de Base —uno de los cuales era, a la vez, dirigente nacional del PRT— indicaba que la temática excedería lo meramente sindical. Pero de alguna manera parecía medio tácito que yo hablaría de política y Tosco de sindicalismo. Sin embargo, ni estaba pensado así, ni sería así.

En los primeros informes sobre la situación local se resaltaron los problemas y se dejaba, como al aire, la pregunta sobre posibles soluciones. Yo —que cuando quiero o cuando me sale, puedo ser breve— limité mi exposición a un informe general sobre la situación del MSB en todo el país, como un pequeño antipasto, para dejarle toda la cena a Tosco.

Fue una lección. No sólo para los obreros del lugar, sino también para nosotros, particularmente para mí. Cierto es que yo mantenía con Tosco una relación política desde hacía varios años y que lo conocía en dos tipos de situaciones: o bien en reuniones de "cuadros", con grupos de gente formada políticamente, donde él discutía como uno más, con mayores o menores aciertos, según las circunstancias y sin grandes despliegues teóricos, o bien en grandes asambleas o actos con presencia organizada de diversas corrientes del movimiento sindical, en donde Tosco, además de sus talentos, no escatimaba el empleo de las

triquiñuelas propias del sindicalismo. Si había que agitar para ganar una posición, se transformaba en el mejor agitador. Si era menester hacer diplomacia o convenía negociar, negociaba. Si había que chicanear, lo hacía con toda la pimienta cordobesa, a lo que agregaba su "aderezo" campesino.

Pero, en esta ocasión, Tosco me sorprendió. Luego de un corto repaso de la situación concreta que se vivía, haciendo pie en mi exposición, pasó a desplegar elementos de teoría política, de marxismo y teoría del conocimiento. Citó a Lenin en sus recomendaciones de análisis concreto de situación concreta y, desde esa palanca conceptual, explicó que él no podía decir lo que había que hacer en concreto en el lugar, pues para ello tendría que estar allí participando directamente. Y luego dio una clase de casi una hora sobre materialismo histórico y dialéctico. Su lenguaje era sencillo, si bien no le esquivó el bulto a las palabras precisas, aclarando algunas, sin hacer en ningún momento pedagogía populista.

Yo estaba atento al público —como era propio de mis funciones—, pero no pude evitar que la disertación me atrapara. No por el tema, tampoco porque Tosco estuviera haciendo gala de alguna manera especial de presentar las cosas. Su discurso, si bien en vivo, no difería demasiado de los cursos que se acostumbraban en la época, no estaba demasiado distante de alguno de esos insufribles manuales soviéticos o de la escolaridad de Marta Harnecker. Pero, en la voz del Gringo, sus palabras dejaban de ser abstracciones de laboratorio para cobrar vida. La gente lo escuchaba como en misa. Y no lo digo como remanida frase literaria. Porque escuchar misa podría también significar escuchar el dogma, como era la práctica más corriente de la época. Cuando digo que la gente escuchaba "como en misa", quiero significar el sentido de *comunión.* Había una simbiosis entre el hablador y los oyentes.

Si tuviera en mi poder la desgrabación concreta de aquella charla —confiada aquí sólo a mi memoria—, quizás podría confirmar que el texto lato no se diferenciaba de los manuales o de los discursos de los cuadros de los partidos de izquierda en las universidades. La dialéctica como método de pensar, la lucha de clases como motor de la historia, el socialismo como el devenir de la humanidad, los límites de la acción sindical, la contradicción en la lucha por el salario —toda vez que, al afirmar el salario, se afirma el capitalismo—, el futuro en Latinoamérica, Cuba y su ejemplo de voluntad y destino propio, en fin... Tampoco se trataba en lo esencial de una diferencia de forma o de especiales dotes pedagógicas. Las había, por supuesto, porque Tosco era hombre de esa época. Las había en un sentido consciente. Tosco preparaba sus discursos, ensayaba ante el espejo, cuidaba los detalles de "imagen" y, como todo orador, las inflexiones de la voz. Pero, a

diferencia de hoy, sin recurrir a "expertos" que estudian esas técnicas para producir dirigentes serializados a gusto del mercado. Este dirigente desarrollaba su propio estilo y sus propias técnicas, afirmando una personalidad singular.

En todo caso, lo que me interesa destacar aquí es que no era la objetividad de la claridad de su exposición lo que producía esa comunión. Insisto, él no decía cosas demasiado diferentes de las que uno podría escuchar en muchos lugares, en aquella Argentina politizada de los '70. Por otra parte, para la situación concreta que estaban viviendo esos obreros de Cruz del Eje, el discurso de Tosco era abstracto, en el sentido separador de la palabra. Tampoco la concomitancia se producía sólo porque el orador estuviera uniendo lo particular a lo universal, como era, indudablemente, su intención. Eso también se repetía a diario en todas las acciones políticas de la época. Todos los activistas políticos unían lo particular a lo universal, aunque difirieran en las simbologías.

Todos estos elementos estaban, sin dudas, en su discurso, y eran absorbidos y reelaborados en diversos grados por los presentes. La mayoría sentía que *"estaba aprendiendo cosas muy importantes"* —este comentario se escuchó en los corrillos al final del encuentro.

Pero, ¿qué estaba aprendiendo yo? Si lo que se decía en términos literales no era nada nuevo para mí, así como probablemente no lo era para varios de los presentes (como tampoco eran ninguna novedad las decenas de discursos escuchados en interminables reuniones que ocupaban nuestra vida militante). En aquel momento, pensé que se trataba de la forma, de la manera de abordar los temas, de dones pedagógicos y de técnicas didácticas *innatas* en Tosco. Y he de reconocer que, entonces, me quedé con esa conclusión.

Sin embargo, hoy pienso que el elemento esencial, casi inefable, que Tosco emanaba, no pasaba por su habilidad para transmitir conocimientos, sino por algo subjetivo. Tan subjetivo que, quizás, ni él mismo lo sabría, como tampoco podía yo verlo y analizarlo desde mi puesto de observación como sujeto y objeto. Ese elemento esencial no pasaba por la invitación al hacer, por la orientación hacia el futuro, por el llamado a la lucha por la emancipación, por la promesa de libertad futura, sino por el *hacer mismo,* allí, en ese lugar y en ese momento. La sola presencia de este dirigente era *el hacer.* No la presencia en cualquier lugar, su presencia en *ese lugar* con *esa gente,* con gente que *quería hacer.* Debajo del discurso oficial de Tosco, debajo de las citas de los clásicos y la descripción del mundo, debajo de su iluminismo futurista, debajo de sus cuotas de "deber ser", debajo de su transmisión de certezas, estaba *su convicción.* Esa convicción que, en

tanto elemento ontológico, sólo podía tener base objetiva o material en el acto de comunión, en ese momento y con ese colectivo humano.

Porque lo que Tosco lograba, creyendo que estaba "metiendo" ideas en la cabeza, era que la gente sintiera que las ideas *las tenía adentro* y que el orador las develaba, las sacaba afuera. Eso es lo que llamo "comunión". Tosco no era un "comunicador", aunque comunicaba, sin dudas, pues efectivamente transmitía ideas, incluso ideas nuevas para la mayor parte de esa gente. Repito: *ideas nuevas,* no novedosas, que otros cientos y yo mismo podíamos "comunicar", transmitir, enseñar, inculcar y, sin embargo, teníamos dificultades para develar.

Tosco lograba contactar con el deseo, la subjetividad de ese grupo, para compartir en ese momento, en esa sala, el acto de libertad.

Luces y sombras de los jefes

"El Turco fue como el fuego. Muy buen peón pero pésimo patrón" —me escribe Reino desde Helsinski, cerca de treinta años después. ¡Vaya metáfora! Pero tampoco olvida que tuvimos excelentes jefes:

"[...] como el entrañable capitán Munarriz, quien irradiaba confianza, y su forma de dirigir era abierta, basada en el convencimiento de que, aunque estuviéramos todos nosotros y él mismo llenos de defectos, nuestra voluntad y nuestra entrega nos permitirían crecer y superarnos. El colectivo, en este caso el Estado Mayor de logística, iría descubriendo vicios y puliendo a los militantes en un proceso de crítica y autocrítica fraternal."

¡El Capitán! Un tipo bárbaro, completo en su humana incompletud. Por eso, yo no creí demasiado en el efecto de las críticas y autocríticas. En cambio, me ha impresionado siempre la resultante pedagógica de las conductas, aquello de "predicar con el ejemplo". Reino lo confirma más allá de su retórica:

"El Capi, que debía su título no a la jerarquía castrense aún no instaurada en el ERP, sino a un somero pasaje por el Liceo Naval, parece haber tenido la muy rara cualidad de exigir sólo aquello que cada cual se comprometía voluntariamente a realizar, y de entusiasmar a cada uno para prometer el máximo."

Con esto me anoticio, pues yo creía que había sido capitán de la Marina Mercante. En todo caso, en este párrafo, Reino me da la razón: más que críticas y autocríticas, era su ejemplo. El Capi no exigía a los demás más de lo que él mismo estuviese dispuesto a cumplir.

"Los que integrábamos el equipo de Dirección de Logística del ERP éramos 'viejos' militantes. En una oportunidad el Capi me convocó a una reunión con Marcelo, el flamante responsable de Transportes. Yo había sido designado hacía unos pocos días responsable de Automotores, y a mi cargo quedó el construir el aparato capaz de proporcionar al ERP los vehículos camuflados necesarios para el trasiego del material clandestino: propaganda, pertrechos bélicos, tropas, prisioneros, etc. por todas las rutas y a través de todos los controles del país. La tarea era muy vasta y creo que el resultado, en cada caso, dependía más del azar o de la protección divina —según fuera la religiosidad del transportista— que de la solución técnica del problema."

Bueno, bueno... también Reino y su grupo ponían *lo suyo* para ayudar al azar o a Dios.

"Porque a pesar que hicimos maravillas que soportaron hasta la detención de los vehículos y una larga permanencia en poder de los represores sin ser descubierto el escondite, en un camión, camioneta o auto son más que limitadas las posibilidades de encontrar escondrijos nuevos y que no estuvieran en conocimiento de las Fuerzas de Seguridad."

A propósito de tales "maravillas", debe de haber varias casas por ahí que aún conservan escondites secretos, que llamábamos "berretines", con materiales guardados y que nadie conoce... porque han *desaparecido* quienes las conocían. Buena sorpresa se habrá llevado más de un comprador al hacer reformas. Documentos políticos, armas y hasta dinero han quedado escondidos. El Goyo Lebenson, militante de los Montoneros, contaba una historia increíble acerca de un mueble que contenía un par de cientos de miles de dólares en un escondite. La Marina había allanado la casa y se llevó el mueble que luego vendieron en el mercado de usados. Más adelante, los Montoneros lo recuperaron comprándolo en un remate.

"Como digo, el Capi convocó a una reunión con Marcelo. Él mismo llegó muy tarde, quizás cuatro horas de retraso. Se sentó, explicó el motivo de su demora y preguntó: '¿Y, compañeros, qué es lo que han resuelto hacer?'. Después de cuatro horas de hablar y tomar mate, Marcelo y yo teníamos una larga lista de objetivos a realizar. El Capi simplemente se limitó a precisar plazos y a modificar alguna prioridad. Esa era su forma de dirigir y organizar. Delegando. Como digo, el Capi irradiaba confianza y entusiasmo."

Se pone reiterativo Reino. En realidad, yo le había pedido que me contara sobre "el Turco", al que yo no conocí. Pero su carta no tiene desperdicio:

"Por ese tiempo había sido designado jefe de operaciones del Estado Mayor, el comandante Pedro, que se hizo conocer a partir de sus múltiples virtudes personales primero y organizativas luego. Pedro era un ejemplo de humildad personal y de capacidad organizativa y de sangre fría para llevar los planes adelante."

Pedrito, sí —en aquel momento el futuro comandante del ERP Juan Ledesma—, un cordobés de veinticuatro años, fornido, de mediana estatura, de piel blanca, de rostro armonioso, con aire inocente, y esos cabellos exclusivos de los cordobeses y cordobesas de un inimitable color renegrido (probable resultante de la cruza entre comechingones y españoles). Pausado y calmo, hablaba con suavidad, limando la aspereza de la tonada regional, y siempre con una sonrisa en sus ojos pequeños, cuyo color y brillo hacían juego con el pelo. La primera vez que lo vi fue durante la reunión del Comité Central ampliado "Héroes de Trelew", que se realizó en diciembre de 1972, tras el regreso de Santucho después de la fuga del penal de Rawson. La situación interna del partido era grave por la dureza de los golpes represivos y los conatos de fracciones. No funcionaba ninguno de los organismos partidarios. Benito Urteaga había reemplazado éstos por un invento propio llamado "Comité de Organización", el cual consistía en reunir a los secretarios de regionales que nos manteníamos orgánicos. A Benito no le faltaba imaginación ni sentido de la iniciativa y, sobre todo, le sobraba garra para llevarla adelante, pero por un lado tenía una tendencia innata hacia el caudillismo y por otro había asumido del llamado "centralismo democrático" sólo el centralismo, quizás como resabio de la herencia de la práctica de su padre, uno de los caudillos del Partido Radical más mentados de la provincia de Buenos Aires. Reino dice que lo conoció apenas. Sin embargo, un solo trazo de sutil ironía indica el pincel de un maestro:

"A Benito lo vi tres o cuatro veces. Recuerdo la fama y el prestigio que lo antecedían y lo transformaban en una fuente cuyas palabras había que disfrutar con detenimiento. Me impresionó su falta de humor."

¿Falta de humor en Benito? ¡Caramba!, quizás lo que ocurría es que Benito era un tipo de un humor chispeante cuando estaba con sus pares, pero con los subordinados las iba de serio.

Sigamos con Pedro... En aquella oportunidad, en plena ofensiva política del GAN (Gran Acuerdo Nacional), a fines de 1972, muchos militantes veníamos pidiendo la reunión del Comité Central a lo largo de todo ese difícil año; pero, ¡ni modo! La consigna de Benito Urteaga era: *"Trabajemos en silencio".* En cambio, Santucho, apenas hubo arribado al país —a fines de 1972 y por una intrincada vía

clandestina, después de la fuga del penal de Rawson y de su posterior viaje a Cuba—, cortó el nudo gordiano convocando de inmediato al evento. Se sabía que se iba a dar una dura batalla, y Santucho, que no era ningún purista —por el contrario, podía jugar rudo todas las mañas de Lenin contra Martov—, dispuso las cosas de manera que pudiera enfrentarla con éxito. Así, primero reconcilió a Mauro Gómez, dirigente de Córdoba, con Benito Urteaga. Este dirigente cordobés aportó a la reunión tres nuevos cuadros, que traían el prestigio de la construcción política en aquella ciudad: Juan Ledesma, quien se presentó con el nombre de "Pedro", un joven técnico —un reflejo de esa peculiar amalgama obrero-estudiantil mediterránea—; Julio Oropel, "el Negro Jorge", joven obrero proveniente de Sitrac-Sitram —el sindicato más radicalizado de la época—, más bruto que un arado, imposible de cultivar, y "el Burrito Antonio" —quien de burro sólo tenía el sobrenombre por su potente patada—, un hábil productor de propaganda escrita. Los tres fervorosos militantes constituían una especie de "trofeo" de Mauro Gómez, con los que éste se proponía aplastar a mamelucazos las "presiones pequeñoburguesas" de los críticos como Reino, los platenses, algunos rockeros de Buenos Aires (más sartreanos que marxistas), la gente de Santa Fe, los trotskistas de la IV internacional (también participantes de la reunión) y yo mismo. Tangueros, rockeros y trotskistas haciendo un frente único ante el "terrorismo ideológico" de los cultores del *cuarteto* (la Mona Jiménez no sonaba todavía).

"Conjuntamente con Pedro llegó el Turco."

Eso fue mucho después. Pero sigamos por este lado. ¿Por qué llegó el Turco a la logística del ERP? Reino me lo aclara, y en la primera frase está definido el asunto:

"Su primer problema [el del Turco] *fue que le tocó cubrir el puesto que el secuestro del capitán Munarriz dejó libre. El Capitán cayó una misma tarde en que estuvimos reunidos en mi casa. Después de la reunión lo llevé a su próxima cita, en Camino de Cintura y Acceso Norte. Por razones de seguridad lo dejé a varias cuadras del lugar. Nadie más lo volvió a ver. Secuestrado y desaparecido. Días después, reunido el equipo para discutir su reemplazo, mi parecer —que creo compartido por la mayoría de los integrantes del Estado Mayor— era que había cuatro candidatos seguros y a todas luces probados: León, de Construcciones (luego desaparecido sin haber hablado en las torturas), la Lora (que cayó después y no delató a nadie a pesar de haber soportado las penas del infierno), Marcelo (que cayó con documentos falsos y estuvo preso durante meses antes que se descubriera su verdadera identidad) y un último que no tuvo que soportar las*

torturas, que no llegó a ninguna de las dos consecuencias que nuestro grito de guerra nos prometía, vencer o morir, y cuya identidad, por modestia, me reservo."

Más allá de la modestia, tiene razón, porque uno de los rasgos notables del PRT-ERP fue la capacidad de reemplazar a los jefes por el compañero inmediato en una escala más o menos "natural". Eso se observaba particularmente en el combate. Sin embargo, esta cualidad —puesta a prueba en la clara tensión de la acción bélica— se veía, con harta frecuencia, contrarrestada en el frío de la organización, por la tendencia a nombrar jefaturas desde arriba. Hablando mal y pronto, pero en homenaje a la verdad histórica: *a dedo.* Reino lo confirma, tanto por lo que pensaba como por lo que sucedió:

"Al Turco lo trajo el comandante Pedro. Había participado en el asalto al cuartel de Villa María a sus órdenes, demostrando, a mi ver, su único valor. El coraje. De alguna manera el Turco lo había encandilado a Pedro con su inmediatismo y su decisión para realizar las tareas que nos competían."

Quizás, pero yo no tenía esa impresión con respecto a la discrecionalidad de Pedro. Volviendo a la historia de la reunión del Comité Central en que lo conocí, recuerdo que a medida que varios delegados de las regionales cascoteábamos a Benito Urteaga —sobre todo, por su estilo unipersonal de dirigir—, Mauro Gómez defendía los puntos de vista de la dirección. En rigor, no se sabía bien de qué dirección se hablaba, ya que Santucho, por un lado, había puesto patas arriba todo lo realizado por Benito Urteaga, y por otro, le había dado el espaldarazo bloqueando toda crítica. Mauro Gómez presentaba sus propias opiniones como "puntos de vista de clase" —dogma oficial que siempre utilizábamos para descalificar toda opinión contraria a la nuestra— y testimoniaba alentando a los invitados a relatar la experiencia de "la clase" en Córdoba. Jorge y el Burrito arengaban al mejor estilo sindicalista. Pedro, en cambio, impresionaba por lo contrario: la discreción, no sin unas hierbas de timidez, la precisión de sus intervenciones y la falta de agitación en sus informes.

"El Turco, asignado a Armamento, desde el principio se constituyó en la nota discordante de nuestras reuniones. En general, las posturas que asumía eran rechazadas por el conjunto, casi siempre por motivos de seguridad y a veces por falta elemental a la ética y moral revolucionarias. Recuerdo una charla que Marcelo, el Turco y yo tuvimos durante un viaje. El Turco se entusiasmaba con la posibilidad de un terrorismo indiscriminado y generalizado, al modelo de Setiembre Negro, que un tiempo atrás había protagonizado un secuestro y ejecución de deportistas judíos en las Olimpíadas; o de aquel que Pontecorvo narra en la película La batalla de Argel. *Con Marcelo rebatimos con energía la tesis del Turco, por cuanto no*

correspondía a la línea del partido, a nuestra praxis, abundando en ejemplos y citas, por ejemplo del Che. El Turco ni siquiera notó la gravedad de sus propuestas. Terminó afirmando que tanto a Marcelo como a mí nos pesaban nuestros prejuicios de clase. Pequeñoburgueses sin remedio."

La vieja discusión: lucha armada o terrorismo no pierde vigencia.

"Luego el Turco fue designado jefe de Logística Nacional. Como sabía que en nuestro fuero íntimo lo considerábamos inepto, desde el principio comenzó a exigirnos mucho más de lo que era posible, de tal manera que nuestro 'incumplimiento' le daba pretextos para una crítica injusta y despiadada. Muy rápidamente los equipos de logística comenzaron a ser simplemente talleres de producción que trataban de satisfacer las exigencias sin respetar plazos, tiempos ni posibilidades reales de realizarlos. Aparecía un día cualquiera y exigía que en 24 o 48 horas construyéramos en un camión o camioneta un 'berretín capaz de aguantar cualquier inspección'. Sin tiempo para planificar, para comprar materiales, construimos a pesar de todo escondrijos bastante buenos. Pero eso sí, los escondites se repetían, por lo que las fuerzas represivas comenzaron a inspeccionar determinadas partes de los transportes."

Nunca es bueno ver las cosas a blanco y negro, porque el Turco, a su vez, estaba presionado por la "cadena de mandos" que se iniciaba en un Buró Político extremadamente exigente. De todos modos, escuchando a Reino, me surgen los arquetipos que contribuyen a que uno tienda al absolutismo. El Turco y el Capitán, y ¿por qué no el Turco y Reino? Puede pensarse que el signo arquetípico no es una suma de virtudes, o de defectos, sino un elemento decisivo en un conjunto de valores incompletos. Por algo Reino retoma la imagen del Capitán como si la necesitara de referencia para poder hablar del Turco.

"El otro aspecto que me impresionó del Capitán, cuando era nuestro jefe, fue que escuchaba mis maniáticas reflexiones en cuanto a la seguridad. Fue quizás el único que aceptó mi rechazo al inmediatismo y a la acción que se emprende sin haber previsto las consecuencias de los contratiempos, los fracasos y las caídas. Yo tenía la pretensión que toda nuestra infraestructura tuviera una buena cubierta legal, que no se la arriesgara con tareas que no correspondían o no podían hacerse sin peligro de llamar la atención del vecindario, de no usar la infraestructura para reuniones, y sobre todo, la necesidad de mantener la tabicación[*] *de nuestras casas*

[*] 'Tabicar" se le decía al acto de ocultarles la ubicación de las casas particulares —donde se efectuaba una reunión— a aquellos compañeros que no pertenecían a la misma célula. En esas ocasiones, se los llevaba, en auto, con anteojos oscuros y los ojos cerrados (o de otras maneras), a modo de evitar el reconocimiento del lugar. También, a la separación compartimentada de las actividades para mantenerlas en secreto. (N. de A.]

y talleres de tal manera que ni siquiera el jefe de Logística supiera su ubicación. Esto era una falta a la ortodoxia partidaria, que afirmaba que los cuadros del partido no hablaban en los interrogatorios."

Pedro también estaba hecho de la misma madera que el Capitán, aunque con algunas tiernas inocencias. Pedro reemplazó al Pelado Gorriarán Merlo en la jefatura del Estado Mayor del ERP; secundado por Mauro Gómez, responsable político, y Juan Manuel Carrizo, jefe de la logística. Carrizo había arrojado a la basura junto con su corbata de contador público nacional todo aquello que pudiera parecerse a un estilo de trabajo ordenado y sistemático, cuestión esta que chocaba con el método de Pedro, y a su vez éste no lograba poner en vereda a la legendaria figura de su jefe de logística. Por otra parte, Pedro carecía de "caye" —como decían los cordobeses— y los errores que cometía se debían muchas veces a cierta ingenuidad con respecto a la vida misma. Así ocurrió en el copamiento al Arsenal del Ejército en Villa María, operación en la que Pedro mostró simultáneamente sus dotes de comandante y, en efecto, su falta de "caye".

"La falta de 'caye' puede ser tan problemática como la falta de talento."

Un poco exagerado Reino, pero estoy de acuerdo: la operación había sido planificada con la minuciocidad que gastaba este flamante jefe; sin embargo, ocurrió el imprevisto de siempre, o sea *un imprevisto,* como había ocurrido en Azul y como sucede normalmente. Al iniciarse la toma silenciosa de los puestos de guardia, uno de ellos se alertó y dio la alarma. Ante lo inesperado, Pedro actuó con notable serenidad y ordenó el ataque —como quien dice: redobló la apuesta—, avanzando él mismo con su unidad sin perder de vista al resto de los equipos a pesar de las ya clásicas dificultades de comunicación. El ataque se llevó a cabo con toda energía hasta copar la base con muy poco costo. Es sabido que en los combates la decisión de los jefes y la capacidad para transmitírsela a la tropa constituye la mitad de la batalla, y que una vez lanzada la orden lo fundamental es no perder la iniciativa. Después de la operación, yo le pregunté a Pedro, en detalle, cómo se había sentido y qué elementos había evaluado en la toma de una decisión de ese tipo, y él, sin el más leve tono de importancia, relató que, perdida la ventaja de tomar al enemigo por sorpresa —uno de los factores claves en lo planeado—, pensó que sería peor ordenar la retirada que el ataque. *"La operación estaba lanzada, las unidades ya al ataque; una orden de retirada hubiera causado mayor confusión que la ruptura de la sorpresa, incluso para el enemigo"* —explicó. Sin embargo, como la vida es más rica que lo que suele verse a primera vista, en la planificación y la acción se cometió un error "político" que hasta el día de hoy no

habrá perdonado la gente de Villa María: Pedro y su Estado Mayor demostraron falta de *caye* cuando eligieron nada más ni nada menos que un hotel alojamiento como puesto de mando táctico. Coparon el hotel —con buenos modales, por cierto—, pero haciendo salir a todas las parejas ocasionales de los cuartos y concentrándolas en una habitación. Si esto se hubiera hecho en la Capital Federal o en alguna ciudad grande, no habría pasado nada. En cambio, en una pequeña ciudad de provincia... la cara del farmacéutico al encontrarse con la señora del peluquero que a su vez estaba disfrutando de la vida con el ferretero; y así y así. Cuando se informó de esto, en el Buró Político no sabíamos si reír o llorar. El Gringo Mena, Benito y yo no podíamos creer semejante falta de sensibilidad social. Pero el Negro Mauro, a quien le sobraba "caye" (y aventuras amorosas), lo justificó diciendo: *"Los que van a esos telos son unos pequeñoburgueses, ¡que se jodan!".* En cambio, Benito fue enfático y doctrinario: *"Todo el mundo tiene derecho a coger en paz, y esa gente forma parte de la alianza básica".* En tanto, Santucho se reía de buena gana, no dando por el pito más de lo que el pito valía (dicho esto sin suspicacia). El pobre Pedro nos miraba a todos como diciendo: *"¿Y yo qué hice ahora?".* Porque parece ser que no sabían que era un albergue transitorio, es decir, para parejas. Para colmo de males, en una de esas ocasiones en que uno debe saber callarse, yo le pregunté: *"Pero, Pedro, ¿nunca estuviste en un telo vos?".* Y el comandante se puso todo colorado y me contestó: *"Y... en realidad, no".* En fin, lo que podremos ver es que si a Pedro le faltaba calle, al Turco parece que le sobraba viveza criolla, según cuenta Reino:

"Con un motivo u otro, el Turco se fue destabicando de los talleres y viviendas. En principio aceptó la idea de su tabicamiento, pero un día apareció solo en nuestro taller e informó que lamentablemente se había destabicado puesto que desde el avión en el que partía para Córdoba vio, desde el aire, sí, así como se oye, desde el aire, la inconfundible planta de nuestras instalaciones. El Changuito, al oírlo, dijo: 'No me importa que esté destabicado, me duele que mienta'".

Uno podría festejar la creatividad hasta para la mentira frente a esta ocurrencia, si no fuera porque lo que sigue parece más increíble aún:

"La máxima fue cuando hizo una cita en ruta 202 y Panamericana, a no más de 1 km del taller, para recibir dos camiones. Yo tomé uno y el Turco el otro. Salimos. Yo iba tratando de ver por el retrovisor si nos seguían o se veía movimiento sospechoso. Después de unos instantes él se me adelantó y condujo el camión al taller. Lo que ni él ni yo sabíamos, en ese momento, es que uno de los combatientes que nos entregaron los vehículos, el Oso Ranier, era agente enemigo. Esto ocurrió en mayo o junio del año 1975. Días después comenzamos a observar

cosas raras en los alrededores. Coches Falcon con parejas franeleando, otros Falcon con el conductor esperando. También llegaron de improviso dos miembros de la cooperadora policial para levantar contribuciones y se dedicaron a preguntar de quién era el local, qué se hacía en este [...] una mañana, serían como las 9, me fui a preparar unos mates. La yerba se había acabado. Les grité a los compañeros que iba al almacén, monté en el primer vehículo a mano que era un Citroen 2cv y salí. Al mismo momento de abrir el portón, observé que desde la esquina doblaban tres Falcon. Los autos se detuvieron, y vi que en el asiento de atrás, con las esposas a la vista porque apoyaba las manos sobre el respaldar del asiento delantero estaba Walter, un compañero de Armamentos caído días atrás. Walter había participado en varias reuniones que se hicieron en el taller.... Con el susto y el miedo que corresponde, di la vuelta a la manzana y noté que los autos se habían retirado. Entré al taller y grité: '¡A mi frente, alinearse, yá!'. El Changito, Atilio, Luis y su compañera, y un par de compañeros más cuyos nombres el tiempo ha esfumado, corrieron y se alinearon delante mío, perfectamente cuadrados, sabiendo instintivamente que no se trataba de un simulacro. Grité entonces: '¡El enemigo está por atacar, desalojar las posiciones y desperdigarse en dirección a Bancalari, después de cumplir el plan de retirada! ¡Atilio y Changuito, sacar persianas y pasarlas por la sierra circular! ¡Luis, volcar la pintura! ¡Changito y Luis, comigo y con los tarros de pintura al Citroen! ¡Reunión dentro de dos horas, si no hay seguimiento, en la iglesia de San Isidro!'."

Así es Reino, poeta, filósofo, mejor dicho un pensador, artesano y artista y sin embargo capaz de trocarse en milico usando los verbos en infinitivo y gerundio castrenses.

"En instantes las persianas fueron transformadas en astillas porque la primera señal de peligro establecida, la más visible desde gran distancia, era la falta de las persianas en las ventanas. Luis derramó 20 litros de pintura en la vereda, la segunda señal. Changito y Luis tomaron luego cada uno un tarro de 20 litros de pintura, montamos en el Citroen, y al llegar a la encrucijada obligatoria para ir al taller, derraman los 40 litros de pintura sobre la ruta. El tránsito intenso desperdigó la pintura y la avenida quedó un mamarracho de huellas de vehículos estampadas y muy visibles. Estas señales sí que podrían verse hasta desde un avión de línea.

"A las dos horas nos encontramos en la iglesia. Nadie había caído. [...] Dispuse el repliegue de acuerdo a las circunstancias. Regresé a mi casa con Atilio de guardaespaldas, y un poco después se dejó caer el Turco. Vino furioso porque había ido al taller (de las señales de peligro ni habló, como si no las hubiera visto),

y según él, yo habría decretado vacaciones porque no había nadie trabajando. Del taller se vino derecho a mi casa. Cuando le cuento las novedades se moderó, pero decidió que si bien había caído el taller no habría motivos para temer más allanamientos, porque si la represión tuviera 'puntas', ya estarían aquí. A pesar de todo, evacuamos mi casa. Mi suegra se fue con nuestros hijos a Zárate. Juanita, una compañera refugiada en casa, fue enviada a otro lugar más seguro. El Turco opinó que era alarmismo y dejó en mi casa un portafolios que contenía el título de propiedad de la casa donde estaba el taller de fabricación de armamento y el plano del polígono. Esa noche cayeron las fuerzas de seguridad y armaron una ratonera."

Fuera del contexto es difícil entender cómo un hombre como Pedro podía sentirse tan fascinado por el Turco. Porque hay que asumir responsabilidades, y en la dirección nacional también había una tendencia a encandilarse por personalidades de este tipo. Sin embargo, Pedro —aun con su enorme respeto por el Buró Político— mantenía su independencia de criterios. Por momentos parecía tener esa misma cualidad de Eduardo Merbilhá para conservar una distancia suficiente como para vernos a todos en las verdaderas dimensiones. Parecía tomar con condescendencia las aristas más irritantes de algunas prácticas burocráticas que se iban imponiendo. Por ejemplo, cuando adoptamos el uso de planillas en las que describíamos las tareas de cada uno de los miembros del Buró Político, incluido Santucho, como absurdo —y peligroso— método para lograr mayor eficiencia. O cuando dispusimos, en la escuela militar, un sistema de evaluaciones francamente positivista, por no decir ridículo, que —vaya uno a saber por qué travesuras del intelecto— había cautivado a Santucho. Los alumnos eran calificados en planillas donde se registraban todas las actividades y actitudes, a las cuales se les daba valor numérico junto a las evaluaciones de las materias de estudio; luego, se procedía a un cálculo aritmético que daba una resultante. Actitudes subjetivas de personalidad y estilo, procesadas por medios matemáticos, tenían tanto peso como las "objetivas". El propio comandante Pedro puso su óbolo en esas consecuencias el día en que, estando en la escuela, fue al baño y, por supuesto, para ejercer las urgencias fisiológicas tuvo que quitarse la pistola de la cintura y depositarla en una silla. Luego de aliviados los intestinos y con la correspondiente satisfacción del hecho, se reincorporó a la sesión de clase olvidando la pistola en la silla. Este descuido le bajó la calificación en varios puntos. Aceptó la sanción con una sonrisa. Coherencia y contraste con lo que sigue:

"Durante su permanencia en el equipo de Armamentos, el Turco se convirtió en la nota discordante y en un gran problema para la vida de la célula. El responsable de la misma le reprochaba actitudes que constituían de hecho una

doble moral. Una para los demás, plena de obligaciones, otra para sí, con solo derechos. En una reunión del equipo la Lora le criticó un detalle, ínfimo si se quiere, pero que tiene resultados nefastos para la vida interna en la casa operativa. El único que jamás lavaba los platos ni secaba el piso del baño después de la ducha era el Turco. En la discusión posterior, el Turco le preguntó a la Lora si él, después de comprobar que el piso del baño estaba mojado, lo había secado. La Lora contestó sorprendido que no. De lo cual el Turco extrajo como conclusión que el elemento discordante era la Lora, que primero, se negaba a reparar el descuido de un compañero, y segundo, conmocionaba a la vida del equipo con acusaciones baladíes."

Estos paralelos nos enredan más las cosas —porque así son de enredadas en la vida. Yo sigo teniendo esta imagen de Pedro: un gran "escuchante", es decir, un hombre con esta virtud tan extraña a nuestro modo de ser. Uno percibía que Pedro no sólo oía sino que también escuchaba. Y lo hacía callado, sin apresurarse a contestar, y es posible presumir que digería lo que escuchaba para recién después armar la respuesta, cuando el interlocutor había concluido ya su última frase. Como se ve, Pedro traía al partido una forma de diálogo y un estilo de trabajo novedosos. No le iba a ser fácil imponer ese estilo, retóricamente apreciado y recomendado por el Buró Político pero poco asimilado en la práctica. Así los enredos de la vida explican que Reino pueda reprocharme en otro párrafo y en relación a Pedro: *"Lástima que no hubiera escuchado menos al Turco".*

"Nos quedamos sin infraestructura, repartidos en casas de simpatizantes y parientes. Si mal no recuerdo nos quedaba sólo una casa casi, casi segura, en una villa, donde teníamos el poco armamento que pertenecía al equipo. El Turco llegó y me ordenó: 'Atacar la ratonera que han instalado en el taller y dar un escarmiento a los represores'. ¿Cómo desobedecer una orden?

"Con Luis nos pusimos a chequear el taller y sus alrededores desde la oscuridad de la noche. Vimos que nuestra ventana sin persianas estaba tapada con una sábana. De a ratos, desde adentro se veían luces. Emboscados en las vecindades esperamos el regreso del trabajo de un vecino que alguna vez hizo changas para nosotros y que, con visión de futuro, fue magníficamente pagado y preferenciado. El tipo se pegó el susto de su vida al vernos y nos exhortó a desaparecer de inmediato. Nos informó que dos carros de asalto de la policía habían llegado a las 17 hs. (8 horas después de la observación del Falcon con Walter detenido) y que de inmediato habían comenzado a robar todas las herramientas, las máquinas y los materiales almacenados. Todo esto había sido cargado en camiones del Ejército. Nos confirmó que dentro del taller estaban

emboscados esperándonos. Nos dijo: 'Alguna vez me pareció que ustedes eran montoneros. Yo también soy peronista. Que Dios los bendiga'."

Eso era frecuente: simpatía popular sin distinción política. Mejor dicho, atribuida al gran movimiento. Cuántas veces los equipos del ERP efectuaban una operación de propaganda armada, con la bandera y las siglas bien visibles, y la gente les gritaba: *"¡Bravo, muchachos! ¡Viva Perón carajo!".*

"A disgusto elaboramos el plan de ataque. Visiblemente suicida. Una orden era una orden. Aproximación caminando. Un par de molotov por las ventanas, un par al patio trasero para iluminar la noche, abrir fuego contra todo lo que se menee, y que sea lo que Tata Dios quiera. Un par de horas antes del ataque llegó el Turco compungido. Explicó que el comandante Pedro había prohibido la operación. Ese era el Pedro que vos recordás. [...] Habían caído, repito, el taller de automotores y luego, en seguidilla, armamentos, parte del equipo de construcciones, el polígono de tiro de la escuela militar, la escuela militar propiamente dicha, el equipo de distribución de propaganda. En casi todos los casos se salvaron parte o, como en el caso de nuestro equipo de automotores, todos los compañeros. Las pérdidas de infraestructura fueron importantes. En distintas casas operativas se observaban movimientos sospechosos que hacían suponer vigilancia sobre las mismas. Quedamos muy desligados y casi sin tareas propias. A pesar del impacto producido por las pérdidas, la moral de los compañeros era alta. A tal extremo que aún con la falta de recursos, especialmente dinero y documentación, a las pocas semanas nos consideramos fuera de peligro y sin puntas ni rastros que pudieran conducir a nuevas caídas. A mí, mientras esperamos nuevas órdenes del Estado Mayor, se me destinó una vez más a construcciones para la realización de berretines casi siempre subterráneos."

En realidad, el más legítimo grito de guerra del PRT- ERP no era —como dice Reino más arriba—: "Vencer o morir", sino: "Persistir y vencer". La persistencia fue, en efecto, el rasgo más notable.

"Perdimos contacto con el Turco. Por mediación de una compañera le hice llegar un pedido de cita, en la Estación Rivadavia. Cita con alternativas, con muchas alternativas. Por una de esas casualidades que la vida tiene fui a la primera cita con mis hijos pequeños, Guillermo de 4 años y Silvia de 2. Llegué con bastante anticipación y me instalé en la barra del bar al paso que está sobre la avenida, fuera de la propia estación, a comprarles una Coca Cola. Observé que en la estación, en ambos andenes, había una cantidad anormal de hombres jóvenes, todos ellos de saco o campera, en grupos de dos, o solitarios, leyendo atentamente un diario. Se me pararon los pelos de la nuca. Llegó el primer tren, movimiento de

*gente, el tren desapareció y mis jóvenes siguieron leyendo o charlando con la misma dedicación y atención. Segundo tren, sobre el andén contrario, y mis jóvenes siguen su charla o su lectura. Me demoré un rato largo, eterno para mi pánico, charlé con el mozo, y después, tranquilamente me fui caminando y medio jugando con mis pequeños. El contraseguimiento que me hice, después, implicó muchas horas y muchos medios de locomoción. Más adelante recibí la cita con vos. En una plaza asoleada por la que caminamos me contaste la caída del comandante Pedro y del Turco, que el Oso Ranier reconoció haber entregado** * *la cita de Ruta 202 y Panamericana."*

Recuerdo muy vagamente los detalles del lugar, pero un hecho a destacar es que Reino y yo caminábamos, porque a esa altura de los acontecimientos ya no había bares ni cafés seguros para encontrarse. Las citas se hacían *"caminando por la calle Galván entre el 1700 y 2000, vereda par";* el otro venía en sentido contrario, y el tiempo empleado en hacer tres o cuatro cuadras era el pulmón horario.

"El Turco no habló. La cita donde me esperaban fue sin duda descubierta debido a que a él jamás se le hubiera ocurrido memorizarla y destruir el papel.

"No habló, porque después de su caída varios aparatos que aún se mantenían en funcionamiento no sufrieron perturbaciones."

Cuando le informé sobre la caída, la seguidilla de caídas que empezaron con el Turco y culminaron con el comandante Pedro, Reino vomitó una frase que expresaba mejor que nada su estado de ánimo. Ahora me la recuerda, aunque a mí nunca se me borró de la memoria:

"Mi epitafio para su tumba fue producto de mi larga frustración, de todas las angustias y pesares de nuestra militancia en común. Dije: 'Mejor; el Turco, cantando, es menos peligroso que organizando'. Nunca me he terminado de arrepentir de la injusticia de mi afirmación. Fue una bajeza, pero eso fue lo que sentí. El Turco era poco inteligente, bastante inculto, extremadamente valiente y decidido. No fue culpa suya que lo ubicaran en un puesto que no pudo ni podría nunca desempeñar. Él hubiera sido un magnífico combatiente a quien se le hubieran podido encomendar las misiones más difíciles. Pero nunca mando.

"Repito: El Turco fue como el fuego. Muy buen peón pero pésimo patrón."

---

* En el relato "La paranoia" puede verse ante qué personas y en qué circunstancia reconoce el Oso Ranier su delación. [N. de A.)

Capítulo VI

EL SUCESOR DEL CHE

Mario Roberto Santucho: la encarnación del deseo

A Mario Roberto Santucho, el secretario general del PRT y comandante del ERP, le decían "Roby" a secas —o "el Roby", si el compañero que lo nombraba era del interior; incluso, se observará que yo mismo lo menciono aquí de uno u otro modo—, sobrenombre que no es de mi gusto porque me suena a una contracción artificial de "Roberto" con dejo anglosajón. Debo aclarar, sin embargo, que en la militancia de los primeros años, a Santucho le decíamos "Cabeza Chata", o simplemente "el Cabeza", no por referencia a sus ideas sino por la forma peculiar de su cráneo. En fin... por fuerza de los hechos, me resigno ahora a llamarlo "Roby".

Luis Segovia, el dirigente de los metalúrgicos de Villa Constitución, dijo de él en 1975: *"Este hombre que reúne en su persona la intelectualidad de Lenin, la humildad de Ho Chi Minh y la garra del Che".*

Para ser precisos, si bien es cierto que Roby poseía una aguda inteligencia y una notable sencillez, no eran ni la intelectualidad ni la humildad ni la garra lo que lo diferenciaba de los demás.

Porque no cabe ninguna duda de que Roby era diferente de nosotros. Cuando digo "nosotros", me refiero a un par de docenas de dirigentes de máxima responsabilidad de las organizaciones armadas: Benito Urteaga, Domingo Mena, Eduardo Merbilhá, Enrique Gorriarán Merlo, Mario Firmenich, Roberto Quieto, Marcos Osatinsky, Luis Pujals, Mario Mendizábal, Sabino Navarro, Luis Ortolani, Carlos Germán, etc. Los he conocido y tratado a casi todos, y estoy seguro de que éramos hombres de mayores o menores talentos, en todo caso más o menos parejos. Cada uno podía destacarse en algún aspecto más que en otro, en el contexto de una media común y una impronta de época. Una generación cuyo mayor mérito fue "atreverse" y hacerse cargo de lo que considerábamos "el desafío

de nuestro tiempo". La generación *del hacer.* Característica esta en la que Roby estaba a la cabeza. No obstante ello, es difícil establecer en qué consistía su diferencia de los demás.

No, no es sencillo describir —menos aún, demostrar— qué es lo que hacía que Santucho fuera Santucho. Y más engorroso todavía para mí, que he tenido la ventaja de educarme, desde niño, en el rechazo a todo tipo de idolatría y, desde la adolescencia —gracias a don Enrique Giesch y a Silvio Frondizi—, en un marxismo, si bien no exento de dogmatismo, al menos despojado del culto a la personalidad. Pero, como además tengo el privilegio de ser el sobreviviente que más tiempo estuvo a su lado en el período determinante de su vida, es por ello que procuraré calibrar los adjetivos sobre la personalidad del fundador del ERP, e intentaré "mostrarlo" tal como yo lo vi, viví y sentí.

Mi primer encuentro con Roby fue de lo más inesperado. En realidad, lo escuché por primera vez sin saber que era él. Hacía poco que habíamos formado el PRT en Zárate y casi no participábamos de ninguna de las consabidas luchas internas. Nuestra regional se guiaba más por intuición y a despecho de nuestras sesudas elucubraciones teóricas. Más que saber y comprender, *sentíamos* que este santiagueño, al que no le conocíamos la cara ni el timbre de su voz, decía y hacía —como el Che— algo diferente.

Fue durante los primeros meses de 1970: los acontecimientos nacionales se precipitaban, la CGT de los Argentinos estaba en auge, con Raimundo Ongaro al frente, y la provincia de Córdoba a la vanguardia, con Agustín Tosco a la cabeza. El PRT ventilaba sus asuntos en período precongreso y, al mismo tiempo, sobre todo en Rosario, se desarrollaban las primeras acciones armadas urbanas, acompañando la movilización creciente del campo popular.

En esos días nos convocaron al plenario precongreso de la regional, el que se llevaría a cabo en Capital Federal, en un departamento del Barrio Norte. Allí me recibió Luis Pujals, quien, para mi sorpresa, me entregó una capucha (con agujeros para los ojos) indicándome: *"Pasillo al fondo, a la derecha".* Entré en la habitación, en donde había un grupo de encapuchados preparando el temario de la reunión.

Arreglados los asuntos de las credenciales congresales, dos personas fueron presentadas como miembros del Comité Central: Miguel y Rafael. El documento en discusión había sido escrito por Benito Urteaga y lo llamaban "el mamotreto de Mariano". Tenía como doscientas páginas para contestar los no menos voluminosos ni menos "mamotretos" de las otras dos tendencias. Pero a la hora de pasar a la discusión, Miguel y Rafael presentaron un proyecto de apenas

ocho hojas, que el segundo leyó y argumentó sin ahorrar ni elocuencia ni pedantería. Cayó mal a la mitad de los plenaristas, un poco porque no tenía nada que ver con el mamotreto, pero principalmente por el tono del disertante. Por mi parte, cuestioné la forma, la falta de mandato de los delegados para considerar un proyecto no discutido por los militantes, si bien este proyecto me parecía una superación, una aproximación de guía para "pasar a las hostilidades". Por ello propuse postergar el congreso un par de semanas para bajar el proyecto a las bases. Yo era relativamente nuevo en el partido, desconocido para la mayoría de los presentes, pero "el Indio" Bonnet me había presentado como el delegado de la zona más "proletaria" de la regional. Con semejante certificado, compensaba la desconfianza, por lo que la propuesta —como venida de "la clase"— encontró eco favorable, aunque a regañadientes.

Entonces, usó de la palabra Miguel, quien prácticamente no había abierto la boca. Escuché la voz norteña, pausada, arrastrando alguna "erre", de un enmascarado que se ayudaba con la mano, con la palma hacia arriba juntando el pulgar con los demás dedos en ademán de confianza, en vez de levantar el índice amenazador. Defendió paso a paso el documento con un discurso pedagógico, convincente y —como dirigiéndose a mi propuesta— concluyó: *"La lucha de clases urge y no podemos atarnos a formalismos cuando la verdad llega por caminos imprevistos".* La forma de su exposición me impresionó. (Con los años comprendí que no había sido la forma, sino el contenido, pero no en el sentido objetivo de la racionalidad de las propuestas, sino la subjetividad de alguien que convencía porque estaba convencido.)

Ese orador era —como supe después— Mario Roberto Santucho.

El segundo encuentro se produjo a los pocos días, ya en el V Congreso, que se llevó a cabo en mayo de 1970 en las Islas Lechiguanas, al norte del Delta del Paraná y, para mi alivio, sin máscaras.

Por ese tiempo, Roby tenía treinta años. De cuerpo no grande pero fornido, derrochaba vitalidad; era moreno, de cabello renegrido con un mechón rebelde que le caía sobre la frente, nariz sanmartiniana, ojos pequeños, oscuros y penetrantes, no obstante, a veces relampagueantes, a veces huidizos. Conservaba la concordancia entre su lenguaje de clara dicción, preciso y económico, y sus modales suaves.

Ahora bien, esa ambivalencia entre profundidad y fuga, en su mirada, me desconcertaba. Nunca pude determinar si era una manifestación de timidez o una inconsciente toma de distancia con el interlocutor. Quizás ambas cosas. Porque la

timidez se eclipsaba con su envidiable seguridad, expresada en todos los casos con extrema sencillez.

Debo detenerme en este aspecto, pues fue el que más condicionó mi relación personal con él. Porque, en efecto, asumí a Santucho como el jefe indiscutido, aun manteniendo diferencias de carácter —hoy podríamos decir más existenciales que político-ideológicas—, muchas de las cuales discutí en las propias sesiones de ese congreso y durante toda la posterior militancia a su lado.

Desde mi punto de vista, era un hombre muy inteligente, sin dudas, aunque me era imposible saber cuán amplio sería su espíritu, debido a que dirigía, sin distracción, todas sus energías sólo a aquello que él consideraba útil a la revolución y quizás más que a la revolución, a su instrumento: el partido.

Hay que recalcar esto: mi dificultad no pasaba por la concentración en la revolución —porque ése fue el rasgo guevarista de la época—; mi dificultad consistía en que yo creía ver en otros compañeros mayor sensibilidad que la de Santucho para extender en calidad y cantidad las cosas "útiles a la revolución". Este "vacío" no facilitaba una relación que transformara la franca camaradería —como la que disfrutábamos— en amistad. Desde luego, no puedo juzgar cuánto de estrechez tendría —y tiene— mi pretendida amplitud. Pero, en todo caso, lo sentía así. Más aún, si sólo se tratara de esos tres valores: inteligencia, humildad y garra, Eduardo Merbilhá, por ejemplo, lo superaba al menos en los dos primeros y, quizás, lo empataba en el tercero. Por eso, mi enigma, dada mi mirada racionalista, era comprender en qué consistía la ascendencia de Roby sobre nosotros. Porque esa superioridad yo la sentía más con el cuerpo que con la cabeza (y esto dicho en sentido lato y puesto a prueba).

En efecto, lo ocurrido cuando las fuerzas de seguridad interrumpieron a tiro limpio las sesiones del Comité Central en la ciudad de Moreno en el año 1976 (que relato en el Cap. V) es ilustrativo. Cuando se dio la orden de retirada, yo salí, como estaba planificado, junto a Roby, precedidos de un combatiente que portaba un *FAL.* Empezamos a correr en medio del tiroteo. Mi único deseo era que Santucho pudiera retirarse ileso. Por eso, me adelanté para destrabar la tranquera y me detuve a esperar que pasara, atento a que las fuerzas represivas podían empezar a disparar desde ese lado. Literalmente, puse mi cuerpo delante del suyo. Cuando comprobé que él subía al Torino, que ya se había adelantado a expropiar Juan Manuel Carrizo, protegido por el *FAL,* sentí que habíamos ganado la mitad de la batalla. Sólo a partir de allí me concentré en ponerme a salvo. Y desde luego que no estoy contando esto como un alarde personal, sólo hago énfasis en un acto del cuerpo. Jamás hubiera dicho o propiciado la consigna de "la vida por Santucho".

Volvamos a aquel V Congreso, allá en las Islas Lechiguanas. Después de que alguien arrojó, en un acto de salud intelectual, el "mamotreto de Mariano" al Río Paraná, se iniciaron las deliberaciones bajo la presidencia de Luis Pujals y Enrique Gorriarán Merlo. Allí el contraste entre Santucho y buena parte de los oradores fue mayor. Joe Baxter (el encapuchado que se había presentado con el nombre de Rafael durante el precongreso) exponía en lenguaje florido, aderezado con gestos dramáticos, como si hubiera sido el general Giap ante Dien Bien Phu; Domingo Mena atronaba con su vozarrón, que compensaba su corta estatura con un discurso convincente y sustancioso. Daba gusto escucharlo. El Indio Bonnet, con una notable claridad de exposición, parecía el rubio Menelao declarando la guerra a Troya, y Luis Ortolani gastaba una energía arrolladora y gran precisión conceptual en sus argumentaciones. El Negro Mauro (Carlos Germán, de Córdoba), en cambio, arengaba a gusto mirando como de "de rabo de ojo a un costado", citando al "camarada Mao", rebatido a la vasca por Mariano (Benito Urteaga). Por supuesto, yo puse mi parte —en mi propio estilo que otros juzgarán—, centrándome en cuestiones de ética revolucionaria, hasta que, de pronto, el Cuervo (envidiable asador), tocó zafarrancho de almuerzo, con una parrillada de bogas, bagres y hasta un pequeño dorado, bautizada con vino de la costa, apenas un poco mejor que el actual tetrabrik. Todo un símbolo de la austeridad del PRT: el congreso se estaba financiando con un asalto a un tren, en el que se habían obtenido varios millones de pesos, pero se almorzaban bagres o asados de tira (más cerca de la falda que del lomo) y con vino común. La voracidad de los congresales, propia de una treintena de jóvenes pletóricos de entusiasmo, con el estímulo del aire del río sólo era empardada por el apetito del futuro comandante.

Reanudada la sesión, tomó la palabra Santucho. Al principio, su rostro era el de Buda. Su dicción, clara, aunque sin la fluidez ni los recursos de la retórica de los otros oradores. Arrastraba las palabras, que hacían énfasis en las ideas, y uno sentía como que *"entraba en la voluntad de los demás como el cuchillo en la manteca",* si se me permite parafrasear a Neruda. Santucho persuadía, convencía. Pero no convencía porque era el que más *sabía* —si de conocimientos adquiridos se tratase—, convencía porque era el que más *creía.*

Sería por demás aburrido e inútil recordar los ejes de sus argumentaciones. No era cuestión de razonabilidad. Todos los discursos estaban preñados de racionalidad y arengas y, a su manera, cada uno era válido, porque en el fondo no había una "verdad objetiva" que dilucidar, un camino conocido que seguir, sino discutir una apuesta, inventar... e inventarnos a nosotros mismos.

Tampoco era resultado de la retórica, pues Santucho —comparado con varios de los presentes, ya lo he dicho— no era un orador fluido y sonoro. Cierto es que Roby tenía su "barra", los tucumanos, delegación numerosa que —salvo Clarisa Laplacé— parecía hacer del silencio un "culto a la humildad proletaria", y, por otro lado, los rosarinos, heterogéneos y más proclives a la acción que al debate. Pero la delegación de Córdoba era un tanque ruso que disparaba con toda la munición de la verborragia mediterránea. Buenos Aires no se le quedaba atrás. Para ambos grupos —incluido yo mismo—, Santucho, a la sazón, todavía no se había convertido en "el comandante". Era uno más, pero ya *con algo más.*

Un par de años después, a partir de mi incorporación al Buró Político, trabajé cotidianamente con Roby en el colectivo. Conocí a su familia, a sus numerosos hermanos, a sus hijas, a su nueva pareja Liliana, quien luego alumbraría a Mario, el hijo de ambos.

Él, a su vez, conoció a mi familia, a mi mujer, mis hijos, mis padres, mi hermano, todos militantes del PRT. Mi madre cocinaba con frecuencia en las reuniones del Buró Político y, más de una vez, puso en vereda a las hijas del Roby, malcriadas por su abuela. Mi padre, además de formar parte de la cobertura, solía cubrir guardias, recordando sus tiempos de soldado del 8 de Caballería.

Participé de la elaboración colectiva, en las tomas de decisiones más importantes de la breve historia del PRT-ERP, recibí felicitaciones y amonestaciones, algún arresto y premios, consejos, recomendaciones y pedidos de consejos. Discutí diferencias tácticas y muchas veces Roby me convenció sobre algo acerca de lo que yo opinaba diferente. Otras no, entonces se pasaba a votación, y la minoría acataba la decisión de la mayoría, sin discusión posterior ni rencor, como correspondía a la disciplina asumida.

Admiré su inagotable tenacidad. Me apoyé en su confianza en sí mismo y en la lucha de las masas, a veces con un matiz de incredulidad de mi parte. Aprendimos juntos, con el colectivo, muchas cosas. Él no vacilaba en preguntar aquello que no sabía —fuera sobre asuntos de la teoría o de la vida—, ni disimulaba la sorpresa al enterarse de datos de la realidad que ignoraba o había prejuzgado. Asumía sus limitaciones como hombre poco práctico en cuestiones de técnicas o vida cotidiana, con una rápida captación de los conocimientos de los demás. En literatura, Eduardo Merbilhá y yo éramos sus fuentes y consejeros, aunque Roby leía con un estrecho criterio de utilidad. La novela le interesaba sólo en caso de que tuviera enseñanzas para la vida militante. Leía las novelas de Larteguy sobre la temática de la guerra de Indochina, para ver cómo pensaba el enemigo.

Encarábamos juntos o con el colectivo innumerables problemas personales de los compañeros —líos de parejas, conflictos con los hijos, desarmonías en las células— y también de los compañeros "protestones". Domingo Mena, Benito Urteaga y yo fuimos quienes mantuvimos mayor continuidad en el Buró Político junto a Santucho.

Es verdad que en el PRT se combatía el "amiguismo" —prejuicio éste y herencia no deseada, ni sospechada, del stalinismo—, una pretensión de la razón de imponerse a los sentimientos. Porque, en realidad, todos teníamos compañeros que eran, además, amigos. En mi caso, Reino, el Gordo Madera y el Gringo Mena, con quienes tenía más afinidades.

Tampoco puede decirse que Santucho era un maestro en el sentido profesional del término, un docente, porque "eso" que él poseía de diferente para transmitir no era *aprendible.* No se podía "aprender" —ni enseñar— por medios didácticos su seguridad, su convicción o su tesón. En todo caso, esas "destrezas" eran asuntos de ejercicio, de praxis, de experimentación. En todos los demás aspectos —siempre hablando de conocimientos acumulados—: teoría marxista, política, sindicalismo, artes militares, técnicas operativas, etc., Santucho no sobresalía sobre el cuerpo del Buró Político, por lo tanto el aprendizaje de estas cuestiones era colectivo.

Un día le pregunté: *"Negro, ¿cómo se aprende a escribir?".* Y me respondió, graciosa y convincentemente —con esa sonrisa que hoy veo recreada en su hijo Mario—: *"Y... escribiendo, Luisito".*

Una de las cosas que me desconcertaban de Roby era su aparente falta de frontalidad en las cuestiones internas, en contraste con la radicalidad y firmeza de sus posiciones políticas y organizativas. Esto parecía coherente con esa dualidad entre la firmeza y la fuga de su mirada. Si no estaba de acuerdo con determinadas posiciones o propuestas, raramente las enfrentaba en forma directa. Siempre daba un rodeo con un *"tiene razón, pero...".* El "pero", por lo general, no era un "matiz", anunciaba toda una argumentación contraria a la expuesta, con lo cual uno se quedaba en la duda si se tenía o no razón. Esto se agravaba cuando se tomaban medidas correctivas sobre la responsabilidad de algún compañero y, a mi entender, no siempre quedaba claro si había habido un error, mal desempeño o negligencias. Con alguna frecuencia, no ponía al causante frente al colectivo que correspondía. Propiciaba los cambios necesarios y después solía hablar a solas con el afectado. Sobran razones para pensar que Santucho actuaba así para no debilitar la autoestima de los compañeros, en su búsqueda de lograr que cada uno pusiera lo mejor de sí mismo. Y, sin embargo, a pesar de los aspectos contradictorios de su

personalidad, su coherencia se expresaba diáfanamente cuando consideraba sustancial un detalle en apariencia trivial. Entonces, iba a fondo y frontalmente, sin parar mientes en sus vínculos personales.

En una oportunidad, Domingo Mena estaba presentando un trabajo teórico sobre el *doble poder* y, al citar la bibliografía consultada, mencionó a Trotsky, uno de los teóricos sobre el tema. (Téngase en cuenta que era el momento de plena "destrotskización" del PRT.) Liliana, la compañera de Santucho, responsable nacional de propaganda, lo gastó a Mena preguntándole: *"¿Trotsky? ¿Esas cosas leés?",* con evidente desdén por el fundador del Ejército Rojo. Benito Urteaga, que consideraba a Trotsky una especie de diablo del marxismo, arrastró una risita de complicidad con Liliana y al Gringo Mena no le hizo gracia tal actitud. Yo prejuzgué que Roby festejaría la broma, pues siempre disfrutaba a gusto las humoradas de los compañeros, y me fastidié de antemano, endureciendo el semblante para hacer causa común con el Gringo. Pero Santucho nos sorprendió. Su rostro se ensombreció y recriminó severamente a Liliana, castigando de costado también a Benito. Se dispararon, entonces, disculpas torpes y balbuceantes: *"¡No, Negro, era una broma!" "Por supuesto, está bien lo del Gringo".* No sabían dónde meterse y, en realidad, yo mismo, que me había fastidiado, pensé que el asunto no daba para tanto. Roby no soltaba la presa, insistía en sus recriminaciones y hasta se soltó un discurso resaltando la seriedad del trabajo de Domingo Mena.

"Económico" es la palabra que me surge. No en el sentido de la deformación que han hecho los economistas de este término, sino de su acepción original. Santucho nunca hacía algo que sobresaliera tanto por falta como por sobra. Se sentaba a la cabecera de la mesa con la naturalidad de quien dirige un oficio. Él no iba nunca a sentarse en un rincón para llamar la atención por su "humildad", como sí lo hacían algunos compañeros un tanto mañeros. Sabía que ése era su lugar.

"¡Que baile el comandante!" —gritó provocativamente y de soslayo un fin de año Benito Urteaga, quizás recordando sus años de guitarra en los boliches de San Nicolás. Y el comandante —sin remilgos y sin ostentación— se levantó, tomó a su compañera y bailó sobriamente un par de tangos y algún vals. Pocos sabían que en su adolescencia había practicado danzas.

"¡Que hable el secretario general!" —reclamaba una voz en algún tipo de acontecimiento. Y Roby tomaba la palabra y en unos pocos minutos había dicho *lo que había que decir.*

"Asceta". Una palabra muy usada desde sus adulones de izquierda —que lo imaginan un Ho Chi Minh casto— hasta algún oficial de las FF.AA. Asceta... como

Jorge Rafael Videla, de vida cuartelaria y férrea disciplina, elegido por Dios. Sólo falta que agreguen que Roby iba a misa todos los domingos. La idea de un Santucho asceta, vinculada al fanatismo, está íntimamente ligada a la *teoría de los dos demonios.* Santucho no tenía nada de asceta.

Poseía un apetito voraz, capaz de desayunarse de un tirón media docena de huevos fritos sin romper las yemas y sin untarlos con pan. Durante las reuniones bebía y comía lo que nuestros anfitriones servían —y que por lo común no era poco—: mate, café, té, mate cocido, chocolate, facturas, picadas. A la hora del almuerzo no lo iban a arreglar con un churrasquito, y sus gustos no registraban límites: desde pastas al tuco con carne, pasando por un buen puchero, hasta los guisos y el locro. Si la ocasión se prestaba y de asado se trataba, el único que le podía empatar era yo. Bebía vino a discreción —como la mayoría de nosotros—, cerveza si se la ofrecían, demostrando siempre una verdadera cultura alcohólica, pues jamás lo vi pasado de copas, ni siquiera medio "picado". ¡Ah! y si el vino era del bueno, no se hacía el "proletario", se lo mandaba al buche agradeciendo a la providencia o a la dueña de casa. Pero también podía disfrutar de otras bebidas, sin prejuicios ideológicos: tanto los muy *socialistas* ron o vodka, como la ginebra criolla y el whisky *imperialista* (y si era scotch, mucho mejor). No fumaba casi, sin embargo, el mejor regalo que le podíamos hacer, cada vez que viajábamos a Cuba, era traerle una caja de habanos. Los fumaba con fruición. Desde luego, era madrugador y muy ahorrativo del tiempo, pero si la ocasión se prestaba, no le esquivaba al placer de la siestita (nunca más de una hora), para cumplir la tradición provinciana. A la vez, hacer la obligada gimnasia militante y militar no era una de sus pasiones, precisamente, por lo tanto, cuando podía reemplazaba esa —para él y para muchos de nosotros— aburrida y rutinaria actividad por el disfrute de un buen picado de fútbol. ¿Asuntos de faldas? No me constan.

Tal como puede verse, sólo una cultura de la apariencia y la ostentación como la nuestra puede confundir la sencillez y la austeridad de un hombre con el ascetismo.

Por lo demás, se hablaba siempre de la memoria y la capacidad de concentración de Roby, cuestión esta que merece un párrafo. Es evidente que al asumir la militancia se impuso un férreo autocontrol; este hecho podría ser la explicación de la dificultad para intimar con él. Porque, en efecto, Roby era el paradigma de la autoconstrucción y, a la vez, su expresión más legítima. En ello radicaba, creo, otra diferencia con nosotros. Había muchos "autoconstruidos", pero donde uno rascaba un poco, se les veía la superficialidad, aparecía la "pose" —

desde luego a su modo también legítima—, pero nunca lograban la autenticidad de Roby.

Y, quizás, porque a la vez él era un cúmulo de pasiones —y, precisamente, en la fuerza de su pasión radicaba su ascendencia sobre nosotros—, es que en su autocontrol establecía esa distancia, que yo creía ver en la forma a veces huidiza —reitero— de su mirada. Porque, en efecto, cuando expresaba toda la potencia de sus convicciones, tanto en la línea a seguir como en los juicios sobre determinadas conductas, es decir, cuando se expresaba hacia afuera, su mirada era de una profundidad y una seguridad arrolladoras. En cambio, cuando algo o alguien lo llevaba hacia adentro, ponía el rostro pétreo o bien su mirada se hacía huidiza.

Así lo veía yo en esa época. Pero, ahora, el tiempo transcurrido y las circunstancias me permiten descubrir en él ciertos matices que me fueron ocultos en la vorágine militante de entonces.

Porque lo complejo de su personalidad se expresaba también en su tolerancia ante los errores —propios de la experimentación— y su actitud implacable ante la negligencia y, sobre todo, la justificación. Escuchaba con paciencia oriental, los —muchas veces soporíferos— informes de las actividades de cada uno de los miembros del Buró Político o de quien se tratase. Ponía especial énfasis en la atención a las personas, particularmente si eran de otras organizaciones y sobre todo de otros países, y tenía un olfato muy fino para detectar la negligencia escondida en la justificación. Sorprendía al aludido: *"¿Lo recibiste a Fulano, el delegado de Perú?".* Entonces el hombre explicaba: *"No, porque, bla, bla..., pero mañana lo veo".* Y Roby elevaba un par de decibeles el tono anunciando el cañazo: *"Pero ¿cómo, hermanito?, ¡hace dos semanas que llegó!"* y el otro aumentaba las excusas generalizando dificultades. Entonces Roby lo llevaba a los detalles, no le daba la mínima tregua y le desarmaba los argumentos, dejando a la vista la negligencia. Cuando ésta quedaba clara, desnuda, él era implacable. El correctivo podía ser muy duro para el causante; por ejemplo, debía apersonarse ante quien había sido víctima de su error y explicarle cómo habían sido las cosas, reconociendo los errores sin justificación. Nada de mentir para salvar la imagen del Buró o del mismo negligente. Contar la verdad. En muchos casos, se acompañaba la explicación de los orígenes de la actitud negligente por medio de una interpretación teñida de psicología conductista.

Santucho se afirmaba en la teoría marxista para sus interpretaciones sobre las conductas, en el sentido de que *los hombres son lo que hacen;* que la existencia determina la conciencia. Pero, a la vez, era —insisto en esto— un hombre extremadamente sencillo, hasta para formular las teorías extraídas de los libros.

Como sabe cualquiera que ha tenido que vérselas con Hegel, no es fácil "traducir al sencillo" a este pensador alemán de lenguaje oscuro. Por lo demás, el conductismo de Santucho no venía de lecturas de psicología; es posible que ni siquiera conociera la escuela conductista norteamericana. Era resultante de su interpretación del materialismo en la conducta de los hombres (los "tipos psicológicos" formulados, por ejemplo, por Jung, para Santucho serían más bien "tipos sociológicos"). La desprolijidad, la prevalencia del "estilo artesanal", el palabrerío, el formalismo, la indisciplina, etc., causantes de las negligencias, eran atribuidas al carácter "pequeñoburgués", al proverbial individualismo de esa subclase social, contrario a las virtudes de la "disciplina proletaria". Este conductismo *sui generis* se expresaba también en una lineal confianza en la práctica y el control colectivo, mediante la crítica y la autocrítica, como *reeducadora.* Por eso es que, si bien Roby era implacable en la crítica, se mostraba menos duro al aplicar sanciones y francamente magnánimo en la oportunidad para corregir los errores mediante una nueva práctica.

He mencionado varias veces el lenguaje y la dicción de Santucho. Y he dicho que no era lo que se dice "un orador", un "retórico". Por otra parte, no tuvo casi oportunidad de hablar en actos públicos masivos, al igual que la mayor parte de los miembros del Buró Político. Usaba un lenguaje muy preciso, como valorando cada palabra y evitando el despilfarro. El abuso de los adjetivos en sus escritos era consecuencia de la propia lógica de la política del PRT y, aun así, los aplicaba con precisión.

La relación de Santucho con su compañera podía también reflejar la tensión entre sus pasiones y su autocontrol. Era tangible que Roby amaba a Liliana más allá de una normal relación "matrimonial". Estaba —lo que se dice— "metido" con ella. Es posible imaginarse, entonces, su esfuerzo para separar sus sentimientos amorosos en los juicios o decisiones sobre Liliana como militante. Y esto se agravaba con la actitud obsecuente de algunos compañeros que la veían, no como Liliana, sino como "la compañera del comandante". Para Roby no podía ser fácil a la hora de ponderar o criticar conductas militantes de la propia mujer. Desde luego, la que llevaba la peor parte era ella.

En esas oportunidades en que yo me hallaba en la casa trabajando con Santucho mientras Liliana estaba afuera —armando citas, transmitiendo mensajes, organizando la propaganda—, cada vez que ella se retrasaba, como era usual, pude sentir la imperceptible inquietud de él, a pesar de que dominaba sus emociones. Intuía su velada angustia, cuando los minutos de retraso eran suficientes para llamar la atención e insuficientes para alarmarse. Y lo percibía en esa especie de

punto intermedio entre la profundidad y la fuga de su mirada. Y hoy me doy cuenta, sin haberlo sabido en aquel entonces, de que ése era el Santucho por el cual poníamos el cuerpo sin vacilar. Porque no era el todopoderoso, sino el que podía actuar *a pesar de todo.*

A fines de 1975, cuando Videla había asumido el mando conjunto de la represión en la Argentina —la Triple A había sido reemplazada por los *grupos de tareas*—, cuando el Ejército se negaba a tomar prisioneros y declararlos y comenzaba, por lo tanto, el sistema de secuestros y desapariciones, fueron capturadas las tres hijas preadolescentes de Roby, junto con su cuñada Ofelia, la mujer de Asdrúbal Santucho —quien a su vez había sido muerto en Tucumán meses antes—; también se habían llevado a Mario, el bebé, y a las hijas de Ofelia. Todos habían sido detenidos en una casa del Gran Buenos Aires.

En la cabecera de la mesa del Buró Político, en sesión permanente, Santucho preside el debate tal vez más difícil de su vida.

Estamos a la espera de Eduardo Merbilhá, que ha ido a realizar una intensa y peligrosa investigación sobre el posible paradero de los niños y de Ofelia; sobre todo, las intenciones de los militares.

Sabemos que las posibilidades de la imaginación no podrán superar la realidad. Todos pensamos en un intento de extorsión de parte de las fuerzas represoras y habrá que tomar decisiones gravísimas. Ninguno se atreve a decir lo que piensa. Las posibles variables son tantas...

Una y otra vez repasamos, monótonamente, los hechos hasta donde se conocen, todos fragmentarios. Lo hacemos con palabras medidas, por miedo a decir alguna trivialidad.

Detenidos en la fiesta de cumpleaños, ¿por policías o por militares? Ofelia, sus hijas y las hijas del Roby, también Mario, el bebé, el hijo de Liliana. ¿Qué hacía Marito en esa casa?

(Podríamos echar mano al fácil recurso de los relatos épicos, las narraciones con que los protagonistas de la historia suelen aturdirse para darse coraje en su propia obra: las madres criollas ofrendando sus hijos a Belgrano para defender la patria naciente; Stalin respondiéndole a Hitler: *"No canjeo un soldado por un general",* cuando el nazi le ofreció la vida de su hijo prisionero a cambio de un general alemán. El general falangista Moscardó, defensor del Alcázar de Toledo, rechazando la extorsión de los asturianos y diciendo a su hijo, al otro lado del hilo telefónico y en manos del enemigo y a punto de ser fusilado: *"¡Grita: 'Viva*

España'!"; la madre del mambise cubano, que recibe la noticia de que su hijo está prisionero de los gachupines y lo niega: *"Si está prisionero, no es mi hijo";* pero cuando el informante le aclara: *"Pero no, chica, es que está herido",* ella exclama: *"¡Ah, entonces sí es mi hijo!".* Alicientes, mitos acumulados, retransmitidos en corridos populares o cánticos de guerra, que funcionan como el fragor de la batalla —que impide ver los ojos del soldado enemigo— y explican por qué hombres normales pueden dar muerte a otros hombres normales. Sin embargo, qué diferencia leer esas historias en los libros, o volcadas en la tela por Goya o en la pantalla del cine, con vivir aquí, ahora, este presente, al lado de Roby, *padre* de tres niñas casi adolescentes —que ya han perdido a su madre en los fusilamientos de Trelew— y de un bebé.)

Aquí está "el padre", enfrentado al comandante Santucho, en silencio.

Su mirada, detenida en ese intermedio entre la profundidad y la fuga que yo creo percibir en ciertos momentos. Nos mira a todos y parece que no ve a nadie. Su rostro no dice nada. La tensión extrema entre "el padre" y "el jefe". Es hoy, es ahora —y quizás como nunca—, cuando podemos *ver* "eso" que hace de él (o que *él hace)* un hombre diferente de todos nosotros.

Y uno intenta meterse en él, ayudarlo, pero uno no puede siquiera meterse en uno mismo. Todos, excepto Carrizo, tenemos hijos...

Pero el jefe es inescrutable. Sólo los cambios en los tonos del moreno de su rostro ofrecen alguna señal de lo que está pasando dentro de su alma. (¿Tonos? No precisamente; tal vez más que el color sea la tesitura de su piel, como si ésta no pudiese ya contener más la energía del cuerpo y una inconmensurable tristeza no encontrase siquiera el consuelo de una catarata de lágrimas.)

El territorio del dolor es sagrado. Nos descubrimos ante el suyo, que hoy también es el nuestro, y seguimos aguardando...

Y por fin llegó Eduardo con la noticia más inesperada: Ofelia y las niñas habían sido dejadas en un hotel del barrio de Flores. Según los informes, Videla, en persona, habría ordenado dejar en libertad a las niñas con su tía. El bebé había sido devuelto —por no recuerdo qué complicado mecanismo— a quienes lo cuidaban. Un misterioso oficial de Inteligencia habría sido el que tuvo a su cargo esas operaciones.

¿Qué debíamos pensar? ¿Una trampa? Parecía demasiado pueril. ¿Qué, entonces? En todo caso, ¿cómo sacar a Ofelia y a las chicas de ese hotel? Y sobre todo, ¿dónde llevarlas?

Especulábamos con el hecho de que se podría llegar a retirarlas del lugar en una atrevida operación, pero que sería sumamente difícil y riesgoso para las propias niñas romper seguimientos hasta una casa clandestina.

La información de que había intervenido el propio Videla era menos fiable que deducible, porque indicaba que la orden venía del más alto mando del Ejército. Dato clave. El PRT no hacía la menor diferencia entre Videla y el resto de los militares en cuanto a ferocidad represiva, pero estimaba que Videla era un militar muy "cerebral", frío y calculador.

Después de una larga discusión, en la que se barajaron muchas hipótesis sobre la intencionalidad del sorprendente hecho, se llegó a la conclusión de que Videla había actuado así por temor a represalias por parte del ERP. ¿Habrá sido así? No tengo respuesta, pero el Buró jugó a esa posibilidad.

Santucho intervino muy mesuradamente en esa discusión —preñada de "quizás", "es probable que..."—, y hasta es posible que ése haya sido uno de los momentos en que lo asaltaron las dudas que nunca veíamos reflejadas en él. En ningún instante fue categórico, sólo aprobaba con un *"es posible".* Y también hay que destacar que, mejor que nunca, ese grupo de hombres forjados a su lado actuamos como un cuerpo, cada uno con más iniciativa que de costumbre, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo en aligerarle el peso de las decisiones.

Finalmente, se optó por sacarlas del hotel a todo riesgo y forzar su ingreso a la Embajada de Cuba, custodiada y reticente. Cuba no admitía refugiados por esa vía. Era cuestión de lograr pasar el portón y una vez adentro, hecho consumado.

La difícil decisión está tomada. Ahora hay que llevarla a cabo.

Alguien tiene que dirigir la operación y, desde luego, cualquiera de nosotros está dispuesto a hacerlo.

Pero Eduardo Merbilhá se adelanta y explica las razones por las cuales él es el más indicado. Es el cuadro de menor responsabilidad dentro del organismo, es decir, del Buró Político, y de la organización (además, junto conmigo, el rostro menos público), y conoce el terreno.

Adoptada la decisión, que —como puede verse— es una apuesta muy arriesgada, Santucho empieza a intervenir mucho más activamente en los detalles operativos.

(Lo que Eduardo no dice —y estoy seguro de que no lo dirá nunca— es que, por otro lado, él es el hombre que reúne mayores condiciones para una operación de esta delicadeza y que exige tanta precisión. Él es, sin dudas, el más inteligente del Buró Político y, a su vez, posee una extrema sensibilidad —en el

sentido de la percepción del cuerpo— y flexibilidad para actuar ante bruscos cambios que puedan alterar la planificación.)

El punto crítico —bajo el supuesto de que las niñas y la tía estén formalmente en libertad— es la entrada a la Embajada y, de lograrse ésta, la retirada del grupo operativo.

Eduardo y el equipo de apoyo no pueden entrar junto con las niñas, pues quedarían ellos también "exiliados".

Eduardo se pone en pie. Su hermoso rostro masculino expresa una serenidad contagiosa.

Roby se levanta, a su vez. Veo que Eduardo sólo le palmea el hombro, al son de un confiado *"hasta luego"* y llego a escuchar que le susurra: *"Negro, prepará unas cartitas para las chicas, que después se las hacemos llegar a la Embajada".*

(Quizá este optimismo de Eduardo hace regresar a los ojos de Santucho la profundidad de su mirada, que vuelvo a percibirle ahora.)

Y en este ambiente cargado de emociones extremas, todos respondemos con *"hasta luego".* Un "hasta luego" que esta vez no es una simple fórmula de despedida, sino un puro deseo verbal de que se materialice según nuestro propósito.

Porque Eduardo no iba al asalto de infantería, al frente de una unidad de combate, adecuadamente pertrechados y con banderas y marchas guerreras y de victoria. Él fue solo y desarmado al hotel, simulando ser un viajero. Cierto es que un equipo de combate lo seguía discretamente, listo para la acción. Pero era obvio que, si se trataba de una trampa, la represión podía disponer de decenas de grupos también discretamente distribuidos. El apoyo armado era más moral que efectivo.

Eduardo entró en el hotel donde —según sus propias palabras— *"se olía la presencia represiva".* De inmediato, se puso en contacto con Ofelia y le dio instrucciones para que ella y las chicas tomaran un taxi y fueran directamente a la Embajada, entraran sin pedir permiso y no salieran por nada del mundo.

En fin, todo salió bien porque —por las razones que hayan sido (no sólo nuestro jefe era inescrutable)— el alto mando del Ejército había decidido, en efecto, devolverle las hijas a Santucho.

El 18 de julio de 1976 —un domingo que precedió a lo que sería el nefasto lunes 19— nos reunimos el resto del Buró Político en el departamento del Gringo Mena, en un cuarto piso de la calle Venezuela, en Villa Martelli, frente al cruce del Acceso Norte con la Avenida General Paz. Benito Urteaga, Domigo Mena, Santucho y yo.

Santucho se despedía.

Al día siguiente, después de la reunión de constitución de la OLA (Organización para la Liberación de Argentina, el muy original nombre que propuso Firmenich para la unidad entre PRT, Montoneros y Poder Obrero), saldría para La Habana. Ya le habían hecho algunos retoques para enmascarar su rostro, enrulado un tanto el pelo y con algún matizador que suavizaba su tono renegrido.

Pasajes y pasaportes, todo listo. Saldría más o menos a las cinco de la tarde junto con Liliana. Los esperaba un intrincado itinerario hasta llegar a Cuba.

Se instalaría en La Habana más o menos un par de años y cada dos meses viajaría uno de nosotros para mantener el vínculo directo con el Buró Político. Benito Urteaga sería el titular interino del organismo durante su ausencia.

Santucho no iría, precisamente, de descanso. En Cuba establecería un plan de actividades que abarcaba todo el globo terrestre, principalmente estrechando vínculos con el campo socialista y el tercer mundo. La misión fundamental era conseguir entrenamiento a nivel de oficiales para un centenar de cuadros del PRT-ERP.

Aunque me resulte extraño ahora, al recordarlo, el ambiente en esa despedida era de gran optimismo. Creíamos que ya habíamos pasado lo peor, que habíamos aprendido mucho con los severos golpes recibidos. Entendíamos que la nueva política del PRT de repliegue hacia el movimiento de masas, para consolidarse y estar en condiciones de dirigir la próxima ofensiva del movimiento popular, implicaba una enorme maduración política.

Ese domingo transcurría entre reunión formal del organismo y charlas informales *entre amigos.* Una picada, algunos brindis, recomendaciones y más recomendaciones de Roby. Ante todo, cuidar la unidad del partido, el funcionamiento aceitado de sus organismos, la regularidad de la prensa y el incremento de la penetración en el movimiento obrero y la dosificación de las operaciones armadas —en hostigamiento permanente a la dictadura—, pero sin arriesgar grandes fuerzas hasta tanto no empezara el nuevo auge de masas.

El crepúsculo está cayendo.

Desde la semipenumbra de este cuarto piso, vemos el tránsito de la Panamericana, mientras mantenemos la que será —y lo ignoramos— la última conversación de este grupo.

El Gringo Mena ha salido. Benito prepara sus cosas. Roby y yo estamos hablando de Fidel, de Ochoa y de Piñeyro, de cómo tratar con cada uno de estos hombres claves en Cuba. Cada tanto, discutimos la composición del Buró Político. Yo sostengo que el mejor cuadro para cubrir la vacante es Eduardo Merbilhá (quien

funciona como adscrito, sin ser miembro pleno —como ya dije antes—). Roby insiste con Julio Oropel, un obrero de Córdoba, para mantener "el peso de clase", que se ha debilitado mucho con las caídas.

(Yo estaba participando —¡y lo ignoraba en ese momento!— de la última conversación con Roby, el Comandante, el hombre a quien apenas seis años atrás había escuchado, por primera vez y enmascarado, en un departamento del Barrio Norte.

"... Julio Oropel", "el peso de clase..."

Palabras más, palabras menos —hasta donde me es fiel la memoria— me revisitan cada tanto, al trasluz de ese crepúsculo final de Villa Martelli.)

Por la noche Benito y yo nos retiramos, conviniendo en que nos encontraríamos al día siguiente, después del mediodía, cuando se suponía terminada la entrevista de Santucho con Firmenich. Un encuentro breve, tan sólo para informarnos del resultado de la reunión y darle a Roby el abrazo de despedida.

En el departamento quedaron Santucho, Liliana, Mena, su compañera y el pequeño Ramiro, hijo de Mena. Un piso más abajo vivía Eduardo Merbilhá con su mujer y sus hijos.

En la casa no había guardia y no más armas que una pistola *Browning* de alza y mira especial, que los cubanos le habían regalado a Roby, las *Browning* comunes, que utilizábamos cada uno para autodefensa, y un pesado *Magnus* que el Gringo Mena manejaba a dos manos.

Al día siguiente, 19 de julio de 1976, Santucho no salió de la casa como estaba previsto porque la reunión con Firmenich abortó. Enrique Gertel, secretario de Santucho, fue a la cita previa con el delegado de los Montoneros y no apareció nadie. Esas cosas solían suceder y no causó demasiada alarma.

A media mañana, según parece, habría regresado Benito Urteaga con su pequeño hijo. Mientras tanto, los dueños de casa, el Gringo y su compañera, continuaban con citas y otras actividades. En uno de esos encuentros, habría sido detenido Mena, en la estación Lisandro de la Torre, muy cerca de allí. Al parecer, llevaba encima un recibo de alquiler de un nebulizador en el que figuraba la dirección de la casa.

Entre las dos y las tres de la tarde de ese día, salía yo de una de las casas de recambio para el Buró Político ubicada en Martínez. Iba acompañado por Guillermo, con intención de dejarlo en la Panamericana y dirigirme a Villa Martelli.

Me detuve en una estación de servicio y llamé al departamento de Mena dando mi santo y seña, para activar la señal de peligro, es decir, la medida de

precaución que tomábamos siempre antes de ir a una casa. En este caso era el teléfono y la palabra "Flores".

—Hola, habla Flores.

Del otro lado de la línea, una voz desconocida y muy suelta de cuerpo me respondió más o menos así:

—¿Flores? ¿Qué dice, Flores, cómo anda? Lo estamos esperando.

Por una de esas jugarretas de la mente, pensé que los teléfonos se habían ligado. Insistí un minuto más y después colgué porque teníamos la información de que la Policía Federal podía llegar a cualquier teléfono en menos de diez minutos.

De inmediato, instruí a Guillermo que suspendiera toda actividad y se concentrara a la espera de órdenes, y me dirigí a cambiar de central telefónica para volver a llamar.

Al acercarme a la Avda. General Paz por la Panamericana, miré hacia la ventana del cuarto piso y la vi totalmente abierta, con una luz encendida. No necesitaba más.

Pero, de todos modos, busqué otro teléfono en el barrio de Saavedra.

—Hola, habla don Luis.

Y otra voz, también desconocida, me respondió. La catástrofe se confirmó.

Después supimos que una patrulla del Ejército, al mando del capitán Leonetti, había asaltado el departamento, y que en el tiroteo murieron el propio capitán y cayeron heridos de muerte Benito Urteaga y Mario Roberto Santucho. Liliana Delfino, Domingo Mena y Liliana Lancilloto, su compañera, integran la larga lista de detenidos-desaparecidos. En otro extremo de la zona, por la tarde, era secuestrado Enrique Gertel, también destinado a la nefasta lista.

Se me ha preguntado muchas veces qué sentí en ese momento. No me es posible responder. Mis sentimientos quedaron anulados, escondidos por la acción inmediata. Fue como si la artillería enemiga hubiera hecho blanco en el Estado Mayor y las trincheras hubieran cedido.

Asumí el mando, automáticamente, y me dediqué a cerrar las brechas.

Yo era un cerebro que pensaba y un cuerpo que actuaba.

La idea-sensación de que *el enemigo había llegado tarde* es el único sentimiento que registro de aquellos días subsiguientes. Así lo escribí, incluso, en el primer editorial de nuestro periódico *El Combatiente* referido a los hechos: *"El enemigo llegó tarde con su golpe mortífero porque el Comandante Santucho había logrado formar un cuerpo colectivo que era su herencia…".*

Sé que hoy pueden sonar grandilocuentes o patéticas estas palabras, pero entonces eran la expresión de un legítimo sentimiento consciente. No sé, en cambio, qué pasaría por mi inconsciente.

Y, si nos salimos de la visión lineal de "victoria" o "derrota" —más aun, "éxito" o "fracaso", o de otros posibles desenlaces—, no me equivocaba. Todos los demás y yo mismo seguíamos siendo —como dije al principio— hombres de mayores o menores talentos. Desde luego, y también como Roby, habíamos aprendido mucho y acumulado experiencia, y así la distancia con él se había ido diluyendo en un espíritu colectivo que lo excedía y que trascendió la época.

Se ha dicho más de una vez que la ascendencia de Roby estaba dada porque él era la síntesis de la conciencia colectiva del PRT por encima de las particularidades.

Sin embargo, creo que —aun siendo lo anteriormente dicho parte de la verdad— es, al menos, insuficiente hablar sólo de "conciencia".

Porque Mario Roberto Santucho, más que la conciencia, era *la encarnación del deseo,* ese conjunto de pulsiones contradictorias y coherentes que mueven la conducta humana; una pasión colectiva inconsciente que buscó por medio de una práctica peculiar —en este caso y por las circunstancias, la lucha armada— transformarse en pensamiento consciente, en nueva forma de conciencia social.

La paranoia

Al mes de la muerte de Mario Roberto Santucho y habiendo yo asumido la Secretaría General del PRT y por ende la jefatura del ERP, tuve que enfrentar la peor de las situaciones: el pánico colectivo por una especie de "síndrome del filtro". Todos estábamos preocupados por la posible infiltración de los servicios de seguridad del Estado, y sus consecuencias. Pero, a mi entender, era más peligroso el pánico (según el diccionario de la lengua, "terror injustificado") a la infiltración que la eventual infiltración misma.

Y, en efecto, el pánico se desató, al menos en los niveles de estructuras técnicas y dirigentes del PRT. No tuvo consecuencias graves, porque de todos modos la represión nos estaba destruyendo, con filtros o sin ellos.

No obstante, nos distrajo mucho de las preocupaciones centrales y al mismo tiempo tuvo facetas en donde la tragedia y la comedia se entremezclaron, como se podrá leer a continuación.

Apenas habíamos reorganizado el Buró Político —que funcionaba en Buenos Aires—, recibí un pedido de cita urgente de Gerardo, el responsable de propaganda de la dirección de la regional Rosario, quien había llegado e insistía en verse sólo conmigo.

Intrigado y preocupado, fui a la cita y encontré a Gerardo muy nervioso. Después de varias vueltas para abordar el tema, me dijo que el secretariado de Rosario había detenido a Jorge, el responsable político de la regional, porque tenían la certeza de que éste había sido reclutado por los servicios de seguridad.

Al oír esto, se confirmó mi íntimo convencimiento acerca de que el miedo a la infiltración era peor que la infiltración misma, y opté por no seguir escuchando razones. Pensé que si daba lugar a las argumentaciones y se empezaban a abrir investigaciones ante cada sospecha transformadas en certezas, se podría producir un movimiento en cadena, en donde todo el mundo sospecharía de todo el mundo, y por lo tanto, ¿quién investigaría a quién?

Había, entonces, que defender a ojos cerrados a Jorge, aun a riesgo de equivocarse.

Estas son las decisiones que ponen a prueba los liderazgos, aun los de "descarte".

Apenas me di tiempo para cancelar otras actividades y, de inmediato, Gerardo y yo montamos el auto con destino a Rosario.

En el trayecto no pude evitar escuchar las argumentaciones de las sospechas, que confirmaron mis aprensiones sobre el desarrollo de una subjetividad peligrosísima. Los compañeros del secretariado habían encadenado una serie de hechos reales de modo tal que sólo podían explicarse por la presencia de un agente provocador. Por supuesto, no se trataba de mala fe, sino de una necesidad del espíritu de encontrar explicaciones racionales —y sobre todo rápidas— a los graves problemas de caídas y más caídas que sufríamos. (La expresión: *"Un solo infiltrado puede con mil valientes"* es una explicación sumamente tentadora para evitar entrar en profundidades que hacen a la autocrítica y otras consideraciones más dolorosas.)

Mientras Gerardo hablaba exaltado, yo estaba consciente de que la propia actitud de encadenar de ese modo los hechos podría ser, en sí misma, una provocación. De un modo u otro, todas las posibilidades estaban dadas.

No pretendo dar a entender que mi ventaja consistiera en un espíritu más sereno, como por gracia de Dios o de la Naturaleza. La necesidad —ya sabemos— tiene cara de hereje, y en mis funciones no podía darme el lujo de perder la calma. Por otra parte, había estudiado la experiencia de otras revoluciones,

particularmente la de los soviéticos con la paranoia stalinista. (Como es sabido, una muy inteligente infiltración nazi —previa a la invasión a la URSS— hizo que Stalin desconfiara de sus generales y ejerciera una sangría de tal magnitud que le restó valiosos oficiales para detener la arrolladora invasión alemana. Pero no sólo eso: en plena guerra, los soviéticos que quedaban en la retaguardia enemiga y lograban cruzar las líneas para reincorporarse a sus unidades eran sistemáticamente aislados, en el mejor de los casos, pero también se los solía fusilar "preventivamente".) "Cortar por tejido sano" se denomina esa actitud de proteger a la comunidad al costo de miles de inocentes, una conducta que dimana de un criterio darwiniano —para nada civilizatorio— que, por supuesto, el PRT rechazaba con toda energía.

Poblados mi cerebro y mi ánimo de estos pensamientos e inquietudes, y acompañado por un hombre que no paraba de argumentar contra un compañero, llegó este nuevo jefe a Rosario, a "estrenar jefatura".

Arribados a Rosario, nos dirigimos directamente a la casa en la que estaba detenido Jorge. El resto del secretariado esperaba allí.

Apenas cumplidos los saludos de rigor, exigí que lo liberaran. Se resistieron aduciendo que primero escuchara las razones de ellos. Pero yo insistí con toda energía. Cualquier deliberación sobre el asunto implicaría dar lugar a que se supusieran dudas de mi parte.

Así las cosas, me condujeron a la habitación del prisionero. Éste, cuando me vio entrar, creyó en un primer momento que yo lo había hecho detener y se puso en pie, muy alterado.

—¿Qué pasa, hermano, estamos todos locos? —casi gritó.

—Tranquilo, tranquilo... Aquí hay una confusión —le dije.

Sin embargo, me costó calmarlo y también exigirle que se disciplinara y me acompañara.

No lo podía dejar en Rosario, en esas circunstancias, y entonces opté por traerlo conmigo a Buenos Aires.

Al regreso a Buenos Aires y antes de poder echar mano al cúmulo de tareas que se habían alineado, me encontré con otra "sorpresa".

Matías, el jefe secreto del aparato de contrainteligencia del PRT, había sido detenido por compañeros del equipo de infraestructura del Buró Político. La motivación era que Matías —en cumplimiento de sus funciones— estaba investigando a un compañero, quien a la vez era de confianza de dicho equipo.

Ahora bien, *sospechar de un insospechable* hacía revertir *la sospecha sobre el sospechante* —un verdadero juego de palabras para disfrutar en situaciones menos trágicas.

Esta vez la detención la habían hecho con todas las reglas. Sólo faltó que al "reo" le leyeran sus derechos. Más aún, el lugar contribuía al clima de "juicio y castigo". Una "cárcel del pueblo" —alarde de la ingeniería clandestina del PRT— construida debajo de una casa de aspecto de clase media acomodada, sobre la Avenida del Trabajo, para el lado de Mataderos.

Llegado a la casa, me hicieron ingresar en un placard. La puerta se cerró y el piso completo empezó a deslizarse silenciosamente hacia abajo. En medio de la tensión del momento —y devenido yo en una especie de *deus ex machina* en ese "teatro" de operaciones—, tuve un instante para pensar que eso era obra de un Zarateño; me lo imaginé a Reino cuidando todos los detalles técnicos.

Una vez que el ascensor hubo descendido salí a una pequeña sala subterránea —la "sala de guardia" —, a la que asomaban las puertas de dos celdas para alojar a los detenidos. Todo era de una higiene y una austeridad monacales.

En una de las celdas, estaba Matías, para nada nervioso, más bien entre fastidiado y muy preocupado.

Lo saludé cordialmente, como si fuera una reunión de rutina, y le pedí que me diera las razones de sus sospechas sobre ese compañero, actitud "sospechante" que había motivado la reacción de los demás.

Y a continuación, me pormenorizó toda la historia: antecedentes, actitudes y las relaciones que aparentemente comprometían al militante en cuestión.

Pues bien, juzgué que sus razones no eran atendibles, si se tenían en cuenta las circunstancias, el estilo operativo nuestro y el sinnúmero de "puntas", cabos sueltos, que solían dejarse por los caminos de la acción y a despecho de todas las medidas de seguridad.

Además, le pedí a Matías detalles del estilo de trabajo y los criterios del servicio de contrainteligencia, del cual él era jefe, pues yo, su responsable directo, no había tenido tiempo aún de ponerme al tanto.

En ese momento, yo tenía presente que, cuando decidimos organizar ese "servicio" a propuesta de Santucho, había sido concebido como una autoinfiltración del partido sobre sí mismo. Una red que partía del secretario general y se distribuía en toda la estructura por el mecanismo del reclutamiento. Pero, como respondía, precisamente, de modo directo al secretario general, yo no conocía los detalles operativos ni a los miembros de la red, sino más bien los resultados, que —para decirlo con franqueza— habían sido bien magros. La propia existencia de un servicio

de contrainteligencia era un secreto. La red se iba formando con compañeros que hacían esa tarea simultáneamente con las demás. Incluso parte de la propia red era falsa para despistar mejor aún. *("¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza?"* habría preguntado Borges.) Debía lograrse que —salvo el Buró Político y los implicados— la militancia creyera que las investigaciones sobre seguridad interna las hacía nuestro aparato de inteligencia, el cual era muy "voluminoso".

(En este momento, recuerdo cuando, en enero de 1976, Benito Urteaga —y no nuestro "voluminoso" aparato de inteligencia—, comisionado especialmente para ese fin, descubrió a Jesús "el Oso" Ranier, un agente de los servicios del Estado. Benito siguió un método elemental, pero no por ello menos eficaz: puso sobre la horizontal la lista de las caídas más graves de los últimos meses y sobre la vertical la lista de unos cuarenta compañeros, incluidos el Buró Político y el propio Santucho. Al cruzar la información, Benito observó que la mayoría de nosotros aparecíamos vinculados a un determinado número de caídas, pero no a todas. Sin embargo, una misma persona —en forma directa o indirecta— aparecía en todas. Y para colmo, en un nivel de responsabilidad lejano pero en un sitio muy sensible: la logística. Recabados los antecedentes de tal individuo, se comprobó que éstos se perdían en el ingreso al ERP, puesto que este hombre venía de otra organización.

La astucia de Benito —con la colaboración del compañero Coco, quien se prestó a fingir ser él también acusado de traidor— hizo posible que el Oso Ranier confesara su culpabilidad.)

Pero, antes de seguir con Matías —y disculpe el lector las interrupciones de la imprevisible memoria del "yo narrador"—, necesito aclarar que Santucho había tenido la picardía de alimentar esa creencia de un organismo "voluminoso", incluso en los mismos miembros de los equipos de inteligencia, a quienes más de una vez se les dio tareas de ese tipo para reforzar la idea. Era la imagen del chajá que corre y grita a la distancia para alejar al enemigo del nido.

Por eso, las sospechas sobre Matías se originaron, en gran parte, porque los compañeros no sabían que éste estaba destinado por el propio Santucho —y con la aprobación del Buró Político— para llevar adelante investigaciones de esa naturaleza. Así fue como despertó alarma el hecho de que él intentara "reclutar" para el aparato a un compañero, dándole como misión la de vigilar al resto de la célula. Esto fue interpretado como que estaba creando insidia.

Después de varias horas de charla con Matías, me enteré de que las situaciones "desagradables" —por ser sobrio aquí con las palabras— venían desarrollándose desde la propia creación del aparato.

Y sucedió que Matías se había ido transformado en una especie de "sonámbulo obsesivo" que veía "filtros" por todos lados. Pero aun así, como era muy inteligente, él obraba con cautela, aunque no siempre podía dominar la red.

Durante esa conversación —y ya antes de liberarlo del injusto encierro— tomé *in pectore* una decisión drástica: disolver, sin contemplaciones, toda la red y buscar otros métodos para encarar el problema de la infiltración en nuestras filas.

Los años, nuestra práctica y la experiencia de otros movimientos revolucionarios (como el caso del fusilamiento del poeta Roque Dalton en El Salvador) me hicieron comprender que nunca una organización que pretende subvertir un sistema injusto puede copiar los métodos de un Estado represivo, a riesgo de cometer monstruosidades.

Capítulo VII

EL OCASO DE LOS DIOSES

El general guajiro fusilado

Cuba logró resistir todo intento de invasión, menos la de los argentinos. Eso fue en 1973, con la apertura de relaciones diplomáticas gracias al presidente Héctor J. Cámpora. Oleadas de jactanciosas delegaciones —políticas, institucionales, educativas, culturales, comerciales— se desparramaron por la isla. En La Habana se inauguró una importante exposición de productos "argentinos", un casi eufemismo ya que, como el dinero no tiene olor, los propios empresarios yanquis rompían el bloqueo triangulando con Argentina. Los taxistas y los choferes de los organismos oficiales discutían al mejor estilo cubano acerca de las bondades del *Ford Falcon* por sobre el *Chevy,* mientras los patrulleros policiales reemplazaban los supervapuleados italianos *Alfa Romeo* por los *Peugeot 504* ensamblados en las tierras de la cuenca del Plata.

En ese clima llegué yo a la más preciada de las ex colonias de España, en representación del Buró Político del Partido Revolucionario de los Trabajadores, en momentos de mayor prestigio de nuestra organización. El objetivo principal de mi visita consistía en solicitarle, al propio Fidel Castro, especial entrenamiento a la guerrilla rural que estábamos preparando, para enfrentar futuros golpes de Estado y abrir el camino al socialismo en Argentina. En el mismo sentido debía encontrarme con el general Arnaldo Ochoa, a quien teníamos apalabrado para que fuese nuestro instructor *in situ.* Los cubanos, extraoficialmente, dividían sus simpatías entre Montoneros y el PRT, y Ochoa había manifestado su fuerte deseo de participar en el proyecto de guerrilla rural en la provincia de Tucumán.

Cuando yo lo conocí, él era ya el general Ochoa, pero todavía no se había transformado en el legendario comandante que aplicaba tácticas de guerrilla con blindados de fabricación soviética en Somalía.

Ochoa y yo nos encontramos para almorzar. Nos caímos mutuamente bien de entrada.

Alto y esbelto, dicharachero y simpático, lo que se dice "un morocho pintón" y sin dudas seductor para las damas —una afición que cultivaba con esmero, según supe después. Hablaba con un timbre sonoro y una dicción clara y sin comerse las sílabas como es común en el habla coloquial cubana. Un campesino de refinados modales sin afectación; todo en él parecía "natural", como de marca de nacimiento. Vestía con esa esmerada pulcritud de los cubanos que, en su caso, se podía apreciar hasta en su sobrio uniforme de calle. Me llamó la atención cómo utilizaba los cubiertos, y en general, su manera de comer. Delicado y suelto, con seguridad en sí mismo y sin ademanes forzados.

—Bueno, ¿y qué? —dijo, como diciendo: "¿en qué andas?".

—Vine a buscarte —fue mi manera de entrar en tema. Sus ojos oscuros acompañaron una sonrisa con un dejo de pena. Le pregunté—: ¿Vendrás conmigo?

—Chico, ¿qué tú crees?, eso depende de Fidel —dijo con tono sombrío. Luego, como sacudiendo malos presagios, se llevó la copa a los labios (vino chileno *Concha y Toro).* Y enseguida expresó—: ¡Coño, ustedes los argentinos!, esto no es para beber al mediodía, pero sabe bueno, muchacho. ¿Cómo van los preparativos?

—Viento en popa —respondí—. Estamos apurados por el entrenamiento porque en la Argentina los militares van a intentar retomar el poder a corto plazo.

—Mira, las condiciones políticas son *la* condición, eso tú lo sabes, pero lo que ocurre es que a veces las condiciones se desperdician por falta de preparación... y de decisión.

—Si lo sabrán ustedes...

—Bueno, bueno, pero no todos. Aquí también hay gente que se masturba el cerebro discutiendo con tus *primos,* los Montoneros, esa jodedera de la "burguesía nacional" y *del* Perón. ¡Chico!, eso ya lo viví en Venezuela. A veces los argentinos creen que inventan las cosas. En América Latina hay gentes que utilizan una guerrilla para producir crisis políticas y luego ganar posiciones en el sistema parlamentario: tus *primos* los Montoneros, los colombianos...

Ahora empezaba a entender yo su simpatía por el PRT. Enseguida recalcó:

—Oye, Luis, eso lo sabía bien el Che: la guerra es una cosa muy seria y es criminal jugar con ella a la jodedera electoral. Fíjate en esos comunistas italianos que le entregaron el poder a la burguesía teniendo trescientos mil partisanos armados...

—Bueno —dije tímidamente—, pero Stalin los extorsionó.

—Stalin era un buen cabrón que sólo se interesaba por la seguridad de la URSS. Mira, cuando yo me alcé no sabía que Fidel era comunista, y si a mí me decían "comunista" les respondía *¡que-te-re-contra!* Tú no sabes lo que era el macartismo aquí. Por eso es que Fidel es quien es. Yo estaba en la columna de Camilo Cienfuegos y allí se comentaba que el Che era comunista, pero nosotros pensábamos que era una extravagancia de ese argentino tanguero, que hablaba muy rico de la hermandad latinoamericana y la empujaba *pa'lante* con cojones y todos los hierros.

Después Ochoa empezó a hablar de su lucha en Venezuela. Los detalles de los pertrechos de los guerrilleros, el trato a los campesinos, solidaridad, generosidad, discurso político, pero también demostración de fuerza; el terror de los cubanos a las serpientes venenosas, bichos casi desconocidos en la isla. Un día —me cuenta— cazaron una anaconda:

—¡Coño! Más de doce pies de largo. Casi la llevamos por delante. *Ella* estaba durmiendo al sol sobre una roca y nunca habíamos visto una cosa así —me hizo ruido en el oído el uso del pronombre personal para un animal. Continuó—: La ensartamos, la despellejamos y la mandamos al fuego. Sabe bien.

Volvió al tema:

—Muchacho... lo de ustedes no va a ser fácil. Argentina es un país muy fuerte, y a los gringos ya no se los puede volver a engañar. Para alzarse hoy es indispensable un buen entrenamiento, excelente armamento y dominio de la región. Marchar, marchar y marchar —se levantó cuan largo era, y caminando alrededor de la mesa, imitó la marcha de quien va casi aplastado por el peso de una mochila. De pronto se detuvo y agregó—: No quedarse quietos y evitar el cerco a toda costa. Guerrilla cercada es guerrilla muerta. Los primeros combates deben ser victoriosos. A los campesinos no se los gana con discursos ideológicos, la guerrilla tiene que demostrar de entrada su superioridad.

No me sentí con autoridad para recordarle que Fidel había arrancado con combates desastrosos: el Moncada, el desembarco convertido en naufragio, Alegría del Pío, incluso el menos conocido combate del Uvero (que ya mencioné en el relato "Golpe atómico")...

La larga sobremesa se interrumpió con la llegada de un asistente. Ochoa se levantó y se despidió con una invitación:

—Bueno, mira, tengo que irme porque los compañeros del Estado Mayor están de maniobras y preparando el desfile del primero de enero. Mañana te espero para presentártelos.

Al otro día el chofer me llevó al campo de maniobras fuera de La Habana. Allí me esperaba el general Ochoa, en uniforme de fajina rodeado de su Estado Mayor. Se me acercó abriendo los brazos con una enorme sonrisa, en medio del atronador ruido de los motores de los tanques *T64* de origen soviético, que jugaban a los autitos chocadores sin tocarse. Entramos en una casa rodante a disfrutar de una merienda.

Empezamos a conversar. Los oficiales me hacían cientos de preguntas sobre nuestra experiencia armada urbana. Yo podía sentir el respeto —y diría hasta la admiración— en sus semblantes. La relación entre ellos y del grupo hacia su comandante era muy suelta, por momentos no parecían militares.

—Oye, Luis, tú no comprendes que nosotros no entendemos nada de ese tipo de lucha en las ciudades que ustedes llevan. Aquí, cuando la cosa contra Batista, era diferente.

Uno de los oficiales terció:

—Y las muchachas, compañero. Esas mujeres argentinas, ¡coño!, no se diferencian de los hombres en la fajadera.

Después abordamos un *Unimog* y fuimos a ver las maniobras. Los *T64* se desplazaban a velocidades insospechadas para esas moles, mientras los *Mig* los acosaban con aullantes ataques en picada y vuelos rasantes. Me impresionó el realismo y se lo comenté a los gritos.

—Aprendimos de los soviéticos, ellos no se andan con mariconadas, chico, esto no es un desfile, ni usamos munición de fogueo. Tendrías que haber visto ayer la reacción de los militares latinoamericanos que nos visitan y que sólo saben maniobrar en mesas de arena y en las paradas. Los cohetes hacían blanco a pocos metros de nuestro puesto, nos taparon de polvo —lanzó otra de sus carcajadas exhibiendo su perfecta dentadura blanquísima en contraste con su rostro moreno. Y agregó—: Te digo, de verdad, ¡se cagaron!

Luego me dejó en manos de un oficial tanquista que me dio instrucciones de cómo manejar uno de esos ingenios mecánicos.

No sin dificultades, por mi estatura, atravesé la escotilla, mientras el oficial me comentaba que los tanques soviéticos eran mortíferos pero no se destacaban por su comodidad interna.

—Los soviéticos no andan con mariconadas.

Empecé a conducir. Al principio andaba sinuosamente pues un tanque se conduce por la independencia de las orugas, de modo que uno tiene que mantener la misma velocidad en ambas a la vez para lograr la recta. No es complicado pero tampoco fácil, ya que hay que conducir con una palanca en cada mano. Detener el

tanque en el momento en que el artillero ordena fuego; continuar de inmediato; zigzaguear para mover la posición, y así de seguido. Supongo que habrían despejado el campo porque yo no veía más que hacia adelante. Desde luego, un carro blindado no tiene espejos retrovisores. Dentro del aparato el calor podía ser suficiente para cocer pan. Yo transpiraba a chorros. En todo caso, lo más interesante por la utilidad para nuestras necesidades fue el entrenamiento sobre los puntos débiles de la máquina ante la eventualidad de ser atacado con bombas incendiarias.

—Un carro de combate es tremendo, compañero, hay que empezar por respetarlo. Después se lo puede enfrentar.

Al verme emerger de la torreta, sucio y sudoroso, exultante como niño que ha dado un paseo en bicicleta por primera vez, Ochoa se empezó a reír a carcajadas y al fin me dijo:

—¡Vaya, Luis, que es dura la guerra!

Después de esa excitante experiencia, Ochoa me visitaba casi todos los días dentro de los huecos de la agenda de mi misión. Había algo indefinido en el carisma de este hombre, distinto de la mayoría de los cuadros cubanos que yo trataba por esos tiempos. Cierto es que los demás cumplían un rol, es decir, tenían una misión oficial y estaban sujetos al protocolo. En cambio, mi relación con Ochoa era, en un sentido, inoficial, y por tanto él se conducía conmigo con la mayor soltura. Podía expresar con mayor libertad sus opiniones personales sobre todos los asuntos que tocábamos.

Creo que lo que más me impresionaba era su autenticidad. Lo veía como el producto más original y logrado de la vitalidad de la Revolución Cubana, en contraste con las facetas burocráticas de los funcionarios. Un guajiro analfabeto, anticomunista, que se incorpora al Ejército rebelde y se hace comunista, más existencialista que marxista, más hombre *del hacer* que del *deber ser.* Era evidente que veneraba a Fidel y es probable que se hubiera definido como "fidelista", identificando al líder con la cubanidad. Pero, más allá de eso, se mostraba irreverente y lograba ejercer la disciplina militar con esa irreverencia.

Nos despedimos hasta el próximo encuentro en Argentina. Ambos sospechábamos, sin embargo, que sólo era una expresión de deseos de nuestra parte porque Fidel iría a decidir por el no. Y ambos sabíamos, también, que se había establecido algo más que la relación de dos camaradas: ya éramos amigos.

Lo encontré tres años después, estando yo con el peso de ser secretario general del PRT, tras la muerte de Santucho, en los momentos más difíciles de la derrota que sufríamos. Él, en cambio, estaba en el punto más alto de su estrella: era el general Arnaldo Ochoa, de hecho el segundo hombre después de Fidel en la escala militar cubana.

Pero Arnaldo seguía siendo el mismo guajiro refinado, simpático, franco, insolemne y parrandero que yo había conocido. Llegó a mi *suite* del Hotel Riviera —sin escolta, como cualquier hijo de vecino— y, luego de un cálido abrazo, se sentó despatarradamente en uno de los sillones y recorrió con la mirada las paredes de la habitación preguntando al funcionario que me acompañaba:

—Oye, Martín, ¿dónde están los micrófonos de la Seguridad aquí?

Martín enrojeció:

—¡Eh! ¡Eh! ¡Comandante!

Yo miré para otro lado porque conocía las rivalidades entre el Departamento América, que tenía la responsabilidad de atender a los grupos y partidos revolucionarios de Latinoamérica, y las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Hablamos de nuestra derrota. Le relaté los hechos, la ferocidad de la dictadura de Videla, el secuestro y desaparición de personas, los problemas de seguridad y los planes para retomar la ofensiva en Argentina. Movía la cabeza contrariado.

—Te consta que hemos discutido mucho con ustedes —dijo—. Yo insistía en la trampa de las ciudades. ¡Mira, chico, que son tozudos! —se echó hacia atrás y hubo un brillo especial en sus ojos. Apostrofó—: Pero déjame decirte una cosa Luis: sin tozudos como ustedes no se hacen revoluciones.

Y así seguimos conversando varios días. Me interesaba su opinión sobre lo que había sido nuestra experiencia en los montes tucumanos, la que habíamos llevado a cabo casi sin entrenamiento.[*] No le entraba en la cabeza nuestra práctica de campamentos fijos y consideraba suicida el haber atacado al Ejército regular en sus posiciones. En todo momento mantenía ese tono de admiración que le había notado en 1973. Yo pensaba qué habría pasado si Fidel hubiera dicho sí en aquella oportunidad y él se hubiera lanzado a la cabeza de nuestra aventura.

—Un hombre no cambia la historia, pero la historia cambia a algunos hombres.

---

[*] Téngase en cuenta que la estrategia seguida por el Ejército Argentino para enfrentamos no se correspondió con el clásico "cerco y aniquilamiento" empleado hasta entonces en la guerra antiguerrillera en América Latina, para la que nosotros sí nos habíamos preparado. [N. de A.]

Puso paños fríos a mi entusiasmo de rápida recuperación insistiendo con que el costo mayor de la derrota era el malgaste de la oportunidad. Nos esperaba, según él, largo tiempo de preparación de nuevas condiciones. Sus afirmaciones se expresaban en juegos de palabras muchas veces ingeniosos. Con respecto a la seguridad dijo:

—El secreto de la guerra es el secreto.

Estas ocho palabras equivalían a un curso completo de inteligencia.

Pero también hablamos mucho de otras cosas de la vida (éramos amigos, reitero). Arnaldo gustaba de la poesía, por supuesto Martí, pero también Guillén, Vallejo, Hernández, Lorca y un poco de tango. Aunque la literatura no era su fuerte precisamente.

—El único guerrillero serio como escritor, el Che, era serio como guerrillero. Pero de ésos no hay dos —sentenció.

Hombre de grandes amores, no creía en la monogamia y consideraba la doble moral sexual de la cultura cubana como un lastre Victoriano que sólo sería superado por las nuevas generaciones comunistas.

—Los rusos no ayudan mucho en eso, chico. Todavía les falta para ser comunistas —bajó la voz, como conspirando, y vaticinó—: y puedo decirte una cosa: quién sabe si llegan.

Este hombre —joven aún— había recorrido el mundo en extensión e intensidad. Aquel imberbe guajiro detrás de Camilo Cienfuegos, los años en las selvas de Venezuela, la Academia Militar en la URSS, las guerras en África, los vínculos con el movimiento revolucionario latinoamericano. Se había educado en los rudimentos de las artes y las ciencias —como se dice: se había hecho un hombre instruido—, pero su pensamiento desbordaba esa educación racional, analítica. Hablando con propiedad: pensaba con el cuerpo. Conocía a los hombres en situaciones límites y se comportaba con una naturalidad poco común. ¿Modestia? Quizás. ¿Humildad? Tal vez. En todo caso, excedía los adjetivos correspondientes. Uno sentía que estaba ante un joven viejo. Viejo en sabiduría, en serenidad, en seguridad para afrontar las incertidumbres. Uno sentía que estaba ante la encarnación de la universalidad. Ante el universal concreto.

Como se sabe, el general Arnaldo Ochoa fue juzgado y fusilado en Cuba, en 1989, acusado de corrupción y traición a la Patria. No es éste el lugar —ni tengo suficientes elementos— para analizar con objetividad esos hechos. Sin embargo, de algo estoy convencido: quizás se pueda acusar de muchas cosas a Ochoa, pero es inimaginable pensarlo como corrupto. Por otro lado, es irrazonable que el segundo

hombre en la escala militar de Cuba, en el apogeo de su "carrera", teniendo a su disposición todos los disfrutes de los privilegios que le daba la jerarquía, se haya vendido *por treinta denarios.* Y, en el mismo sentido, la acusación de traición a la Patria. Si Ochoa fue culpable de esos crímenes (contrabandos, malversación, vínculos con el narcotráfico o lo que fuere), los habrá hecho por la Patria. Acaso, el gobierno cubano, hostigado por la CIA, tendría supremas razones de Estado que obligaron al sacrificio del héroe nacional, frente al estupor del pueblo de Cuba y el regocijo del Pentágono.

Pero ha quedado en mi retina la imborrable fotografía de Arnaldo Ochoa, publicada en *Granma* horas antes de su ejecución, erguido, sereno y digno. Al pie decía: *"Mi último pensamiento será para Fidel".* (Sospecho que ese pensamiento no fue un insulto ni un reproche, precisamente, sino todo lo contrario.) Y no puedo menos que recordar la historia de aquellos bolcheviques condenados a Siberia por la paranoia del stalinismo: llamados a las filas ante la invasión nazi a la URSS, se cuadraban —como sin rencor— ante Stalin: *"¡A sus órdenes, camarada secretario general!".*

Desde luego, este hecho no es comparable con los juicios de Moscú, ni con las carnicerías del stalinismo, ni invalida a la Revolución Cubana, ni borra su figura señera en América. Mucho menos autoriza el criminal hostigamiento por parte del Estado teocrático norteamericano. Pero es un gravísimo Rubicón que no soportará demasiado el manto del tiempo. Y en un futuro, cuando Arnaldo Ochoa sea reivindicado y se pretenda compensarlo con unas toneladas de bronce, dando forma a sus músculos y sus testículos, se sabrá también que hemos aprendido de la Historia, que ahora no nos resignamos al fatalismo de las políticas de Estado y que hacemos nuestras las palabras de Marx: *"No se pueden lograr fines justos con medios injustos".*

Una tertulia con Fidel

Escribir sobre Fidel Castro es peliagudo (¡vaya la perogrullada!).

Uno de los personajes predominantes de la segunda mitad del siglo XX, dirigente de la mayor revolución, después de la mexicana, en América, resistente del último baluarte de ese gigantesco ensayo que fue la experiencia del socialismo a partir de la Revolución Rusa, hombre de quien no hay biografías quizás porque todo hace pensar que todavía él habrá de dar mucho que hablar. Por otra parte, ¿qué cosa interesante puede decirse de Fidel que no se haya dicho ya? ¿Qué ángulo

que no haya sido tocado? ¿Su histriónica figura como paladín del antiimperialismo, que ha sobrevivido a la agresividad de ocho presidentes norteamericanos, exceptuando a Jimmy Carter? ¿Su genio de político, sagaz, tozudo, mitad idealista, mitad pragmático? ¿Su astucia criolla y gallega que ha podido burlar más de doscientos atentados intentados o inspirados por la CIA? ¿Su contradicción entre el guerrillero que sigue siendo y su realismo como estadista? (Y eso que no menciono aquí las facetas que ven en él sus enemigos más acérrimos.)

En fin, recuerdo a Fidel, en este momento de mi escritura, pero no pretendo agregar nada sobre él. No, sólo deseo rememorar y recrear mis impresiones personales, más allá de formulaciones políticas sobre su polémica figura.

Lo vi y escuché personalmente en varios actos masivos en la Plaza de la Revolución, en La Habana, a fines de la década del sesenta. Yo tenía el recuerdo de los discursos de Perón en mi niñez. Perón y Fidel fueron, quizás, los mayores oradores latinoamericanos, y a la vez, tan distintos entre sí, no sólo en las diferencias ideológicas sino también en el estilo. El primero, con esa modalidad del habla argentina por antonomasia, un lenguaje ni capitalino ni provinciano, pero donde confluyen decires de ambas vertientes, sencillo y popular, sentencioso y ocurrente, con la elocuencia y la precisión de quien domina la cultura del medio en que se ha desarrollado. El segundo, con un lenguaje no menos popular, al que se agrega el romanticismo de Martí, la gallardía y simpatía cubanas y la exuberancia de ese barroquismo criollo propio de Carpentier.

Escuchar a Fidel en medio de una bulliciosa masa de cubanas y cubanos, con su estridencia, su alegría y su colorido, es una experiencia poco transmitible. Fidel hace con la oratoria lo que —digamos— Vargas Llosa con el lenguaje escrito y Gardel con la canción. Pasa, en un mismo discurso, del consejo a la arenga, de ésta a la pedagogía o a la demanda, del ruego a la exigencia. Este hombre domina el arte dramático con un talento de artista. Persuade y convence, y —por lo menos en aquellos años— era muy creíble.

Pero uno —animal *político* al fin de cuentas— no puede menos que racionalizar y separar a la persona del rol que ésta está desempeñando. Allí, en la Plaza, ante cientos de miles de cubanas y cubanos, yo sentía que Fidel estaba interpretando su rol de dirigente y me preguntaba cómo sería este hombre en el trato personal.

Tuve la oportunidad de conocerlo y saludarlo fuera del palco en varios agasajos oficiales: un apretón de manos y alguna frase chispeante por parte suya o

una manifestación de su mentada memoria de elefante. En efecto, en oportunidad de festejarse el vigésimo aniversario de la Revolución, habíamos sido invitados a un asado a la cubana en honor a los revolucionarios latinoamericanos, categoría ésta que, en el caso de los argentinos, incluía desde Arnedo Álvarez, formal secretario general del PC, pasando por Mario Firmenich y Obregón Cano, hasta nosotros.

Se habían distribuido muchas mesas en un gran jardín, y Fidel, después de "churrasquear" carne de cerdo al estilo guajiro, como buen anfitrión recorría los grupos saludando a cada comensal. Yo estaba junto con Nelson Gutiérrez, un dirigente del MIR chileno, conversando con Gabriel García Márquez —con quien compartíamos la mesa— y, desde luego, cuando Fidel se aproximó, amagué presentarme. Pero él se adelantó y palmeando al pasar al escritor colombiano —quien siendo quien es no se levantó— y nos dijo con su sonrisa canchera: *"Bueno ¿y qué?, ¿arreglan o no arreglan los argentinos y chilenos el conflicto de Beagle?".*

Fidel me había reconocido de aquella noche imborrable para mí, transcurrida cinco años antes.

En efecto, apenas llegado a La Habana en aquel agitado fin del 73, yo había solicitado la entrevista con Fidel. Mientras esperaba respuesta, jugaba a la guerra con los blindados del general Ochoa —como ya he contado antes en "El general guajiro..."—, pero fiel a las instrucciones de Santucho, no adelanté el eje del tema. (Esto —dicho al pasar— fue una descortesía diplomática de nuestra parte, puesto que quien me recibió previamente fue la mano derecha de Fidel en estos asuntos, el comandante Piñeyro, el célebre "Barbarroja", jefe del Departamento América, veterano conspirador. En rigor, Piñeyro me preguntó directamente si el tema sería la guerrilla rural, pero yo me hice el distraído y no se lo confirmé en forma explícita. Esta actitud se debía a que estábamos convencidos de que había —como quien dice— "dos líneas" dentro de los funcionarios cubanos de alto rango. Una que se negaba a la expansión de la revolución y otra que la afirmaba. Como ubicábamos al Departamento América en la primera postura, nuestro temor era que si planteábamos abiertamente el tema nos boicotearan la entrevista con Fidel, quien, en cualquier caso, sería el que decidiría. En los años siguientes pude comprobar que habíamos sido injustos con Piñeyro.)

Los días pasaban y yo no tenía respuesta, ni negativa ni positiva. Pregunté a mi anfitrión cómo era el estilo de Fidel, en lo que respecta al tiempo de una eventual entrevista, y éste me contestó que eso era imposible de prever. Que bien podía pasar media hora, Fidel aburrirse y darla por terminada, o bien podía extenderse por toda una noche. Que no importaba demasiado la jerarquía del

visitante. Me contó que cuando tuvo la entrevista a solas con Santucho, un año antes, duró poco más de una hora, al parecer porque en un momento Roby, después de haber planteado en riguroso orden todas las inquietudes, se quedó callado y Fidel dio por terminado el encuentro.

Así llegó la víspera de mi regreso. Tenía el vuelo La Habana-Moscú al otro día, por la mañana, y ya daba por frustrada la entrevista.

Llegué por la tarde a la casa de protocolo en la que estaba alojado y preparé las maletas para no andar a las corridas a la madrugada. Habían pasado cerca de treinta días con diversas actividades y se suponía que tendría una cena de despedida con Piñeyro. Y así fue. Al caer el sol llegó Barbarroja con dos funcionarios y nos sentamos a la mesa. Me llamó un poco la atención que Piñeyro no insistiera más preguntándome por los planes en el monte, de modo que amarramos los últimos detalles de un sin fin de acuerdos hechos en esos días y charlamos en general. A eso de las nueve, casi al terminar la cena, sentí como que algo se sacudía en la entrada de la mansión...

...Y de repente el portal se cubrió con la figura de Fidel.

Me puse de pie de inmediato, medio adelantándome para ir a darle la mano con protocolar cortesía, pero con un par de zancadas de sus botas de siete leguas él abrió los brazos y nos estrechamos en un abrazo.

Soy un tipo alto, sin embargo Fidel me pareció un gigante, no sólo por la altura sino por la robustez. Con su uniforme verde oliva y su infaltable pistola, tiró su insufrible quepí por ahí y vino a sentarse frente al sitio que yo ocupaba diciendo algo así como: *"Continúa con tu cena".* Piñeyro se sentó a su lado y los demás se retiraron discretamente.

No soy demasiado detallista en cuestiones de vestimenta, pero observé la ropa de Fidel, de un corte y un planchado impecables, y su ensortijado cabello casi sin canas que parecía demostrar la tijera de un profesional italiano.

El camarero vino de inmediato y Fidel evidentemente lo conocía. *"¿Qué tu dices, Chino?, ¡menudo trabajo tienes, muchacho!"* —le dijo con una sonrisa compradora. El camarero, quien ciertamente tenía rasgos asiáticos, le respondió con respeto, pero también del mismo modo como si estuviese dirigiéndose a un compañero. *"¿Cómo está, Comandante, qué se va a servir?" "Pues... ¿qué tú crees, hombre?, ¡vaya, un whisky a las rocas!"* (No pude menos que recordar la anécdota del Che en la sede de la ONU, cuando estaba bebiendo un whisky, y los periodistas lo inquirieron con impertinencia: *"¿Comandante, por qué bebe esta bebida imperialista?"* y él respondió simplemente: *"Porque me gusta".)*

Yo, desde luego, estaba bebiendo vino con la cena y ése fue el disparador: *"Todavía nos queda algo del vino chileno que nos mandó Allende* —dijo—, *pero quiero decirte que nuestra gente es muy torpe en cuestiones de vinos. Depositaron las botellas paradas y muchas se han echado a perder".* Y entonces empezó a preguntarme qué tipos de vinos había en Argentina, niveles de producción y cosas por el estilo. Le comenté que a mí me habían contado que tanto chilenos como argentinos gozábamos del mejor vino de América porque nuestras cepas habían entrado de contrabando debido al monopolio español en la época de la colonia. Se rió de buena gana y luego sentí necesidad de mencionar el tesonero trabajo de los inmigrantes piamonteses en Mendoza. Del vino pasó a las carnes y de las carnes a los cereales. En realidad, él comentaba o preguntaba como confirmando sobre cosas de las que demostraba buen conocimiento. La charla sobre diversos aspectos de Argentina se prolongaba más y más... Y yo no podía con mi inquietud, porque me había mentalizado para una hora de entrevista y necesitaba tirarle todo nuestro "rollo".

Pasó la primera hora y no lograba llevarlo al tema. No sé en qué momento surgió el asunto de la guerra del Paraguay, hecho que Fidel parecía conocer poco, y se interesó vivamente. Se mostró asombrado por mi relato sobre el dominio de la ingeniería, el aprovechamiento del terreno y sus notables tácticas de infantería por parte de los paraguayos, frente a la agresión de las tropas de la Triple Alianza, acostumbradas a las cargas de caballería semibárbaras de los gauchos argentinos y uruguayos y los gauchos brasileños. Le llamó la atención la referencia al papel que jugó la yerba mate en la dieta de los paraguayos para resistir el asedio tripartito. *"Oye, esa hierba es del carajo. El Che se desesperaba cuando no la tenía."* (Me quedé con las ganas de contarle la historia de "mi nombre de guerra" —véase capítulo I— relacionada a la yerba mate y a Cuba.) Con la guerra de la Triple Alianza se me fue otra media hora. Ya me parecía que este hombre no me iba a dejar hablar del motivo de mi misión. Esta preocupación me impedía gozar en plenitud semejante tertulia. Al mismo tiempo, yo había dejado semiempacados los papeles, mapas y demás documentos con que ilustrar mi exposición y esperaba una chance para ir a buscarlos en el dormitorio. Pero no era fácil. Fidel le daba a la lengua y no parecía tener necesidades fisiológicas.

Las once y tantos de la noche y nada. *"Chino, a ver si tienes por ahí un tabaco"* —dijo dirigiéndose al muchacho, que se había acercado para llenar por enésima vez mi copa.

Fidel tomó el tabaco, mordió el extremo, lo encendió parsimoniosamente con una cerilla y aspiró con fruición. Sus ojos redondos juguetearon con mi

ansiedad. Y, de pronto, la esperada frase que abriría el tema salió en forma de pregunta y envuelta en la segunda bocanada del aromático habano. *"¿Bueno, cómo andan los preparativos para la guerrilla en el monte?"* Tuve que rehacer de nuevo mi cerebro cuadriculado porque esperaba empezar con el punto número uno del temario. Respondí tratando de no mirar a Piñeyro, pues lo que iba a decir se lo había ocultado a él antes. *"Tenemos los exploradores ya en el monte y cuarenta hombres armados con FAL como primer contingente para el entrenamiento"* —le respondí. Barbarroja no pareció inmutarse y Fidel siguió como dándose por enterado. (Supongo que habría hablado con Ochoa.)

Ya estábamos en tema, pero ya iban tres horas de charla y yo seguía temiendo verlo ponerse de pie, en cualquier momento, y despedirse. Además, a esta altura de los acontecimientos, el día y la hora de la entrevista, me quedaban pocas dudas de que, en lo referente al pedido fundamental, éste sería negativo.

Sin embargo, Fidel no se mostraba apurado. Empezó a explicar las diferencias de épocas y de países, haciendo énfasis en el momento oportuno para lanzar una guerrilla, el que, en nuestro caso, no sería ése precisamente, con la influencia de Perón recién votado presidente por tercera vez.

Desde luego, yo le di la razón, pero argumenté que nuestra intención no era lanzar en ese momento una guerrilla, sino prepararla para alguno de los dos cursos posibles que calculábamos seguiría la situación: o bien una derechización franca del gobierno peronista —incluida en ella la previsible muerte de Perón y su reemplazo por Isabel Martínez de Perón— o bien un golpe militar.

Escuchó toda mi perorata con paciencia, sin dejar de mirarme. Sus ojos pequeños eran el reflejo del cerebro absorbiendo y quizás descifrando la información. Una mirada notablemente inteligente a punto tal que yo tenía la sensación de ser taladrado en mi personalidad, más propiamente dicho: en lo que estaba representando. Sentía como si este "mito viviente" estuviera calibrando la credibilidad subjetiva de su interlocutor. Por suerte para mi autoestima, para mejor cumplimiento de mi representatividad —y dicho con franqueza—, sentía que estaba pasando bien el examen. De vez en cuando Piñeyro intervenía brevemente para reafirmar o preguntar algo, sobre todo para acentuar su convencimiento de la popularidad y la legitimidad del peronismo.

A pesar de su cuestionamiento de la oportunidad, Fidel se interesó en los detalles del plan estratégico en Tucumán. Yo empecé a describirlos en el aire porque temía levantarme e ir hasta la habitación a buscar la documentación. Describí las zonas geopolíticamente hablando. Sugirió que no era muy grande, habida cuenta de la superficie de Argentina, y yo le respondí que Tucumán era la

provincia más densamente poblada. No le dio demasiada importancia al respaldo natural que significa la cordillera de los Andes cubriendo nuestras espaldas. *"Helicópteros, chico, helicópteros."* Necesité largas parrafadas para explicarle por qué nosotros elegíamos Tucumán y no Salta como lo había pensado el Che. *"Yo no puedo hablar desde aquí* —dijo—, *pero el Che conocía tu país".* Se interesó por los cursos de agua, si en los montes había vacas como en las pampas, las posibles vías de acceso y los rasgos sociales de los campesinos de la región; en fin, parecía revivir sus mejores tiempos. Pero ni aprobaba ni desaprobaba.

A esa altura yo esperaba un discurso sesudo sobre cómo se debían hacer las cosas. Sin embargo, mientras el Chino renovaba el whisky y, por supuesto, el vino, Fidel se tiró hacia atrás poniendo en peligro la integridad de la silla, medio "se voló" con la mirada y enseguida comenzó a hablar como quien cuenta un cuento. "... *Que yo tenía el flamante diploma de abogado y ni un duro en el bolsillo, fumaba un cigarro porque tabaco, ¡qué va!, caminaba por La Habana Vieja sintiendo la vergüenza de la República humillada por Batista..." Y* así fue relatando su propia vida, la actividad estudiantil, el recurso de amparo en favor de la República, pedradas, corridas y conspiraciones, la preparación del asalto al Moncada, los compañeros que lo siguieron, muertos y sobrevivientes. La cárcel y su histórico alegato *La Historia me absolverá.* La salida, el hostigamiento y su exilio en México. Su encuentro con el Che. Sus ojos se empequeñecían más con el recuerdo y sus dedos de uñas prolijamente esculpidas jugueteaban con el habano. Tomó una lapicera del bolsillo de su chaqueta y empezó a garabatear un croquis sobre el mantel, mientras continuaba explicando en detalle. La sierra, la jodedera con la gente del llano, la increíble batalla de Santa Clara, la caída de Batista, casi de sorpresa, y la necesidad de administrar el Estado, playa Girón, la crisis de octubre, las complicadas relaciones con los soviéticos, la lucha contra los "bandidos" en el Escambray, el alejamiento del Che, en fin... *"Tu compatriota, el Che, hombre irreverente, de unos cajones como pocas veces se ha visto... déjame decirte que las tenía consigo. Yo le reprendí más de una vez su exposición a veces innecesaria al peligro..."*

A esa altura yo me había olvidado del tiempo, a pesar de que todavía no habíamos llegado al nudo del motivo de mi entrevista. Escuchaba una historia cien veces escuchada por cien tipos distintos en los largos meses en que había estado antes en Cuba. Una historia publicada en decenas de libros, muchos de los cuales había leído. Pero en la boca de su principal protagonista, sin micrófonos, sin cámaras, sin espectadores esperando al actor, se convertía en *otra historia.*

Fidel se entusiasmaba con su propio relato y gesticulaba y hacía ademanes, trazaba líneas imaginarias en el aire o reales sobre ese fino mantel de hilo, reía abiertamente o cambiaba los tonos cuando hablaba de los que ya no estaban.

Ése no era el mismo hombre que yo había visto en varias oportunidades en la Plaza de la Revolución. Mejor dicho, era y no era. No era Fidel arengando a las masas, explicando pacientemente a millones de personas cómo ahorrar agua, no era el imponente adalid acusando de que se intentaba jugar con la dignidad de Cuba y apuntando con el dedo hacia Miami o Washington, ni el seductor de periodistas y poetas "progres", ni el hombre de mano de hierro para reprimir a la oposición, ni el jefe guerrillero mirando a lontananza, capaz, no obstante, de indicar hasta la piedra exacta en donde montar la ametralladora para la emboscada, y mucho menos era el orgulloso cubano que cree que ellos son los inventores de la guerrilla y de la revolución.

Ahí, en esa mesa expropiada a algún asustado burgués que habrá huido a Miami, este hombre —que había pasado por todas: persecuciones, cárceles, torturas, exilio, desembarco transformado en naufragio, guerrillas, atentados, amenazas atómicas y que estaba en la cumbre del poder, con todas las consecuencias del ejercicio del poder— parecía hablarle a un compañero, a un igual que venía caminando un poco más atrás pero que de todos modos debía hacer su propio camino. Desde luego, su postura no estaba exenta de paternalismo, mitad por su propia personalidad y mitad por la resultante de su obra.

Y al fin, cuando ya la noche nos acercaba al galope a la madrugada, entramos en materia directa.

Nosotros queríamos entrenamiento en Cuba —expliqué— o, en su defecto, que un instructor viniera a Argentina.

Fidel había venido a la cena para decir "no".

Para mí fue muy importante y digno de destacar el hecho de que no había mandado a nadie a decir que no, sino que había asumido en persona la misión de dar esa respuesta.

A esa altura yo ya estaba seguro de que sería así, simplemente porque —de haber consentido— no habría habido tiempo de arreglar los detalles.

"Cuba tiene una política internacional muy clara. No podemos entrenar grupos armados bajo un gobierno con el cual mantenemos buenas relaciones. La apertura con Argentina es una fisura al bloqueo y es importante no sólo para Cuba sino para todos los revolucionarios."

Su presencia, explicándome claramente su posición pero casi con un dejo de disculpa, implicaba una gran consideración hacia nuestro partido y nuestro proyecto.

Y, además, en sus ojos, su tono de voz y su rostro, yo creí captar, aunque imperceptiblemente, la tensión entre el jefe de Estado cubano y el revolucionario.

"Por supuesto, tenemos con ustedes y todos los revolucionarios la relación política de siempre, de partido a partido."

Una cabeza que tenía que decir "no" —y sobraban argumentos razonables para ello— y un corazón que hubiera deseado decir "sí".

Pero, no sólo él estaba dividido. Yo también sentía la tensión entre la fidelidad a mi representatividad, al cumplimiento de las decisiones colectivas del Buró Político del PRT —de las cuales era también autor por convicción— y mis propios sentimientos y reflexiones que iban surgiendo de la charla.

Luego pasamos a política internacional y, en tanto miembro del partido, le presenté claramente aquellos puntos de vista en que diferíamos de la política exterior cubana. Y allí reapareció la facultad persuasiva de Fidel. No se mostró molesto por nuestras críticas, sino más bien condescendiente. Él sabía que, a diferencia del Partido Comunista argentino con respecto a Moscú —y actualmente con Cuba—, nosotros éramos celosos de nuestra independencia política. Pasó a darme sus razones. Había un matiz interesante. Cuando el asunto involucraba el colectivo de la Revolución —incluido, por supuesto, parte de él mismo—, respondía alegando el aprendizaje, pero cuando lo involucraba a él directamente se podían percibir dos reacciones: sorpresa por lo que quizás era desacostumbrado (había que ser argentino y del PRT para osar hacerle una observación a Fidel) y su ego afectado.

Sin embargo, su talento para la persuasión era arrollador. Tanto más si se tiene en cuenta que su respuesta negativa —vista hoy a la distancia— era lo que Cuba, como Estado y como gobierno, *debía* hacer. Es menester reconocer que, dentro de aquella lógica, Fidel tenía la razón.

En fin, yo sentía que mi firmeza como representante del PRT vacilaba —tanto por el intraducible poder de persuasión de Fidel como porque se desarmaban mis argumentos—, sin comprender aún que la lógica del Estado no es la lógica de la revolución. Sin embargo, yo era un mandatario y me mantuve firme en el mandato recibido, aunque en un momento concedí —casi como tirando la toalla y con respecto a la posición de Cuba frente a gobiernos o grupos militares que ellos consideraban progresistas y antiimperialistas (Perú, Panamá, parte de Bolivia y

otros)—: *"Comandante, en este punto me ha convencido. Y trataré de convencer a mis compañeros".*

Él puso de pie su enorme humanidad. Lo imité. Y nos despedimos con un abrazo.

Fidel Castro, con cuarenta y tantos años al frente de Cuba, es posiblemente el hombre vivo más notable de la segunda mitad del siglo XX. Su figura no sólo suscita el odio de las derechas y los centros "blandengues", sino fuertes polémicas en la izquierda y hasta en los grupos de la nueva radicalidad. Su talento y su energía son indiscutibles; y hasta podemos apostar a su buena intencionalidad, al mismo tiempo que es evidente su impotencia —la de todos los caudillos— para dejar una herencia colectiva. Y ya hay razones de sobra para pensar que tales herencias no existen, serían un contrasentido. El poder es un ejercicio antagónico con la libertad. No cabe en ningún tipo de razonabilidad —mucho menos en un pensamiento libertario— concebir que una persona pueda ejercer el poder absoluto durante medio siglo en nombre, precisamente, de la emancipación humana, y Fidel, en tanto comandante en jefe de las Fuerzas Armadas cubanas, secretario general del Partido Comunista de Cuba y presidente de la República de Cuba, se desempeña en el reino de la necesidad, la que —como sabemos— tiene cara de hereje. Cuántas herejías se pueden cometer en nombre de la necesidad, no es materia de esta evocación. En todo caso, el primer cautivo del poder es él mismo.

En esa velada del 4 de enero de 1974 conocí a *los dos personajes:* el comandante en jefe Dr. Fidel Castro Ruz, *jefe de Estado* sujetado al "sí" del poder, y *el compañero Fidel* que en ese momento ahogó su deseo libertario al pronunciar aquel "no". Bien diferente de aquel formidable "no" lanzado cuando él caminaba por las calles de La Habana, recién recibido de abogado, "sin un duro ni un tabaco"; aquel deseo por cuya fidelidad se arrojó a la aventura de la invasión a Cuba en 1958 con un puñado de románticos, atreviéndose a desafiar la cara de hereje de la necesidad.

Capítulo VIII

VIAJAR ES LEER EN LA VIDA

El Che en un altar de Moscú

La visita a Corea del Norte salió de forma inesperada. Cierto es que yo había hecho gestiones en la Embajada de Corea, en La Habana. Pero en aquel momento el representante de Kim Il Sun me ignoró "olímpicamente".

Nuestro interés principal consistía en conseguir allí entrenamiento militar para el ERP, algo que considerábamos indispensable para continuar la lucha contra la dictadura en Argentina.*

La invitación la recibió Roberto Guevara, en el otoño boreal de 1978, cuando estábamos radicados en Madrid. Era para el *"secretario general del honroso Partido Revolucionario de los Trabajadores de Argentina"* e iba acompañada de dos pasajes Madrid-Praga, prácticamente para el día siguiente. En ese momento, pensé que esta invitación era el resultado de las gestiones realizadas en La Habana unos meses antes.

Roberto y yo hicimos las maletas a la carrera. Es un modo de decir, pues yo llevaba una "respetable" valija; mi compañero, apenas un bolso menos que de mano.

Una vez arribados a Praga, no encontramos a nadie en el Aeropuerto y no quisimos hacer, sin contactos, los trámites de aduana; por lo tanto, nos instalamos en el bar del sector internacional.

Las únicas personas que conocíamos en la capital checa era el personal de la Embajada Cubana. Los llamamos por teléfono. Pero, allí no sólo no sabían nada de este viaje, sino que no había buena onda con los coreanos. (Cuba atravesaba todavía la época de mayor integración con la URSS.)

---

* La respuesta de los coreanos, al respecto, fue "ni". Finalmente, ese entrenamiento nunca lo recibiríamos. [N. de A.]

Luego de varias horas de espera en el bar, escuchamos que me llamaban por altoparlante. A continuación, nos encontramos con un representante coreano que no hablaba español. Ahora bien, con el inglés de Roberto y el del coreano se podía construir un gran lunfardo internacional y casi ininteligible. De todos modos, entre frases champurreadas en el idioma de Bacon, matizadas con algo de francés, unas gotas de italiano y los papeles, entendimos que el coreano nos entregaba un par de pasajes rumbo a Moscú, en donde nos esperaría otro representante de Corea del Norte.

Salir de Praga... salimos. El asunto fue a la llegada a Moscú.

Allí tampoco nos esperaba nadie y, cuando la mayoría de los pasajeros habían atravesado migraciones, quedamos cuatro o cinco personas sin pasar.

Entonces, apareció una sargento (por lo menos, eso parecía) y empezó a dirigirse al grupo en ruso y luego en inglés. El suyo era bueno, el problema era que el inglés de Roberto seguía siendo malo.

La sargento indagaba imperativamente. Ni nos echaban ni nos daban paso. Por fin, nos guiaron hasta un autobús. Una vez arriba, nos dirigimos hacia Moscú, que dista del aeropuerto (como debe ser en todo país civilizado) nada menos que cincuenta kilómetros.

Al poner el pie en estribo, para bajar, mientras iba recibiendo el fresquete de Rusia, vi al costado, montando guardia, a un soldado del Ejército Rojo. Era la primera vez que veía uno real, firme con su *AKA* y su gorro con la estrella roja. Sentí una enorme emoción, pues ese soldado me simbolizaba a ese ejército que había destrozado el proyecto de mil años de orden fascista. A la vez, veía yo en aquel momento, en ese sencillo soldado, la irreversibilidad del socialismo, de un socialismo defectuoso y enfermo, despótico, cruel y hasta sanguinario, es cierto, pero al que en aquel entonces aún considerábamos reformable y bastión de nuestras luchas. Me sentía en la retaguardia de la revolución mundial.

Roberto y yo arribamos directamente a un sencillo y cómodo hotel, donde mediante señas nos ubicaron en una habitación.

Luego bajamos al vestíbulo. Tras los cristales de las puertas, veíamos difusamente la ciudad de Moscú, *La Meca* de los comunistas. Pero cuando quisimos atravesar la puerta para oler el aire de la capital de la Unión Soviética, un atento guardia nos indicó que eso no podía hacerse.

Por fin, comprendimos que lo que ocurría era que no teníamos visa para ingresar a la URSS y que el enojo de la sargento del aeropuerto no había estado dirigido hacia nosotros, sino hacia el sinvergüenza que nos había despachado de

Praga sin visa de entrada. Por lo tanto, estábamos detenidos a la espera de la resolución del trámite.

Roberto y yo comentamos, asombrados, ese hecho, pues, hasta donde nosotros sabíamos de viajes y visas —y era bastante—, se trataba de un caso único en el mundo. En los demás países, la gente sin visa quedaba detenida en la zona internacional del aeropuerto, sin ninguna comodidad y apenas comiendo algo, si tenían dinero y la suerte de que en tal lugar hubiera kiosco o restaurante. En cambio, nosotros estábamos en un hotel con cama, baño y comida (doble comida, como narraré enseguida). El detalle de que yo viajara con pasaporte falso no nos inquietaba en lo más mínimo.

En un hotel, por cómodo que sea, no hay mucho para hacer, por lo tanto, regresamos a la habitación. Al rato, tocan a la puerta y una amable camarera nos indica que la cena estaba servida. En ese momento, nos acordamos de que teníamos un hambre de locos.

De inmediato, nos dirigimos al salón comedor y nos sentamos, con grandes gestos de cordialidad, a una mesa redonda, junto a otra media docena de comensales. No tuvimos más remedio que dedicarnos a comer y a conversar entre nosotros, pues los seis compañeros de mesa hablaban todos lenguas distintas.

Con el estómago satisfecho después de una suculenta comida estimulada por la cerveza rusa —ni mejor ni peor que otras—, quedamos con mejor ánimo para esperar nuestro incierto destino: regreso a Praga o seguir viaje a Corea.

Por último, nos levantamos de la mesa y nos dirigimos al vestíbulo. Ahora bien, ¿qué estábamos haciendo allí? Moscú apenas se vislumbraba en la oscuridad, no podíamos hablar con nadie, menos aún leer diarios y revistas con caracteres cirílicos y pocas fotos, de modo que regresamos de nuevo a la habitación.

Al rato, golpes a la puerta. Pero, esta vez, la camarera era otra (algo agria ésta). Nos ordenó bajar al comedor porque, según ella, era nuestro turno. Roberto le dijo que ya habíamos sido servidos, pero la chica miró su planilla e insistió: *"Niet, niet, dinner you".* Roberto, que tenía, en general, buen carácter (lo conserva), aunque a veces se le volaban los pájaros, medio se enojó. Yo intenté la mejor sonrisa y diciendo *"tovarich"* me agarré la panza con las dos manos. Pero la facilidad para la simpatía no fue nunca mi fuerte, y a su vez, la empleada demostraba poca imaginación. Entendimos que decía que nosotros no habíamos comido *porque eso era lo que estaba escrito en su planilla,* así que ia comer y basta!

Nos salvaron los coreanos, puesto que cuando nos sentábamos a la mesa —esta vez rodeados de otras cinco personas probablemente de otros cinco países—

, llegó un funcionario y nos llevó al encuentro con representantes de la Embajada de Corea del Norte. Éstos nos dieron, finalmente, las visas de estadía en Moscú y pasajes para seguir al día siguiente hacia Pyoyang. Nos alojaron, mientras tanto, en el hotel Russia, a la sazón uno de los mejores de Moscú, y quedamos libres a la espera de nuestra partida.

Ya caía la noche y los moscovitas parecían apresurar el regreso a sus hogares.

Roberto tenía un contacto en Moscú. Un soviético guevarista dedicado a las ciencias sociales: Kiva Maidanik.

Tomamos un taxi. Al chofer le mostramos el papel con la dirección, y el hombre se lanzó por las "perspectivas" de Moscú hacia los suburbios. La URSS ahorraba energía y la ciudad estaba débilmente alumbrada, por lo que no pudimos apreciar demasiado en ese momento.

Arribamos a uno de esos engendros urbanísticos que produjo la poca imaginativa arquitectura de los '60, presente en todo el mundo —el capitalista y el socialista—, con esas nomenclaturas marcianas: "Bloque B, inciso C, Torre 3, planta 204, sección II, Dep. 5 H, color verde a la derecha", en vez del tan sabio viejo sistema español que gozamos en Argentina: calle y número. Si al "laberinto" le agregamos el desconocimiento del idioma —incluido el alfabeto cirílico—, hallar el departamento era imposible. Pero los rusos son como los italianos, en este aspecto, y como para demostrarme esta arriesgada afirmación mía, el chofer se bajó del auto, lo cerró concienzudamente y con toda diligencia nos acompañó más de doscientos metros a través de intrincados bloques hasta indicarnos el lugar.

Ya avanzaba la noche. No se veía un alma.

Subimos al segundo piso y llamamos a la puerta. Desde adentro se oyó una voz grave que adivinamos que acababa de preguntar: *"¿Quién es?".*

Los dos nos miramos mutuamente. ¿Quiénes éramos nosotros? Y encima, cómo lo decíamos. Tras unos instantes de duda, Roberto dijo: *"Guevara".* Pero la voz de adentro entendió menos que nosotros y repitió su pregunta. Intuimos que era un anciano. Roberto dijo, entonces, deletreando: *"Ma-i-da-nik, Ki-va Ma-i-da-nik".* Del otro lado pronunciaron: *"Maidanik"* en tono interrogativo, como diciendo *"Maidanik soy yo".* Y de inmediato Roberto dijo: *"Gue-va-ra".*

La puerta se entreabrió con la cadena de seguridad puesta. Y entonces dos ojos muy vivos miraron el rostro de Roberto desde la semipenumbra, mientras repetía con asombro: *"¿Gue-va-ra? ¿Gue-va-ra?".* La persona cerró la puerta, quitó la cadena y la abrió totalmente. Y a la luz del vestíbulo apareció la figura de una típica "madrecita" rusa. Ni como sacada de Tolstoi, Chejov, o cualquier película de

la "Gran Guerra Patria". Bajita, erguida, de cabellos totalmente blancos, sin edad ya, mirando —sin poder creerlo— a Roberto.

Fue evidente que, en un relámpago, la anciana reconoció rasgos familiares del Che. Efusivamente, entonces, indicó que pasáramos. Primero abrazó a Roberto, enseguida cerró la puerta y me abrazó a mí, mientras decía montones de cosas indescifrables para nosotros, en extremo emocionada.

Curiosa e impotente situación la nuestra. Ahí estábamos, en la capital del socialismo, teníamos frente a nosotros a una exponente fiel de ese pueblo, de esa cultura que había asombrado a la humanidad con sus gestas revolucionarias, sus hazañas en la resistencia al Imperio germánico, su pléyade de escritores clásicos, que —como en América Latina— demostraban la relativa independencia del arte en relación al desarrollo tecnológico, ¡y no podíamos decir ni entender palabra alguna!

¿La madrecita habrá sentido algo parecido? Porque ella tampoco sabía qué hacer con nosotros. Miraba sin cesar a Roberto. Probablemente, había intuido que era un hermano del Che.

De repente, como quien recuerda algo, nos condujo a otra habitación. Allí, sobre una de las paredes, había un gran cuadro del Che, con íconos religiosos rusos al pie. Una especie de altar cristiano ortodoxo para el legendario comunista latinoamericano, en la casa de la madre de un comunista soviético. ¿Realismo mágico a lo colombiano?, ¿Surrealismo argentino? En todo caso, ese altar no tenía nada que ver con el realismo socialista.

Mis sentimientos eran contradictorios; por un lado, estaba emocionado con la viejita, y por otro, no pude evitar una reflexión escéptica. Recuerdo que pensé: *"Setenta años de socialismo, de alfabetización masiva y proliferación de Academias de Ciencias y, sin embargo, ¡la pucha!, la iconografía mítica tiene más fuerza y creatividad que la racionalidad burocrática que acabamos de vivir en el aeropuerto. Si al comunismo ruso le queda una chance de recuperación, aquí están las insospechadas reservas, no en la dictadura de la ciencia ni en la del partido".*

Luego la señora nos mostró una vitrina con botellas de varios países: pisco, ron, caña, whisky, coñac, y nos convidó nada menos que con uno de los mejores tequilas mexicanos, botín de viaje de su hijo, que como buen ruso demostraba saber apreciar el mejor aguardiente de América. Finalmente, nos pudimos hacer entender que buscábamos a Kiva, y ella lo llamó por teléfono.

Con Kiva al teléfono, todo se aclaró (y luego se solucionó). En ese momento, nos enteramos de que él vivía en el otro extremo de la ciudad y daba la dirección de su madre a los extranjeros para eludir el acoso de la KGB. Le dijimos que tomaríamos un taxi de inmediato y él nos dijo que el taxi era "cosa del

subdesarrollo", que Moscú tenía el metro, más barato, seguro y rápido que el taxi. De que sería más seguro no nos cupo ninguna duda, habida cuenta del viajecito que habíamos hecho. Kiva nos indicó cómo viajar y le explicó a su madre que escribiera en ruso los nombres de las estaciones en que había que hacer combinaciones.

Entre tanto, la anciana no se reponía de su emoción. Evidentemente, adoraba al Che. Se notaba que habría deseado alojarnos en su pequeño departamento de jubilada, tenernos unos días y "charlar" hasta el cansancio.

(A lo largo de mi vida, en decenas de oportunidades, estuve en diversos países, donde la diferencia entre sus respectivas lenguas y la mía me impidió un contacto intenso, interesante o simplemente agradable con sus habitantes, pero creo que de todas esas ocasiones, ésta que mi memoria está recordando ahora fue la vez en que más lamenté la barrera idiomática. Quince años después, ya en los noventa, en un segundo encuentro con Kiva en Buenos Aires —quien acompañaba a Gorbachov—, él me dijo así: *"La madre manda saludos".)*

Nos despedimos de la anciana y salimos del "laberinto". Tomamos el metro de Moscú, que —más allá de la "rusofilia" de los comunistas argentinos que no se cansaban de elogiarlo— era en aquellos tiempos, en efecto, uno de los mejores del mundo, pues combinaba la racionalidad técnica con la comodidad y la belleza de sus estaciones. Una galería de arte cada una de ellas. Podía discutirse el gusto artístico, sin dudas, el insoportable "realismo socialista"; no obstante, ese realismo era preferible a la polución visual de la publicidad comercial de nuestras estaciones subterráneas.

La simpatía y la buena disposición de los moscovitas —quienes en su manera de indicar el camino a un extranjero nos parecían más italianos (o españoles) que rusos— facilitaron las combinaciones "métricas", y al fin llegamos a la estación indicada por Kiva.

En el vestíbulo esperaba el ruso. *Bien* ruso, por cierto, digno hijo de esa madrecita: simpático, espontáneo y dicharachero, y de yapa, con un notable sentido del humor con el que hacía gala de su perfecto dominio del castellano. Un especialista en América Latina.

Kiva nos iba a resultar un notable anfitrión.

Kiva

Era casi media noche cuando llegamos a la casa de Kiva. Un departamento modesto para un profesional de la Academia de Ciencias. Kiva preparó de inmediato el típico té ruso, que sirvió en vasos con portavasos muy *kitsch* (que de inmediato me recordaron a los que se pusieron de moda, en mi niñez, en la Argentina del Estado de bienestar). Sirvió algunas viandas, entre ellas unas exquisitas berenjenas en escabeche. Pero, lamentablemente, nada de vodka. (¿La bien provista licorera en la casa de la madre sería parte de la actividad "conspirativa" de Kiva?)

La calidez de Kiva y la sencillez del ambiente nos hicieron sentir de inmediato como en casa, como si estuviésemos departiendo con un compañero del partido al que hacía mucho que no veíamos.

El tiempo del que disponíamos era muy corto, para la catarata de temas que queríamos abordar. No puedo asegurar hoy quién "exprimía" más a quién. Kiva, muy interesado en detalles de la vida del Che, que sólo Roberto —como hermano— podía facilitarle, y también en nuestra visión política, que abarcaba toda la compleja situación internacional. Nosotros, por primera vez en la Unión Soviética, frente a un ruso francamente rebelde, "oposición de izquierda", irreverente y optimista, que no era ni burócrata de partido ni un funcionario de embajada.

Le contamos a Kiva que estábamos de paso hacia Corea, donde habíamos sido invitados sin saber muy bien a qué. Lo único que sabíamos era que se trataba de un seminario internacional sobre la "idea suche" (véase "La idea suche..."), de la que no teníamos ni la más pálida idea. Pero no estábamos convencidos de continuar viaje, porque recelábamos de caer en alguna de las posturas que dividían al sistema socialista mundial: prosoviéticos, prochinos, proalbaneses, etcétera.

El ruso chanceó un rato con las pretensiones de Kim Il Sun y su "suche", que no era otra cosa que el "marxismo a la coreana" con el culto a la personalidad. Mencionó que los rusos habían sufrido en carne propia dicho culto, y que la reproducción en todas las revoluciones parecía ser una especie de enfermedad infantil. Aventó nuestras dudas y nos alentó a participar aprovechando la oportunidad para denunciar a la dictadura argentina, llevando las banderas antiimperialistas sin involucrarnos en el conflicto de los países socialistas.

A la madrugada, Kiva nos acompañó al metro para regresar al hotel, pues nuestro avión saldría a las pocas horas. Al despedirnos, nos comprometimos a quedarnos dos días en Moscú, al pasar de regreso. (En este momento me llega, nítidamente, la imagen del ruso agitando la gorra en el andén.)

Horas después Roberto y yo tomamos un avión de Moscú a Vladivostok, al que calificamos "el lechero", porque paraba en todas y nos recordó aquellos trenes

argentinos de nuestra niñez que iban recogiendo la leche de los tambos en todas las estaciones.

Y como "lo prometido es deuda", al regreso, ubicados de nuevo en el hotel Russia, llamamos a Kiva. Queríamos verlo de inmediato para aprovechar al máximo el tiempo. El ruso, siempre sorprendente, nos dijo que no éramos conscientes de que habíamos atravesado más de ocho husos horarios y era imprescindible reponerse, a riesgo de enfermarse. (Caímos en la cuenta, entonces, de que atravesar sólo la Unión Soviética es el doble de distancia que América-Europa.) Y nos obligó a dormir la siesta. Después nos vino a buscar y los tres dimos una larga caminata, a la luz del día, por un Moscú en plena actividad.

Kiva era un fenómeno como cicerone. Iba hablando, sin parar, de todos los temas que nos interesaban: el marxismo, la revolución, los rusos, en fin... Y al mismo tiempo, entrelazaba sus comentarios sobre las cosas que íbamos viendo: arte, cultura, vida cotidiana, burocracia, historia. Es decir, hablaba como en dos planos, que no se superponían, sino que se entrelazaban armónica y fluidamente. Todo, aderezado con un humor digno de Quino.

En un momento, íbamos a iniciar el cruce de una avenida, y yo observé el semáforo rojo e interrumpí a este hablador incesante e incomparable para que nos detuviéramos. El lo hizo —como nosotros— y largó una carcajada, antes de decirme: *"Usted cree que está en Suiza y me quiere privar del deporte nacional de los rusos: cruzar el semáforo en rojo. En realidad, es una forma de rebelarnos del orden constituido".*

Luego volvimos al metro. Al observar una leve curiosidad de mi parte ante el molinete —que tenía una especie de brazo flexible que asomaba bruscamente, interrumpiendo el paso de aquellos que no habían depositado el cospel (o el billete, ya no recuerdo)—, Kiva se apresuró a contarnos que el sistema electrónico solía fallar y se disparaba sin causa, golpeando a las personas a la altura de la ingle, y que los soviéticos varones discutían sobre a qué números de golpes existía riesgo de impotencia sexual. Y, dirigiéndose a mí, agregó: *"¿Usted creía que el socialismo acababa con los prejuicios machistas?".* Las carcajadas de Roberto resonaron en la silenciosa estación. Los transeúntes miraban sorprendidos, pero como queriendo participar del humor. Entonces, en esa estación del metro, comprendí que ese Moscú perfecto, ordenado, aséptico, asexuado, serio y disciplinado —del que muchos comunistas hablaban— no existía. Sólo unas pocas horas en esa ciudad, pero yo ya tenía la sensación bien física de que ella y sus habitantes seguían siendo muy humanos, a despecho del partido y aun de la KGB.

Volvimos a salir a la calle y a caminar, a caminar...

Con ese anfitrión de lujo, la nuestra no era una caminata turística: era una recorrida por la vida de esa ciudad.

De pronto, nos hallamos frente al Mausoleo de Lenin, con su eterno desfile de gente. Kiva nos preguntó, sin mucho entusiasmo, si queríamos entrar y yo le respondí enfáticamente que no, que me caería muy mal, porque en ese mismo instante recordé los ruegos de la Kruspaya, la mujer de Lenin, cuando se opuso enérgicamente, en el Comité Central, a que el jefe bolchevique fuese embalsamado. *"Es una traición a Lenin"* —dije que ella había dicho. El ruso me miró y yo creí adivinar una profunda tristeza en el fondo de sus ojos azules. *"Cuiden de no hacer ustedes lo mismo en Latinoamérica con el Che, si algún día aparece su cuerpo"* —me dijo, a su vez. Y remató: *"A Lenin lo mataron cuando lo pusieron en el bronce".*

Nuestro avión no esperaría y, a nuestro pesar, tuvimos que despedirnos de este ruso, cuyo calor humano nos hizo comprender una vez más que la tierra es redonda, sin fronteras naturales y sin cabecera, un lugar en donde las relaciones entre las personas vencen todos los obstáculos.

La "idea suche" y el culto a la personalidad

Roberto y yo, en Corea. Ahora el nivel de incomunicación verbal se ha incrementado. Sin embargo, aun en este aislamiento, la experiencia está resultando por demás interesante. Y desde el comienzo mismo del viaje, porque a lo agitado del vuelo que acabamos de hacer, hay que agregar la heterogeneidad y movilidad del pasaje.

Salimos de Moscú. (Una ruta hacia el este, aproximadamente siguiendo el paralelo 40.) Hicimos escalas en Kuibichev, Sverdlovsk, Omsk, Novosibirsk, Krasnoiarsk, Blagovieschiensk y Jabarovsk para luego girar noventa grados hacia el sur, hasta Vladivostok (ciudad y puerto a orillas del Mar del Japón y término del famoso ferrocarril transiberiano). Allí cambiamos de avión, para dirigirnos, ¡al fin!, directamente a Corea.

En un momento le digo a Roberto: *"Hermano, esto es como decir: Buenos Aires - Rosario - Córdoba - Tucumán - Salta - La Paz - Lima - Quito - Bogotá - México... ¡parando en todas!".*

¿Un avión? ¡Un tren de larga distancia!, con innumerables "paradas" en las que bajaba y subía la gente más diversa —desde varios puntos de vista—: étnicos, nacionales, sociales, lingüísticos y culturales, a pesar de la rusificación. Campesinos

con vestidos multicolores, cargados de fardos, maletas, bolsos (por poco, llevaban sus gallinas). Obreros, empleados, funcionarios, extranjeros; en fin, un espejo de la multifacética Unión Soviética. (Un interesante contraste con América, en donde en los aviones sólo viajan las clases media y alta, uniformadas por la moda europea.)

En esa torre de Babel, el ruso era la única lengua de intercomunicación. Reconocíamos su sonido por haberlo escuchado en el cine, pero no agarrábamos una palabra, porque, además, nos juntamos dos medio sordos.

Mientras esperábamos en los vestíbulos de los distintos aeropuertos, tomamos contacto con algunos pasajeros, sobre todo africanos que hablaban portugués. Hasta pudimos conversar —a medias palabras y con gestos— con moldavos, cuya lengua madre es de origen latino. También vimos los más diversos tipos de comidas regionales que vendían en esas paradas, pero estábamos ahítos por las viandas servidas a bordo y no hubiéramos podido probarlas.

Vladivostok. Cuando bajamos, para hacer aduana de salida de la URSS, al ver al personal del aeropuerto con sus uniformes tuve la sensación de haber llegado a Bolivia. Sus rasgos físicos, similares a los de los siberianos con respecto a los aborígenes andinos. Roberto se hizo un *picnic* con la burocracia del aeropuerto. Al pasar el puente de control, el detector de metales dio alarma. Lo hicieron retroceder y vaciar los bolsillos de elementos metálicos, pero, de nuevo, la alarma. Cruzó y retrocedió varias veces, cada vez más aligerado de cinturón, monedas, insignias... y ¡nada!: la alarma seguía sonando. Los aduaneros estaban perplejos. En un momento, me harté y dije: *"¿Por qué no lo palpaban de armas y listo?, ¡qué embromar!".* Pero, por supuesto, nadie entendía castellano. Lo gracioso es que Roberto —no sé si por coquetería o *per codere*— no explicaba la causa, y muy serio, se quitaba el saco y volvía a pasar. Por fin, atravesamos el control, porque ellos debieron de haber atribuido la señal de alarma a una falla en el sistema, supongo. Nos fuimos directamente al bar. Y lo cierto es que allí Roberto empezó a las carcajadas y en seguida me confesó que el metal "sospechoso" era el del puente de su dentadura postiza.

Y nuevo avión. Más repleto que el anterior. En el último tramo hacia Pyongyang, la capital de Corea del Norte.

Este vuelo —por supuesto, también de *Aeroflot*— era internacional y tenía primera clase. Vimos subir y dirigirse hacia esa cabina a varias personas que, por su aspecto y vestimenta, parecían funcionarios o personal diplomático de varios países.

A esa altura del viaje, con tantas bajadas y subidas, teníamos nuestros trajes muy arrugados y ya la barba un poco crecida. Supongo que luciríamos ojerosos, casi agotados.

Y al fin aterrizamos en Pyongyang.

Mientras la aeronave se aproximaba a la terminal de la pista, vimos a cientos de personas ordenadas que agitaban los brazos con flores. Y hasta había una banda de música. Roberto me guiñó un ojo y me dijo —en tono de cargada—: *"Mirá cómo te esperan." Y* yo le respondí: *"Debe ser la bienvenida a esos jerarcas de primera clase, tal vez venga un personaje en este avión".*

El avión se detuvo en la terminal y toda la gente se puso de pie apurándose para salir primero, como ocurre —parece ser— en todo el mundo. Nosotros, que para colmo estábamos apretados contra la ventanilla en el centro de la cabina, nos quedamos sentados esperando con paciencia que se despejara el camino. Pensábamos que los de la clase más alta saldrían primero, por lo tanto, habría tiempo para todo.

Pero la salida se demoraba. Nadie bajaba. No entendíamos qué estaba pasando. Mientras tanto, la gente se apretaba contra la puerta.

De pronto, abriéndose paso, se asomó un joven coreano, vestido sobriamente con traje a la europea, miró hacia nosotros y dijo en perfecto castellano: *"La delegación de Argentina, por favor".* Nosotros casi no entendimos, porque ya nos habíamos desacostumbrado a oír el castellano. Nos levantamos rápidamente, tratando de desarrugar los trajes, y nos abrieron paso.

El joven nos saludó y nos guió hacia la planchada. Enseguida, nos explicó que nos estaban esperando cuatro miembros del Comité Central. En efecto, cuando me asomé a la puerta de salida vi a los cuatro personajes al pie de la escalera, un poco más atrás dos niñas con ramos de flores y... ¡la orquesta!, cuyo director estaba de espaldas con la batuta en alto y la cabeza girada hacia nosotros esperando el momento. Más allá, el "comité popular" de recepción, cientos de personas —mujeres, hombres y niños— con flores y en ordenada formación.

Bajamos atolondrados, sin poder reponernos de la impresión, porque la broma de Roberto, al respecto, ahora resultaba que no había sido tal: la recepción era *para nosotros,* más precisamente, *para lo que representábamos:* el Partido Revolucionario de los Trabajadores de Argentina.

Con una reverencia oriental y occidentales apretones de manos, nos saludaron los miembros del Comité Central. Luego dimos un paso hacia las niñas, quienes nos ofrecieron un ramo de flores a cada uno. Yo tuve un impulso

espontáneo que me sirvió para recomponerme y ponerme a la altura de la situación inesperada. Me incliné para recibir las flores y besé a la niña en la mejilla.

Iniciamos la marcha hacia el público, mientras los fotógrafos disparaban sus *flashes.* Entonces, el director de la banda bajó la batuta y los músicos atacaron a fondo. La gente nos aplaudía y tiraba flores.

Roberto y yo debíamos de estar "más serios que perros en bote", dando la imagen de dos condenados caminando hacia el patíbulo, porque el traductor me dijo al oído —como aclarándome—: *"Es el pueblo, que los saluda".*

Así que empezamos a agitar brazos y manos hasta llegar a los *Mercedes Benz* que nos estaban aguardando. Uno para cada uno, con un intérprete y un chofer. Uno es bastante "estructurado" —lo reconozco—, pero la rigidez de ese protocolo abrumador nos superó.

Pyongyang es una ciudad moderna, de grandes avenidas, limpia y ordenada, con poco tránsito (en esa época). Su arquitectura, construida con las técnicas europeas de posguerra pero adaptadas al estilo oriental. Esto es particularmente observable en los techados. La tecnología soviética lo impregna todo (hecho que los coreanos tratan, ostensiblemente, de disimular). Esto no es un mero "detalle", sino que refleja el conflicto dentro del socialismo, y el distanciamiento político de Corea de la URSS y su acercamiento a China. Borrar las huellas soviéticas es negar la gran ayuda recibida, para exagerar los logros independientes.

Tengo conocimientos de que el metro de esta ciudad es notable, por eso, le he pedido al intérprete que deseo ir a hacer una visita "subterránea." Pero —y tal como actúa ante todas las cosas que le pido— no me dijo ni sí ni no. *"Tengo que consultar"* —me dijo.

Estoy alojado en una *suite* que hace honor a la expresión común "lujo asiático". En realidad, el lujo más notable es el tamaño. Por supuesto, mi *suite* es más grande que la de Roberto, como *corresponde* a la jerarquía, en esta peculiar comprensión de la igualdad del socialismo real, imitada del stalinismo.

De todos modos, tanto Roberto como yo nos hemos dado cuenta, bastante pronto, de que estos tratamientos tan llenos de privilegios se deben a que la nuestra es la delegación más representativa de América Latina, no tanto por lo que realmente somos, sino por la pobreza de todas las demás. (Sólo el MIR chileno nos sigue en importancia. Y como están ausentes los cubanos y todos los partidos comunistas —salvo una delegación del Perú—, aquí se cumple eso de que *"en el país del ciego, el tuerto es rey".)*

Hoy los coreanos nos han dado apenas tiempo para ducharnos y afeitarnos. De inmediato, nos llevan a la sede del seminario en cuestión, que ya está sesionando, pues a raíz del problema de las visas en Moscú nosotros hemos llegado retrasados.

Ingresamos en el palacio y nos ubican en la mesa de la delegación argentina.

El "espectáculo" sigue siendo, como en el aeropuerto, a lo grande. Un escenario gigantesco, donde está la presidencia del seminario acompañada, por turnos, de varias delegaciones. Enfrente, las bancas de los delegados con los letreros indicando países y representaciones. Sistema de traducción simultánea por medios electrónicos. Al fondo y hacia arriba, el "público" —supuestamente, el pueblo—, que sigue las sesiones.

Las delegaciones más importantes son las de los países árabes, le siguen los africanos, los asiáticos y nosotros. También hay delegaciones europeas.

El tema del seminario: LA IDEA SUCHE. Duración: una semana.

¿La "idea suche"? Un invento de Kim Il Sun, que pretende ser el pensamiento guía del socialismo universal como superación del marxismo. Si Stalin definió el leninismo como *"el marxismo en la época del imperialismo y la revolución proletaria",* el suche es *el marxismo en la época del socialismo* y le adjudica al leninismo el carácter de "premarxismo". En síntesis, ¿qué es el suche, que atravesamos el mundo para enterarnos? Es "el pensamiento" de Kim Il Sun.*

Visto desde donde se lo vea, este seminario es una gigantesca feria de hipocresías y adulaciones, en busca del interés de cada grupo en particular. Seguramente que los coreanos no se chupan el dedo y saben que esto es así. De todos modos, ellos están dando un gran golpe de efecto en la disputa internacional, organizando un evento de estas características.

Nosotros no estamos cómodos debido a estas condiciones, pero al menos tenemos la motivación de buscar un apoyo hacia una lucha que consideramos justa. Algunos parecen estar por motivos muy claros: por ejemplo, en la mesa siguiente a la nuestra, hay un rubiote con un cartelito de Francia, que se anota en cada manifestación de fidelidad al suche. La primera vez que lo vimos, Roberto y yo nos preguntamos a qué organización pertenecería. Después, con el correr de los días,

---

* En realidad, se trataba —tal como lo charlamos con Roberto en esa oportunidad— de *política:* del intento coreano de hegemonizar el movimiento revolucionario mundial, como reaseguro en la defensa del Estado Nacional coreano. El Partido de los Trabajadores de Corea no tenía una postura abiertamente antisoviética, pero era evidente su alineamiento con China. Esto explicaba la ausencia de las organizaciones y los partidos marxistas de Occidente y también la presencia masiva de organizaciones del tercer mundo que buscaban —como nosotros— ¡ma' qué "idea suche"!: apoyo concreto de parte de los coreanos, quienes, en materia militar, ¿quién lo dudaba?, eran de lo mejor. [N. de A.]

comprobaremos que se trata de un editor francés, en busca del *negocio* de editar las traducciones de las obras de Kim Il Sun y publicarlas en su país.

Una noche, ya regresados al hotel, yo salía del baño hacia mi habitación y me encontré con una extraña escena. Roberto boca arriba en mi cama (sí, digo en "mi" cama) y una bella señorita de guardapolvo a su lado, con algún instrumento de medicina en la mano. Un poco más allá, otro hombre, también de guardapolvo, y el intérprete. De inmediato, me vino a la memoria una historia contada por un sindicalista en los años sesenta sobre su visita a China. Según recordé, este hombre estaba alojado, a todo protocolo, en un buen hotel. Ante la insistencia de la cortesía china en qué más podían servirlo, el hombre se animó y, entre palabras y guiños, les sugirió que estaba demasiado solo. Siempre, según el relato (del que no me hago cargo), el anfitrión le respondió con una sonrisa que entendía perfectamente la necesidad, y salió solícito. Al tiempo, se presentó una hermosa señorita de guardapolvo. La indumentaria no le llamó la atención al hombre del cuento porque en China, en esos años de industrialización, la población estaba uniformizada. Pero el asunto fue que la mujer le indicó que se acostara y él se sorprendió, pues era como ir demasiado directo, sin preámbulos. Ella insistió y él se tiró en la cama. Entonces la dama sacó una aguja hipodérmica y los elementos necesarios para aplicarle una inyección. Ante la negativa y estupefacción del huésped, la mujer pareció sorprendida y no había manera de entenderse, por lo que llamaron al intérprete, quien le explicó que la camarada era enfermera y estaba intentando aplicarle un desestimulante sexual para que calmara sus apetencias. Este cuento me vino a la memoria en unos segundos y no pude contener la risa, pero mientras tanto Roberto se erguía y el intérprete me indicaba que yo también me acostara. Se trataba de una ligera revista médica de cortesía a todos los visitantes. En efecto, el médico me revisó con la asistencia de la enfermera, y al finalizar me golpeó el pecho y dijo algo. El intérprete se apresuró a traducir: *"Dice el camarada médico que usted tiene corazón para rato".*

La cortesía y la amabilidad de los coreanos nos confirman, a Roberto y a mí, la tan mentada tradición oriental. De todos modos, este socialismo, religioso y racista, está más destinado a mantener la unidad nacional que al objetivo de una sociedad de iguales. El marxismo y el socialismo son, aquí, sólo un instrumento para mantener el nacionalismo. La sujeción de la mujer sigue siendo fuertemente despótica y se nota a simple vista.

Por ejemplo, en una ocasión en que esperábamos a la salida del hotel, en los automóviles, a que se armara la caravana para una de las visitas, tres choferes

estaban parados en la vereda. Pasó una joven con un pañuelo o chalina que le cubría la nuca. Por la escena, nos dimos cuenta de que los muchachos le dijeron algo y vimos que la chica se detuvo y, con una sonrisa, se quitó el pañuelo. Los muchachos parecieron turbados y daban señales de dar explicaciones. Preguntamos al intérprete y éste, riéndose, nos explicó que los choferes le habían dicho un piropo al pasar y que ella se detuvo quitándose el pañuelo para hacer ver su rodete, señal de casada. Entonces, ellos le pidieron disculpas "respetuosamente".

Otro día nos invitaron a participar de un "baile del pueblo". Bien acicalados, salimos con nuestros automóviles, choferes e intérpretes. A poco de marchar, nos detuvimos en un lugar abierto. Un explanada. Hacia abajo, una enorme plaza, en donde cientos de personas —hombres y mujeres— bailaban danzas típicas alrededor de postes con cintas de todos los colores. Las danzas eran colectivas, con un lejano parecido a nuestro pericón nacional o al minué federal (si es que alguien recuerda todavía aquellas danzas "nativas" de Argentina).

Estábamos mirando con atención lo que parecía la expresión más genuina del folklore coreano, cuando "espontáneamente" subieron dos damas y nos tomaron a cada uno de la mano para llevarnos a bailar. (Los que me conocen saben lo patadura que puedo ser para esos trances, y por lo que vi, Roberto, en eso, se parecía mucho a su hermano —al menos a lo que cuenta Granados de su amigo el Che—). Hicimos un buen papelón.

Otra visita fue a Panmuniom, frontera entre las dos Coreas, en donde se hallan las oficinas en que se discuten los innumerables conflictos limítrofes. Mi coche encabezaba la larga caravana en un viaje de varias horas. Al llegar al lugar fui alojado en la mejor *suite* del mejor hotel. En ella había una placa que recordaba que allí se había alojado el "camarada Kim Il Sun, gran líder". El guía se ocupó de informarme que la distinción que se me estaba otorgando era *"un homenaje al glorioso Partido Revolucionario de los Trabajadores de Argentina"* y que su secretario general —que venía a ser yo, en este caso— tendría *"el honor de dormir en la misma cama donde había pernoctado el gran líder".*

Luego fuimos a la frontera. Desde una explanada se veían, un poco más abajo, unas barracas cortadas por una línea divisoria marcada en el piso de cemento. Detrás de las líneas, la imagen cabal de la prepotencia norteamericana. Un mangrullo con reflectores y una ametralladora pesada. Gorilas infantes de Marina, plantados con sus borceguíes a centímetros de la raya, las piernas abiertas y los puños en las caderas, o bien, directamente sacando fotos de los que nos aproximábamos. Ni alambrada ni nada, sólo una raya bien marcada en el piso. De este lado de la línea, cada diez metros, un soldado coreano con su *AKA,* en posición

de firme, de espaldas a los norteamericanos con las botas a pocos centímetros del cordoncillo. Parecía una enorme infantilada: "No me pises la raya". Un coronel nos guiaba y nos explicaba que se podía hacer cualquier cosa *"menos pisar o atravesar la raya".* Caminamos en grupo a lo largo de la frontera, mientras el cicerone hablaba de la injusticia de un país dividido por el imperialismo, e iba levantando el tono del discurso, el cual engendraba un gran murmullo al ser traducido a cada lengua visitante. Por último, se detuvo de espaldas a los norteamericanos. Nosotros teníamos al frente a esos soldados —tan similares a los que tantas veces habíamos visto en el cine—, que nos miraban altiva y burlonamente. El coronel transformó el discurso en una arenga, y en determinado momento, todos nosotros —grupo que redondeaba un centenar de personas— empezamos gritar: *"Yanky go home"* con el puño izquierdo en alto.

En Moscú, nuestro amigo Kiva ya nos había prevenido de las extravagancias de los coreanos, sobre todo, del culto a la personalidad, y se estaba confirmando que el ruso no se había equivocado, aunque con su sentido del humor quizás habría exagerado un poco. Sobre todo, cuando nos contó una anécdota acerca de lo que le había ocurrido a un latinoamericano en la Universidad de Pyongyang.

Y, "por esas cosas raras de la vida", el episodio se repitió en nuestro paso por Corea, repetición que le dio el sentido realmente cómico que tuvo.

Mi diligente intérprete nos anuncia la visita a la Universidad del Pueblo "Camarada Kim Il Sun". Y allá vamos. Llegamos con varias delegaciones.

Al iniciar la visita, se nos han colado un colombiano y una venezolana, quienes —no se sabe por qué— han extraviado a sus intérpretes.

Vamos recorriendo las distintas secciones. Pasamos por un lugar donde hay grandes retratos de Marx, Engels y Lenin, y nuestro intérprete se detiene solemnemente, nos mira, mira hacia los retratos, nos vuelve a mirar... y, entonces, explica que allí están retratados los representantes del "premarxismo".

Continuamos hasta llegar al Museo de Ciencias Naturales "Kim Il Sun" (ante este anuncio tanto Roberto como yo recordamos nuevamente la dichosa anécdota de Kiva, pero todavía sin creérsela del todo; sin embargo, los pasos siguientes fueron tal cual lo que él nos había contado).

Avanzamos por la Sala de Peces "Kim Il Sun", escuchando las explicaciones del guía.

De pronto, éste se detiene con toda esa ceremoniosidad que gasta y que nosotros ya hemos aprendido a conocerle (y a soportarle). Se para de espaldas a una vitrina que exhibe un raro pescado embalsamado. Nos mira, mira al pescado y

nos vuelve a mirar para decirnos: *"Este ejemplar fue capturado por el camarada Kim Il Sun, gran líder, en el lago, y cuando los científicos lo estudiaron, se encontraron con que se trataba de una especie totalmente desconocida. Un aporte del camarada Kim Il Sun, gran líder, a la piscicultura".*

Todos ponemos cara de pescado, mudos de asombro y de admiración. Nuestro guía taconea, carraspea y continúa la marcha. Roberto y yo nos miramos conteniendo la risa, no queriendo creer lo que vendrá (de acuerdo con el relato de Kiva).

Pero, cuando vemos el pájaro, la risa se nos apelotona hacia adentro, y supongo que la sonrisa de circunstancias que tenemos parecerá una mueca.

Nuestro guía sigue con cara de naipe. Se detiene, más solemne aún, frente a la vitrina donde hay un ave embalsamada parecida a un pato con pico de tero. Carraspea ligeramente, por poco se cuadra, y repite la ceremonia y el discurso, señalando con el dedo el pajarraco exhibido allí: *"Este pájaro que ustedes ven aquí fue cazado por el camarada Kim Il Sun, gran líder, en el bosque, y cuando los científicos lo investigaron se encontraron con una particularidad extraña..."* —hace una pausa de suspenso. Nosotros no queremos mirarnos, pues las carcajadas internas ya rebotan entre el estómago y la boca. Pero la venezolana interviene y pregunta: *"¿De qué se trata, camarada?".* Y el coreano replica: *"No es ni macho ni hembra".*

Ahora miramos al colombiano, pero éste no está en la onda. El guía parece decepcionado por algo. La venezolana no sale de su asombro.

Finalmente, cuando ya creemos que no va a pasar nada más, porque falta la opinión de un cubano para que se repita *textualmente* la historia contada por Kiva (la que él nos había contado en Moscú era casi idéntica a ésta, pero en la suya el protagonista era un cubano, que ante la explicación sobre el ave, exclamó: *"¡Ah, maricón, entonces!"),* la venezolana comenta: *"¡Qué raro!".* Y entonces el guía, que ha completado sus estudios de español en Cuba, se anima y, con una semisonrisa cómplice, replica: *"Los cubanos tienen una palabra para esto". "¿Qué, qué?"* pregunta, algo mimosa, la venezolana, pero el hombre se va al mazo: *"¡Ah no, no se puede decir!".*

Es demasiado. Nuestras compuertas no han resistido y ahora las carcajadas llegan hasta el palacio de Kim Il Sun.

Nunca sabremos si aquel intérprete se hacía el serio jugando con el ridículo o si quedó convencido de que había dicho algo gracioso en español.

Tampoco Roberto ni yo sabremos nunca hasta dónde llega la sinceridad o la falsía de ese inconcebible culto a la omnipotencia del "gran líder".

Capítulo IX

EL PARTIDO OFICIAL Y EL OTRO

Los rebeldes

Miguel Benasayag y yo nos conocimos después de que todo había pasado. Él, con su tiempo de cárcel, años de exilio, varias obras escritas y una relación con Sartre que haría poner verde de envidia a más de un viejo existencialista vernáculo.

"... como tener una vida más o menos filosófica sin caer en las boludeces del 'utilitarismo', ¿ves?, cuando yo iba todos los jueves a ver a Sartre, no sabía ni para qué iba ni nada de eso, sólo iba."

Yo había ya regresado al país. Miguel no era todavía el filósofo serio que es ahora, con sus numerosos libros publicados y sus frecuentes entrevistas en programas culturales de televisión.

Usaba su ensortijada porra al estilo Angela Davis para provocar a la derecha francesa, porque le daba una pinta de *fedayin* que "mataba".

A partir de nuestro primer encuentro en la calle Corrientes —encuentro que demostró ser, en realidad, un reencuentro—, en una de esas noches del Buenos Aires alfonsinista que pretendía repetir los años '70, mantuvimos una estrecha relación que ha influido mucho en mi pensamiento. Pero nuestra sociedad no fue fácil, por lo menos en los primeros tiempos. No lo fue hasta que yo entendí *su* "teoría del partido oficial y el otro" y, sobre todo, que el humor de Miguel y su ilimitado desparpajo eran —y siguen siendo— el motor de su creatividad.

Su "teoría" se refiere a algo que excede la relación dirección-base.

Mi irritación con las *herejías* de Miguel tenía fundamento, porque nunca admití ni la inocencia, ni la culpabilidad absoluta de los dirigentes, ni la "teoría del cerco". Tal teoría consistía en pensar que los dirigentes estaban "cercados" por sus colaboradores, de modo tal que no veían la realidad.

La sola idea de la existencia de unas cúpulas perversas y de una base pura e inocente, seducida, engañada, desflorada y abandonada es inconcebible. Desde

luego, existen graves responsabilidades de las direcciones —de las cuales nos hacemos cargo—, pero nunca (o casi nunca) la base es tan "inocente" como lo pretende ese pensamiento de crítica lineal. No es razonable pensar la posibilidad de que una dirección se encarame eternamente en una organización *sin el consenso de la base.* Menos aún, cuando dicha organización no ejerce un poder estatal o similar, con un contundente aparato represivo o un seductor sistema de empleos y prebendas.

Por eso, el concepto de "partido oficial" es otro muy distinto de esta chabacanería. Plantea el problema como si pensáramos en la existencia de dos partidos, no en el sentido de base y dirección o de dos fracciones, sino como si en cada militante se produjera esa especie de dicotomía. En el PRT esto se expresó claramente en el hecho de que todos nos prometíamos a nosotros mismos y al pueblo sacrificios actuales para una felicidad futura (recuérdese: *"el presente es lucha, el futuro es nuestro"),* y en la realidad estábamos ejerciendo la felicidad en la propia acción del presente, creyendo que la construíamos para un futuro. Desde luego, al interpretar esta dicotomía como una especie de dualidad en cada uno, se sobreentiende que la intensidad de una u otra sensación variaba con las personas, independientemente de si éstas fueran de base o de dirección. Y más "desde luego... incluso...", se supone que a medida que se subía la escalera jerárquica, mayor era la tendencia al "partido oficial".

Así, para unos el disfrute se aproximaba al total, mientras para otros las cuotas de sacrificios parecían inmensas. Y lo mismo ocurría en la relación base-dirección. Cuanto más altas eran las responsabilidades, más lejos del presente y más cerca del futuro, y así de seguido.

Sin dudas, Miguel es quien más ha pensado y trabajado el entendimiento de este complejo mecanismo de relaciones. Por eso es que le pedí que me escribiera sobre alguna de sus experiencias. Pero su carta da para mucho más, por lo que parece. Leámosla:

"Querido Luis: te escribo unos recuerdos de esas épocas, porque tocan a ciertos puntos de discusión y diferencias entre nosotros, de esas diferencias que tanto nos unen."

"Diferencias que nos unen." Para pensarlo, ¿no? ¿Es paradojal o dialéctico?

"Resulta que, como sabés, el pasado no es nunca una dimensión del ayer, algo que fue y que, por ciertos mecanismos neurofisiológicos que llevan el nombre importante de 'traza mnésica', exista en el presente como algo 'evocable', pero algo en síntesis que no está más, que no es más.

"Bien por el contrario, desde mi punto de vista filosófico, tal vez también neurofisiológico (pero no te he de castigar con eso), lo que llamamos 'el pasado' es un puro presente. El pasado existe más o menos fuerte como puro presente, en los diferentes momentos históricos."

¿Será también eso que toda persona ha sentido alguna vez: la sensación de haber ya estado en algún sitio o situación nueva? Miguel parece afirmarlo en su desparpajo:

"Que se trate de historia con gran H o esas situaciones en la que nos quedamos entrampados con los pacientes. Lo que pasa es que un 'pasado', de repente puede, por así decirlo, tener más o menos potencia, es decir, más o menos de existencia 'actual'."

Y uno enseguida piensa en los '70, pero, al mencionar la mayor o menor potencia, Miguel no se queda en el lugar común de la cronología biológica. No, en todo momento, esos pasados tuvieron la misma vigencia, porque esta relación entre pasado, presente y futuro, así planteada, rompe con el sentido lineal del tiempo. Parece muy importante detectar los momentos de potencia del pasado:

"Ves, por ejemplo, los famosos años setenta, en los ochenta estaban... lejísimos, habían pasado, por decirlo así, 'hacía ya mucho mucho tiempo'. Hete aquí que hoy en el 2002 los reputazos años setenta parecen ser 'ayer nomás...', o más aún esta mañana misma. Es decir, los contenidos de lo que llamamos 'pasado', se ponen a 'brillar', se reactivan o desactivan en las diferentes situaciones históricas, y hacen este tipo de chistes totalmente anacrónicos y que de última nos muestran que la famosa 'linealidad' de la historia y del tiempo son bastante imaginarias.

"Hete aquí entonces, que me ha vuelto a 'brillar' con mucha fuerza un 'recuerdo' de esos años, y que hoy tiene una actualidad y potencia particulares."

¡Semejante preámbulo! Ya nos metimos en el asunto. Me dispara toda una andanada que hace tambalear mi defensa analítica previsible y me obliga a... pensar. Entonces, me digo: Luisito, dejemos disiparse el humo de la artillería y veamos si esta "historita" lo vale.

"Resulta —sigue escribiéndome Miguel— *que era yo responsable del PRT por las células del partido que estaban implantadas en la Villa del bajo Flores, una verdadera ciudad dentro de la ciudad, un lugar y una dimensión aparte, inimaginable desde afuera, un mundo desde adentro."*

"Células implantadas." ¿Lapsus del lenguaje, que le dicen?

"En ese lugar, todo sucedía como si una intangible frontera separara la ciudad 'normal' de este lugar no men's land; *y esto de una manera bien concreta. Por ejemplo, una vez que los militantes penetraban en la Villa se encontraban '¡oh*

espanto!', totalmente destabicados, no sólo los que veníamos del exterior (yo no vivía en la Villa) sino que los vecinos militantes militaban, por así decir, de manera abierta y conocida por todo el mundo."*

Bien "de masas", lo que se dice... En todo caso, a mí ahora se me ocurre otro ángulo de enfoque: ¿no serían también formas preexistentes de "zonas liberadas"? Después de todo los tabicamientos sólo tenían sentido en territorio enemigo y en una política conspirativa. Si pasando esa "frontera" se vivía ese otro mundo, era justa la acción a cara descubierta. Así funcionaban las guerrillas rurales. Lo interesante sería profundizar en el carácter de esas "intangibles fronteras". Para la escatología de la época, detrás de esas fronteras no estaba el futuro sino los desechos de la sociedad. El futuro estaba en las fábricas de limpios, educados y musculosos obreros a los que sólo les faltaba la teoría y las universidades que la proveían.

"De esta manera, una especie de 'territorio en disputa', de acuerdo a la clasificación del Buró Político (especie de círculo donde una serie de dirigentes deliraban económicamente, es decir deliraban sin gastar en LSD), este territorio 'extraño' entonces, era un lugar donde don Pedro era del ERP, María del FRP, y Juan del peronismo de base, sin tapujos ni problemas."

Menos mal que Miguel reconoce, al menos, que no éramos rumbosos, aunque el vinito no nos faltaba. ¡Pero fíjense qué notable!: los muchachos eran, de hecho, guerrilleros, es decir, rebeldes armados contra el Estado, y no usaban pasamontañas. ¿Algún parecido con la actualidad? Bueno, bueno, Miguel, el pasado a veces regresa como farsa.

"En medio de este mundo existía una verdadera coordinación barrial donde representantes de cada sector de la Villa, de cada 'mini-barrio', participaban en la elaboración y coordinación de todo, absolutamente todo lo que hacía a la vida práctica y concreta de la Villa. En esta coordinadora los militantes de afuera (conocidos) o de adentro eran muy bien 'tolerados', pero las decisiones eran de, para y por los vecinos."

Miguel me conoce bien y me adivina el pensamiento, además se complace en querer hacerme rabiar con su desdén al Buró Político.

"Y el ERP, me dirás, la heroica guerrilla, y las peleas entre 'pelados' y peludos en el D.B.P (delirante Buró Político), ¿¿¿qué pasaaaa, qué pasaaa???"

Lo que pasaba era que "estábamos en guerra". Al menos eso creíamos. Una Guerra Nacional Liberadora, una guerra de clases emancipadora y una tercera

---

* Véase nota de pág. 131.

guerra mundial por la derrota definitiva del Imperialismo. ¿Qué tal? ¿Mucho, no? Para delirar, delirar en serio. No desfilábamos por la Avenida de Mayo como dibujos de Carpani, armados de palos detrás de las movilizaciones de la gente "común".

Por otro lado, hay que reconocer que otros "delirantes" de aquella época hoy dominan cuarenta mil kilómetros cuadrados de territorio colombiano. Unos más tomaron el poder del Estado, y después lo perdieron en elecciones. A nosotros nos derrotaron, pero, al menos, *les pegamos un buen susto.*

Y, ahora que me acabo de sacar la bronca con los actuales impostores de gorritos, delantales y garrotes bien grandes, puedo acercarme a lo importante. Sucede que Miguel va a fondo, y lo que me está diciendo es que esas victorias parciales no fueron contra el capitalismo, sino *contra los capitalistas.* Que hemos peleado contra los capitalistas *sin modificar el capitalismo.*

"No pasaba gran cosa; simplemente, durante más de cuatro años desarrollamos en la práctica experiencias de contra y doble poder, donde se decidía por la primera vez en la vida de las gentes lo que las vidas de las gentes debían ser."

Y es así nomás, esas experiencias fueron, quizás, prácticas de vida no capitalista. Por el contrario, en la experiencia del complejo industrial de Villa Constitución, a pesar de una actitud muy combativa en el orden sindical, allí la gente establecía, en rigor, pautas de vida directamente influidas por la fábrica (orden, disciplina, jerarquías, etcétera).

Veamos un poco más de cerca la Villa del Bajo Flores en los '70: *"Se alfabetizaba utilizando la ayuda de los amigos de afuera, pero inmediatamente, desde que algún vecino podía tomar la responsabilidad, se ocupaba de la cosa. En el dispensario médico realicé el primer parto de mi vida, en realidad puse cara de 'futuro' doctor, mientras que las vecinas hacían el parto. Mi preocupación principal era que no se viera demasiado que estaba temblando."*

"Realicé mi primer parto" —escribe—, aunque supongo que la que habrá parido habrá sido una mujer. (Ni los psicoanalistas pueden evitar apropiarse del trabajo ajeno.) Es como cuando los arquitectos dicen: "hice", refiriéndose a aquello que, en verdad, hicieron dibujantes, albañiles, plomeros, carpinteros. Bromas aparte, ¡qué situación la suya! Estoy seguro de que Miguel sintió más miedo en esa oportunidad que en todas las operaciones militares en las que participó.

"Existía coordinación y grupo para los pequeños lustrabotas que a la mañana temprano salían 'hacia el otro mundo'. Talleres, distribución de agua, escuelas, actividades culturales y de distracción, etc., etc. Y la guerrilla, dale, dale, y los héroes, y los milicos desarmados, dale, dale.... Había milicos desarmados,

había actividad militar porque a menudo debíamos realizar 'tareas', porque, como lo dijo una vez (digamos Ernesto...), el objetivo tuyo (me hablaba a mí) es que esas gentes poco a poco tomen las armas... Yo no sólo no estaba seguro, sino que más bien me parecía increíble la falta de interés que demostraban mis responsables por las actividades que allí desarrollábamos."

Esto puede vislumbrarse hoy, pero no explica por qué los villeros se mantenían ligados al ERP. Si la diferencia aparecía tan abismal, ¿qué les hacía continuar organizados con "los de afuera"? Hasta ahora Miguel no lo explica, sólo lo describe.

"Veían ellos, los del D.B.P., solamente una especie de 'supermercado' donde podrían comprar poco a poco combatientes, porque el objetivo era, no olvidarlo, ganar la guerra (larga y prolongada) para después sí hacer la justicia. Pero la justicia aquí y ahora mismo, como laboratorio concreto y práctico, no interesaba a nadie, y yo escondía mi interés, realizaba las 'tareas', y después volvía con un suspiro de alivio a este mundo paralelo, donde 'otra vida era posible'".

Bueno, bueno, dicho así parece un crudo utilitarismo, o un grosero uso de la gente. Se podría interpretar como "carne de cañón". Porque lo que sigue sin respuesta —y quizás porque no esté bien aclarada la propia descripción— es por qué se mantenían ligados. Hasta aquí a Miguel se le escapa poner en justo relieve la voluntariedad del compromiso. Sin embargo, más abajo se mete en el meollo:

"No es que ignorara yo que había un ejército argentino, un capitalismo mundial y un imperialismo universal [...] solamente, eran los embriones de lo que hoy decimos más claramente 'resistir es construir', y el enfrentamiento, por más complicado que sea es secundario, como quien dice: un corolario secundario con respecto al esfuerzo inmenso de construcción de lo nuevo."

Esto sí es meterse a fondo en el fondo. Pues el "resistir es construir" —el postulado actual de los movimientos autónomos— es lo que pone en vigencia a ese pasado, lo que lo hace presente, ahora más que en los '80. Es una inversión del horizonte, o quizás sea mejor decir: un disfumar el horizonte para poner el acento en la justicia *hoy.* Lo que no se cambia hoy no se podrá cambiar mañana.

"Construir lo nuevo, pequeño detalle que se le olvida siempre al gran liberador, y cuando toma el famoso poder se da cuenta que es ya... demasiado tarde, no podrá lamentablemente cambiar nada, en el mejor de los casos será un dictador avergonzado."

Tal como dije antes: porque, a lo sumo, habremos derrotado a los capitalistas y no al capitalismo que tenemos dentro de nosotros.

"Como a pesar de todo mi línea de conducta fue la misma durante mucho tiempo, es decir, asumir lo que los del DBP me pedían (que en general eran cosas de esas que hacen ruido y salen en los diarios), pero a la vez testarudamente 'subía' (al olímpico Olimpo de los autistas delirantes) informes completísimos y larguísimos (¿los habrás leído quizás?) sobre las experiencias de doble poder. Finalmente una vez me dijo mi responsable que alguien 'iba a venir para charlar de la organización interna'."

A esta altura de las confesiones, tengo que decir que en las reuniones del partido, lo más plomo, lo más aburrido de mis tareas como dirigente era escuchar o leer los soporíferos informes de las regionales y, sobre todo, escucharlos. Si venían del extremo norte, Santucho no sólo se los "bancaba" sino que parecía disfrutar de ellos en un verdadero alarde de masoquismo sonoro, agravando la situación con preguntas que multiplicaban la pesadez de los relatos. Creo que también había algo de ingenuidad. Yo, en cambio, era terriblemente escéptico: creía menos de la décima parte de lo que figuraba en los informes.

En este punto, habría que detenerse, puesto que aquí no sólo hay una voluntaria decisión de pertenencia por parte de las "víctimas" —como relata Miguel—, sino una actitud muy activa de satisfacer las pautas establecidas. ¿Quién o quiénes las establecieron? No es suficiente explicación la conjunción dirección-base. Cuando Miguel confiesa hacer esos larguísimos informes, está admitiendo también que lo hacía para *satisfacer* a la dirección.

"Nos reunimos entonces con los vecinos miembros y simpatizantes del glorioso PRT, y esperamos en una casita la llegada de 'alguien', parecía un poco una pascua judía, una silla vacía, el mate caliente, esperando a 'alguien', la terrible y lamentable diferencia es que éste llegó..."

¡Por supuesto, viejo!, ¿cómo no iba a llegar? "Lo que el PRT decía, lo hacía." Después de todo es la misma diferencia —no sé si lamentable o no— entre la mitología-historia del Mesías judío y aquella guerrilla concreta que tomó *el lugar del Mesías* y reventó a los ingleses en Palestina antes de la creación del Estado de Israel. (Lo que siguió después es otra de las crueles ironías de la diosa Historia.)

Repito: "lo que el PRT decía, lo hacía", ¡no faltaba más! El compañero "alguien" habrá llegado con todas las charreteras y los saberes en discursos bien envasados. Pero, además, hay que reconocer que por lo común las bases pedían a gritos presencia de cuadros para que "bajaran línea". La mayoría de las veces, si no se las bajaba, podían ponerte bajo los códigos del Derecho Administrativo y acusarte de "incumplimiento de los deberes de cuadro político-militar".

"Las cosas fueron rápidas y no quiero, querido Luis, abusar de tu paciencia y tu capacidad de soportar mis afrancesadas chicanas; yo propuse que un vecino que era, dentro del 'darwinismo' militante 'simpatizante', es decir no había completado su evolución, se le veían los pelos de mono que le salían desde el escote de la camisa, propuse entonces que este compañero Ramón, fuera ni más ni menos que el responsable de este frente."

¡Me encantó: "darwinismo militante"!, frase más que metafórica. Pero, si me quedan dudas, me lo traduzco al lenguaje racional y me digo: fueron y son las consecuencias de la jerarquización académica con que la Modernidad democrática reemplazó las jerarquías de la sociedad aristocrática. El abolengo de la sangre, por el monopolio del conocimiento. Sólo que en el socialismo llamado "real", a los doctorados en ciencias se le agregaron los doctorados en proletarización y cuadros de masas.

"Mis argumentos eran simples: nosotros teníamos demasiada línea, demasiada teoría e ideas, los vecinos participaban bien que mal en mil actividades, pero ellos no querían asumir la responsabilidad de las actividades mismas, entonces me parecía que lo mejor era que un vecino compañero fuera el responsable para que las cosas no se disiparan, por decirlo así, ni en la dispersión de la base, ni en la centralidad de la dirección. Hoy, hoy filósofo y viejo, llamo a este nivel que no es ni dispersión ni centralidad... 'multiplicidad'."

Y yo, que no soy filósofo y mucho menos viejo, sino un pensador práctico, cargado de hombros, fanguero sin prejuicios criollistas, estoy de acuerdo con este roquero veterano —más que afrancesado, quizás secretamente un "nacional y popular" no asumido. Se verifica, entonces, que *nos unen las diferencias.* ¡Sí, eso es, Miguel!: *la multiplicidad.*

"Pero era demasiado joven [...] 'alguien' tomó la palabra, no sé si era o se hacía el tucumano (esto era una enfermedad terrible en el PRT, cada vez que alguien quería basurearte, hacerte aceptar algo sin discusión empezaba con esa tonadita de Palito Ortega)."

Bueno, yo no era mucho menos joven que Miguel. Esto me recuerda que en el caso del PRT, además de los "doctorados en proletarización, gimnasia de masas y grados militares", existían también las jerarquías genéricas de regiones que iban de "arriba hacia abajo", es decir, de norte a sur en nuestros muy nórdicos mapas. Parafraseando a Miguel, las llamaría "darwinismo geográfico". Primera categoría: los nacidos y criados en el noroeste. (Los del nordeste estaban demasiado "contaminados" con guaraníes y portugueses.) No recuerdo a ningún compañero que haya nacido en Tierra del Fuego, pero me imagino que habría sido

la última categoría. ¿Los porteños? Éstos no existían directamente, eran androides importados. Era así nomás, Tucumán era al PRT lo que Moscú y los rusos al PC. La palabra "changuito" había reemplazado a pibe, muchacho, niño, botija, chico, gurí, mocoso, nene, compañero, amigo, compadre, en fin... y el vocablo "humilde" era el certificado que garantizaría las sabias sentencias.

Ahora bien, creo que deberíamos ser indulgentes con los hermanos tucumanos, porque la historia ha sido especialmente cruel con ellos, y sobre todo con quienes los tomaban como modelos: el baldón de la elección del nefasto procesista general Antonio Domingo Bussi como su gobernador les hizo pagar muy cara esa "humilde soberbia" de los 70.

"'Por la mañana temprano se va el changuito con su papá...'; *él empezó exactamente con esa tonada pero no habló del papá, dijo: 'changuito hermanito... humildemente te digo (son estas, debe saberse, invocaciones mágicas internas a la P. M, es decir: paja militante) que lo que vos decís es muy interesante y es interesante de ver la madurez de los compañeros de base, pero es el partido (mismo hablando se había visto que decía 'partido' con 'P' mayúscula), el PPPartido dirige porque el Partido ve la totalidad y en cada frente se ven la parte....(sin s por que es más tucumano...).' En fin, no se sabe muy bien cómo pero los del DBP desde sus escondites veían todo... sabían todo... (¿Sabrían que cogíamos la Graciela y yo sin ser pareja? ¡Qué susto!)."*

Lo de los "escondites" se lo dejo pasar, porque estoy de buen humor. Pero en cuanto a *lo que sabíamos...* ¡pues más de lo que Miguel se imagina!

Recuerdo que un día, en Buenos Aires, Santucho me dio la arriesgada misión de interceptar al capitán Armando, jefe de una de las sesiones de la Compañía de Monte, quien había bajado del monte tucumano y, no habiendo disfrutado de las "visitas higiénicas" en varios meses, se dirigía hacia la casa de su ex mujer quién sabe con qué aviesas intenciones. (Santucho, conociendo el paño —es decir, conociendo la "debilidad por la carne" de los tucumanos— estaba seguro de tales intenciones.)

El problema consistía en que Armando estaba formalmente separado de su mujer, y por lo tanto, el Comité Central se vería obligado a sancionar y degradar al flamante capitán por violar la "moral revolucionaria", es decir, tener relaciones "irregulares".

Finalmente, pude interceptar a Armando, pero... ¡francamente!: tener yo que recordarle "el reglamento" a un guerrillero que estaba urgido por la necesidad de ir al frente (a esa otra primera línea de la atávica guerra cuerpo a cuerpo, donde —a diferencia de la que libraba él en el monte— se muere, se va al cielo y se

resucita) y además *casi* ordenarle que no "visitara" a su "higienizadora", para mí, era una *misión imposible.*

"Y en síntesis, como la cabeza dirige al cuerpo (?????) y la dialéctica de la naturaleza, sin olvidar los vietnamitas, en fin, toda esa gente sabía, antes mismo de mi pequeña reunión, que yo estaba equivocado. No me lamento, la saqué barata, una sanción por liberalismo, por democratismo, por no entender el centralismo centralista (que algunos chistosos llamaban centralismo democrático); no fue duro, seguí haciendo lo mío, y asumiendo las tareas."

Bueno, bueno... no tantos signos de admiración o interrogación, mi querido Miguel: la inmensa mayoría de la gente de nuestro mundo occidental sigue pensando que la cabeza dirige al cuerpo. No nos podemos autocriticar de haber pensado así en los '60-'70: no conocíamos a Spinoza ni sabíamos que ya en el siglo XVII él les había propuesto a los filósofos un nuevo modelo: *el cuerpo.*

Ahora, con respecto a lo segundo, yo también —y a pesar de las chicanas de Miguel— tenía mi parte de "partido no oficial", y al mismo tiempo, sin embargo, seguía "haciendo lo mismo y cumpliendo las tareas". Ahora debo decir que había momentos en que no era fácil cumplir esa esquizofrenia, la que se unía a la doble vida de la clandestinidad, o quizás la facilitara.

Y con respecto a mi "misión imposible" con Armando, no recuerdo cómo zafé, pero no habrá sido de forma "muy santa" que digamos, porque a pesar de mi voluntad de fidelidad a la disciplina partidaria, tampoco yo cumplía ese reglamento a rajatabla. Por otra parte —y ahora lo "veo" con más claridad que nunca—, ya había por entonces, en mí, *algo que se resistía.* Quizás y de manera inconsciente, ya dejaba yo que mi cuerpo, a los codazos con mi razón, pensara por su cuenta.

"Varios años más tarde, un payaso que era mi 'responsable' en la cárcel, al terminar una huelga de hambre de un mes que no había logrado ninguno de los objetivos, nos explicó que 'changuitos hermanitos: la huelga de hambre fue un éxito' [...] frente a la cara de extrañamiento de los concurrentes a la reunión concluyó diciendo: 'ésa es la posición del BP y el BP no se equivoca jamás'."

Que conste en actas que, por lo menos en esa oportunidad, el que afirmaba la infalibilidad del Buró Político era "el payaso" y no el dueño del circo.

"Él, en cambio, se había equivocado de todo punto de vista, hasta de acento ya que era cordobés [...] yo no me equivoqué, esperé a estar encerrado en mi celda para putearlo y reírme. El odio a los amos liberadores no había empezado ese día, pero el amor a la construcción de una verdadera liberación y emancipación tampoco."

De pelos en la mano y pajas en el ojo ajeno

Me pareció que no nos podíamos quedar con la intriga y entonces le pedí a Miguel que dialogáramos sobre la historia del "Payaso" (véase relato anterior). Él no lo va a hacer sin ciertas aclaraciones y preámbulos:

"Verdaderamente, querido Luis, una precisión: En realidad estas críticas tan duras, deben ser comprendidas en el cuadro de lo que soy, entre otras cosas, fundador del frente antifachista más duro de Francia, es decir, que estas críticas vienen y son enunciadas de la parte de alguien que... etc. etc., quizás deberías hacer una aclaración, para que los Payasos del mundo entero nos dejen tranquilos [...]".

Vale, vale Miguel, sigamos:

"[...] ayer hablaba con un periodista francés que es una verdadera vedette de periodismo, y que ha creado toda una real corriente del periodismo crítico, inventivo y... no militante, no moralista, sino verdaderamente subversivo."

Miguel separa militante de subversivo. ¿No es esto una verdadera subversión?

"Me contaba que desde la desaparición de su revista, la que había ocupado un lugar faro en la prensa francesa, las gentes lo trataban muy muy mal. En síntesis, me contaba Michel, el periodista, que conflictos, enfrentamientos, odios, envidias, qué sé yo qué más, le habían podrido la vida en los últimos años. En realidad no nos veíamos desde hacía mucho tiempo, la última vez que nos vimos fue en un laburito que hicimos con alguien que podríamos definir como 'una decepción sobre dos pies'; *Tomás Borge."*

¿Se acuerdan de las polémicas en Nicaragua meses antes de la ofensiva final contra Somoza? Las tres líneas en que se dividieron los Sandinistas y el apresuramiento a calificarlas, encasillarlas por supuestas fortalezas ideológicas. Nosotros, como buenos fierreros, apostábamos a Borge; los "troskos" de nuestro partido apreciaban la línea insurreccionalista con Jaime a la cabeza; los cubanos, con su inconfeso pragmatismo, tiraron por la borda veinte años de romper las bolas con "el monte" y se jugaron con los hermanos Ortega, especialmente con la táctica "llanurista" de Humberto. Y, al final, la historia dejó sus consabidas ironías: Borge, una "decepción con dos pies"; Humberto, un próspero empresario; Daniel, un frepasista a la nicaragüense, y sólo Jaime, lo que más puede parecerse a cierta fidelidad con aquellas luchas.

"En síntesis, le dije a Michel, tu problema, el problema que me estás contando, es algo que fue bastante común, con intensidades diferentes, a varias

personas en estos últimos diez años, a saber, que la vida se había vuelto, por decirlo así... algo personal. Esta es una hipótesis muy interesante de Gilíes Deleuze, que reza más o menos así: 'la vida no es algo personal, y cuando la vida se pone cada vez más personal, cuando la vida se hace cada vez más finita, más unidimensional, es a la vez, y paradojalmente quizás, menos *vida.' Éste es el* 'axioma' *le dije a Michel;* 'más la vida es personal, menos la vida es vida', *entendiendo vida, en el sentido de participar en la vida, ser cada uno de nosotros una forma, una parte de la vida, esa vida que existe en sí y por sí y que es ni más ni menos que la sociedad, el mundo, el o los paisajes que habitamos."*

Así se empieza a entender por qué Miguel separa el militante del subversivo. Todos los subversivos son militantes, pero no todos los militantes son subversivos ni mucho menos.

"Y entonces dirás: ¿Qué tiene que ver esto con el 'glorioso PRT?; ya te explico."

Con lo de "glorioso", paso. A mí la gloria nunca me mareó. Ni la personal ni la colectiva. Miguel, a veces, no me cree. Yo he hecho más de un "acuerdo táctico" con el partido, y toda la fanfarria de héroes y glorias y medallas las he tomado como un mal necesario. No sé si arrepentirme o no, puesto que el manejo de la relación entre las tácticas, los llamados acuerdos, compromisos y un montón de etcéteras eran, por así decirlo, el contenido de la política experimentado y teorizado por nuestro mentor: Lenin, quien en cuanto a pragmatismo, a lo largo de sus sesenta tomos, deja a Maquiavelo hecho un poroto.

"Resulta que en el PRT como en muchos otros grupos militantes podríamos identificar una tendencia, una corriente 'anti-política', 'anti vida', si identificamos la política en su sentido más profundo y noble con la defensa y el desarrollo de la vida."

Claro, pero esto comprendería una resignificación de la política, nada más ni nada menos que en estos tiempos en que está llegando al pozo más profundo de su desprestigio. De todos modos, tomemos el concepto aunque más no sea provisoriamente.

"Esta corriente, quizás deberíamos decir: esta 'tentación', pasa por prácticas muy concretas e identificables y que podríamos, de manera un poco rápida, presentar como todas esas cosas que van en el sentido de ocuparse de la vida 'personal' de las gentes. La lista es en verdad inmensa. Se trata de la tentación de pensar no en términos dinámicos de 'ética', lo cual quiere decir incertitud, sino por el contrario de normas de vida, normas de vida super estrictas, que tratan de encontrar en su forma estricta una validación de lo que son... un

delirio *bastante* paranoico *que trata de canalizar, ordenar y formatear la vida, para que ella sea de acuerdo a lo que un dirigente, un teórico o quien carajo sea piensen que es 'mejor'".*

Aunque parezca extraño, este tema ha sido constante a lo largo de toda mi vida. Pero me parece que hay que darle una vuelta más al enfoque de Miguel. Yo he observado que esos "delirios" no tienen siempre la causa en un dirigente, un teórico *"o quién carajo sea",* sino en una especie de autoalimentación colectiva. ¿Podría decir *delirios colectivos?* "Formatear" —para usar una palabreja de Miguel— la vida colectiva es también un "formateo", que deja como resultante un acérrimo individualismo de cada uno de los componentes de un colectivo serializado y convertido, dicho con toda propiedad, en lo que se llama "secta". En el caso del PRT y en todo lugar donde he militado, habiendo recorrido la mayor parte de las actividades y "jerarquías", nunca pude detectar con precisión quién o quiénes eran los generadores de estos delirios. Es como un sistema que dispusiera de muchas bocas de alimentación, los cuales recogen elementos seleccionados del mundo exterior, los internalizan y les dan propia interpretación y uso. Lo notable es la sensibilidad especial que posee ese misterioso organismo para el ascetismo, el dogmatismo, el control de los sentimientos, la falta de humor, la negación del disfrute, la represión del deseo, la medición del tiempo, el aburrimiento, el sufrimiento rayano en el masoquismo y todas las manifestaciones de no-vida.

"¿Te acordás, Luis, el poema de Pessoa, ese que tengo colgado en la pared de mi consultorio en Reims?; sí, me imagino que te acordás, está al lado de la foto del Roby y dice más o menos así: 'vos hablás del mundo que debería ser así o asá (traducción de memoria y horrible, disculpa), vos decís que el mundo sería mejor si fuera de acuerdo a tus ideas, pero si el mundo fuera de acuerdo a tus ideas, sería simplemente... de acuerdo a tus ideas, te maldigo a ti y a todos los que quieren fabricar la máquina de producir felicidad'."[*]

Lo siento, no sólo no me acuerdo, sino que apenas si recuerdo vagamente que tenía una foto de Santucho. Aunque sea una banalidad pseudofreudiana de mi parte, tengo que decir que me parece elocuente ese poema junto al retrato. Los santuchistas mandarían a Miguel a la hoguera, convencidos de la justicia purificadora. De lo que puedo estar seguro es de que "el culto a la personalidad" no era creado y fomentado por la persona objeto de culto, sino por un tipo de personajes, a veces numeroso: los obsecuentes, que contactaban con ciertas

---

[*] Se trata del poema "Hablas de civilización y de no deber ser", de *Poemas inconjuntos,* que el gran poeta portugués Fernando Pessoa (1888-1935) firmó bajo uno de sus famosos heterónimos: Alberto Caeiro. [N. de C]

imágenes identificatorias del "ser", por así mal decirlo. Por ejemplo: Santucho hablaba con frecuencia en diminutivo debido a su costumbre regional, y de ahí muchos lo imitaban. Resultaba cómico (aunque para mí, muy irritante) oír a un compañero porteño decir: *"Hermanito, nos tomamos un vinito mientras charlamos un ratito de los changuitos del frente de los estudiantitos".*

"Buscate por ahí el poema, no corrijas el mío, es interesante saber lo que me acuerdo y lo que me olvido, pero en síntesis, maldigamos a los que creen saber cómo el mundo debe ser y para ello tratan de formatear las personas diciendo lo que debe ser o lo que no debe ser".

¡Ah, no Miguel! Vos podrás maldecir en Francia, cuna de la racionalidad y seguramente con acuíferos incapaces de producir agua bendita que contrarresten. Pero aquí, desde que alguien exorcizó a la "maldita cocaína" por culpable de que hayamos perdido el mundial de fútbol, todo pasó a resolverse como "maldito" o "bendito".

"Vamos al glorioso entonces: [...]; aquí llega, pasé entre los 20 y los 25 años en cana, y sólo después supe que había sido un privilegiado porque los otros no estaban más. Nos dimos cuenta poco a poco que nadie llegaba más a la cárcel, algo estaría pasando pero no podíamos creer las bembas que hablaban de campos de desaparecidos y otras cosas. Por una vez y lamentablemente las bembas se habían quedado chicas."

Las bembas —los mensajes de boca a boca o el correo del soldado— suelen ser portadoras de más verdades que lo que la orgullosa razón cree.

"En la cárcel —como desgracia suplementaria—, estuve varios años con un '(i)responsable' que era mi 'superior' (dejame que me ría), llamémoslo para ser simpáticos 'el Payaso'; tipo cagón, profundamente cagón, pero en lo fundamental, durito para pensar, incapaz de sentir, y muy muy preocupadito por su imagen, una especie de patología narcisista bastante grave, pero lamentablemente en esa época no podía darle un diagnóstico y chao, tenía que aguantármelo por años y años."

No sabía que los cagones se medían en profundidad, pero más allá de ese detalle me resulta muy fuerte el asunto de la imagen. Es verdad. La cuestión de la imagen ha sido paradojal (o dialéctica) en la experiencia perretiana. Queda claro que el cuidado de la imagen es una simulación y, contradictoriamente, una de las cosas que más solemos rescatar del PRT es la autenticidad. Por eso dudo que tal payaso fuera —como dice Miguel— incapaz de sentir, porque precisamente simular no sentir era parte de una imagen muy estereotipada del militante. Además, el cagazo también es un sentimiento. Para ser franco, no sé muy bien si a Miguel le dura la bronca —cosa por demás comprensible— o en realidad está revelando

grietas en esa supuesta autenticidad del PRT. El lector alejado del tema y a la distancia podría preguntarse legítimamente: "¿Por qué no le diste una patada en el culo?". Después de todo, ese cagón no tenía ni las llaves ni el fusil del carcelero.

"Ese tipo de pobres personas, que hacen de sus 'posiciones políticas' una cuestión personal. *Se trata de* ser *más revolucionarios que los otros; más que cualquier otro. Te imaginás sobre todo y antes que todo muchísimo más que yo, lo cual era en parte justo pues nunca me interesó saber si yo era o no revolucionario, sino que siempre me interesó, interesa e interesará cuáles serán las prácticas objetivas y concretas de un devenir colectivo revolucionario. En síntesis, yo era para 'el Payaso' un mal espejo, una suerte de mala conciencia. En cambio él era para mí ¿cómo decirte?... ah! sí, como una micosis en los huevos."*

¡Genialmente lapidario! Pero, bueno, sus recuerdos vienen así de emponzoñados, y no caben dudas de que se manifiestan con autenticidad. Veamos qué nos muestra, antes de seguir divagando. La bronca no le hace perder el humor, pero tampoco aparece la causa de la falta de una patada en el culo. Voy a largar mi hipótesis de una vez por todas: si no nos rebelábamos contra esas dictaduras dogmáticas era porque teníamos miedo de quedar como "no revolucionarios", quedar bajo el más grave de los estigmas: un "quebrado". ¿No sería eso también cuidar una imagen?

"Celditas por aquí, canutos por allá, la vida en la cárcel se pasaba lo mejor posible y en un país bajo la dictadura es, después de todo, un buen lugar, un lugar digamos digno, para estar cuando uno es un joven veinteañero."

Notable y cruel verdad: "un lugar digno". ¿Estaremos dispuestos a asumirla?

"Con mi carrera de Medicina interrumpida por causas que son de dominio privado, yo hacía igual de brujo. Menos mal que los efectos placebos existen y muchos compañeros quedaron agradecidos de mi 'docta ignorancia', que dicen y afirman, los curó. Así que debía ocuparme de la salud de los cumpas, entre otras tareas, se entiende. Un día en un recreo, el Payaso se me acerca, con esa cara cordobesa, la boca torcidita a fuerza de tratar de poner acento tucumano, más una serie de cosas raras que tenía en la cabeza como admirar a Stalin o defender por ejemplo 'el uso revolucionario de la tortura' (hay compañeros que te hacen amar al botón que te vigila), bueno, se me acercó y me dijo muy, muy serio: 'mirá Virulana *(ése era mi seudónimo, quien me conoce entiende) hay un problema, resulta que el Rolo se hace la paja...', estaba acostumbrado a su boludez pero debo admitir que me quedé con la boca abierta, y me paré de golpe."*

Me lo puedo imaginar a Miguel en sus venti y pico de años, con ese pelo de virutas de metal, entonces sin canas, su expresividad y la energía vital de la juventud. Seguro que se parecería más a Pardal que al doctor Pascal.

"El gran líder tomó mi reacción como una afirmación de su oligofrenia profunda y me dijo: 'Sí, sí, se hace la paja...' Repito, teníamos todos entre 18 y 40 años, y no había, que yo sepa, prácticas homosexuales entre los presos políticos y hacía años de años que no veíamos a una mujer. Cuando pude concentrarme de vuelta en lo que el Payaso decía, escuché que me hablaba de un gran, muy grande (eran todos grandes en su olimpo personal) que había fusilado a no sé cuántos guerrilleros porque se hacían la paja..."

A pesar de los años y del curtido de la vida no puedo evitar todavía un estremecimiento cada vez que se hace referencia a ese "grande" que habría fusilado guerrilleros por masturbarse. Recordé la primera vez que escuché este asunto, hoy muy deformado por la distancia y difícil de probar en términos positivos. Me lo comentó, iracundo, Joe Baxter: *"Jorge Massetti fusiló combatientes porque se hacían la paja";* después afirmaría que felizmente Massetti fue derrotado porque para hacer revoluciones así era mejor no hacer nada. Yo —que había superado la mala influencia del profesor Ruiz Moreno gracias a una conferencia de Thelma Reca y me podía masturbar con discreción pero sin culpas— no podía creerlo, no sabía si creerlo, quizás no quería creerlo, me horrorizaba, pero, al mismo tiempo, por mi faceta escéptica sobre la finitud de la perversión humana, creía que dicho horror era posible. Pero lo que me causó verdadero espanto —que afirmó mi escepticismo— fue que había compañeros que no sólo lo creían a pie juntillas, sino que lo consideraban correcto porque la masturbación deformaba la mente y debilitaba el cuerpo, y una mente deformada y un cuerpo débil se prestaban para cualquier traición. Por eso es que hoy pienso que, si bien estos hechos fueron confusos y nunca probados del todo, son verosímiles. Es congruente con el hecho de que la homosexualidad era delito penal en la mayoría de los estados socialistas. Por eso es que este tema, que es necesario ventilar, sólo se puede soportar con este increíble humor de Miguel.

"Pero la cosa no terminaba ahí: había que ver que 'hacerse la paja' era un claro signo de 'debilidad ideológica frente al enemigo'. ¿Se habría Rolo hecho la paja delante del enemigo??? ¡Qué angustia! y en ese caso ¿en qué circunstancias? ¿Le habrían pedido o él solo habría llamado a un guardia en medio de la noche para que mirara como se estrujaba la pija??? ¡¿Qué habría hecho Rolo?! ¿Qué extraño fantasma podía justificar esa 'debilidad frente al enemigo'? ¿Y por otra parte qué tipo de 'debilidad'? ¿Quizás lo que el Payaso estaba diciendo es que el compañero

—haciéndose tranquilamente la pajota frente al enemigo— había tenido una debilidad, por ejemplo: no se le había parado, o no había escupido bastante guasca como para mostrar la superioridad revolucionaria??? ¡Qué angustia, tantas preguntas; tantas cartesianas y pajerísticas dudas! Me acuerdo cuando a los doce años fui a buscar en un diccionario de bolsillo la palabra 'masturbación': 'procurarse solitariamente el placer sexual'. ¿Se habría provocado solitariamente Rolo, el compañero Rolo, el placer sexual? ¿Pero y entonces qué pasaba?"

¡Pues que estaba mal informado tal diccionario! Porque cuando nosotros éramos entre púberes y adolescentes nos masturbábamos formando un círculo en el potrero del barrio y apostábamos quién tiraba más lejos. Desde luego, los mayorcitos nos ganaban y más de un menorcito le daba y daba a la bomba sin resultado todavía. De solitarios, dichos placeres no tenían nada. Claro que aquí no se trataba de debilidad frente al enemigo, sino más bien de *forza* frente a los amigos.

"De pronto entendí: parece que en la guerrilla había hijos de puta, a quienes el Payaso encontraba ejemplares, que no pudiendo ni cambiar el país ni hacer la revolución, se vengaban matando pajeros."

Es difícil sobreponerse a la sola idea de que aquello fue posible —o como dije: verosímil. Por otro lado, se cuenta que en una de esas siniestras internas entre la Gestapo y las SS un muy eficiente alto oficial fue detectado y hasta fotografiado por sus camaradas enemigos cuando se entregaba a los placeres de Onán. Fueron con el chisme a Hitler, quien naturalmente puso el grito en el cielo y lo llamó. Este oficial no negó los hechos, por el contrario, admitió que se masturbaba para satisfacer una necesidad sexual y que, al hacerlo así, brindaba mejor servicio a la Nación porque no perdía tiempo en juergas y mujeres como los camaradas que lo habían denunciado y se la pasaban de putas en los cabarets. Desde luego, no podían ser putas alemanas, porque la raza aria no produce putas. La versión termina afirmando que Hitler bajó su enojo, reflexionó un tanto, pensó que era mejor una mano aria que una vagina de raza inferior, lo saludó casi calurosamente y le dijo que siguiera con esas sanas, eficaces y económicas prácticas, que ahí nada había pasado.

"Traté de mirar, sin que Beria [*] *se diera cuenta, por si me quedaba en las manos o en la manga de la camisa alguna traza, alguna comprometedora prueba de la pajota que me había hecho esa misma mañana antes de salir a recreo. No, no*

---

[*] Miguel no tiene reparos en el uso de la ironía: Lavrenti Beria —como muchos lectores recordarán— fue "el Torquemada" de Stalin, es decir, el jefe de la policía política en la peor época de los crímenes stalinistas. En 1953, tras el deceso de Stalin, fue destituido y condenado a muerte. [N. de A.]

es que haya sido yo alguien desordenado que andaba dejando su guasca por cualquier lado, pero, hay que entenderme, querido Luis, a razón de tres pajas por día, y con Beria a mi lado dispuesto a fusilar a todos los pajeros del ERP, cualquier indicio podía costarme la vida. Pero parece ser que no se veía nada y que, contrariamente a lo que dice la famosa vox populi, *no tenía la palma de la mano llena de pelos. Había salvado por el momento mi vida."*

¡Mire usted! ¡Y yo que a los quince años me gastaba mis buenos pesos poniéndome crema depilatoria en la palma de la mano!

"Después, con tranquilidad egoísta, entendí que, en su gran bondad, el Payaso quería que yo hablase 'médicamente' con el Rolo, para que no fuera una cuestión política (???); en eso el Payaso era bien stalinista ya que psiquiatrizaba y normalizaba a los peligrosos disidentes."

No sólo Stalin, no sólo Stalin... Mejor que no les cuente la historia de mi maestro de matemáticas, el muy católico Raúl Ruiz Moreno. En todo caso, pocas veces se ha visto un parecido tan grande entre un católico y un stalinista.

"En síntesis, fui a verlo al Rolo, más por curiosidad que otra cosa. En efecto, ¿cómo se haría el Rolo la pajota para que el propio Payaso, tres celdas más lejos, estuviera al tanto? Yo quería que me contara sus técnicas, sus emociones más recónditas y obscuras. ¿Cómo hacés, Rolito, dale, dale, cómo hacés? ¿Después de todo será cierto que cuando uno se hace la paja con la izquierda es mejor porque parece que fuera la mano de otra persona? Sin hablar de las razones invocables en el tribunal partidario en caso de deber ser fusilado por pajero: 'Sí, sí, compañero, me he hecho la paja pero... con la izquierda'. Quién sabe, quizás es un argumento válido. 'Rolito —le dije—, vos sabés cómo es el Payaso'. 'Sí' —me dijo muy tranquilo y sabiendo que hablábamos de un pobre tipo. 'En efecto, Rolito, es un «pobre tipo», pero no vengo a hablar con vos de los problemas del Payaso, sino que, mirá... ¿cómo decirte?... no sé qué pasa cuando te hacés la pajota, pero está al tanto y, en su homosexualidad reprimida, parece que lo pone nervioso que algunas pijas paradas anden por ahí, paseándose, y eyaculaciones subversivas puedan alcanzarlo, Rolito, hay que ser bueno con los enfermos."

El humor del relato no oculta la atmósfera autoopresiva sobre la propia opresión carcelaria. Hemos charlado con muchos presos sobre este tema y en la mayor parte de los casos se muestra esta dualidad. Se afirma que la estructura orgánica del partido, esa disciplina férrea —más que férrea, dogmática—, esa fuerza colectiva, era lo que hacía posible soportar la dureza de la vida carcelaria. Pero, a la vez, el terrorismo ideológico interno, impuesto, autoalimentado, soportado a voluntad ha sido de un peso no siempre estimado. Sin embargo, la

veta humorística del relato de Miguel, si bien en este caso es atributo propio de él, era bastante común. La mayoría de los compañeros y compañeras recuerdan el humor —y lo mismo en toda la vida militante— que se gastaba en situaciones incluso de muerte inminente. Esto parece ser una de las expresiones más cabales de la existencia de "el otro partido", del que hablábamos en la carta anterior. Miguel y el Payaso son el partido oficial; Miguel y el Rolo son el otro partido. Y, como veremos al final de la carta, el propio Payaso tendrá también su cuota de "el otro partido".

"Rolito habrá pensado: 'Virulana está cada día más loco, debería hacerse un poco menos la paja', pero la cosa quedó ahí, no fue fusilado. Al recreo siguiente fui a hacerle al Payaso el relato de lo que había pasado y le expliqué muy seriamente que en los últimos estudios de medicina hechos en el congreso de Tuucatiti (uno podía siempre contar con la ignorancia de Payaso) se había hablado mucho de las consecuencias irreversibles de un largo período de abstinencia sexual. Le expliqué las dos primordiales: por empezar una impotencia total, y segundo el desarrollo inevitable de tendencias homosexuales irresistibles. Le dije que a mí no me importaba, que un revolucionario no debía temer a esas pavadas, y para coronar la cosa le dije que esos trabajos estaban corroborados y desarrollados por la Academia de Ciencias de la URSS. Para quien no conozca, es la única Academia de Ciencias donde para entrar había que ser analfabeto de tres generaciones y oligofrénico profundo."

De acuerdo, de acuerdo. Pero, los académicos fueron así, precisamente, por abandonar las raíces y una epistemología "natural" para embobarse y pasar a ser la expresión extrema de la razón de Occidente. Sólo que, como se trataba de una sociedad capitalista sin capitalistas, dicha razón, además de extrema, fue, mientras duró, una caricatura de sí misma. Crearon una racionalidad para lograr que un país capitalista sin capitalistas pudiera ser administrado por comunistas que no eran comunistas. Imaginación no les faltaba a los soviéticos, ¿no? Por otra parte, nobleza obliga, tanto el macartismo como la práctica de las universidades norteamericanas no están demasido lejos de ese analfabetismo y oligofrenia cuando afirman que la democracia en los EE.UU. es más perfecta que la europea porque en este país no podrían ganar los socialistas. Siempre se ridiculizó a los soviéticos porque Stalin había negado la teoría de la relatividad, pero nunca se dijo que la CIA afirmaba que dicha teoría era marxista ya que estaba inspirada en la dialéctica, y que Einstein estuvo sospechado de comunista hasta su último día, incluso con un frondoso legajo en el FBI. (Menos mal que uno tuvo a su abuelito que le contaba cosas, si no, quedaríamos bajo la desinformación periodística.)

"Este último argumento, o el conjunto, o no sé bien qué es lo que finalmente fue eficaz, pero, a partir de esta charla, día a día vimos que el Payaso tenía unas ojeras cada vez más grandes y dicen —claro está las malas lenguas— que no le daba más la mano a nadie si no se la había afeitado bien por la mañana."

Me quedan resonando estas palabras de Miguel:

"La vida no es algo personal... ¡Mueran todos los moralistas que saben cómo debemos vivir nuestra vida y que hacen todo para dominarnos!"

Capítulo X

LOS OLVIDADOS

De corajes y descorajes

Reino sigue en Finlandia (véase "Reino y Guillermo"). Se hace llamar "Viejo Ukko", no me pregunten por qué, tiene que ver con la mitología de los bosques de abedules. En su última visita a Buenos Aires, no nos alcanzaron las noches de mate, vino y asado. Algunos apuntes saqué. Lo que sigue más que un diálogo fue un "monodiálogo". ¡Hablar de heroísmos y valentías!

Siempre discutimos lo mismo él y yo. Y claro que reivindico a Belgrano por sobre todos los generales que ha tenido nuestro país. Un abogado de voz aflautada, medio señorito, que no sabía andar a caballo en un país de gauchos... Digo más, ¡que se cayó del caballo frente a la tropa! Un general que tuvo que asumir las derrotas, un genio para la organización de la retirada digna. ¿Qué decís? ¿Que la gracia está en ser cobarde y disimularlo? Bueno, no sé, tal vez no lo formularía así. En todo caso, me has hecho acordar de la historia del dentista.

Dale, hacete cargo vos de la pava y cambiá la yerba que yo te voy a contar un ejemplo de nuestros héroes aunque tuvieran que ayudarse con una ginebra. Un coraje que no estuvo dado por el mérito de la valentía sino por la actitud de dignidad consigo mismo. Porque como vos decías recién: enfrentar la incertidumbre, la tortura, la muerte puede ser, en efecto, menos difícil que confesar una intención "vergonzosa".

¿Te acordás de Alberto? Sí, de Alberto, aquel abogado santafecino que de abogado lo único que tenía era el título. Siempre condenaba la abogacía, porque decía que si se es fiel a la ley no se puede ser fiel al cliente, y viceversa. El otro día lo llamé, después de mucho tiempo y sigue igual: es la materialización de la ética.

El asunto es que Alberto había pasado a la clandestinidad en su provincia y el partido lo trasladó a Zárate. Fue a fines de los '60 o principios de los '70. Se instaló en la regional e inició la vida de militancia clandestina, con buenos

documentos falsos, y hasta le conseguimos trabajo como dibujante técnico en Esso Sapa de Campana. Bueno, Alberto es un artista, tiene una mano para el dibujo extraordinaria. Un gringo apasionado, muy inteligente y cultivado. Nos hicimos amigos de inmediato. Sí, sí, ya sé, no me lo recordés, no todos los compañeros eran amigos; es más, por esas cosas de la época, el amiguismo estaba censurado.

Un día tuvo un problema con la dentadura y no sé quién le dio la dirección de un dentista de Zárate que era un tipo muy piola, "progresista" de izquierda, que no le iba ni a cobrar mucho ni hacer preguntas comprometedoras. Y bien, allá fue Alberto, y el hombre lo atendió. Parece ser que charlaron, inevitablemente, de política, y Alberto se quedó con la impresión de que el tipo simpatizaba con la guerrilla. Pero, claro, no se iba a deschavar. Como era costumbre, me pasó el dato para que yo lo transmitiera al frente que correspondía para apalabrarlo al dentista... no, ni me acuerdo cómo se llamaba.

El asunto fue que unos años después Alberto cayó preso en Zárate, bastante pesada la mano. Lo trasladaron a la Capital y lo interrogó y torturó el propio comisario Villar, ése que después hicieron volar los Montoneros. Claro, vos te acordás cómo era en los tiempos de "la Chabela". Entre abogados y presiones, a los pocos meses salió. Por supuesto, no podía regresar a Zárate, y fue trasladado a otra regional, a su segunda clandestinidad, con otros documentos. Pero por una de esas pelotudeces que solíamos hacer, en una oportunidad le dieron una tarea en Zárate, con el agravante de que el contacto no fue a la cita y Alberto tenía que esperar el recambio al día siguiente. Te imaginás qué situación: doblemente clandestino, en Zárate, donde no podía pisar ninguna de las casas conocidas sin comprometer a alguien y ¡encima! tener que esperar hasta el otro día. Además, esta ciudad era por ese entonces un pueblo donde no había bares para ir pasando la noche, menos aún hoteles más o menos seguros. Tampoco creo que Alberto tuviera plata para pagar un hotel decente.

Alberto cuenta que no sabía qué hacer, y eran ya las ocho de la noche. Para mediados de los '70 Zárate se había puesto pesada. Por esos tiempos fue la historia de la guerrilla industrial y la represión de Isabel y López Rega, que empezó en el Tigre y recorrió todo el cordón industrial sobre la ribera del Paraná hasta San Lorenzo. La cuestión fue que, quién sabe por qué tretas del espíritu, Alberto se acordó del dentista "progre" que lo había atendido un par de años antes.

Se armó de coraje, fue a la casa y le tocó timbre. Salió la mujer y él le preguntó por el doctor. Ella dijo que no atendía a esa hora, pero él insistió diciendo que era un amigo. En fin, el tipo se asomó extrañado y por ahí medio recordó al

paciente. Alberto le dijo que lo traía otro asunto y el tipo lo hizo pasar a la sala comedor de su casa.

La mujer los dejó solos. Desde el interior llegaban los sonidos del ajetreo de la casa preparándose para la cena, los niños berreando por los deberes del colegio, la TV a todo volumen, bueno... vos sabés cómo son las casas de nuestras clases medias y no medias.

¡Pará, che!, no me apurés, que estas cosas hay que contarlas bien, y ésta vale la pena. Ya se lavó de nuevo este mate, las yerbas vienen cada vez peores.

Bueno, el asunto es que Alberto fue al grano, jugado por jugado se largó directamente. Le dijo que era del ERP. (El tipo abría cada vez más grandes los ojos.) Que estaba clandestino porque había salido reciencito de la cárcel, que tenía documentos falsos y se encontraba de paso en el pueblo y que debía hacer tiempo hasta la mañana siguiente. Le dijo todo despacio, pero sin anestesia. El tipo pasó del asombro al nerviosismo, del nerviosismo al temor... Miró hacia el interior de la casa, como calculando si eran escuchados o tratando de ver a sus hijos; en fin, una situación desagradable —por decir lo menos— no sólo para el dentista sino también para el propio Alberto.

Bien, el asunto fue que al fin el tipo le respondió que simpatizaba con la lucha, que nos admiraba mucho, que creía que éramos lo único serio del país, consecuentes y decididos y que sé yo cuánto más.... pero que "lamentablemente" él no podía ayudarlo, que tenía que pensar en su mujer y en sus hijos. El hombre casi lloraba.

¿Qué le dijo Alberto? Ni él recuerda qué. Le daba más lástima a él que al otro. Bueno... sí, parece que le dijo que no se hiciera problemas, que su situación personal y familiar era comprensible, que después de todo él, Alberto, se iba a arreglar y que perdonara el "pechazo", que ya se iba. Dice que se levantó sonriente —supongo que no sería la sonrisa de la Gioconda precisamente— y que se retiró caminando despacio. A sus espaldas quedaba el rostro descompuesto del dentista.

Se fue lamentando mucho haber puesto al hombre en esa situación. ¡Pobre tipo! ¡Qué cagazo, viejo! Y no era para menos. Sólo por eso nada más podía ligarse una bomba en la casa o ser secuestrado. Vos sabés que era así, por menos que eso hay desaparecidos acá.

Entonces, Alberto empezó a deambular por las calles de Zárate. Ya estaba oscuro. Caminaba evitando la Justa Lima de Atucha, Rivadavia, 19 de Marzo y las calles de tránsito. Al rato, en plena caminata, se le acercó un coche. Alberto pegó un respingo y las piernas le empezaron a aplaudir. Sin embargo, no tuvo tiempo de cagarse encima porque reconoció al dentista, quien evidentemente había salido a

rastrearlo (eso, en Zárate, no era difícil). El auto arrimó al cordón, se abrió la puerta y el dentista le susurró agitado: *"Subí, subí, por favor".* Y Alberto, rápido como siempre, subió sin discutir. No, no te apresurés, él ni pensó que podía ser un cana. Alberto subió pensando que el tipo había encontrado la manera de ayudarlo llevándolo a otra parte. A veces pasaba así, vos lo *sabés* tanto como yo.

El dentista estaba más nervioso que soltero empedernido ante el altar esperando a la novia, y mientras conducía —medio torpemente— repetía una y otra vez: *"Perdoname, no puedo, no puedo, perdoname, no se puede...".* Alberto pensaba: *"¿Qué no podés?",* pero no decía palabra. En un momento el otro se respondió solo: *"No puedo dejarte así, vení, vamos a mi casa, ya nos arreglaremos".* Y seguía con su monólogo: *"Es increíble cómo suceden las cosas"* —o intentaba relajarse diciendo—: *"¿Quién lo iba a decir?... del ERP".*

Llegados a la casa, le presentó a su mujer; los chicos ya estarían en la cama. Comieron algo, mejor dicho Alberto comió porque el tipo empezó con el vino y apenas si mordisqueó. La mujer retiró la mesa e hizo mutis por el foro. El vino se terminó y el anfitrión trajo una botella de whisky enterita. Alberto dice que él se hace corresponsable de haber terminado el vino pero que "el alpiste" apenas si lo probó. El cagazo de ese hombre era monumental y lo combatía con el whisky. ¡Bendito whisky! Alberto estaba palmado y esperaba que el otro le ofreciera un sofá o algo para tirarse algunas horas. Pero el dentista seguía hablando y chupando como un descosido. El temor se le había transformado en pánico, y a más pánico, más whisky y más locuacidad. El tipo hablaba y hablaba, preguntaba cosas y se las respondía él mismo. Alberto se caía de sueño.

Cuando el huésped vio que la botella de *scotch* llegaba a su fin sintió un gran alivio y empezó a ver el ansiado sofá más cerca. Ya eran más de las tres de la mañana, pero el dentista fue a la cocina y se consiguió una petaca de ginebra. Se le había acabado el alpiste pero no el pavor y empezó a seguirla con los hollejos. A esta altura, Alberto se dio cuenta de que el pobre anfitrión ya no podría irse a dormir, el pánico lo dominaba. Bueno, no, tenés razón, él estaba dominando, a su manera, al pánico, porque de hecho, aun sin dormir estaba dando refugio al perseguido. Caso único este de una casa cuyo dueño protegía al perro.

Sí, sí claro, el dentista recurrió al alcohol. ¡Pero qué querés que te diga, viejo! Yo, dentista, voy al consultorio y me mamo con anestesia bucal. Ponete en el lugar del tipo. Sin comerla ni bebería, le cae un sujeto que dice que es del ERP, clandestino, en Zárate. ¡Qué te parece! Nosotros no necesitábamos el whisky, claro, estábamos jugados, ya habíamos cruzado el Rubicón, el Paraná y el Amazonas. Nosotros éramos fieles a la organización y a un objetivo claro y

estratégico. Pero, escuchame, Gordo... Ese tipo, con whisky o sin whisky, con ginebra más o ginebra menos, fue fiel a sí mismo. Alberto dice que cuando el sol ya pegaba en la ventana, el hombre fue a la cocina y le preparó café, para el huésped, ¡por supuesto!, porque él iba a persistir a muerte en su pedo, si era lo único que lo mantenía de pie sobre su pánico. Finalmente, cerca de las ocho, Alberto se despidió agradeciéndole la ayuda. Y cuenta que el dentista, con los ojos enrojecidos por la vigilia y sobre todo la tremenda curda con que había sostenido su coraje, tenía la cara de la persona más feliz del mundo.

Bueno, Gordo, ya basta con este mate desahuciado. Ahora vamos a darle un poco a la santa ginebra y después me contestás qué te parece a vos: ¿en qué consistía la felicidad del tipo?, ¿en la satisfacción de haber dominado el miedo o en el alivio porque el huésped se iba?

La banda de Manuel Gaggero

Hace un buen tiempo, por 1994, creo, bajaba yo de un taxi en las puertas de la Feria del Libro, cuando vi venir a Manuel, casi leyendo mi libro *Hombres y Mujeres del PRT-ERP* mientras caminaba. Gastaba algunas pintas blancas que le sentaban muy bien y que no me impidieron reconocerlo enseguida. Habían pasado varios años desde nuestro último encuentro personal o desde aquel intercambio de "minutas"[*] nada simpáticas. En Madrid nos habíamos distanciado por cuestiones políticas, y ahora lo veía llegar, gritándome ya a la distancia —porque él también me había visto y reconocido— y agitando los brazos con una sonrisa que le estiraba la barba.

Unas semanas antes, Raúl, el editor, me había preguntado a quiénes quería en la mesa de presentación de mi libro —que se realizaría ese día—, y yo le había respondido, en cambio, a quiénes no quería: *"No quiero figurones, quisiera compartir con los que han puesto el cuerpo".*

—¿Qué te parece Manuel Gaggero?

—Sería ideal, pero quién sabe si me va a dar pelota, quedamos peleados.

—¡Pero vos lo tratás muy bien en el libro! Aunque no lo nombrás, se nota que te referís a él.

---

[*] Pequeños escritos internos sobre los asuntos ideológicos, políticos y/u organizativos del partido [N. de A.]

—Nobleza obliga. Es la verdad histórica que yo viví. Yo no estoy peleado con Manuel. Esas cosas pasaron.

—Yo lo invito en nombre de la Editorial, a ver si acepta...

Manuel me abrazó como en los tiempos del FAS y el diario *El Mundo* diciendo a quien quisiera oír, mientras señalaba mi libro: *"Por fin encontré a alguien que me explica qué es lo que pasaba en el PRT, sobre todo, lo que me pasaba a mí".*

Entonces recordé que yo había escrito bastante sobre el trabajo de Manuel en el PRT sin nombrarlo por razones de discreción.

Y así nos reencontramos. Todos conocen a Manuel, y el que no lo conozca debería conocerlo. Los viejos, porque Manuel es una especie de corte transversal de toda una época política, y los jóvenes, porque Manuel sigue incorregible, firme, optimista, en el campo de los "perdedores", y es una especie de biblioteca viviente de las últimas cuatro décadas. Conoció a casi todos los personajes, célebres y no tan célebres, desde Perón y Cooke hasta el Che y Santucho, y tiene una memoria de elefante y la suficiente picardía entrerriana como para guitarrear cuando ésta le flaquea. En esos casos, quizás lo que cuenta no sea la rigurosa verdad, pero es de una verosimilitud tal que merecería serlo.

Manuel Justo Gaggero es un escritor oral. Alguien tendría que preparar varias docenas de cintas y grabarlo antes que sus recuerdos empiecen a trocarse en bolazos por obra de la Madre Natura. Pero, además, Manuel posee una virtud que lo hace intemporal: el optimismo. Un envidiable optimismo constitutivo, diría yo, a contramano del "carácter nacional" o del rasgo cultural de los argentinos. Optimismo que no deja de crear problemas, por supuesto, que obliga a tomar ciertas precauciones prácticas en caso de trabajar con él, que puede producir situaciones desagradables e irritantes, en fin, que tiene sus riesgos. Pero es tal la fuerza subjetiva de dicho optimismo en un país de pesimistas que bien valen la pena los riesgos.

Aquí no voy a hacer una biografía de Manuel, ni su apología ni voy a defender sus concepciones. No siempre comparto sus posiciones políticas concretas, ni me preocupa no coincidir con él, porque en última instancia estamos en el mismo campo y prevalece la amistad; en todo caso, "nos unen las diferencias", como suele decirme mi amigo Miguel.

Aquí sólo *quiero* contar un poco mi relación política con él en los años '70 y, a través de esa trayectoria, hacer justicia con *los conocidos y desconocidos compañeros* del llamado "frente legal" del PRT-ERP, olvidados, cuando no

vilipendiados porque supuestamente no pertenecían al grupo de los que no pasábamos la prueba de parafina. Recordar que ellos, los que organizaban el Frente de Liberación, los que presentaban los amparos por los presos políticos, los que se encargaban de la prensa legal, los que daban la cara en nombre del PRT o actuaban en organismos satélites o halógenos, estaban más expuestos a la represión y a su vez eran los más indefensos. Entrar desarmado en un juzgado, en las oficinas públicas, verse con los políticos progresistas o en determinados sindicatos era mucho más peligroso que entrar a punta de fusil en los cuarteles.

Lo curioso de Manuel —y esto a la vez lo pinta entero— es que fue el único caso de un peronista, un peronista de la primera hora, que en momentos en que su movimiento accede al gobierno después de dieciocho años de proscripciones y luchas clandestinas, se va y se incorpora al PRT, partido este que habrá tenido sus defectos pero no el de "coquetear" con el peronismo, precisamente.

Por aquellos días lo conocí y simpaticé de inmediato con él, porque además siempre he respetado a los auténticos peronistas, con los cuales me he criado en la familia y en el barrio de la niñez, en el mismo grado en que me fastidian los advenedizos marxistas que se "peronizan", que conocen al peronismo sólo a través de los libros de Hernández Arregui o de Abelardo Ramos —quienes tampoco eran propiamente peronistas—, y luego se transforman en más peronistas que Perón. ("Más papistas que el Papa", "más inquisidores que la Inquisición" y así: una *fatalidad* de todos *los conversos* que fueron y serán.)

A pesar de esta inicial predisposición mía favorable hacia Manuel, creo que de entrada hubo un equívoco entre él y su grupo y yo. (Esto ya lo veremos andando.)

El asunto era que el PRT tenía la estrategia que llamábamos "los cuatro pilares": el Partido, el Ejército, el Frente de Liberación Nacional y Social y la Solidaridad Internacional (todo con relevante mayúscula). En teoría, todos de la misma importancia para llevar a cabo un proceso revolucionario que intentara alcanzar el poder popular. En teoría... porque en la práctica, al tercer pilar, o sea el Frente de Liberación, se lo intentaba manejar "de taquito", sí, de taquito pero dispuestos a no perder la rigurosa hegemonía. Esta fue quizás la faceta más torpe de nuestra función como dirección del PRT, comparada con la eficacia en otras actividades como la propaganda, la militancia sindical, la organización o la misma acción militar. Sucedía que en todas estas instancias partíamos de la idea de que no sabíamos, que debíamos aprender a hacer propaganda, a combatir, por el método de ir de lo chico a lo grande, de lo sencillo a lo complejo. Se aprendía a caminar *caminando.* En cuanto a la faz sindical, ésta fue muy particular, pues

sobraba experiencia ya que había sido la herencia más sólida de Palabra Obrera (el partido trotskista que dio origen al PRT) y contábamos con muchos sindicalistas experimentados. Pero el Frente era el lugar de la política en el sentido tradicional de su nombre y la forma más o menos legal de la política del PRT. Allí pecábamos de la más grave de las ignorancias: *no saber que no se sabe.*

Manuel Gaggero, viejo militante —ya incorporado al PRT—, acostumbrado a esas lides, opositor por vocación y espíritu rebelde, paradójicamente negociador de oficio, conocía los tejes y manejes, tenía nada más ni nada menos que ejecutar esa política con un equipo muy activo que debía reflejar además la influencia del PRT en el llamado "frente de la cultura". Contra lo que afirma un historiador local, los intelectuales vinculados al PRT eran muchos más que esos dos gigantes: Haroldo Conti y Silvio Frondizi; a menos que dicho historiador considere *intelectual* sólo a los que han tenido "éxito" en las publicaciones, pertenecen a la "patria intelectual" o "resuenan" en círculos académicos.

Es cierto que el Buró Político le dedicaba muchas horas de su esfuerzo al "frente", estudiando la teoría de las alianzas, desde la alianza obrero-campesina de Lenin, pasando por todas las experiencias nacionales e internacionales, hasta definir la "alianza básica" de las cuatro clases sociales como las fuerzas motrices de la revolución: la clase obrera industrial, los campesinos, la pequeña burguesía urbana y los "pobres de la ciudad". Con esta armadura teórica como estrategia, trazaba las tácticas evaluando aliados, incluso destinando magnánimamente fondos para tal fin. Pero no podía zafar de un prejuicio muy enquistado: el temor que demasiada "política legal", por así decirlo, favoreciera el fantasma del reformismo y el populismo. Todos los militantes del sector legal eran, *prima facie* y mientras no se demostrara lo contrario, sospechosos de reformismo. *"Presiones de las clases hostiles",* se decía. Cuando esas "presiones" venían del peronismo, el temor se acrecentaba. Sin embargo, el propio Buró no era un cuerpo homogéneo, pesaban los orígenes de cada uno aun cuando después se respetaran las decisiones por unanimidad. Pero los orígenes afloraban, quizás inconscientes, en la aplicación de la política. Así, por ejemplo, Benito Urteaga venía, por tradición familiar y militancia propia, del radicalismo, y este antecedente se hacía sentir en su antipatía visceral hacia el peronismo, a punto tal de cegarlo ante la realidad (ejemplo extremo: puso en duda la previsible victoria electoral del justicialismo en 1973). Lo mismo ocurría con Mauro Gómez, que arrastraba las cadenas del PC. Asimismo, el peronismo era considerado por algunos compañeros —quién sabe por qué negaciones freudianas o taras congénitas— como un fenómeno porteño, del Gran Buenos Aires y de Rosario. El Gringo Mena y yo éramos los menos "anti" peronistas, lo que no quitaba que

arrastrásemos mayor dureza en la ortodoxia marxista. El hombre más amplio, sin dudas, fue Eduardo Merbilhá, a quien, no obstante, recién en los últimos tiempos se le encargó la responsabilidad del frente legal y ahí se vio la diferencia.

En los primeros tiempos, yo no tenía un conocimiento directo de este frente, más allá de las experiencias que había hecho en mi regional. Habíamos sido de los primeros en crear los "comités de base", incluso colocar concejales del PRT en Baradero. De todos modos, participaba colectivamente en el trazado de estas líneas y hasta escribiendo varios de los documentos y artículos en *El Combatiente,* pero mi actividad principal se dirigía a los problemas de infraestructura militar, organización sindical y política internacional. El Gringo Mena fue casi siempre el cuadro de organización, Carrizo y Gorriarán Merlo se dedicaban al Estado Mayor del ERP, y por lo tanto, la tarea del frente se repartía entre Benito y Mauro. Uno más "gorila" que el otro. Si a eso le agregamos que cada acción militar del ERP contra las fuerzas armadas, en tiempos de gobierno formalmente constitucional, producía un terremoto y las consecuentes grietas con los aliados, se puede calibrar las dificultades de Manuel y sus compañeros para "cumplir la línea".

En síntesis, para no abrumar, cuando me tocó hacerme cargo del frente, estaba convencido —como los demás— de que mi cuota de "dominio del marxismo-leninismo" me autorizaba a ir a "dar línea" a esos avisperos políticos, dicho esto, con la mejor de las ondas. Y allá fui, y me encontré con Manuel y su equipo. Y con ellos, ¡al toro!: a las discusiones con los aliados.

Si mal no recuerdo —y si Manuel, alguna vez, no me corrige— creo que allí lo conocí. Era el año 1974.

Del lado del PRT, Manuel Gaggero, Haroldo Conti, Tito Vaquela, el Negro Montenegro, Roberto Santoro, el irascible Humberto Constantini, Carlos Patiño, Rodolfo Matarolo, Aldo Comoto, Mario Reles, Raimundo Gleizer, Jorge Gianoni, Enrique Raab, Susana Viau, Carlos Laforgue, Luis Cerrutti Costa, Julio Huascar, Jorge Perrota; muy cerca de nosotros, Rodolfo Ortega Peña, Raúl Aragón, y también mi maestro de los tiempos de PRAXIS, Silvio Frondizi (el Viejo apenas me reconoció).

Del lado de los aliados y amigos, Alicia Eguren, Juan Cymes, Armando Jaime, Eduardo Luis Duhalde, el escurridizo Oscar Alende (al que habíamos tratado de "agente del imperialismo" en un documento del partido sólo unos meses antes).

Manuel hacía verdaderos malabarismos políticos para aplicar "firmeza estratégica y flexibilidad táctica", para congeniar la amplitud de las intenciones de la línea del PRT con su estrechez efectiva.

En el momento de mi primer encuentro con este grupo, veníamos de varias crisis. Una de ellas fue resuelta por Mauro, fiel a su estilo, con la expresión: *"Nosotros ponemos la línea y la guita, ustedes hacen lo demás".*

Escuchar directamente a los aliados y ver actuar a Manuel fue para mí una gran lección política. Me apercibí de dos cosas: la primera, que los aliados sabían al menos tanto como nosotros de marxismo; la segunda, que yo sabía poca cosa de política —al menos de esa política, la llamada "política legal"— y que mis saberes no eran menores que los del resto del Buró Político.

Y si insisto en esta palabra "saber" es porque se suponía que el PRT era *el saber.* Ese saber previo, ese saber *cuál era el camino,* ese saber, que en nuestro caso incluía también el poner el cuerpo, que lo autorizaba a ser *la vanguardia;* desde luego, en esa lógica, el Buró Político *debía ser* el más sabihondo. La sorpresa, para mí, fue que los otros *también* "sabían", además de poner el cuerpo. Por ejemplo, en determinado momento los aliados plantearon que la política debía dirigir la actividad armada, y yo les dije efusivamente que sí, que ésa era nuestra máxima. *"Como decía Mao Tse Tung, la política dirige al fusil".* Pero a renglón seguido afirmaron que ello significaba, en nuestra situación, que el ERP debía ser dirigido por el Frente y no por el Partido. Y mientras yo, superando la impresión de haber escuchado una herejía, me quedaba pensando en la razonabilidad de este juicio, ellos lo remataron con el ejemplo vietnamita en donde, efectivamente, el Frente de Liberación Nacional, el *Viet-min,* dirigía a la fuerza armada. Como se dice en criollo, "me corrieron con la vaina".

La "aliada" Alicia Eguren era una mujer, además de belleza perturbadora, de gran preparación y muy sagaz, que sabía jugar todas la mañas políticas que yo conocía sólo por el sindicalismo. *"Escuchá, pibe* —me decía—, *ustedes recitan a los vietnamitas y ellos son vaselina pura en política".* En una ocasión, mientras leía el editorial de nuestro periódico *El Combatiente* de pronto hizo visera con la mano izquierda y dijo en voz alta: *"'… bajo la luminosidad del marxismo-leninismo'... ¡uy, uy, cómo encandila!",* en referencia al abuso de los adjetivos que caracterizaba la prensa perretiana. Además, tocada por nuestra indiferencia a la conducción política de Perón desde su exilio y al pueblo que lo aguardaba y lo seguía como líder, agregó: *"Pibes, ustedes se olvidan de los dieciocho pirulos".* Y así continuó "leyéndonos".

Una tarde, reunidos bajo la sombra de unos paraísos en un lugar de retiro cristiano, Haroldo Conti acomodaba un excedido abdomen para su cuerpo alto y delgado, sentado a horcajadas en la silla, y hablaba poco —pero sus dichos eran

sentencias— y con un lenguaje no muy propio de un ex seminarista. Juan Cymes bombardeaba con las críticas al sectarismo del PRT, abogando por la democracia directa, con un "basismo" exasperante. Los demás, por el estilo. Yo no sabía bien qué decir. Bueno, sabía exactamente *qué tenía que decir,* pero ello no era pronunciable en ese ambiente que —un poco a mi pesar— me cautivaba por la creatividad. Manuel "gambeteaba" con gran estilo, dejaba que los aliados-adversarios descargaran sus energías y respondía no pareciendo tener en cuenta la advertencia que había recibido sobre este "comisario político" —o sea, éste que tipea—, que estaba sentado a su lado. Creo que le habían informado bien y mal. Que este Luis era uno de los "duros" del Buró Político. En realidad, yo vivía una contradicción íntima entre mi faceta de "duro", que aplicaba la rigurosidad de la línea, y mi desconcierto por las fintas de Manuel.

El solar se compartía con otros peregrinos y debíamos simular ser un grupo de cristianos que estábamos de retiro y reflexión. Cuando algunas personas, que paseaban por ese bosquecillo, se acercaban demasiado, había que cambiar de tema, y allí Juan Cymes mostraba una inusitada rapidez. Sin interrupción aparente hablaba del tango, del maestro Osvaldo Pugliese, tema en el cual yo lo podía seguir con más soltura y pasión que en "la política de alianzas". Haroldo, tremendo juguetón, se prendía y nos provocaba diciendo que lo único que le faltaba al *troesma* era hacerse jazzista. La teatralización salía perfecta porque el tema nos entusiasmaba, al punto que, cuando el peligro se alejaba, había que hacer un esfuerzo para volver al "orden del día".

En el Buró Político se armaba otro jaleo porque las cosas no salían a pedir de boca y Manuel recibía los palos que no querían o no se atrevían a darme a mí. Yo no podía menos que defenderlo e insinuaba que había que dar más autonomía al frente, que ellos sabían hacer las cosas mejor que nosotros.

"Hermano —hostigaba Urteaga a quien quisiera oírlo—, *Manuel nunca dejó de ser peronista. Luis se deja impresionar por el centrismo. Hay que aplicar la firmeza estratégica con la flexibilidad táctica". "Vacilaciones pequeñoburguesas"* —arengaba Mauro—, *le falta partido". "No vamos a decir que también le falta contacto con las masas"* —ironizaba a las carcajadas el Gringo Mena, poco proclive a las arengas.

Quizás era verdad, el corazón peronista de Manuel era evidente. *"El corazón tiene razones...",* pero ésas no eran las razones por las cuales él se transformaba en el chivo expiatorio de las dificultades de nuestra política en el frente legal; más aun, yo me convencía cada día más de que era al revés. Que

precisamente sus supuestas "vacilaciones populistas" o su "centrismo" permitían el desarrollo de los frentes legales. Una política de alianzas no puede ser *a todo o nada.* El Gringo Mena hizo una poca clara exposición señalando que, en la búsqueda de la combinación de la lucha legal con la ilegal, se caía a veces en la esquizofrenia, y que los compañeros del frente legal podrían estar recibiendo señales dobles desde el Buró Político. Su opinión fue lo más parecido a una autocrítica. Por su parte, Santucho matizaba las posiciones sin desautorizar a nadie e insistía en que los problemas en la superestructura política se resolverían con el afianzamiento del partido en la clase obrera. Pero no fue suficiente. Y la esquizofrenia era real.

Mucho antes, el diario *El Mundo,* financiado por el PRT, había sido pensado como *la voz del campo popular,* no sólo del PRT y sus aliados. Manuel, su director, lo tenía más claro que nadie. Pero las presiones del partido se hicieron sentir y se empujó al periódico cada vez más hacia el sectarismo político, no sin situaciones muy cómicas por lo paradójicas. El caso del columnista Contreras debería haber sido suficiente para comprender esa dualidad.

Contreras escribía sobre política internacional, y cuando se dio a luz pública la aparición de la JCR (Junta de Coordinación Revolucionaria) este cronista la presentó como una "nueva Internacional", algo así como la V Internacional alternativa a la IV. Escándalo generalizado. El director del diario, Manuel Gaggero, se vio obligado a "despedir" públicamente a Contreras sin consideración ni indemnización alguna. ¿Quién era "el famoso" Contreras? Nada menos que el Buró Político del PRT, y en ocasiones, el propio Santucho.

Por mi parte, no estuve demasiado tiempo a cargo del frente legal. Después del "rodrigazo" resolvimos mi trasladado a la estructura militar, de nuevo, y acepté sin mucho entusiasmo mi graduación como capitán; a partir de ese momento, me alejé de las actividades de Manuel. Sin embargo, las seguía indirectamente a través de la Mesa Sindical que continuaba bajo mi dirección y que, por ser una actividad también más o menos legal, tenía contactos con el frente.

Aldo Comoto era mi "puente interno" con Manuel. A través de él me enteraba de todo lo que pasaba. Y ocurrían muchas cosas buenas, a pesar de que la situación política general tendía al reflujo, y que los mejores tiempos habían pasado y se habían desperdiciado en buena medida. Pero, por suerte, Eduardo Merbilhá se había hecho cargo del frente y le imprimió su sello más abierto.

Volví a ver a Manuel en 1977, en Roma, en la reunión de abril del Comité Ejecutivo del PRT, en la que él expuso su visión para la política antidictatorial. Creo que era la primera vez que lo invitaban a participar en la sesión del organismo máximo

partidario. Justicia tardía pero justicia al fin. Pero también creo que fue la única vez. En efecto, Manuel fue aplaudido por todos, en particular porque la definición de "fascismo dependiente" para la dictadura de Videla daba lugar a ampliar las alianzas y, en ese sentido, él seguía siendo el más experimentado. Sólo que una vez más en teoría todo estaba bien; el asunto iba a ser la aplicación, pues el rasgo esquizofrénico del Buró Político no había cambiado para nada. Los personajes se repetían con los ropajes de los anteriores, parafraseando a Marx, *antes como tragedia, ahora como farsa.*

De todos modos, instalados en Madrid, Manuel retomó el "frente legal", y yo tuve la oportunidad de acompañarlo a diversas actividades y entrevistas con los potenciales aliados. Estábamos todos juntos creyéndonos un partido en la retaguardia preparándose para retomar la ofensiva. Quizás si nos hubiéramos considerado sencillamente un grupo de revolucionarios en el exilio —como lo sugeriría un compañero un tiempo después—, las cosas habrían salido mejor. Lo cierto es que la interna del PRT se complicó, y entonces nos abrimos en dos tendencias, las cuales a su vez se subdividieron...

Y Manuel se alineó con otro grupo. Lo lamenté de veras, y más aún al recibir una minuta firmada por él desde México —adonde se había trasladado criticando la acción del secretario general y su pandilla—, acusándonos nada menos que de stalinistas. Recuerdo que del lamento pasé al enojo y le contesté retomando los prejuicios del tiempo en que lo tratábamos de "centrista". Puras poses y chicanas de una contienda interna por el dominio de una estructura raquítica, explicables solamente por el estado de desesperación colectiva ante una derrota que todavía nos era incomprensible.

Suelo afirmar —juicio que no es mío— que la Historia es la más implacable de las diosas. Agrego que también es la más irónica y a veces hace justicia o por lo menos pone las cosas en su sitio. Porque mientras muchos de aquellos que trataban a todos estos compañeros aliados de "pequeñoburgueses" —desde la *supuesta* autoridad de una *supuesta* arma de fuego (obligado el uso de este segundo "supuesto", porque a veces ellos, los críticos, no tuvieron ningún arma en sus manos)— hoy explican la derrota por la "traición" de sus jefes, de quienes, sin embargo, habían sido bien obsecuentes, y su decepción parece justificarles el abrirse paso a los codazos para lograr un lugar en el sistema, sea éste una candidatura en el "partido de los ganadores", un espacio académico o el "éxito" editorial al precio de decir o escribir lo "políticamente correcto", Manuel sigue siendo *el mismo Manuel.* Empedernido optimista, responsable de su vida y

agradecido por lo que le tocó vivir, sin la mezquindad del resentimiento. Manuel sigue apostando a la persistencia.

Por eso fue que, cuando lo vi llegar, quince años después, en esa soleada tarde a la Feria del Libro, cálido como siempre, sin pedir ni rendir cuentas, sólo con la intención de acompañarme "como en los buenos tiempos", pensé: *"Entrerriano tenías que ser, para no ser rencoroso".*

PRAXIS en el PRT

PRAXIS —tal como ya recordé antes— fue un cantera de cuadros de fines de los '50 hasta mediados de los '60, que se desparramaron por diversos rumbos ideológicos y geográficos. Algunos de sus más petardistas ex miembros son hoy tan paladines de esta democracia, que consideran "subversiva" la carpa blanca, una tienda que instalaron los docentes frente al Congreso de la Nación para reclamar por mejores salarios y educación pública. Hay, entre los ex praxistas, uno que otro asesor del menemismo, y no faltó siquiera algún colaborador del dictador Onganía. Todo ello, sin embargo, no resta mérito ni a su fundador, Silvio Frondizi, ni a decenas de compañeros que fuimos sus consecuentes discípulos.

Entre los herederos de PRAXIS más notables con quienes tuve la suerte de reencontrarme en el PRT en 1974 estaban Aldo Comoto, que había sido mi formador teórico en el sindicalismo, allá por los '60, y Lito Valenzuela, a quien le decíamos "el Tarta".

A Lito me lo presentó "Chiquito" Eloy, un histórico del PRT de origen salteño, que yo había conocido en el V Congreso en 1970. Eloy actuaba siempre de "histórico" y de "proletario del norte", aunque nunca le observé callos en las palmas ni habilidad manual alguna. De todos modos era un compañero de extrema confianza y colaboró conmigo durante largo tiempo como mi secretario en la Mesa Sindical. Eloy tenía la virtud de recoger a todo compañero que anduviera perdido o desperdiciado por las desprolijidades organizativas o los prejuicios de nuestra peculiar sociología marxista.

En esas circunstancias el Chiquito Eloy presentó a la Mesa Sindical a Lito, tucumano aporteñado, bancario, muy inteligente y de una formación teórico-cultural digna de los ex praxistas, la que se difumaba un tanto en su carácter particular y por los prejuicios ante los tartamudos. Creo que me llevaba algo así como diez años, pertenecía a la generación anterior, esa que se había hecho trizas con la experiencia de la UCRI (Unión Cívica Radical Intransigente) y la "traición" del

ex presidente Arturo Frondizi, y que resultaba más frustrada que la nuestra que se había amamantado en los dorados '60 y la frescura de la Revolución Cubana. La paradoja de la gente como Lito consistía en que, formados en PRAXIS, eran cultos, muy sólidos ideológicamente y prácticos en política, pero fuertemente "herreros". Parecía como si la frustración de los fines de los '50 —a esa generación que empezaba a aproximarse a los cuarenta años— los apresurara a vivir con toda intensidad, a comprometerse hasta las últimas consecuencias. (Estos detalles no los tienen en cuenta algunos frívolos analistas actuales cuando hablan de "jóvenes imberbes".) Lo cierto es que Lito era un "fierrero" de aquellos.

Las reuniones de la Mesa Sindical con personajes de la creatividad, el entusiasmo, el humor y el desparpajo de Aldo Comoto y Lito Valenzuela, en contraste con la rigidez de Eloy, eran una de las mejores expresiones de la pasión de la época.

Aldo, con su melena enloquecida que empezaba a blanquear, lanzando sus agudas críticas al militarismo del PRT, recordaba a Einstein tratando de zafar del FBI, y Lito, desprolijo en el vestir, acentuando el tartamudeo cuando se acaloraba en la discusión citando a Marx, Sartre o Luckács, parecía el detective Colombus que sorprendía al final con las respuestas más inesperadas. Al Chiquito Eloy le resultaba muy difícil seguir estos vuelos intelectuales: *"Compañeros pequeñoburgueses* —decía en sus informes— *que no tienen la humildad proletaria pero son muy valiosos por su decisión revolucionaria".* Por eso, después de lanzar alguna de sus más afiladas chicanas, Eloy sonreía con satisfacción porque sabía que, a la postre, la irrefrenable tendencia a la acción de Lito le haría hacer causa común con él. Y así era nomás. El pobre Aldo se tiraba de los pelos, después de haber sentido que se lo había escuchado y que se compartía toda la razonabilidad de sus análisis, para arribar luego a una aprobación general de la línea militar del Buró Político.

En el fondo, Lito se había incorporado al PRT atraído por la lucha armada y su mayor deseo era ser trasladado a la Compañía de Monte, la guerrilla del ERP que accionaba en las montañas del noroeste. Así me lo manifestaba cada vez que quedábamos solos. Insistía en que estaba podrido de lidiar con los bancarios y en el MSB (Movimiento Sindical de Base), que el trabajo de masas era imprescindible pero en última instancia la cuestión se decidiría en el terreno militar. En algunos de los largos viajes de regreso de Córdoba, en su destartalado *4L,* me ametrallaba a preguntas sobre el estado de nuestras fuerzas militares, calibres y tipos de armamentos, me llenaba de propuestas sobre entrenamientos, frentes de combate y acciones posibles, y terminaba casi con un ruego insistiendo en que le facilitara el traslado al monte. Finalmente, en la segunda mitad del 75, el Comité Central

decidió la división del país en dos grandes regiones estratégicas con la militarización de la mitad de las fuerzas. Se inició un reclutamiento general para el monte y Lito estaba a la cabeza de la lista.

El día en que se decidió su traslado lo llamé por teléfono. Le dije más o menos así: *"Estás un poco pesado, reducí las tareas y empezá caminando unas veinte o treinta cuadras por día durante un mes, cuando llegués a las cien cuadras diarias hablaremos de nuevo".* Apenas pude escuchar borbotones de un tartamudeo del otro lado de la línea. (Mientras escribo esto puedo adivinar su alegría y su inmediata dedicación al elocuente ejercicio previo.) No lo vi por un mes hasta el día de su traslado, el último en que nos encontramos. Ese hombre, que ya estaba ingresando casi en la madurez, parecía un colegial en vísperas del viaje de egresados, había bajado de peso, le brillaban los ojos y casi no tartamudeaba. Al despedirse me hizo —¡él a mí!— miles de recomendaciones, que me cuidara, que estaba muy expuesto recorriendo el país, que no me olvidara la sentencia de los cubanos: *"La ciudad es el cementerio de los revolucionarios, chico",* que el partido debía aprender a cuidar a los cuadros. Él se iba a luchar a los montes de su Tucumán natal.

Lito fue incorporado a un contingente que se preparaba para abrir otro frente al norte de Tucumán a los efectos de aliviar la presión del Ejército sobre la Compañía de Monte que operaba a lo largo de la ruta 38. Sin embargo, cuando se decidió la toma del Arsenal Viejobueno en Monte Chingolo, en la provincia de Buenos Aires, esta unidad fue incorporada a la acción. Lito había sido un excelente tirador y estaba en el grupo de ataque principal. Y allí cayó, disparando su apreciado *FAL,* consecuente con su deseo.

Capítulo XI

ADIÓS A LAS ARMAS

El hombre que cerró la historia del PRT-ERP

A fines de los '70, instalamos los restos de la estructura dirigente y los equipos operativos en México, debido a que el Comité Central surgido del VI Congreso — realizado en el costado italiano de los Alpes— consideró que desde este país americano sería más fácil organizar el regreso del partido a la Argentina. Yo fui ratificado como secretario general, pero, dada la crisis interna, no se me otorgó un cheque en blanco ni mucho menos. Por otra parte, estaba convencido de que era menester reorganizar todo combinando una total amplitud política —por algo había convocado a un Congreso abierto a todos los hombres y mujeres que estaban comprometidos con el PRT sin parar mientes en categorías— con una rigurosa separación de los grupos para evitar el mutuo conocimiento. *"El secreto de la guerra es el secreto"* —me había dicho el general Arnaldo Ochoa en Cuba (véase "El general guajiro..."). Si bien ésta era una máxima general, en el caso de una organización arrojada al exilio, despedazada y desangrada por internas, se tornaba mucho más vigente. Los intentos de reinserción realizados hasta ese momento habían fracasado no sin dolorosos costos, y todas las precauciones eran pocas. Yo tenía la certidumbre de que había que asumir la responsabilidad con un Buró Político que podría ser satisfactorio como "discurso" y hasta por sus antecedentes, pero las veleidades sobre los "llamados de la Historia" por parte de sus componentes se expresaban en una mediocridad, estrechez e incompetencia operativa, que multiplicaba en forma alarmante la potencialidad de los riesgos.

Mi proyecto consistía en armar algo así como "dos partidos" dentro de Argentina: el uno se compondría de los grupos dispersos que no habían salido al exterior, y el otro, de los grupos que fueran ingresando "homeopáticamente" y sin contacto con los primeros. Con el tiempo y el previsible auge de la lucha popular, se vería cómo

se irían vinculando hasta recobrar la estructura clásica. Sin embargo, este complicado proyecto debía sortear un problema adicional: no contar con la aprobación del Buró Político, pues los "certificados leninistas" de sus componentes les hacían considerar dicho plan como "aparatista", propio del espionaje y no del "proletariado". Me encontraba, entonces, en un dilema de hierro: abrir la discusión sobre la cuestión operativa era un contrasentido, y a la vez, no contaba ni con el talento ni con la autoridad político-moral de un Santucho para imponerme, situación esta que dilataba aún más las operaciones de regreso y reinserción.

En ese microclima de euforias y depresiones, en que todos los días recibía a algún cuadro que amenazaba con "quebrarse", en donde por momentos no sabía si funcionaba como secretario general, cura, brujo o psicoanalista, mi único interlocutor era el espejo. *("Y... ¿qué hacemos, Luisito?")* Entonces, tomé una drástica decisión: organizar, bajo mi exclusivo control, las primeras operaciones compartimentando todo. Tenía en cuenta también la desastrosa "contraofensiva" de los Montoneros, y pensaba que, así como había sido comparativamente fácil salir del país, sería muy difícil ingresar. Era de suponerse que la dictadura tendría las fronteras severamente custodiadas bajo la apariencia de normalidad. En esto resultaba clave la comparación con Chile, en donde atravesar la frontera era, a ojos vistas, extremadamente difícil. El aeropuerto de Ezeiza, en cambio, parecía menos peligroso para un argentino ilegal convenientemente maquillado, que para un latinoamericano legal ingresar a Nueva York.

Los ingresos inmediatos estaban pensados con la gente menos conocida y por las vías comunes. Por extraño que pareciera para aquella época, la frontera más permeable era Brasil, país que salía de la dictadura que lo gobernaba desde 1964. Justamente por eso podría ser mayor la vigilancia desde el lado argentino. Tampoco podíamos olvidarnos del Plan Cóndor (el operativo de represión ilegal instrumentado por los gobiernos militares de Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay, Chile y Bolivia en los '70).

El balance de toda la trayectoria del PRT indicaba que la falencia principal en cuestiones operativas consistía en no prever alternativas a lo que se planificaba. Con todos estos elementos de juicio, decidí establecer puestos fronterizos de apoyo al ingreso a largo plazo. Uno de ellos era la poco esperada frontera con Bolivia que, dadas las características, usaría sólo como alternativa y en casos especiales. Allí teníamos amigos y compañeros de otras organizaciones.

Y entonces lo convoqué a Diego para tal fin.

Diego es un compañero de algunas dotes notables, inteligente, decidido y sobre todo con capacidad de iniciativa, cualidad esta indispensable, pues, una vez lanzado, él debería resolver por su cuenta sin esperar instrucciones para cada paso.

Más allá de infinitas recomendaciones de mi parte y, sobre todo, la de establecer un mecanismo de comunicación directa conmigo, las directivas eran por demás sencillas. Debía viajar a Perú, país en que todavía existía cierta seguridad, y desde este lugar estudiar la forma de ingresar a Bolivia. Una vez allí, intentaría radicarse y conseguir trabajo con ayuda de los contactos, y se dedicaría al estudio sistemático de los pasos fronterizos legales e ilegales hacia Argentina. También debía establecer casas para recibir a posibles viajeros; en fin, todo lo que considerara conveniente para sostener eventuales ingresos clandestinos al país. Todo ello, siempre desde territorio boliviano. Se le recomendaba muy especialmente no ingresar a Argentina hasta nuevas órdenes.

Diego preparó por su cuenta todos los elementos necesarios de modo tal que evitaba la intervención de terceras personas. Y llegó el día de la despedida. Dejó en mis manos —para custodia— documentos, fotografías familiares y algunos objetos personales, entre ellos una bota de vino todavía sin curtir. Le prometí entregárselos en nuestro próximo encuentro, ya fuera éste en Bolivia o bien de regreso ambos a Argentina. Y allá se marchó, con su pasaporte falso, los documentos políticos del Comité Central, un poco de dinero, un cepillo de dientes y su bolso con una muda de ropa. (Al verlo partir, me recordó a Jan Valtin, que relata sus historias como organizador de la Internacional comunista en su obra *La noche quedó atrás,* siempre viajando como polizonte.)

Diego tenía que desaparecer de México, donde era muy conocido porque había organizado todo el partido en la colonia, por lo tanto, se argumentó que había sido enviado a Europa. No caben dudas de que nadie se lo tragó y que todos pensaron que se había ido a la Argentina. La verdad pegaba en el poste (pero en ciertas dramáticas circunstancias es mejor una mentira como media verdad que una mentira completa).

Una vez que se hubo instalado en Bolivia recibí los primeros informes de su buen estado de salud, y sin mayores detalles, puesto que las vías eran supersecretas y lo que se esperaba de él iría para largo.

La interna del PRT se complicó mucho más, y el Comité Central decidió mi reemplazo como secretario general y finalmente mi separación del Buró Político. Debí entonces comunicarle a mi reemplazante la misión de Diego y otras operaciones secretas destinadas al regreso colectivo al país. Le mandé un mensaje

a Diego, explicándole la situación y el cambio de jefe y las instrucciones para que se comunicara con él. Pero... ¡el Diego se rebeló! Me comunicó que a partir de allí cortaba toda comunicación, que continuaría su misión hasta el fin y sólo aceptaría instrucciones de mí o del nuevo secretario general sólo en territorio boliviano o argentino. Como, independientemente de mi situación orgánica, yo pensaba regresar al país de manera clandestina, acepté su rebeldía pensando que utilizaría esa vía para mi ingreso y que allí lo contactaría. De todos modos, Diego y su misión no eran de "mi propiedad", por lo tanto, le pasé el contacto al nuevo secretario general. De acuerdo con las reglas de tabicamiento,* una vez transferida la responsabilidad no se debía preguntar más.

Sin embargo, la interna siguió complicándose hasta que yo quedé fuera del partido. Más adelante —por una tragicómica historia sucedida en México, de la cual no me hago cargo y cuyas consecuencias fueron la prisión del secretario general y parte del Buró Político (historia que, en todo caso, alguna vez contarán sus protagonistas)—, me vi obligado a abandonar perentoriamente el territorio mexicano y fui a dar con mis huesos a la cálida Suecia. Llevaba conmigo lo máximo que se puede cargar en las maletas para un vuelo regular, pero no olvidé los efectos personales de Diego. No quise dejarlos en manos de nadie ante la gran incertidumbre del momento.

Desde Suecia tomé contacto con el secretario general —una vez liberado éste— y, con suma discreción, le pregunté por la salud de Diego y él me respondió, de modo vago, que la situación estaba bajo control.

Mientras tanto, en la patria los acontecimientos se precipitan. Se produce la guerra de las Malvinas y la dictadura empieza a resquebrajarse. Me entero de que los compañeros organizados por el nuevo secretario general comienzan a reinsertarse en el país, y estonces doy por hecho que utilizarán también la infraestructura de Diego, pues intuyo que él seguirá bien.

De todos modos, en el fondo, yo sentía una inquietud, la sensación de algo que no estaba terminado, el deseo de viajar a Bolivia sólo para contactar a Diego y así cerrar "la operación" que le había encomendado. Traté de rastrearlo a través de algunos viajeros, pero fue en vano. Diego empezaba a desaparecer. Cada vez que me topaba con el sobre que contenía sus cosas o veía su bota de vino —que había colgado en mi biblioteca—, me venía la sensación de que algo había sido mal

* Véase nota de pág. 131.

hecho. "Cargos de conciencia", se los llama. Para mí la historia se cerraría cuando le entregara a Diego sus pertenencias en sus propias manos.

Los años pasaron y finalmente regresé a Argentina en 1986, de la forma nunca pensada: por la puerta ancha del aeropuerto de Ezeiza y con el primer pasaporte legal que tuve en mi vida, otorgado por la Embajada argentina en Estocolmo. Me reencontré con mucha gente, a otra no la vi por largos años. A esa altura pensaba que Diego habría regresado y se habría instalado en el norte de Santa Fe, de donde yo creía que era oriundo. Pero todas las redes que arrojé al mar de los sobrevivientes llegaron vacías de peces.

El sobre de Diego seguía en el cajón. Y la bota, sin curar todavía, colgada en uno de los anaqueles...

Ya avanzada la década del '90. Es de noche. Llego a mi casa y escucho un mensaje en el contestador telefónico. Un fulano me avisa que ha pasado por Buenos Aires un amigo mío de Bolivia y no me ha podido contactar. Llamo de inmediato a este fulano y le pido las señas de mi amigo. (Entre paréntesis, yo no sé el nombre legal de Diego, pero por las señas que me da el fulano barrunto que se trata de él.) Después de varias llamadas, este contacto me da el teléfono en la ciudad de Santa Fe. Y llamo:

—¡Hola! ¿Hablo con el número tal de la ciudad de Santa Fe?

—Sí, señor —me contesta una voz femenina.

—¿Está el Flaco?

—¿De parte de quién?

—De un amigo de Buenos Aires, Luis.

Unos segundos de interminable espera, luego la voz de Diego, como si nada:

—¡Hola, flaco! —dice así nomás.

Le respondo estúpidamente:

—Loco, ¿dónde estás?

—En casa de mis viejos, pero vivo en Bolivia.

—¿Pasás de nuevo por Buenos Aires?

—No, pasado mañana me regreso a Santa Cruz.

Sin pensar más, en un impulso, le digo como si estuviera en la otra cuadra:

—No te muevas de donde estás, voy para allá.

Tenía muchas actividades programadas para el otro día. Las cancelé todas y tomé el primer ómnibus en Retiro hacia Santa Fe. Al otro día, un taxi. Y llegué a

la casa de sus padres. *"Que se fue a jugar un partido de fútbol. Él sabía que usted venía pero no sabía a qué hora."*

Al cabo, llega. Canoso, largamente cuarentón, flaco e igual que siempre. Después del abrazo, le entrego el sobre con sus papeles y sus fotos familiares, pero... ¡la pucha!, me he olvidado la bota en Buenos Aires. A él le parece increíble que yo le haya guardado esas cosas tantos años. A los dos nos da la impresión de que todo el tiempo del mundo será insuficiente para hacer presente el pasado. ¡Tenemos tanto para contarnos! Sin embargo, a las pocas horas sentimos que el tiempo no ha transcurrido...

En un momento, me cuenta, con un dejo boliviano, que, nomás llegado a Bolivia, al día siguiente los milicos dan un golpe de Estado.

"Ya estaba adentro, hermano, no podía retroceder."

Se ríe como contando una travesura.

... Que hizo los contactos, que se fue instalando tal cual las instrucciones recibidas, que consiguió trabajo, que armó las infraestructuras y empezó a reconocer las fronteras. Me dice que al enterarse de mi destitución como secretario general decide continuar con la misión hasta que alguien pase por ahí. Que mientras tanto afianza su enraizamiento en el medio y llega a conocer al detalle el funcionamiento fronterizo. Incluso, que ingresa a la Argentina tres o cuatro veces violando las instrucciones. Que se vincula a los movimientos sociales del país, ¡ah, y eso sí!: que siempre mantiene la infraestructura, razón por la cual se ha radicado allí.

"Los esperé un año, dos, luego vino la guerra de las Malvinas, después la retirada de la dictadura, al final me cansé de esperarlos y me casé."

Ahora tiene esposa e hijos bolivianos. En Bolivia, país de profundo raigambre indígena, trabajando en los movimientos sociales, ya que —me aclara— como extranjero no podía hacerlo en la política, Diego ha desarrollado su agudo espíritu crítico y ha llegado a convertirse en un verdadero *filósofo de la praxis.*

Nos despedimos. Después nos carteamos con frecuencia. Ahora estoy esperando la oportunidad de visitarlo en su nueva patria. Y cada vez que veo esa bota para vino colgada en mi biblioteca (y todavía sin curtir), siento que para mí Diego será siempre *el último de los mohicanos,* el hombre que cerró la historia del PRT-ERP.

De balas y balaceras

A mediados de los '80 había yo regresado a Argentina y apenas si me estaba reaclimatando. Buenos Aires vivía un reverdecer político, entre unos, arrepentidos de *haber sido,* rindiendo sus armas a la democracia, interpelando a la política desde la "gestión", y otros, avergonzados de *haber no sido,* que pretendían *ser ahora,* repitiendo las gestas setentistas con borceguíes y boinas guevaristas incluidos. La zarzuela convertida en sainete.

Ansioso por disfrutar la vida de superficie que me había sido vedada por diez años de exilio y otros tantos de clandestinidad —aunque *veinte años no sean nada*—, recorría Buenos Aires de café en café y especialmente después de la medianoche. ¡Qué placer poder amanecer desayunando en la calle Corrientes! La última vez que había estado en La Paz habría sido, por lo menos, en 1968.

Una de esas caminatas erráticas me condujo a la sala de Gandhi —una librería-café recién inaugurada por gente regresada de México—, donde se realizaba una charla entre cuatro intelectuales sobre los años '70. Dos eran jóvenes militantes del partido gobernante; los otros dos, un binomio a no demasiada distancia de la entrada en la tercera edad, compuesto por un sociólogo sonado por sus extravagancias y un periodista, poeta y dramaturgo. Mucho público, sobre todo, mucha juventud ávida de conocer qué había pasado en aquellos años. *"Con semejante panel, las cosas no pueden terminar bien"* —prejuzgué de inmediato hacia adentro, no sin cierta reconvención posterior porque enseguida me dije: *"¿Por qué no escuchás antes? Abrí la cabeza, Luisito. Son otros tiempos... y es otro país".*

Pero, en fin... el sociólogo —un famoso y arrasado pseudoexistencialista vernáculo— lanzó una sarta de disparates, el menor de los cuales fue afirmar que en los '60 lo único importante había sido Piazzolla y que los norteamericanos habían perdido en Vietnam sólo por el movimiento pacifista de los EE.UU., y que la guerra había sido un mito. Por su parte, los jóvenes del partido gobernante, insistiendo con sus loas a una democracia lavada. El sociólogo y la juventud presente hostigaban al periodista, poeta y dramaturgo por ser un sobreviviente que *habría* tenido contacto con los subversivos, que *en algo habría andado.* La discusión subió de tono hasta transformar la mesa en una jaula de gatos (y de gatopardistas). En un momento en que el propio público pidió serenidad a los oradores y les llamó la atención sobre el bochornoso papel que estaban jugando, el periodista, poeta y dramaturgo "sospechado" se recompuso, miró hacia arriba, como olfateando el aire, y dijo —palabras más, palabras menos—: *"Pido perdón al público, pero ocurre que siento que hay mucha humedad y cuando hay un clima así me duele la herida de bala que tengo en la pierna".*

No pude escuchar más y me fui refunfuñando. Mientras me retiraba iba reflexionando acerca de que el afán de protagonismo de mis compatriotas —del cual no estoy exento, desde luego, dado que, a mi vez, soy "compatriota" para ellos— es difícilmente empardable en el resto del mundo y trasciende las fronteras ideológicas, y nuestra fama de soberbios, las geográficas. *"Comprá a un argentino por lo que vale, y vendelo por lo que dice él que vale."*

Ya sobre la calle Montevideo, recordé, de pronto, la historia del balazo en mi rodilla.

Vivía ya en la ciudad de México. Había pasado tres años de actividad conspirativa en Europa y en México, tomando medidas de seguridad ante la eventualidad de un atentado, asunto este que no era baladí, pues era notorio el accionar de los servicios argentinos fuera del país. Fracasado el proyecto de reconstrucción y regreso organizado a la Argentina, yo había renunciado definitivamente al PRT y estaba tratando de reubicarme. Había conseguido una linda changa como dibujante de arquitectura y poseía un comatoso *Volkswagen* "tipo cucaracha". Desde luego, finalizadas mis funciones como secretario general, ya no tomaba medidas de seguridad y me movía en la ciudad de México como cualquier hijo de vecino.

Un domingo, decidimos con Marta, mi compañera de ese momento, y su hijo pequeño ir a comer un asadito al campo. Conseguí un buen pedazo de costillar, cortado con hacha, nada de tira, por supuesto, unas botellas de vino *Calafia* —que se dejaba beber— y allá fuimos, hacia las afueras del Distrito Federal, ascendiendo hacia las cumbres que rodean el valle.

En un rincón adecuado plantamos campamento entre las piedras volcánicas propias del lugar. Luego monté un fogón de piedra, mientras Marta y el niño recogían todo tipo de ramitas, después tomé un gran manojo de hojarasca seca y, una vez que hube armado el montículo con las ramas, le prendí fuego.

Aquí es justo que revele, públicamente, que encender fuego, en cualquier circunstancia, es una de las habilidades que adquirí desde niño y que no he perdido nunca, y de la cual me jacto en todos mis asados *("y no dirán que me engrupí porque* modesto *siempre fui").*

Parado con las piernas abiertas casi pegadas a la lumbre que comenzaba a cobrar vida, yo comprobaba satisfecho que —como siempre— "papá" no había fallado: el fueguito, ¡una pinturita!

De pronto, se escuchó un sonido seco, como el estampido de un arma de fuego. Marta me miró y su rostro empalideció. Yo primero no vi nada, pero luego sentí que por mi brazo chorreaba sangre. Al enderezarme del todo, vi y sentí que

también manaba sangre debajo de mi pantalón y caía impregnando mis medias sobre el empeine.

Lo del brazo resultó insignificante —unos tajitos de esos que son puro escombro—, pero, al arremangarme el pantalón, observé una pequeña herida en la rodilla que sangraba profusamente. Aparecieron varios lugareños, como siempre ocurre en México, que hasta en los sitios más desolados emerge gente sin que uno pueda saber dónde estaban. Solícitas, las mujeres afirmaron que era la piedra volcánica que estalla cuando se la calienta. Algunos fragmentos me habrían producido las heridas. *"¡No es nadita, pues...!"*

Yo recordé (de mis tiempos de herrero) que el calor sobre el hormigón produce un efecto similar, y entonces me quedé convencido de que las cosas serían así. Marta, que era un tanto paranoica, dudaba de la causa del sangrado y miraba hacia todos lados como buscando un francotirador. Después de un vendaje improvisado y como la rodilla me dolía mucho —ya fuera por la piedra volcánica recalentada o por el tiro del algún invisible agente de los servicios—, me sentí un poco mareado; por lo tanto, decidimos suspender el *picnic* y regresar para consultar a un médico. El costillar fue a parar al horno de la cocina del departamento, para asarse con otras técnicas que, francamente, no me va usted a comparar...

Por la noche, me vio un médico argentino exiliado. El hombre evaluó la herida, no le dio mucha importancia y, para variar, me recetó antibióticos.

Al tiempo, la herida parecía cerrar, pero el dolor seguía y la rodilla empezó a hincharse. Después brotó pus. Regresé a lo del médico, abrió el "buraco", revisó, preguntó si no era diabético y sostuvo que habría habido alguna suciedad. Yo intenté transmitirle que tenía la sensación de tener algo adentro, porque por momentos sentía como pinchazos. El hombre volvió a revisar, negó esa posibilidad y redobló los antibióticos. Lavada la herida, me fui a mi casa a seguir cumpliendo con la medicación. Pero pasó otra semana y el dolor continuaba. Por momentos, los pinchazos me atormentaban, y por otros, se esfumaban, el dolor se calmaba y la herida tendía a cicatrizar. Ya casi al mes del accidente volví a visitar al médico con la rodilla inflamada. Abrió la herida, expulsó el pus acumulado, desinfectó y repitió que no había nada. Yo insistí. Entonces tomó una de esas pinzas que tienen las puntas dobladas, la introdujo dentro de la herida haciéndome ver el universo entero y revolvió hasta tocar algo que me produjo tal dolor que casi me desmayo. *"Aguantá un poquito. Aquí parece haber algo."* Al fin, extrajo un objeto metálico del tamaño de un carozo de aceituna. Lavado el "carozo", pude comprobar que era de bronce, más precisamente de latón del tipo de las vainas de las balas,

probablemente un cartucho de fusil. Un trocito que no parecía el revestimiento del plomo, es decir, de la bala propiamente dicha, sino de la vaina. Yo conocía perfectamente esos materiales ya que siendo adolescente en la escuela de aprendices de la Marina había reventado (sic) millones de esos proyectiles. Marta retornó a su paranoia.

El médico, bien argentino el hombre, comentó: *"Parece un calibre 22".* Diagnóstico "profesional" que le calzó como un guante a Marta, que se rayó aún más.

—¡¿Viste, cabezón?! —casi gritó, excitada—, era un balazo nomás, ¡quién sabe de dónde te tiraron!

—¡Pero no, no digas pavadas!, es parte de una vaina —aseguró con fundamento este ex estudiante de la escuela de aprendices de la Marina—. Al menos que hayan tirado el cartucho con una honda —rematé, creyéndome muy ocurrente, un argentino "piola".

Por supuesto, me resultó fácil deducir que se trataría de una vaina o bala completa entremezclada con la hojarasca que yo había depositado para encender el fuego. Al calor, estalló en fragmentos. En fin, por suerte que el proyectil, si lo había, no tocó a nadie.

Curiosa ironía ésta: después de una década de experiencias en una de las organizaciones armadas más "fierreras" de América Latina, sólo puedo reclamar como "herida de guerra" una bala extraviada entre las piedras —que ni siquiera me fue disparada por el enemigo—, en las estribaciones volcánicas del valle de México, a más de dos mil cuatrocientos metros de altura. Y encima, como herida física, ni siquiera me duele cuando hay humedad. Sí, es cierto, ni siquiera en esos días de humedad pegajosa de Buenos Aires que lo hacen sentir a uno —al decir de Borges— *"no sólo maltratado y ultrajado sino hasta envilecido".*

Al ponerle el punto final a este relato, miro la foto de Rodolfo, mi hermano menor —en cuyo rostro veo los rostros de treinta mil hermanos desaparecidos—, y me doy cuenta de que existen otros dolores tan físicos como los de un itakazo, que son *también* "heridas de guerra", y éstas ni siquiera necesitan días de humedad para sentirse hasta la médula.

Y entonces hay otra "ironía": nunca fui herido en combate...

... ma nel cuore nessuna croce manca...[*]

---

[*] "Pero en el corazón no falta ninguna cruz" (Giuseppe Ungaretti).

Epílogo

Lo que queda...

Tengo ahora más años que los que tenía el alemán don Enrique Giesch cuando lo conocí y fue mi primer maestro.

Numerosos grupos de jóvenes me invitan a charlas y debates sobre los vínculos de ese pasado con el presente. Quieren saberlo y comprenderlo todo.

Y yo, como en deuda con aquel maestro, podría lamentar no saber cuatro lenguas vivas y dos muertas, dominar la dialéctica, las categorías de la ciencia y todas esas cosas que sabía él. Podría... Pero no es así, porque a diferencia de nuestra generación que se preguntaba cuál sería el camino más adecuado para cambiar el mundo, estos muchachos y muchachas, buscando el sentido a sus vidas, preguntan cómo fue ese camino, *intentando,* al mismo tiempo, *andar el suyo.*

Se preguntan cómo era posible que se abandonara todo —casa, estudios, trabajo, futuras carreras profesionales (en época de pleno empleo en Argentina), barrio, provincia, amigos, a veces amores...— detrás de una aventura que exigía una total entrega personal.

Yo los veo discutir, trabajar, entusiasmarse, querer *hacer,* y —en un sentido general— no podría establecer una diferencia con nuestra generación: la misma frescura, sinceridad, ingenuidad y ganas. Se los digo y no me creen: *"No puede ser, Luis"* —me dicen—. *"Ustedes eran una generación de cuadrazos, la tenían clara".*

Insisto, recuerdo los nombres de los hombres y las mujeres normales —algunos de los cuales están presentes en este libro— y enumero las *cosas comunes* de ambas épocas y de ambas generaciones, por lo menos en los grupos de iniciativa (para no usar esa desacreditada palabra "vanguardia"). Les llamo la atención sobre los sobrevivientes, los que en su gran mayoría no se destacan por activos en el mundo actual. Pero estos muchachos continúan la discusión y, entre convencidos y dudosos, saben, perciben, intuyen o imaginan que, aun aceptando mi parecer, falta tomar en cuenta algo sustancial, no mensurable

cuantitativamente. Y como siempre hay entre ellos alguno (o alguna) más inteligente y más vivaz, descubre ese "algo" y hasta lo formula.

Y eso indecible para mí, esa ausencia que parece brillar, se expresa en una palabra a veces equívoca: *pasión.*

La pasión como completud e incompletud. Seguridad e inseguridad. Goce y sufrimiento.

Y sucede que la pasión —como la libertad, como el amor— existe *porque sí* y "por esas cosas raras de la vida".

La razón necesita del "porqué" y el "para qué" y los "cómo" para poner en marcha las "ganas", pero la pasión, como *fidelidad al deseo,* contiene y excede a la razón misma.

No me pidan explicaciones filosóficas sobre el origen de la pasión: sólo sé que existe o no existe, pero también sé que, cuando la pasión atraviesa la subjetividad del hombre, ya no se vuelve a ser el mismo.

Sí, la pasión —sobre todo, la pasión— me llevó a ser y a seguir siendo *Luis Mattini.*

Y ahora que he llegado hasta aquí y que ya tengo la misma edad que mi primer maestro, puedo *sentir* como Pessoa que...

... Si supiese que mañana moriría
y la primavera fuese pasado mañana,
moriría contento, porque ella llegaría pasado mañana.